

ASESINATO EN EL JARDÍN DE SÓCRATES

SASCHA BERST

ATENAS, 404 A.C., UN ASESINATO
QUE SÓLO EL MÁS SABIO PUEDE RESOLVER



Lectulandia

Atenas, 404 a. C., un joven campeón olímpico aparece asesinado, y la misión de encontrar al asesino no tardará en recaer en el capitán de los arqueros de Atenas, que deberá hallarlo... cueste lo que cueste.

En sus investigaciones, Nicómaco se topará con hombres como Sócrates, Hipócrates y Platón, pero también con personajes ambiguos, espías, encubridores, políticos corruptos e instigadores de una conjura. Para cuando finalmente se da cuenta de que los conspiradores están pactando con el enemigo, la ciudad y la democracia ya están perdidas, y Nicómaco y su mujer, amenazados, pero el asesino aún sigue en la sombra...

Lectulandia

Sascha Berst

Asesinato en el jardín de Sócrates

ePub r1.1
FLeCos 26.05.16

Título original: *Mord im garten des Sokrates*

Sascha Berst, 2008

Traducción: Patricia Losa Pedrero

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mis hijos me han rogado que no plasmara por escrito aquellos sucesos que pudieran conducir al hundimiento de nuestra amada ciudad; sin embargo ahora, en la vejez, me siento preparado para ello. Se despiertan en mí, como llegados de la distancia, imágenes y recuerdos crecientes, memorias de una Atenas en flor y, no obstante, a punto de empezar a marchitarse. Sí, yo les conocí a todos, a aquellos hombres de los que el mundo habla con admiración. Algunos de ellos se cruzaron en mi ruta, otros me acompañaron en un tramo de la misma, uno fue, para mí, un amigo. Todo comenzó en un día caluroso, poco antes del solsticio de verano, con la muerte de un campeón olímpico.

Libro primero



MUERTE DE UN CAMPEÓN OLÍMPICO



Capítulo 1



ERA EL AÑO DEL GOBIERNO DE ALCIBÍADES SOBRE ATENAS. Yo había sido elegido capitán de los arqueros por segunda vez, cuando en un caluroso día, poco antes del solsticio de verano, mi joven amante Licón apareció en mi casa, cubierto de sudor, y me informó casi sin aliento de que el estratega me había enviado a buscar, pues algo grave había sucedido. Los ojos de mi esposa Aspasia brillaron con fulgor esmeralda. Tenía celos de Licón y, habitualmente, no toleraba su presencia en casa. Sin embargo, en esta ocasión, se levantó, salió de la despensa en la que estábamos disfrutando de un sencillo almuerzo, y me trajo mi manto. Aunque no confiara en Licón, se había dado cuenta de que la agitación que sacudía al muchacho no era fingida, y ella sabía que era imposible contradecir una orden de Alcibíades y desoír su llamada.

Licón salió el primero. Cuando dejé la estancia principal y llegué al patio, la luz me cegó brevemente, y el intenso calor ático me cortó la respiración. Mi padre dormitaba sentado bajo la higuera que él mismo había plantado. Al acercarme, abrió repentinamente aquellos ojos suyos, tan vivos, y me hizo una seña para que me acercara.

—Debo presentarme ante mi señor. Me ha hecho llamar —le dije, y él entendió.

El señor, su señor, había sido y siempre sería Pericles. Le veneraba como nadie, pues a él le debía nuestra familia su reputación y fortuna. La admiración de mi padre por Pericles era tan grande, que quiso llamarme como su primer y único hijo, con su nombre, si bien se arrepintió en el último momento, aunque solo fuera porque su idea terminó por parecerle demasiado osada. Así fue que, en los primeros tres años de mi vida, tuve por nombre Pericles, pero en el día de mi gran bautizo, en el que finalmente entré a formar parte del círculo familiar, recibí el de Nicómaco. Mi madre me contó que adaptarme a aquel cambio me resultó más difícil que ninguna otra cosa de las que aprendí durante mi infancia. El primo de mi padre, Raios, que igualmente veneraba a Pericles, pues había adquirido como orfebre una fama aún mayor que la nuestra, no mostró tantos escrúpulos. Padre de tres hijas, llamó a la primera como la segunda esposa del gran estadista sin dudarle un instante. De esta forma, la primera de sus descendientes recibió el nombre de Aspasia, la misma Aspasia que ahora se despedía de mí con un beso seco y afectado, la misma que se había convertido en mi esposa, casi siempre para mi dicha.

Mi padre había servido y amado a Pericles. Ahora yo servía al sobrino de Pericles, pero no amaba a Alcibíades. Si bien admiraba su arrojo militar, temía con

mayor pasión su ira y su veleidad.

Salí a la calle. Licón me esperaba. A la derecha se alzaban las impresionantes piedras que componían la Acrópolis. El Partenón relucía bajo los resplandecientes rayos del sol. A su lado, coronaba la imagen la estatua de bronce de Atenea, que miraba hacia al mar, desde donde los peces podían contemplar su casco dorado. Licón y yo avanzábamos solos entre el polvo de la avenida. El calor mantenía a los atenienses retenidos a las sombras de sus casas. El hermoso rostro de mi joven amigo lucía una expresión tensa y desasosegada.

—No estarás celoso, como mi mujer, ¿verdad? —le pregunté. Él negó con la cabeza.

—No, sólo me preocupa qué puede querer de ti Alcibíades —respondió, y me contó de forma apresurada que se había encontrado con un mensajero de palacio que sabía de nuestra amistad. Por él se había enterado que Alcibíades me había mandado buscar por todas partes. Quería verme de inmediato. Debía haber ocurrido algo durante la noche anterior. Cuatro corredores habían partido y rastreaban toda la ciudad.

Dirigimos nuestros pasos hacia la gran plaza del mercado, hacia el ágora. Era el camino más rápido hacia el Estrategion. Apenas dejamos las estrechas calles del barrio de los alfareros, nos la encontramos, abierta ante nosotros, con sus columnatas, sus templos y palcos; sin embargo, el centro de la ciudad también se encontraba prácticamente desierto por el calor del mediodía. El bazar era un yermo de tenderetes y puestos cerrados a cal y canto. Las únicas personas a la vista eran un par de tenderos que humedecían una y otra vez las esteras de pleitas colocadas sobre sus mercancías para mantenerlas frescas e intentar así, inútilmente, evitar que se echaran a perder. Afortunadamente, el suministro de alimentos continuaba siendo rico a pesar de la guerra con Esparta, y era gracias a los Muros Largos que se extendían desde la ciudad hasta el Pireo y protegían la entrada a Atenas a través de los puertos.

Conforme Licón y yo íbamos pasando, algunas manos aquí y allá se alzaban a modo de saludo. Yo conocía a muchos comerciantes, de la época en la que mi padre se encargaba de la vigilancia de pesos y medidas, así como de la honradez comercial. Había sido *agoranom*, juez del mercado, durante el gobierno de Pericles. No era un puesto muy elevado, pero para un pequeño comerciante, como mi padre por aquel entonces, era una labor suficientemente honrosa.

El Estrategion se encontraba a mitad de camino hacia la Acrópolis, junto al Areópago, el tenebroso y gigantesco monte del dios de la guerra en el que se celebraban los juicios por delitos violentos. ¿Cómo podría haber sospechado que apenas unas semanas después tendría que comparecer frente al juez?

También Pericles había gobernado desde el Estrategion, al igual que todos los estrategos antes que él. Ahora el mando recaía en Alcibíades, algo que no auguraba nada bueno. ¿Qué quería él de mí? Hasta la fecha nunca se había interesado ni por mí ni por mi labor.

El ascenso resultó agotador. Apenas cruzábamos palabra. El calor y el miedo resultaban igualmente opresivos. Incluso Licón, ligero como una pluma y capaz de recorrer la cuesta más empinada corriendo más que caminando, me pidió que hiciéramos una pausa a mitad de camino. Estaba pálido y le costaba respirar. ¿Estaría enfermo? Su rostro no reflejaba un estado saludable. Buscamos la sombra bajo unos pinos y descansamos un momento. No tenía sentido apresurarse: de igual manera acabaría por enfrentarme a mi destino.

—Te has agotado demasiado, mi joven amigo —le dije preocupado, y Licón contestó que no había podido dormir en toda la noche por culpa del calor. Dejé que recuperara el aliento, pero llevó algo más de tiempo que el color regresara a su rostro. Entonces, retomamos el camino, pero esta vez con más calma y más cuidado.

Al llegar al palacio del estratega, nos recibieron dos esclavos que nos acompañaron hasta un aseo, en el que nos esperaban dos tinajas de arcilla llenas de agua fresca y dos mantos nuevos especialmente preparados para nosotros. Los criados nos ayudaron a lavarnos y vestirnos. A mí me trajeron un quitón ligero y corto, hecho de lino, un material poco común, y a Licón, un paño limpio que se colocó en torno a las caderas. Después de eso, apareció un funcionario gubernamental que me ordenó que le acompañara hasta donde Alcibíades se encontraba. Licón tendría que quedarse allí y aguardar pacientemente.

Alcibíades me esperaba en una inmensa sala. Desde el punto por el que entré hasta el promontorio en el que él se encontraba, medio sentado, medio echado sobre un trono, llegué a contar cuarenta pasos. Mientras me aproximaba, hundí la mirada en el suelo tal y como mi padre me había enseñado, sin apenas atreverme a mirar a mi alrededor. El funcionario me siguió en silencio.

Aquel día contemplé a Alcibíades de cerca por primera vez: era un hombre en la flor de la vida, de cuarenta y cuatro años de edad, esa época entre la juventud y la senectud en la que un hombre conserva aún todas sus fuerzas y su destino finalmente se cumple. El cabello del estadista seguía siendo negro, y lo llevaba largo, a la manera habitual en Atenas. El rostro era ancho y estaba bien afeitado, lo que le daba cierto aspecto de petimetre, pero su nariz, estrecha y corva, entre los ojos oscuros, revelaban una fuerte voluntad, y la boca y la sonrisa que en ella lucía, el carácter de un gran seductor. Según sostenían no sólo las malas lenguas, Alcibíades había huido de Esparta y regresado a Atenas por una infidelidad de la que había sido víctima uno de los reyes espartanos, de cuya ira mortal se vio obligado a cuidarse, o al menos así rezaban los rumores sobre el hegemón autócrato. Se le consideraba un hombre hermoso, amado por igual por hombres y mujeres, y lo era sin duda, pero la suya era la belleza de un animal peligroso que me provocaba escalofríos.

Al igual que yo, Alcibíades lucía únicamente un quitón, pero de un tejido resplandeciente y vaporoso que yo no había visto nunca antes, teñido de ese lujoso tono amarillo que dan los caracoles del púrpura de Tiro si se empapa el tejido en sus jugos una sola vez. Lucía un ribete dorado en las mangas, el cuello y el dobladillo. A

través de la tela podían apreciarse con claridad las formas de su cuerpo.

—Oh, Adonis —le saludé. Aunque no era el tratamiento oficial con que debía dirigirme a él, yo sabía que le halagaría verse comprado con el amante de Afrodita, y la sonrisa que me dedicó no hizo sino corroborarlo. Se levantó del trono y se dirigió hacia mí.

—Señor de los arqueros, guardián del orden de la ciudad, te saludo —dijo, mientras me dedicaba un breve abrazo. Me miró un instante a los ojos, con frialdad.

—¿Sabes por qué estás aquí, Nicómaco? —preguntó. Me sorprendió que conociera mi nombre.

—¡No, señor!

—Bien, bien... —repuso, lentamente, meditabundo, mientras regresaba a su trono como si no supiera bien cómo comenzar.

—¿Sabes quién es Periandro? —preguntó, súbitamente, girándose de nuevo hacia mí.

—¿El campeón olímpico? Sí, por supuesto. Todo el mundo en Atenas lo conoce. En los últimos juegos ganó, para nuestra gloria, la carrera de estadio frente a tres espartanos y un atleta de Tebas.

—Veo que lo conoces. Entonces sabrás también que su familia es una de las más ricas y poderosas de la ciudad, y que no aman la democracia —dijo Alcibíades, acercándose de nuevo, justo frente a mí—. Periandro está muerto, Nicómaco. Asesinado, para ser más exactos. Unos soldados lo encontraron esta mañana en la Puerta de Itonia —guardó silencio un instante para contemplar el friso situado sobre nosotros, que representaba una carrera con sementales negros, ambiciosos conductores y dorados carros de batalla—. Estamos en guerra —continuó, tras unos segundos—. Estamos en guerra contra Esparta y contra nosotros mismos. La primera la ganaremos si permanecemos unidos, igual que ganamos a los persas cuando aún nos unía la amistad con los espartanos. Sin embargo, ya sabes que nosotros, los atenienses, no nos encontramos unidos... Nada complacería más a las familias antiguas y ricas que provocar la caída de la democracia... de inmediato. No conocen el remordimiento ni el escrúpulo. Pero no son muchos, y tampoco están unidos entre sí. Algunos buscan el enfrentamiento abierto contra nosotros, mientras que los otros esperan y se ocupan de sus gestiones. Sin embargo, temen el día en que les surja la oportunidad de asestar un primer golpe, un suceso que les ofenda, que les hiera... y que les una... ¿Has estado alguna vez en un bosque, en lo más sofocante del verano, cuando hace meses que no llueve? Los árboles y arbustos están secos. El aire vibra por el calor. Sabes que sólo una chispa basta para que todo arda. Lo mismo ocurre con nuestra ciudad. Atenas es como el bosque seco, una sola chispa —dijo, chasqueando los dedos—, y tendremos que enfrentarnos al más horrible de los incendios: la guerra civil, la guerra entre hermanos. Los aristócratas armarán a sus esclavos, se aliarán con Esparta y abrirán las puertas a nuestros enemigos.

Realizó una nueva pausa. Me cogió el rostro entre las manos, como si fuera a

besarme, y me miró fijamente a los ojos, pero no fui capaz de reconocer ninguna emoción en sus ojos.

—La muerte de Periandro, señor de los arqueros, puede ser esa chispa: Periandro, el campeón olímpico, su retoño, su esperanza. En los próximos días, el dolor y el horror los mantendrán paralizados, pero pronto la pena cesará, vencida por la rabia. Nos harán responsables de su muerte, a nosotros y a la democracia... —una nueva pausa, en la que no apartó sus ojos de los míos. Estaba tan cerca de mí que podía oler su aliento.

—Tú, Nicómaco. Tú puedes evitarlo —dijo entonces.

Comenzaron a temblarme las rodillas.

—¿Cómo he de hacerlo, señor? —pregunté, agachando la cabeza.

—Buscarás al asesino. Lo encontrarás y se lo entregarás a la familia, eso es lo que harás, mi querido Nicómaco. Les mostraremos que su pérdida es nuestra pérdida; su dolor, nuestro dolor; su rabia, nuestra rabia. Eso les calmará.

Se quedó quieto ante mí, como tallado en piedra. Yo tenía el corazón en un puño, la lengua se me pegaba al paladar y apenas lograba separarlos. Alcibíades sonrió satisfecho, se dio la vuelta y se sentó en su trono. Por mi parte, apenas me atrevía a respirar.

—¿Tienes alguna pregunta? —exclamó tras un instante.

—Así es —balbuceé, reuniendo todo mi valor—. ¿Qué ocurrirá si el asesino es un demócrata?

Alcibíades no perdió la calma.

—En ese caso, se lo entregaremos igualmente a la familia. Así verán que expulsamos a los asesinos del cuerpo de la comunidad. Es la única vía posible.

Entendí, y continué, aun a riesgo de quebrar la cordialidad de Alcibíades.

—¿Y si no lo encuentro, señor?

El hegemón me observó muy fijamente. Entrecerró los ojos, en su mirada latía un impulso febril.

—Eso no ocurrirá —respondió con suavidad, y ya no pregunté más.

Alcibíades le indicó con una seña al funcionario que me acompañara a la salida, por lo que éste se acercó a nosotros sin alzar la mirada del suelo.

—Este es Anaxos —dijo Alcibíades—. Te explicará todo lo demás que necesites saber. Le presentarás informes con regularidad, y él te concederá todas las autorizaciones pertinentes. No habrá puerta ni boca cerradas para ti, ni ningún secreto permanecerá oculto. Anaxos te proporcionará todo el dinero que requieras. Si debes sobornar a alguien, hazlo. Si debes matar a alguien, hazlo. Encuentra al asesino de Periandro y serás recompensado con creces. ¡Encuéntralo!

«O invéntatelo», pensé para mis adentros, «o morirás y, contigo, tu mujer y tus hijos».

La conversación había llegado a su final. Anaxos se inclinó hacia Alcibíades y me tomó del brazo para llevarme fuera de la estancia. Yo también hice una reverencia y

juntos, el funcionario y yo, abandonamos la sala. Por primera vez pude observarle a él y a las pinturas que decoraban las paredes: se trataba sin duda de los trabajos de Heracles, pero aquél Heracles que observaba lucía los rasgos del propio Alcibíades. El corazón me latía en el pecho como un tambor, audible para cualquiera.

Anaxos me guió a través de los pasillos y de un despacho en el que trabajaban cuatro escribas, hasta un cuarto solitario y sin ventanas. Era un hombre pequeño, ya entrado en años y rechoncho, con el cabello gris y ondulado, y los ojos vidriosos. Se movía con gestos lentos y cuidadosos, llevaba una vestimenta sencilla, casi humilde. Poco podía imaginar que aquel hombrecillo menudo y amistoso podría ser tan diestro y astuto; pero era algo que no tardaría en descubrir.

Todo su reino lo constituía un cuarto iluminado únicamente por lámparas de aceite y una abertura en el techo: un despacho pequeño y oscuro que olía al polvo de incontables manuscritos, a aceite quemado y a sudor de anciano. Estanterías tan altas como un hombre poblaban las paredes, y en medio de la estancia se alzaba un monumental pupitre escalonado. Las lámparas tintineaban y arrojaban inquietantes sombras contra la pared.

—Ya has oído a Alcibíades —comenzó, con una voz inusualmente suave—, y sabes lo que tienes que hacer. No es necesario que te explique de nuevo lo importante que es que tengas éxito —me tendió, con una sonrisa, un pequeño rollo de papiro y una taleguilla en la que sonaba el tintineo de las monedas—. Aquí tienes un salvoconducto y dinero —continuó—. Se te ha designado investigador especial. Cualquier oficial, funcionario o soldado de la ciudad debe obedecerte. Lo que hagas con la plata que te proporciono te incumbe sólo a ti, no vamos a pedirte cuentas. Si necesitas algo más sólo has de decirlo. Hay miles de dracmas a tu disposición, y con sólo un gesto los tendrás en las manos —me guiñó un ojo mientras se frotaba las manos—. Seguro que tienes más preguntas de las que le has formulado al hegemon.

—Sí, las tengo —admití, creyendo que podía confiar en Anaxos—. ¿Por qué Alcibíades me ha escogido precisamente a mí? Los arqueros no investigan delitos, sólo están para vigilar las calles y mantener la paz.

—Existen dos razones —respondió el funcionario, con una voz tan preñada de afecto como si hubiéramos sido amigos durante años—. Has hecho de los arqueros una tropa combativa y fuerte, y nosotros lo sabemos. Los toxotai gozan de respeto por toda la ciudad, y podrán serte de gran ayuda en tus investigaciones. Esa es la primera razón. La segunda lo eres tú mismo.

Tienes una reputación impecable, incluso se dice que eres incorruptible. Hoy en día eso es una cualidad difícil de encontrar. También sabemos que no guardas gran afecto a Alcibíades. Oh, sí, las paredes tienen oídos, mi querido Nicómaco, pero tranquilo: eso hará que la familia de Periandro confíe más en ti, y es mucho lo que depende de ello. Deben creer que queremos encontrar al asesino de Periandro, por lo que una parte de nuestra credibilidad reside en ti. ¿Quieres encontrarlo realmente?

—Por supuesto que quiero —respondí, en voz casi tan baja como la de un conejo en una trampa.

¿Qué otra opción tenía? Anaxos me miraba fijamente, sin borrar la sonrisa de sus labios. Tenía un aura como de abuelo amistoso, de abuelo amistoso con voz limpia y melodiosa...

—¿Dónde está ahora el cadáver de Periandro? ¿Sigue en la Puerta de Itonia?

—No —respondió Anaxos—, lo hemos llevado a la casa de sus padres, pero en la puerta permanecen dos guardias, vigilando para que todo se conserve tal y como estaba.

—¿Dónde está la casa? —pregunté, dejando vagar la mirada por la habitación.

Poco a poco mis ojos se habían ido acostumbrando a la oscuridad. Las estanterías en torno a nosotros aparecían repletas de rollos de manuscrito con sellos de barro. Reconocí el símbolo del Gran Rey de Persia y los sellos de Tebas y Esparta. Anaxos carraspeó para exigir mi atención.

—Fuera de los muros de la ciudad —repuso—. La familia tiene su residencia en las cercanías de la carretera a Cefisia. Te mostraré el camino. Necesitarás un carro.

—¿Hay alguna pista? —quise saber.

—Hasta ahora no hemos encontrado ninguna. No sabemos nada —replicó con pesar—, por eso es tan importante que comiences tu trabajo de inmediato, y que te preocupes de que la familia de Periandro lo sepa en seguida —con un gesto de la mano, me hizo entender que debía marcharme ya.

—Bien —dije, concluyendo así la conversación—, iré primero a la puerta para comprobar el lugar en el que se encontró el cadáver. Después iré a la casa del muerto. ¿Puedes enviar a un médico que estudie el cuerpo?

—Lo haré —respondió, un tanto sorprendido—. Te enviaré al mejor del que disponemos.

Anaxos se levantó, me agarró de los hombros tal y como Alcibíades había hecho al saludarme, y me deseó suerte. Después me guió por los pasillos del Estrategion hasta la puerta principal, donde Licón me esperaba. Junto a mi amigo se encontraban nuestras ropas, dobladas, limpias y perfumadas. Anaxos nos dio tiempo para cambiarnos y después se despidió.

—Vuelve si necesitas ayuda o tienes alguna pregunta que hacer —dijo—. En este palacio, sabemos muchas cosas que están vedadas para los demás. Y no lo olvides: debes presentar un informe cada tres días. No lo escribas, expónmelo personalmente, a nadie más que a mí. ¿Entiendes? Los guardias te dejarán pasar, sea cual sea la hora.

Asentí.

—Sí, señor.

—Entonces, ve.

Apenas había dicho eso cuando se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Licón parecía respirar con alivio. Le indiqué con un gesto que se pusiera en marcha y no dijera una palabra.

En el exterior, las sombras se habían alargado y la vida había retomado la posesión de Atenas, apoderándose de sus calles y plazas. Los esclavos domésticos descendían con grandes cestos en dirección al ágora para realizar las compras vespertinas; los hombres se agrupaban y charlaban. Tres de mis arqueros patrullaban frente al Areópago. Les llamé para que se acercaran. Eran gente de confianza. A uno le indiqué que fuera a mi casa para darle el recado a mi mujer y a mi padre de que iría más tarde a casa, pero que no debían preocuparse. A los otros dos, les ordené que avisaran a los suboficiales: al día siguiente, por la mañana, quería verlos a todos. Los soldados asintieron, saludaron y se marcharon.

Frente a los escalones del Estrategion nos aguardaba ya un carruaje. Era un vehículo hermoso, tirado por dos caballos, dos brillantes y esbeltos corceles negros. Alcibíades poseía los mejores ejemplares de la zona. Licón me preguntó qué era lo que el hegemon quería, por lo que le hablé brevemente del asesinato de Periandro y de mi misión. No le expliqué los motivos de Alcibíades, pero Licón no insistió más en esa cuestión.

—¿Quieres decir que estás en peligro? —preguntó, preocupado.

—Sí —respondí.

Subimos en silencio al carro. El cochero nos saludó con la cabeza y azuzó a las bestias para que se echaran a galopar. Era un tipo tosco y sucio, con una cicatriz que le partía en dos prácticamente todo el rostro. Comenzaba en el ojo derecho y continuaba por encima de la nariz hasta la mejilla izquierda, otorgándole un aspecto brutal a las ya de por sí no demasiado agraciadas facciones del desconocido, que se comportaba de acuerdo con su apariencia: corría a toda velocidad por las calles y callejones de la ciudad, con nosotros a bordo, en dirección a la Puerta de Itonia, sin mostrar la más mínima consideración hacia los viandantes. Mujeres, niños, viejos y jóvenes se veían obligados a echarse a un lado rápidamente para no ser atropellados. En una ocasión casi embestimos a una anciana.

La pobre mujer logró salvarse saltando hacia una esquina llena de inmundicias; sin embargo, nuestro conductor permaneció impasible, e incluso azuzó un poco más a los caballos.

En la Puerta de Itonia nos aguardaban dos efebos pertrechados de armaduras completas. Los jóvenes soldados vigilaban, con porte solemne y las lanzas cruzadas, el ángulo que creaban la puerta con el puesto fronterizo contiguo, e impedían el paso de los transeúntes curiosos. Me bajé del carruaje. Ellos se inclinaron con respeto y me abrieron paso. Observé el suelo con atención, pero no había mucho que ver: sobre el barro seco y pisoteado apenas podían reconocerse levemente algunas huellas. Una mancha negra de sangre corrida revelaba el lugar en el que había yacido el cuerpo de Periandro.

—¿Fuisteis vosotros dos quienes encontrasteis al muerto? —pregunté a los muchachos. No, sólo les habían llamado para que ayudaran a subir el cadáver hasta un carruaje. Sin embargo, habían llegado a verlo tal y como se le había descubierto.

El cuerpo estaba contraído sobre su estómago, con el cogote, la boca y la nariz cubiertos de sangre. No se había hallado nada, aparte de los restos mortales.

—¿Ni siquiera una antorcha o una lámpara? —quise saber.

Periandro, al menos, tuvo que haber llevado consigo alguna luz en su camino a casa, pues las calles no contaban con iluminación, y la luna, en ese momento, estaba en cuarto creciente. No obstante, no había aparecido nada: ninguna antorcha, ninguna lámpara.

—¿Cómo iba vestido? —insistí.

—Llevaba un quitón ligero —respondió el mayor de los dos.

No habían encontrado ningún manto, tampoco sombrero alguno, zapatos o sandalias, y los soldados tampoco sabían nada más. Les dejé tranquilos y me centré en las huellas. La mayoría pertenecían a sandalias comunes, y podían corresponderse tanto con los asesinos como con los ayudantes de la ley. Apenas se podía aprovechar nada de ellas. Tan sólo una impresión entre estas huellas resultaba algo más complicada de clasificar, y parecía corresponderse más con un zapato apuntado que con una sandalia. Llamé a Licón a mi lado y le pedí que investigara conmigo el suelo con mayor precisión, pero tampoco él halló nada más. No había marcas de lucha, ni de arrastre, ni del paso de ningún vehículo. Si Periandro había sido asesinado en ese punto, todo se había desarrollado con rapidez y sin que él hubiera podido defenderse. Si lo habían llevado hasta allí, debía haber sido a pulso.

—¿Crees —pregunté a Licón— que a Periandro lo mataron aquí?

Licón asintió. Descubrí una lágrima en sus ojos. Todo aquel asunto parecía afectarle mucho.

Decidí continuar mi camino, e hice marchar a los dos muchachos. No quedaba nada allí que ellos pudieran guardar o que yo fuera a descubrir.

—A la casa de Periandro, pero despacio y con calma —ordené al cochero al subir. Me miró como si hubiera dicho una indecencia.

Capítulo 2



NUESTRO CAMINO NOS LLEVÓ FRENTE AL TEMPLO DE Zeus Olímpico, en dirección contraria a la ciudad.

Yo adoraba aquel templo enorme y lujosamente dispuesto, si bien inconcluso desde hacía décadas, pues su construcción permanecía inacabada desde que me alcanza la memoria. Las obras habían comenzado al final de la guerra contra los persas, pero se habían interrumpido con el estallido del conflicto con Esparta y, de la misma manera que no se preveía una conclusión a la lucha, tampoco se esperaba acabar la construcción. El que debía haber sido el santuario más grande de la ciudad permanecía sin consagrar bajo la clara luz del sol, y las columnas de mármol más altas que Helias hubiera visto sobresaliendo por su horizonte permanecían sin ningún techo que sustentar.

Nuestro conductor atravesó la puerta para abandonar el muro interior de la ciudad. Siguió el camino hacia Cefisia, hasta que torció a la altura de un pinarcillo, bajo cuya protección se alzaba un alto muro prácticamente invisible desde el exterior. En ese punto, giramos y llegamos hasta una puerta de entrada.

—Aquí es —dijo, entre gruñidos, mientras detenía el carruaje.

Dos guardias, pertrechados de escudos y hachas, aguardaban en la puerta. Sus armas, los calzones que vestían, típicos de los bárbaros, así como sus cabellos claros, les delataban como mercenarios, probablemente celtas de las tierras del norte.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntaron los bárbaros, con tono amenazador, apenas nos aproximamos.

Sus ojos azules brillaban con hostilidad.

Me bajé del vehículo y me acerqué a ellos.

—Soy Nicómaco, capitán de los arqueros —les dije—. Alcibíades, el hegemon, nos envía para llorar junto a esta familia y ofrecerle su ayuda.

Entregué mi salvoconducto al guardia, acompañado de una moneda, para que expusieran mi petición de entrada con simpatía. El mercenario asintió y nos ordenó que esperáramos, si bien con algo más de amabilidad. Acto seguido, desapareció tras la puerta.

—¿Cuánto tardará? —pregunté al segundo sujeto tras unos instantes.

Era un gigante de trenzas rojizas y rostro salvaje, que siguió mirando al frente, rígido, sin decir una palabra. Puede que no entendiera lo que le dije.

Pasó un largo rato antes de que las puertas se abrieran y un ateniense aristocrático y manifiestamente adinerado saliera a nuestro encuentro. Tenía unos cincuenta años y

un porte erguido e imperioso. La tonsura en sus cabellos grises nos demostró la nobleza de su origen y le señaló ante quienquiera que le mirara como enemigo de gobierno del pueblo: los oligarcas no escondían su forma de pensar. A pesar del calor, no sólo llevaba un quitón azul, sino también un manto púrpura, la clámide. Me contempló con desprecio, pero en cuanto descubrió a Licón sus rasgos se suavizaron ligeramente.

—¡Soy Critias! Capitán, ¿por qué interrumpe el duelo de esta casa?

Debí palidecer, pues Critias respondió con una sonrisa altanera. Aquel día conocí a un tercer hombre ante el cual echarse a temblar, incluso más de lo que yo sabía en aquel momento. Critias... Todos los hijos de Atenas conocían ese nombre.

—Alcibíades, hegemón de Atenas, nos envía, noble Critias, para compartir el luto de esta familia por Periandro y ofrecer la ayuda de la polis —dije sumiso—. Estoy al servicio de esta familia para encontrar al asesino de su hijo. Ese es mi cometido. Si no lo consigo, pagaré con la vida.

Critias no respondió, sólo me miró de refilón mientras volvía la mirada al carro. Deseé saber lo que ocurría en su interior, pero parecía tener costumbre de ocultar sus sentimientos tras una máscara impenetrable. Entonces, indicó con una leve inclinación de cabeza que sus reflexiones habían llegado a su fin. Se hizo a un lado y nos permitió el paso.

Le di a entender a Licón que me acompañara, y me dirigí al guardia que había avisado a Critias:

—No tardará en llegar un médico. Viene de mi parte, déjalo entrar.

El bárbaro asintió.

Critias nos guió por una vereda cubierta de guijarros blancos a través de un exuberante jardín en flor. La villa a la que nos aproximábamos era una de las casas más grandes que yo había visto en mi vida. En su fachada destacaban las columnas que sostenían el segundo piso y un balcón, tal y como suele ocurrir en templos y palacios, pero que raras veces puede verse en una vivienda. Había un relieve esculpido en el frontón, y toda la mansión estaba pintada en un color carmesí brillante. Respiraba opulencia, pero a pesar de toda su riqueza seguía siendo una casa triste. Incluso antes de traspasar el umbral de entrada, pudimos oír un lamento como sólo las mujeres son capaces de producir.

—La madre de Periandro y sus dos hermanas velan al muerto —explicó Critias—. Su padre aguarda sentado en el patio interior. Nos presentaremos primero ante él.

Critias nos llevó frente a un anciano encorvado cuyo rostro carecía completamente de expresión. Se levantó cuando nos vio aproximarnos, pero su único saludo fue una leve inclinación de cabeza. Tenía los ojos apagados y un gesto amargo en la boca. Era el padre de Periandro. Me coloqué frente a él y le presenté mis condolencias y las de Alcibíades. Seguidamente, le expuse con precaución el motivo que me había llevado hasta allí, y le expliqué que quería ver el cadáver de su hijo. Critias dio un respingo cuando oyó mi petición. En realidad era un tanto escandalosa,

pero el padre de Periandro estaba demasiado afectado por su pérdida como para percibirla, mucho menos, por tanto, para ofenderse u oponer alguna resistencia.

Me llevó, mudo, hasta el interior de la casa. Critias y Lirón no nos siguieron: el pobre muchacho me había pedido, temeroso, quedarse en el exterior, pues no quería contemplar al muerto. Pálido frente a mí me había asegurado que no sería capaz de hacerlo.

El sonido de las plañideras se elevaba conforme íbamos ascendiendo al primer piso de la mansión. Allí era donde se encontraba Periandro, en un velatorio preparado en sus aposentos. Cuando su padre abrió la puerta, los sollozos de las mujeres me golpearon los oídos como el aullido de las sirenas. Resultaba evidente que esa familia lo había perdido todo, todo lo que era importante para ellos, su orgullo, sus esperanzas, su futuro. Pude verlo en el rostro vacío del patriarca, y oírlo en el llanto de la madre.

No fue fácil sacar a las mujeres de la estancia. La anciana se lanzaba una y otra vez sobre el cuerpo inerte y se aferraba a él, mientras las hermanas del fallecido intentaban contenerla. Sólo la natural obediencia al hombre y padre de familia logró finalmente que renunciara a su hijo durante un momento. Cuando las restantes descendientes lograron llevarla fuera de la estancia, se desplomó tras el umbral con un profundo gemido.

Cerré la puerta tras ellas. El padre y yo nos quedamos solos con el fallecido. La habitación estaba desnuda de adornos y denotaba frugalidad, mucha más de la que yo esperaba.

Periandro yacía amortajado y vestido sobre un lecho sencillo. Incluso tras la muerte era evidente lo hermoso que fue en vida, aun cuando ahora su piel se presentaba azulada y transparente; las mejillas, hundidas, y el cuerpo, rígido. Me llamó la atención un círculo blando que recorría el contorno del dedo corazón de su mano derecha. Un anillo habría protegido esa zona de la luz del sol. Justo por encima aparecían dos pequeños moratones.

—¿Dónde está el anillo de Periandro? —pregunté al padre—. ¿Ya no lo tenía consigo?

—¿El anillo? No. No sé —respondió. Eran las primeras palabras que me dirigía—. Nos lo trajeron tal y como está ahora, tan sólo lo hemos lavado y mudado. No nos dieron nada más.

—¿Qué tipo de anillo era? —insistí—. ¿Era valioso?

—Sí, lo era —replicó el padre—. Lo mandamos hacer, completamente labrado en oro, tras su gran triunfo. En la parte superior hay engastada una perla negra, rodeada de una corona de laurel. Lo llevaba noche y día.

—¿Sabe el nombre del orfebre que fabricó el anillo? —quise saber.

Antes de que el padre de Periandro llegara a darme una respuesta, ésta llegó hasta mí por sí misma. ¿Por qué no lo habría pensado antes? ¿Acaso no se había vanagloriado Raios, mi tío y suegro, hace algunas semanas, de haber creado un anillo

para nada más y nada menos que el campeón olímpico? Era un gran honor que, sin embargo, no le había impedido engañar a la familia de Periandro y exigirles un precio por la pieza muy superior a su valor real. Siempre lo hacía. Para él, suponía el mayor de los placeres.

—Se llama Raios —dijo el anciano—. Su negocio se encuentra junto al templo de Hefesto, en el barrio de los artesanos.

—Lo conozco —repliqué, sin dar más detalles sobre la naturaleza de mi relación con él—. ¿Qué hizo Periandro la tarde de ayer?

—No lo sé exactamente. Pensé que quizá se encontrara en el estadio. Está en las cercanías de la puerta en la que... —el pobre viejo perdió el hilo de voz, y una fina lágrima se deslizó por su rostro surcado de arrugas. Se apartó a un lado, esforzándose por recuperar la serenidad.

—¿Quiénes eran los amigos de Periandro? —continué el interrogatorio.

—Tenía muchos —repuso el padre, recordando con cierto orgullo—, aunque a menudo se reunía con Cármides, o con Aristocles o su hermano Glaucón. Son parientes de mi amigo Cridas, hombres jóvenes. También le gustaba relacionarse con ese Sócrates. ¿Lo conoce?

—Sí, por supuesto —repliqué pues, ¿quién podría no conocerlo?

La puerta se abrió. Temí que la madre de Periandro volviera a irrumpir en la habitación, pero me tranquilicé cuando, en lugar de eso vi aparecer a un hombre de reducida estatura, en la treintena, con rasgos severos y una mirada penetrante, que portaba a su derecha un peculiar bastón: un báculo de peregrino en cuyo extremo había tallada con gran habilidad una serpiente, tal y como rezaban las leyendas sobre su propietario.

—Hipócrates de Kos —se presentó, aun cuando no era necesario—. Me hicieron venir aquí. ¿Eres Nicómaco, señor de los toxotai?

Asentí y me incliné ante este hombre, del que se decía que había aprendido sus artes del mismísimo dios de la sanación. Le señalé el cadáver. Hipócrates frunció el ceño. Profundas arrugas surgieron perpendicularmente por sus mejillas. Se dirigió al padre de Periandro.

—¿Eres el padre de este joven? —dijo.

El hombre asintió.

—He tenido que darle a tu esposa un fuerte tranquilizante. Te necesita. Por favor, ve a verla.

El anciano asintió, nuevamente en silencio, y salió del cuarto. De esta forma había logrado Hipócrates darle un cometido a aquel hombre, mientras se preocupaba de que nadie pudiera molestarnos.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Hipócrates—. El joven ya está muerto.

—Lo sé —respondí con timidez—, yo quería saber... cómo sucedió... cómo le mataron.

—Eso es bueno —repuso Hipócrates, sin motivo, y me ordenó que desvistiera el

cuerpo de Periandro mientras él sacaba algunas herramientas de la bolsa que había traído consigo.

No me atreví a oponer resistencia, pero mi trabajo demostró ser particularmente duro. El cadáver estaba completamente rígido y parecía pesar mucho más de lo que uno esperaría en un corredor de veinte años de edad. Aunque en la habitación se sentía un frescor agradable, comencé a sudar, y con mis torpes intentos de quitarle las ropas al campeón olímpico, casi desgarré sus vestidos mortuorios. Para cuando logré cumplir con mi cometido, me encontraba ya sin aliento.

Su cuerpo parecía tallado en piedra. Bajo la piel, entre amarillenta y azulada, se marcaban los contornos de las costillas, los músculos y los tendones; la pelvis formaba un arco perfecto bajo el musculado abdomen, y los brazos y las piernas eran esbeltos y vigorosos.

—La rigidez cadavérica ya es total —explicó Hipócrates, mientras se dirigía al cuerpo e intentaba alzar una de sus piernas—. En un deportista como él podría mantenerse hasta tres días, pero no con un calor como el que ha hecho hoy. Teniendo en cuenta la temperatura, deduzco que la muerte se produjo, como pronto, ayer por la noche; de lo contrario sus músculos se habrían vuelto a relajar.

Observó y palpó la piel de Periandro sin mostrar ningún tipo de expresión. Después, me pidió que le ayudara: juntos le dimos la vuelta al cuerpo sin vida. Una herida se abría en la nuca del joven y, a pesar de que le habían lavado, el cabello aún se encontraba pegajoso por la sangre. El médico estudió con avidez la lesión, mientras un curioso brillo relampagueaba en sus ojos. Intentó, incluso, llegar hasta el cráneo con una especie de clavo de bronce, pero no lo consiguió.

—El cráneo está intacto —sentenció, dejando la espiga a un lado para girar la nuca.

—La nuca está intacta —fue su siguiente comentario.

Entonces, se detuvo a reflexionar. Cuando finalmente habló, parecía que lo hacía más consigo mismo que conmigo:

—No murió por un golpe en la cabeza. La herida de la nuca no es letal.

—Entonces, ¿cómo murió? —pregunté, mientras Hipócrates se consagraba de nuevo a investigar el cadáver y dejaba la respuesta en el aire.

Estudió la espalda de Periandro y, finalmente, también la piel tras sus orejas. El rostro del médico se iluminó.

—Ven y mira esto —me ordenó.

Le obedecí y me aproximé para descubrir, tras la oreja del joven, pequeños puntos de color rojo que podían vislumbrarse a través de la piel, no mayores que las semillas del árbol del pan.

—Son hemorragias —me explicó Hipócrates, con un entusiasmo que, a la vista del fallecido, me resultó casi hasta desagradable—. Estoy seguro de que si pudiéramos abrirle los ojos encontraríamos las mismas hemorragias en sus globos oculares.

—¿Si pudiéramos? —pregunté preocupado, pues no quería de ninguna manera abrirle los ojos al inerte Periandro, y mucho menos contemplárselos—. ¿Es que no podemos?

—No —replicó él, lo que me tranquilizó—. Ha alcanzado ya una rigidez que lo hace imposible. Quizá en un par de días. En cualquier caso, también podría abrir el cadáver, si necesitas saberlo con total certeza.

—No, no será necesario —me apresuré a asegurar, mientras algunas gotas de sudor frío me recorrían las sienes y las mejillas.

—Bien, entonces ayúdame a colocarlo de nuevo boca arriba —me indicó Hipócrates—. Creo que murió por asfixia.

Nuevamente me pidió ayuda, y juntos volteamos a Periandro con gran esfuerzo. Hipócrates volvió a palparlo, y yo intenté distraerme concentrando la mirada en la pared a su espalda, en la que no había nada que observar. En ese momento, el médico tenía en la mano una varilla de hierro que trataba de introducir a la fuerza entre los labios del fallecido. Me estaba preguntando qué pretendía cuando (y apenas me atrevo a recordarlo), sonó un fuerte crujido, como un rayo. Nunca olvidaré el sonido que produjeron las rígidas mandíbulas de Periandro cuando Hipócrates logró, finalmente, abrirlas: era como el de la vara de una lanza que se rompiera durante la batalla. La varilla había resultado ser algún tipo de palanca. Me estremecí y la sangre me subió al rostro, pero Hipócrates se limitó a mirarme sin comprender y a comentar que la rigidez tras la muerte siempre es particularmente intensa en los deportistas, debido a que los músculos son más fuertes. Exploró entonces sin mayores miramientos la faringe y la boca de Periandro, para lo cual introdujo los dedos tan profundamente en la garganta del cesado como le fue posible. No obstante, eso no fue suficiente para él, por lo que se volvió hacia su bolsa de instrumentos, rebuscó en ella y finalmente regresó con lo que parecían ser unas tenazas largas y finas.

—Unas pinzas —exclamó Hipócrates, sujetándolas en alto para que pudiera verlas.

Me sonrió con intención de darme ánimos, después introdujo el instrumento en la boca de aquel cadáver tan digno de compasión y comenzó a removerlo y a hurgar.

—Ya lo tengo —fue su comentario final cuando extrajo un pedazo de papiro arrugado casi del tamaño de un puño de la garganta del muerto y me lo ofreció con las pinzas.

La repugnancia que sentí me impidió aceptarlo, pero Hipócrates me dio a entender que él había tenido que tocar cosas lo largo de su vida, sobre las que yo nunca tendría que poner un dedo. Así pues, me armé de valor para coger el papiro, lo tomé con toda la firmeza de la que fui capaz en ese momento y vi, para mi sorpresa, que tenía algo escrito. ¿Qué más podía hacer? Desdoblé la hoja, la limpié con un paño que Hipócrates me tendía y la alisé.

Observé detenidamente el papiro durante un buen rato hasta que lo entendí. Lo que sostenía en mis manos era el fragmento de algún libro. Aquel pedazo de papiro

tenía los extremos deshilachados, la tinta aparecía corrida por varios puntos y, en su conjunto, sólo podían leerse un par de frases. Ojeé rápidamente aquellas líneas, y con igual premura escondí el mensaje en mi manga. El médico frunció el ceño.

—¿Has encontrado lo que querías que buscara? —me preguntó.

—Puede —contesté con suavidad—, aún no lo sé. ¿Y tú? —le devolví la interrogación—, ¿has encontrado lo que buscabas?

—¿La causa de su muerte? Sí, la he encontrado. Nuestro campeón olímpico murió ahogado, no cabe ninguna duda. Primero le golpearon la cabeza desde atrás, probablemente con un bastón duro con empuñadura metálica, o con una vara. Eso le dejó sin sentido, pero no acabó con él. Conozco bien este tipo de heridas, he escrito un tratado sobre lesiones craneales. ¿Lo conoces? ¿No? Si quieres puedo...

Negué con la cabeza.

—¿No? Bueno, está bien. Después de eso, le introdujeron profundamente y a la fuerza el papiro por la garganta, y le mantuvieron la boca cerrada hasta que dejó de respirar. De ahí provienen las pequeñas hemorragias que has visto. Si lo hubieran estrangulado, la sangre habría quedado estancada y habría muchas más.

—Pero la asfixia es una muerte horrible —objeté—. ¿No trataría de defenderse y golpearía a su alrededor en plena agonía?

—En este caso, no —repuso Hipócrates—. El golpe en la nuca fue muy fuerte, por lo que se encontraba ya fuera de combate. Además, estaba borracho. Muy borracho, probablemente.

—¿Borracho? ¿Por qué lo dices? —inquirí incrédulo.

—Ven aquí —me pidió. Yo le obedecí a regañadientes—. Aquí, inclínate y huele —hice lo que me pedía y... de repente, y aunque el cuerpo ya exudaba aquel olor tan típico de los muertos, percibí por debajo el aroma del vino resinoso.

Le pedí a Hipócrates que no le hablara a nadie de esta investigación y de sus conclusiones, y él me prometió que no lo haría. Volvimos a vestir a Periandro y, una vez concluimos la labor, Hipócrates le cerró la boca atándole una venda en torno a la mandíbula y la cabeza, que posteriormente anudó.

—Apenas se nota que haya tenido que romperle la mandíbula, ¿no te parece? —preguntó. Yo asentí y sonreí, tenso.

Le pagué diez dracmas a Hipócrates como honorarios. Era mucho dinero, pero no quería contraer deudas con Asclepios y sus protegidos. El médico me dio las gracias y me obsequió con una taleguilla de cuero en la que podría guardar y transportar el papiro.

—Deberías lavarte las manos —me aconsejó al despedirse. Después, cogió su bastón y se marchó, aparentemente alegre y optimista.

Me quedé solo en el cuarto del difunto. Allí yacía ante mí alguien amado y respetado como pocos. Era hermoso, joven y rico, pero a pesar de todo, le habían matado. ¿Fue por odio? ¿Por amor? ¿O únicamente por un valioso anillo? Aún quedan hombres en Atenas capaces de asesinar por una sola moneda de cobre,

agazapados siempre junto a los caminos, con la boca destrozada, pues muchos ocultan el oro entre los dientes y las mejillas. ¿Por qué no iban a matar por un anillo? Pero entonces, ¿qué significaba el pedazo de manuscrito y la muerte atroz?

Me abrí la manga y saqué el papiro, para leer lo que aún podía descifrarse:

No puedo aceptar que los atenienses hayan escogido la forma de estado que tienen ahora, pues han dado preferencia a los infames por delante de los nobles...

Ocurre en cada lugar, que todos los hombres partidarios de la nobleza son contrarios a la democracia... Pues cuidan... hacer el bien... Sin embargo, el pueblo gobierna desde la ignorancia y la debilidad: la pobreza lo empuja al crimen.

Capítulo 3



BAJÉ HASTA EL PATIO INTERIOR, DONDE AGUARDABAN sentados Licón y Critias. Estaban conversando. Critias parecía bromear; se reía y le daba golpecitos amistosos a Licón, que sonreía. Sentí una punzada en el corazón.

Critias mudó de rostro cuando me vio. Volvió a adoptar esa expresión rígida y soberbia que lucía cuando me había recibido, justo antes de percatarse de la presencia de Licón. No se veía a los padres de Periandro por ninguna parte, y durante un momento creí oír un suave sollozo que llegara al patio desde la casa, pero no estaba seguro.

No quise seguir perturbando el duelo de la familia, por lo que le pedí a Critias que se disculpara en mi nombre ante los progenitores del atleta y, seguidamente, abandoné con mi amigo aquella casa desgraciada.

Ante la puerta se encontraban los gálatas, inmóviles en sus puestos. Nuestro cochero aguardaba, cuidando de los caballos, sentado bajo un ciprés. El hombre del rostro mutilado parecía no haber intercambiado ni una sola palabra con los guardias. Cuando nos vio, se levantó con cierta apatía.

—De vuelta a la ciudad, de inmediato —le ordené, a la vista de que tampoco se apresuraba enganchando los caballos.

—Vaya, ¿de repente hay prisa? —refunfuñó a media voz.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Nada, señor —respondió sarcásticamente.

Nos llevó de vuelta al ágora, que finalmente se encontraba repleta de gente. Era ya por la tarde, la hora del día favorita de los atenienses, y todos acudían en masa, abandonando casas y callejas, hacia la plaza del mercado. En ella se encontraban bárbaros y helenos, esclavos y señores, metecos y atenienses, mujeres casadas, hetairas y prostitutas, que acudían a sus negocios o a sus diversiones; en ocasiones, honrosos; en otras, no. El ágora no era meramente la plaza del mercado, sino también el corazón de la vida de la ciudad, y la de Atenas no era la de una ciudad cualquiera: era el corazón más potente de Grecia. En él se encontraba el bazar y los puestos de los mercaderes, el manantial público en el que las mujeres recogían agua y chismorrear, los templos de Apolos, Zeus y Ares, los edificios administrativos y la sala de reuniones del consejo, la casa de la moneda, la biblioteca y, finalmente, la estoa, nuestro patio columnado y principal punto de encuentro de los ciudadanos, de los políticos, de los poetas y los oradores.

Después de que el conductor nos hubiera dejado, le pregunté a Licón que era lo

que Critias había querido de él.

—Nada, sólo fue amable conmigo. Eso es todo —respondió.

—Quizá fue excesivamente amable contigo —exclamé.

Licón comenzó a sonreír con picardía.

—¿Ahora eres tú el que está celoso? —preguntó con coquetería, y puede que con algo de razón, aun cuando yo no pudiera reconocerlo.

—No, no lo estoy —negué—, pero me gustaría que te mantuvieras alejado de Critias. Es un hombre peligroso.

—¿Por qué debería mantenerme alejado? Es sólo un adulto simpático, amable y divertido —protestó Licón.

—Hablas de él como si ya lo conocieras de antes —remarqué con desconfianza.

—¿De dónde podría conocerle? —respondió mi joven amante—. Ves fantasmas donde no los hay.

Guardé silencio y miré directamente a Licón. Apenas tenía trece años pero era casi tan alto como yo. No tardaría en llegar a la edad en la que dejaría de llamar la atención de los hombres: sobre su labio superior aparecía ya una pelusa oscura, y el vello de sus piernas se iba volviendo poco a poco más denso.

Por el momento, seguía siendo muy bello, con su cuerpo menudo, sus rizos cortos y sus pestañas largas sobre los ojos oscuros, que él sabía batir de forma inocente, como si lo hiciera sin pensar, pero todo eso no duraría. ¿Le habría preparado bien para su vida como hombre adulto, tal y como era mi obligación como amante de mayor edad?

Compré para nosotros una fuente de nueces y de higos dulces caramelizados en miel. No quería discutir, y le pedí a Licón que comiera algo conmigo. Nos sentamos sobre los escalones del templo de Ares, disfrutamos de los frutos y observamos la actividad de la gente.

—¿Sabes quién es Critias? —le pregunté tras unos momentos.

—No —respondió Licón encogiéndose de hombros.

—Es el cabeza de la que es la familia más rica de Atenas, pero no son sólo eso, también es la familia a la que pertenecían los antiguos reyes. ¿Lo entiendes?

—Sí, ¿y? —respondió Licón, sin ser del todo sincero.

—Lo que quiero decirte es que, desde el punto de vista de esa familia, Atenas les pertenece.

Licón asintió, pero no me escuchaba. Resultaba evidente que la conversación le aburría. Contemplaba indiferente la plaza mientras escupía pedazos de cáscara. Quizá aquel no fuera el día adecuado para hablar de la democracia en Atenas. No podía negarse que una Atenas que había erigido como gobernante a Alcibíades no era el mejor de los ejemplos, pero Licón debía al menos saber quién era aquel Critias que había estado coqueteando con él. Iba a insistir cuando un par de jóvenes de la edad de Licón pasaron frente a nosotros. Nos miraron, o quizá, se centraron más bien en mi hermoso amigo, y nos preguntaron si queríamos acompañarlos. Iban al teatro de

Dionisos, al otro lado de la Acrópolis, donde iban a tener lugar los ensayos de una obra satírica que querían ver a escondidas.

—No, ve tú —le dije a Licón, que miraba a sus compañeros con ansia—. Yo tengo que trabajar de todas formas.

Apenas había dicho esto, se despidió con un frugal beso en mi mejilla y salió corriendo de un salto. Me comí el resto de las nueces, devolví el plato y marché a casa de mi tío.

Raios poseía una de las casas más hermosas del barrio de los artesanos, justo junto al templo de Hefesto, que ese gremio local mantenía con sus contribuciones. Tenía dos pisos y estaba encalada en blanco igual que las demás viviendas de la zona, pero era el doble de grande y constituía la envidia de todo el vecindario. Raios tenía en el sótano su tienda y su taller, protegidos de la codicia ajena por una puerta de roble, ventanas enrejadas y fornidos esclavos. Tenía empleados como ayudantes a cuatro orfebres y a sus hijos: ninguno de ellos era ciudadano de pleno derecho, por lo que no podían abrir negocios propios sin pagar un impuesto adicional, pero no los trataba mal.

—Nicómaco, querido hijo mío —me saludó al entrar a su tienda. Era gordo y bajo, pero extraordinariamente vivaz. Aunque ya anciano, correteaba como una ardilla y era astuto como un zorro. Me abrazó y me besó sonriente.

—¿Qué tal están mis nietos? —era siempre lo primero que preguntaba, aunque solía verlos a los dos casi a diario.

Si algo le había faltado en esta vida, según me contaba mi mujer, era haber tenido algún hijo varón, y eso le producía un gran pesar. Sin embargo, ella le había compensado dando a luz a nuestros dos hijos, pues quería mucho a su padre. Raios me miraba con ojos tan radiantes como inteligentes. En su mejilla nacía una verruga.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío? —esa era la segunda pregunta en nuestro ritual de saludos que siempre se repetía.

Normalmente yo respondía que ya había hecho suficiente por mí con la dote de Aspasia, a lo cual él contestaba con una fuerte risotada, sin embargo, aquel día le expliqué que realmente necesitaba su ayuda. Raios me tomó del brazo y adoptó un gesto serio.

—Elaboraste un anillo para Periandro, el campeón olímpico —comencé, a lo que él asintió.

—Ha sido asesinado y el anillo ha desaparecido. Quiero que mi gente busque la joya, porque donde ésta esté, estará también el asesino. Necesitaría un dibujo o un boceto que le pudiera enseñar a mis hombres, para hacer más fácil la investigación. ¿Tienes algo así que me pueda servir?

Raios hinchó los carrillos y después se rió.

—Tengo algo mucho mejor —dijo con energía—. ¡Tengo una copia!

Desapareció rápidamente por la parte trasera del taller, en donde se encontraba su

almacén. Poco después regresó triunfante, portando en sus manos un anillo.

—Míralo —dijo—; cuando terminé el anillo, me gustó tanto cómo había quedado que a duras penas me decidí a entregarlo, por lo que, sin perder tiempo, extraje una copia en bronce. En lugar de la perla, he colocado un guijarro negro. Este anillo es increíblemente parecido al original.

Raios me colocó la pieza en la mano.

—Para ti, hijo mío. ¡Espero que el anillo te sirva de ayuda!

Capítulo 4



YA HABÍA OSCURECIDO PARA CUANDO PUDE PONERME EN camino hacia mi casa. Raios no me dejó marchar hasta después de haber cenado y haberle narrado al menos una parte de mi encuentro con Alcibíades y Critias. Estaba preocupado, y no sin razón, pues me encontraba entre dos fuegos y no era difícil salir mal parado. Me aconsejó que no confiara en nadie ajeno a la familia, y que no me dejara mangonear.

La noche era oscura, alumbrada únicamente por un fino retazo de luna creciente. No se veía nada a dos pasos de distancia, por lo que no se podía más que ir adivinando dónde se ponían los pies. Si Periandro había pasado por la Puerta de Itonia en su camino a casa, algo de lo que yo no tenía duda alguna, debía haber llevado consigo algún farol o antorcha para no perderse, y sin embargo, no se había encontrado ni lo uno ni lo otro junto a su cuerpo. Por supuesto cabía la posibilidad de que alguien se los hubiera llevado, pero también era posible que no se hubiera encontrado solo, y que fuera su acompañante quien portara la luz. Pero de ser el caso, ¿qué fue de esa persona?

En esos pensamientos estaba yo sumido cuando me di cuenta de que se oían pasos tras de mí. ¿No hacía ya un buen rato que me acompañaba aquel sonido? En cualquier caso, ¿no era demasiado tiempo como para que un paseante nocturno hubiera coincidido conmigo por casualidad? Yo no llevaba ningún arma encima: como Licón me había traído la llamada de Alcibíades a mediodía, no había tomado ni mi espada ni mi arco, y ahora me arrepentía. ¿Se iban aproximando aquellos pasos? Mi perseguidor debía haber acelerado la marcha. ¿Por qué tanta prisa? No tardaría en alcanzarme, ya podía oír su aliento. Me deslicé rápidamente por la siguiente esquina y me escondí en un portal. El extraño siguió hacia delante. No dudó ni un segundo ni intentó ir tras de mí, sino que sus pasos se perdieron por el callejón del Cerámico. Debía tener un aspecto tan aterrorizado como Licón había indicado.

Me alegré cuando finalmente me vi iluminado por la lámpara de aceite del patio interior de nuestra casa, donde me aguardaban Aspasia y mi padre. Los dos me abrazaron aliviados, si bien mi esposa lo hizo de una manera que revelaba que aún no había olvidado su enfado por la aparición de Licón aquella mañana.

Nos sentamos en torno a la sencilla mesa que teníamos colocada en nuestro jardín tanto en verano como en invierno. Allí me esperaba un plato de torta de pan, bacalao seco y fruta. A esto había que añadir vino resinoso y agua fresca. El pan aún estaba caliente, por lo que Aspasia debía haberlo cocido hacía poco en los márgenes de la

lumbre. Así pues, me dispuse a comer. Por supuesto mi esposa y mi padre no podían permanecer ajenos a la historia de mi día, por lo que se la narré con todos los detalles. También mencioné el papiro, que mi padre me pidió que le mostrara. Lo sostuvo bajo la luz de la lámpara colocada sobre la mesa y lo contempló con repulsión.

—¿Sabes lo que puede ser esto? —le pregunté.

Él agitó la cabeza lentamente y se sumió en profundas reflexiones. Me di cuenta por la manera en que afiló los labios y comenzó a carraspear, una costumbre que conservaba desde siempre pero que se había agudizado con la edad. Se estaba haciendo mayor, y era algo de lo que ya me había percatado antes. La cabeza bronceada había perdido casi todo el pelo, tenía la piel curtida por el sol y el mar, de sus tiempos como hoplita, y los brazos y las piernas se le habían vuelto finos y delgados. Sin embargo, seguía siendo un hombre inteligente, el antiguo juez del mercado que no se dejaba engañar con facilidad.

—¿Y no había ningún guardia en la Puerta de Itonia? —preguntó, mientras en su mano sostenía aún el papiro.

—No, en épocas tranquilas la dejamos sin vigilancia y sin clausurar. Los que custodian la Puerta Diorneia deben controlar de vez en cuando que todo esté en orden.

Mi padre carraspeó y se concentró de nuevo en la hoja que tenía en las manos.

—Da la impresión de que lo arrancaron de un libro caro —dijo, tras un instante—. El papiro es fuerte, de buena calidad. La escritura es obra de un copista habilidoso, puede que de un escribano oficial...

—Eso pensé yo también. Tenía la esperanza de que estas líneas te recordaran a algo que hubieras leído alguna vez.

—No, lo siento. No me dicen nada. Sin embargo, conozco a alguien que podría ayudarte. Ha leído cada libro que se haya escrito.

—¿Te refieres a Sócrates? —pregunté, aun teniendo clara la respuesta, pues mi padre veneraba a este hombre casi tanto como a Pericles.

—Sí, hablaba de Sócrates —repuso mi padre entusiasmado—. ¿Sabías que el Oráculo de Delfos lo señaló como el hombre más sabio de entre todos los atenienses?

—Sí, padre, lo sé. Ya me lo has contado —de hecho, había perdido la cuenta de las veces que mi padre me lo había relatado.

Aspasia intentó reprimir una sonrisa excesivamente burlona.

—Únicamente me preguntaba cómo es que has llegado a creer que es verdad —repliqué para espolearle.

—Porque conozco a Sócrates. Un hombre sincero como ningún otro —respondió mi padre con cierta frialdad.

—¿Y de verdad crees que es sabio declarar ante los atenienses que es más listo que ellos? —señalé, punzante.

Mi padre no supo qué responder a eso. En su lugar, carraspeó ofendido.

—¿Qué es lo que pone? —preguntó Aspasia señalando el papiro.

Al igual que la mayoría de las mujeres, no sabía leer. A pesar del sonoro nombre que le había dado, Raios no había considerado necesario enviar a su hija a un profesor que le hubiera enseñado a leer y escribir. La veneración que sentía por Pericles y su segunda esposa no había llegado tan lejos.

Le leí el párrafo, con intención más que nada, de reconciliarme con ella, y ella me escuchó con atención. Al igual que a mí, le llamó la atención aquel giro que hacía referencia a cómo la pobreza arrastraba al pueblo a la delincuencia.

—¿Y con esto asfixiaron a Periandro? —preguntó.

Asentí y ella se apoyó en el respaldo de la silla, con la mirada oscurecida.

—¿Por qué el asesino se tomó tantas molestias? —se cuestionó mi padre, que volvía a tomar parte en la conversación—. Es decir, ¿por qué no se limitó a darle una paliza? ¿Por qué tuvo que ahogarle taponándole la tráquea con ese manuscrito?

—¿Quizá como advertencia para otros? —aventuré.

—Es posible —concedió mi padre—, ¿pero cómo podía estar seguro de que encontrarían el papiro? —era una pregunta justa, con una respuesta clara.

—No, si no hubiéramos llamado a Hipócrates para que examinara el cuerpo, nadie habría descubierto nunca el papiro.

—Quizá querían callar a Periandro para siempre —sugirió mi padre, tomando un sorbo de su vaso—. Debía guardar silencio tanto aquí como en el Hades, eso es lo que el asesino quería decir, si no a los hombres, tal vez a los dioses —le brillaron los ojos con el mismo fulgor de la lámpara de aceite.

Aspasia cogió un higo de mi plato y le dio vueltas entre los dedos, delgados y bronceados. Su semblante era serio, con el rostro tenso y ensimismado. Aunque entre ellos no había ningún parecido, la expresión de mi esposa se asimilaba a la que mi padre había lucido cuando le había explicado mi misión.

—No creo que el asesino nos quisiera decir nada, ni a nosotros, ni a los dioses —replicó ella, algo con lo que siempre irritaba a mi padre—. Si le hubiera acuchillado, tampoco habría ningún mensaje en ello. Yo veo algo distinto: veo rabia, una rabia irrefrenable desatada contra Periandro, y que está ligada al papiro. El asesino quería decirle algo a Periandro. Quería decirle que debía morir ahogado por culpa del papiro. Ese era su mensaje, dirigido únicamente a Periandro. Sólo a él —volvió a dejar el higo en la fuente.

En algunas ocasiones, la voz de Aspasia no admitía réplicas, y esa era una de ellas. Yo estaba seguro de que mi esposa tenía razón: lo que había ocurrido tenía que ver únicamente con Periandro. Mi padre afiló los labios y carraspeó. Yo sabía que en su interior, contra su voluntad, también estaba de acuerdo, pero nadie dijo nada más. El silencio reinó en nuestro jardín. Un par de libélulas alzaron el vuelo. En un árbol del vecindario, un mochuelo lanzaba su llamada.

El vino me adormeció, y Aspasia y yo nos dirigimos a nuestro dormitorio. Encendí una lámpara, cuya suave luz apenas llegaba hasta el techo, y me lavé la cara,

los pies y las manos antes de tenderme junto a mi esposa. Estaba tendida de espaldas a mí, como durmiendo, aunque su respiración era demasiado superficial como para engañarme. Sabía que siempre necesitaba algún tiempo hasta relajarse del todo. Con cuidado, me acerqué y le besé en el cuello y los hombros.

Siguió durmiendo.

La abracé con fuerza, presionando mi pecho contra su espalda. Adoro su piel sin medida desde el mismo día que la conocí.

Ella no se movió.

Entonces, presioné mi miembro contra sus nalgas con una lascivia tan innegable como imposible de disimular.

Aquello fue demasiado para ella. Se volvió hacia mí y me preguntó si de verdad pensaba que podía ir a molestarla después de haber pasado toda la tarde con mi lujurioso efebo. Agregó que yo le repugnaba, que olía a Licón, y que probablemente tampoco tardaría mucho en ponerme a pensar de nuevo en las posaderas del muchacho.

Conocía a Aspasia y la adoraba, pero ¿cuántas veces habíamos tenido ya esta discusión? Yo intentaba explicarle que el amor que un hombre siente por un muchacho no es igual que el que siente por su esposa, que no tienen nada que ver, que el amor de los efebos sirve al propósito de educar a los jóvenes para iniciarlos en el mundo de los adultos, mientras que el amor a las mujeres, por el contrario, busca la procreación y la supervivencia de la estirpe.

Sin embargo, ella no lograba comprenderlo.

Con qué frecuencia tuve que afirmar que un amante responsable no hacía de ninguna manera con su erómeno lo que ella suponía.

No me creía ni una palabra.

En una ocasión le recordé incluso al propio Zeus, que amaba tanto a su Ganímedes como a su Hera.

Aspasia, loca de celos, me tiró un jarrón. Tomar a Zeus como ejemplo de marido amoroso no había sido una idea particularmente buena.

Así pues, en esta ocasión intenté algo distinto. Le juré que la mención a Licón no me interesaba, que sus caricias nunca habían significado nada para mí. Le aseguré que hoy solamente me había acompañado en el camino, proclamé que apenas le había visto y concluí con que, en cualquier caso, Licón ya no se sentía tan unido a mí. En realidad no éramos más que compañeros y amigos, si bien con cierta diferencia de edad, y aquello no era nada por lo que ella tuviera que sentirse celosa. En conjunto, era casi verdad.

En esta ocasión, mis palabras no cayeron en saco roto. Aspasia se calmó en mis brazos, y me di cuenta que mis promesas le sosegaban más que mis caricias. La piel de mi esposa brillaba suavemente bajo mis dedos. Olía como la flor del granado. Su cabello negro caía en blandos rizos sobre la almohada, tendido, igual que ella ante mí... Sus besos sabían a miel y vino.

Me esperaba y acudí. La luz arrojaba contra la pared las sombras de nuestros cuerpos que se unían en la oscuridad. La respiración de Aspasia creció, embriagándome. En sus ojos vi que se rendía a mí, y yo me rendí a ella.

Permanecimos despiertos y abrazados durante largo rato. Conforme nuestra pasión se fue extinguiendo, noté en ella la aflicción.

—¿Qué te ocurre, mi amor? —le pregunté.

—Tengo miedo —respondió.

—Yo también —exclamé—. Es una situación peligrosa. Me encuentro entre dos fuegos, si me acerco mucho a alguno de ellos, estoy perdido.

—¿Tan peligroso es?

—Sí, así es.

—Bien —repuso—, entonces mañana lo prepararé todo para poder abandonar Atenas en cualquier momento. Sé prudente y vámonos antes de que sea tarde.

—Si la dejara yo solo no os ocurriría nada. Podrías quedarte con tu padre —protesté.

—Pero yo nunca dejaría que te fueras solo —respondió ella, y supe que en esa ocasión no admitiría réplica.

Capítulo 5



MIS DOCE SUBOFICIALES ESTABAN YA REUNIDOS y esperando en el atrio cuando, a la mañana siguiente, poco después de la salida del sol, entraba yo en el edificio principal del cuartel. Compartían conmigo la misión de salvaguardar la seguridad y el orden de la polis. Vigilábamos las calles, las plazas y los edificios públicos de la ciudad; manteníamos la paz en los juicios y asambleas populares; las prisiones y los presos estaban bajo nuestra supervisión. Yo sabía que no había nada en toda Helias que pudiera compararse con los toxotai, ni en Esparta o Tebas, ni en Corinto o Creta.

Nuestro cuartel consistía en tres edificios de ladrillo, alargados y sencillos, y un bloque principal de un volumen ligeramente mayor dispuesto en torno a un campo de maniobras. En el edificio principal había una escribanía, una sala de armas y un almacén de provisiones, mientras que los aledaños estaban destinados a las tropas y los caballos. El cuartel se encontraba dentro de los muros de la ciudad, entre la Colina de las Ninfas y la Puerta del Pireo, puesto que el centro era, como dicta la lógica, la zona de Atenas que debíamos vigilar con mayor atención, si bien el Pireo, con sus tres puertos, y el antiguo embarcadero del Falerón, pertenecían también a nuestra jurisdicción.

Los rostros de mis hombres aparecían grises como la mañana. Sabían bien que yo debía tener buenos motivos para congregarlos a hora tan temprana, y les quedaban aún menos dudas al saber que debía mostrarles algo. Así pues, no tardé en abordar la cuestión.

—Hombres míos —comencé—, se ha producido un asesinato que pondrá en peligro a toda la polis, y nosotros debemos encontrar al asesino. Ayer por la mañana encontraron muerto a Periandro, el campeón olímpico, al que todos conocíais, en la Puerta de Itonia. Tuvo un final cruel. Lo derribaron y asfixiaron. Sabemos con certeza que los hechos se produjeron la noche anterior, probablemente en ese mismo lugar. Alcibíades nos ha ordenado buscar al asesino, encontrarlo y ponerlo en manos de la familia de Periandro. La paz dentro de estos muros depende de ello.

Hice una breve pausa y miré a mi alrededor. Mis subordinados me escuchaban, tensos. Ni uno sólo de ellos perdía la atención. Continué.

—Periandro llevaba siempre un anillo en el dedo. Tengo aquí una copia, que haré circular entre vosotros. Mostrádselo a vuestros hombres. Buscad el anillo, primero, entre los ladrones, luego entre los contrabandistas, y si no lo encontráis allí, entre los artesanos. Traedme al cuartel a todo aquel que haya puesto sus manos en la joya.

Retenedlo hasta nueva orden. Esa será la misión de vosotros cinco —entonces señalé a los primeros de los suboficiales que se encontraban ante mí—. Vuestras tropas, por el contrario —y con esas palabras me refería a dos de mis capitanes—, vuestros hombres interrogarán a todo aquel que viva, trabaje o tenga alguna relación con la Puerta de Itonia, y muestre algún rasgo sospechoso. No os olvidéis de vigilar la Puerta Diorneia. Preguntad a todo aquel que pase por allí de noche. Preguntad si se han encontrado lámparas o antorchas. Periandro debía llevar consigo algún farol, pero no había ninguno junto al cadáver. Puede que alguien le acompañara, no lo sabemos. ¡Tomad a todos los hombres de vuestras unidades de los que podáis prescindir sin poner en riesgo la seguridad de la ciudad! —los capitanes asintieron.

—A todo aquel al que no le haya dado algún encargo específico —dije, dirigiéndome al grupo restante—: haceos cargo de las obligaciones normales de los demás.

Ninguna protesta, ninguna pregunta. Mis hombres habían adoptado un gesto serio mientras hablaba. A todas luces habían reconocido con claridad el peligro que flotaba sobre la ciudad. Se dispersaron, y yo les vi marchar. Reunieron a su gente y dieron las órdenes pertinentes. Llevaban el anillo consigo. Debían mostrárselo incluso al más humilde de los soldados.

Entré en la pequeña escribanía de nuestro cuartel, donde trabajaba, desde hacía ya más de diez años, un meteco llamado Misón. Había nacido en Pella, pero siendo niño se había trasladado a Atenas con sus padres, donde aprendió el arte de los escribas y trabajó en numerosas administraciones. Aunque sus cabellos ya estaban grises; su espalda, encorvada por la postura, y sus falanges se habían vuelto delgadas y finas, aún se movía con más viveza de lo que uno le creería capaz. Le mostré el papiro y escuché como, al igual que mi padre, alababa la calidad del material y la belleza de la escritura, si bien tampoco fue capaz de decirme su origen, y mucho menos quién pudo haberlo escrito. Sin embargo, señaló que sólo un escriba profesional podía darle una curvatura tan regular a la escritura, pocos particulares conseguirían ese resultado.

Le pedí a Misón que me hiciera un duplicado del texto para no tener que llevar el original conmigo todo el tiempo, y observé con qué seriedad y cuidado colocaba un segundo papiro ante sí, elegía un junco de encima de su mesa, lo afiliaba e iba repartiendo la tinta sobre la hoja con mano segura. Una vez estuvo seco el papiro, enrolló el breve texto y lo tendió hacia mí. Guardó, no obstante, una copia a su custodia. Después de eso me dirigí a ver al hombre que mi padre consideraba como el más sabio de nuestra ciudad. Las opiniones que circulaban en torno a Sócrates eran bastante divergentes. Unos, entre los que se contaba mi padre, lo admiraban por su sinceridad y su sentido común. Otros le creían un viejo inútil que hacía perder el tiempo a hombres y dioses con preguntas sin sentido. En una ocasión, Aristófanes lo había representado en una comedia, y media Atenas había acabado doblada de la risa ante aquel anciano tan gracioso. Sócrates no lo consideró algo por lo que molestarle, se limitó a acudir a la plaza del mercado y preguntar: «¿Qué es verdad? ¿Qué es

virtud?». Pues lo que más le gustaba era pasar largas tardes hablando con quien quiera que decidiera escucharlo, ya fuera un pescadero o un profesor.

He de admitir que mi percepción de Sócrates era contradictoria. Generalmente confiaban en el juicio de mi padre sobre las personas, pero desde que una vez le vi permanecer toda una tarde de frío invierno descalzo e inmóvil sobre un charco, me resultaba imposible asegurar que no se tratara simplemente de un loco. En cualquier caso, procuraba evitarlo y cuando le veía, ocasionalmente, de la manera en que la gente se encuentra en Atenas de vez en cuando, le saludaba y no me dejaba enredar en ninguna conversación. Tampoco me creía la historia del Oráculo, aunque mi padre jurara que conocía al amigo de Sócrates que le había preguntado por el hombre más sabio de Atenas. Si hubiera sido alguno de sus enemigos a quien la Pitia, en pleno trance, hubiera dado como respuesta el nombre de Sócrates, y después lo hubiera divulgado por Atenas, entonces la cuestión sería distinta; pero tal y como lo presentaban...

El sol iba subiendo, haría calor. El gris del cielo matinal mudaba al despiadado azul de la tarde. «Flechas de Apolo», así es como llamábamos a los implacables rayos del sol de verano que nos recluían en las sombras. También el día de hoy prometía calor, calor seco y duro.

El primer lugar en el que busqué a Sócrates fue en el ágora pero no lo encontré allí, algo que me sorprendió, pues era su lugar favorito. Fui a ver a Simón, el zapatero, cuyo taller se encontraba justo frente al edificio del Tholos, donde con frecuencia podía verse a Sócrates. Cuando las congregaciones salían del Tholos para comer, el anciano solía abordarlos desde el taller y enredarlos en una de sus terroríficas conversaciones... Simón era de la edad de mi padre, y yo lo conocía desde mi niñez. Me saludó de forma amistosa, pero tampoco él había visto a Sócrates en todo el día. Me aconsejó que lo intentara en su casa, me describió el camino y mencionó a la mujer del sabio elaborando un gesto muy descriptivo.

Sócrates residía en una casa sencilla, situada en un callejón estrecho cerca del camino a Eleusis. Era un barrio humilde en el que habitaban principalmente obreros de la construcción, e igualmente el padre de Sócrates, por lo que yo sabía, había sido cantero. No tardé en encontrar una vivienda sobria y blanca, con las contraventanas y la puerta azul, estrechamente unida a la casa contigua y con aspecto de haberse encalado recientemente. Cuando llamé preguntando por Sócrates, asomó la cabeza una mujer joven y bella, de aspecto vivaz.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó, sin demasiada cortesía.

—He de hablar con Sócrates, ¿está aquí? —respondí, con amabilidad igualmente escasa.

—¡Mi marido no tiene tiempo hoy para parloteos! —repuso en un tono un tanto áspero, mientras se disponía a cerrar de nuevo la ventana.

¡Pretendía dejarme así! Afortunadamente llevaba aquel día el arnés de cuero en el que se precisaba mi cargo y mi rango.

—Escucha, mujer: soy Nicómaco, capitán de los toxotai. Tengo que hablar ahora mismo con tu marido. Será mejor que lo llames porque no vengo con ganas de parlotear —ordené con tono cortante. Entonces, se abrió la puerta frente a mí.

—¡Oh, Nicómaco! ¡Cuánto me alegro de verte! —me saludó Sócrates, rozando la exaltación cuando salió a mi encuentro en la calle—. Jantipa, amada mía —exclamó, dirigiéndose a su mujer—, los asuntos que han traído a Nicómaco hasta mí son importantes. Daremos un paseo. Te ayudaré por la tarde, las labores pendientes no se van a marchar corriendo.

Antes de que ella pudiera contestar, el sabio me agarró del brazo y me llevó lejos de la casa.

—Me alegro de que me hayas sacado de allí —me susurró al oído tras un par de pasos—. Le había prometido a mi esposa que removería hoy con ella la tierra de nuestro pequeño jardín, pero en realidad no hay nada que me guste menos en esta vida que la jardinería.

Así fue como le conocí. Tenía ya por aquel entonces más de sesenta años, y era un hombre bajo pero robusto, con nariz de púgil, rostro amplio, labios gruesos y una barba poblada que le llegaba hasta el pecho. Casi nadie esperaría que un anciano tan poco agraciado tuviera una esposa tan hermosa como la que en ese instante cerraba la ventana con un sonoro portazo. Bajo esas circunstancias, se veía obligado a soportar el variable humor, a veces bueno, a veces malo, de su joven cónyuge.

Sócrates vestía exactamente igual que cada vez que le había visto: con un manto de lana grueso y gris, que llevaba unido por los hombros con un sencillo nudo; descalzo y sin sombrero. Daba la impresión de que nada en este mundo le preocupaba menos que su apariencia... Aparte, claro está, de la jardinería.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Nicómaco? —preguntó—. ¿Acaso quieres hablar conmigo de filosofía? ¿Puede ser que la cuestión de qué es la justicia en realidad no le sea del todo irrelevante, o que incluso le parezca importante al capitán de los arqueros?

—Periandro —respondí, sin más.

Sócrates detuvo la marcha.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó preocupado.

—¿No lo has oído? Las malas noticias se propagan por Atenas como si las llevara el viento. Periandro está muerto. Lo asesinaron.

Sócrates cerró los ojos. La alegría se perdió en su rostro, que adoptó una expresión de amargura. Se apoyó un momento en la pared de una casa, como si fuera a caerse, y permaneció así, quieto, como petrificado. La gente que pasaba junto a nosotros observaban al anciano con curiosidad y desconfianza. En alguna parte ladró un perro y lloró un bebé. La muerte llegó a una casa. Seguía cumpliendo con su misión, mientras la vida a su alrededor continuaba su ruidoso devenir.

Me quedé callado junto a él. Seguía con los ojos cerrados, y los párpados le temblaban ligeramente. Movía los labios casi imperceptiblemente, como si hablara

solo. Tardó bastante rato en recomponerse, hasta que finalmente me dio a entender que podíamos continuar.

—¿Querías mucho a Periandro? —le pregunté, después de haber dado los primeros pasos.

Sócrates asintió.

—Era uno de mis pupilos. Significaba mucho para mí.

Proseguimos el paseo en silencio. Instintivamente habíamos tomado rumbo al ágora. La mirada de Sócrates se perdía en la distancia, como si buscara algo en el cielo. Entonces, empezó a contarme cosas y a admitir que, en los últimos tiempo, Periandro le había estado causando mucho dolor. De un día para otro, su carácter, habitualmente jovial y alegre, se había vuelto angustiado, como dividido. Sus preguntas, antaño correctas o incorrectas, directamente dejaron de existir, y las respuestas de Sócrates ya no le satisfacían. Incluso se había apartado de él casi con violencia al establecer que todo lo que en realidad sabía en este mundo es que no sabía nada, y que la capacidad de cuestionarse era la mayor de sus virtudes. «¡Pero eso no es suficiente!», había exclamado Periandro justo antes de abandonar una fiesta que Cármides, un íntimo amigo suyo, había organizado.

—¿Y le preguntaste por sus pesares? —indagué.

—Sí, en reiteradas ocasiones —me respondió—, pero él insistía en que no era nada, que estaba bien. Yo sabía que no era verdad, pero no podía obligarle a confesarse.

—¿Y qué hay de sus amigos? ¿Les preguntaste qué podía ser?

—Exactamente, pero nadie parecía notar nada raro. Cuando Cármides vio la manera en que Periandro se marchaba de su fiesta, lo único que hizo fue reírse y decir que el muchacho tendría penas de amor, que andaría enredado en algún romance inofensivo.

—¿Y era así?

—No, que yo sepa —respondió Sócrates—. Yo tenía la sensación de que se encontraba en una encrucijada de graves consecuencias y por eso preguntaba con tal desesperación qué era correcto, qué era justo y qué reprochable. Quería saber cómo debía comportarse.

—¿Nunca te dio ningún ejemplo?

—No, lo lamento. Se lo pregunté, pero evitaba responder a esa cuestión. Sin embargo, hay algo que sí que sé: en una ocasión le conté una historia. Trataba de un hombre que llevaba a juicio a su propio padre porque había molido a palos a uno de sus esclavos. Lo que el padre había hecho estaba mal, pero la cuestión era si la lealtad a la propia sangre debía estar por encima del bienestar de la ciudad.

—¿Y qué dijo Periandro?

—Se decantó por la ciudad... Pero se debatió durante una semana por la respuesta.

Continuamos hasta que llegamos a la primera estoa. Sócrates saludaba a unos de

forma amistosa, y a otros, burlona. Algunos le ignoraron abiertamente, algo que a él no le importó en exceso. Le pedí que siguiéramos caminando, para dejar la plaza lo antes posible, pues había en ella demasiados ojos y oídos dirigidos a nosotros. Tan pronto como superamos la casa de la moneda continué con la conversación.

—¿Cuándo viste a Periandro por última vez? —pregunté.

—Fue en aquella fiesta, hace dos semanas como máximo.

—¿Y qué hiciste la tarde de antes de ayer? —inquirí, intentado que pareciera algo informal.

—Estaba en casa. Antes de ayer tuve que encalar la fachada. Hacía un año que se lo había prometido a Jantipa, y nunca olvida ese tipo de promesas. Ya has visto cómo es —respondió.

—Parece preocuparse mucho por la casa —comenté, mostrando aprobación—. Es bueno que una mujer sea dinámica y cuide del lugar en el que vive.

—Sí, por supuesto —exclamó Sócrates, pero su voz no denotaba convicción.

Habíamos abandonado el ágora y proseguíamos la marcha hacia la Acrópolis, cuando extraje del arnés que llevaba una de las copias realizadas por Misón de aquel texto de aciago recuerdo.

—¿Lo habías visto alguna vez? —pregunté mientras le daba a Sócrates el rollo.

Tomó el papiro y leyó las primeras líneas en voz alta. Llegó justo hasta el punto en que el desconocido autor aseguraba que la pobreza empujaba al pueblo al crimen, y entonces me devolvió la hoja.

—Sí —dijo Sócrates—, ya había leído esto... En un libro que Periandro me prestó.

—¿En un libro? —repetí—. Entonces, ¿conoces al autor?

—No, me temo que no —replicó—. En su momento se lo pregunté, pero él mismo no sabía quién lo había escrito.

—¿Le creíste?

—Lo cierto es que sí. No es el tipo de libros que haga que su autor se granjee demasiadas simpatías.

—¿De qué trata?

—Si has leído esto, entonces ya lo sabes. Condena la navegación, el acceso de extranjeros a la ciudad y todo lo que Atenas ha producido en los últimos cincuenta años, pero sobre todo la democracia.

—¿Un panfleto oligarca?

—Sí —sentenció Sócrates.

—No parece que te haya convencido mucho —le pregunté, midiendo mis palabras.

—No —respondió—, no de hecho. El autor acertó en algunas cosas, pero las conclusiones finales son repugnantes. La última de estas frases es el mejor ejemplo: «La pobreza lo empuja al crimen». Es simplemente indignante. ¿Cuánta gente humilde hay que no hace otra cosa más que trabajar y criar a sus hijos sin molestar a

nadie? La pobreza no les empuja al crimen. Y si efectivamente hay individuos a los que incite a cometer delitos, como de hecho puede ocurrir (pues quien tiene hambre, tiene hambre sin concesión), ¿acaso no se debería hacer algo en contra de la pobreza?

—Por supuesto —exclamé.

—Es evidente —añadió Sócrates—, pero este autor no tiene en consideración esa conclusión. La pobreza y la riqueza son algo incuestionable para él, de lo que deduzco que es rico.

Solté una carcajada. Sócrates continuó con su reflexión:

—Recuerdo cómo una vez comentó que en Atenas dependíamos demasiado de los extranjeros para el progreso del comercio. Por ese motivo los metecos están protegidos por la ley, mientras en Esparta se puede golpear a cualquier forastero sin peligro. Aquella observación no era del todo errónea, pero la conclusión no deja de ser escandalosa. ¡Como si fuera una virtud golpear a alguien! No es capaz de ver lo que Atenas ha producido: ni a Fidias, ni a Sófocles; esta ciudad puede soportar incluso a un viejo extraño como yo. Sin embargo, Esparta no crea nada aparte de nuevas formaciones de combate.

Mientras Sócrates hablaba, el camino a la Acrópolis se iba volviendo cada vez más empinado, y el aire, más sofocante. Sin embargo, el filósofo permanecía impasible ante el calor y la caminata. Acabábamos de superar el Areópago, y bordeábamos la montaña para alcanzar el gran templo que dominaba el Propíleo. Es una senda sombría, flanqueada de cipreses y pinos hasta la entrada de la Acrópolis. Sócrates dejó de hablar y volvió a ensimismarse. Yo reflexionaba sobre lo que él había dicho de aquel panfleto. Continuamos en silencio hasta que llegamos a la escalera. El sol volvía a arder con toda su fuerza, por lo que aceleramos el paso para alcanzarla cuanto antes. Ya en el propileo, Sócrates señaló la figura de Hermes que recibía a los visitantes en calidad de guardián y protector, y me preguntó si me gustaba.

—Sin duda es un muchacho hermoso —respondí. Sócrates mostró su satisfacción.

Él mismo había dado los últimos toques a la estatua cuando era escultor en el taller de su padre, tal y como me explicó.

Atravesamos la puerta y el vestíbulo, si bien Sócrates lo hizo con mayor ligereza que yo, y tras esto, el Partenón se abrió completamente ante nuestros ojos. El friso relucía azul bajo el sol, mostrando deportes olímpicos en colores brillantes: las carreras de caballos y de carros, la lucha y el pugilato, y el atletismo, la disciplina que dominaba Periandro.

—Siempre había creído que eras enemigo de la democracia —comenté a Sócrates, mientras nos cobijábamos a la sombra del propileo y dejábamos vagar la mirada por los santuarios de la Acrópolis—. ¿No te he oído hablar en muchas sesiones plenarias en las que atacabas al líder del partido democrático?

—Exactamente —replicó—, pero no como alguien contrario al poder del pueblo. ¿No has reparado nunca en la asiduidad con que los jóvenes nobles se erigen como

representantes de la gente humilde sólo para tener voz en asuntos que, al final, sólo a ellos les incumben y, desde luego, no a la gente humilde? Es prácticamente lo primero que aprenden en sus escuelas de oratoria. Las lisonjas ganan con facilidad las simpatías del público, y nada halaga más a los pobres que el que un rico asegure ser uno de ellos. Pues bien, si es de alguien así de quien hablamos, cabe la posibilidad de que llegue yo a tomar la palabra y le atosigue un poco, pero siempre será como amigo, y no como enemigo de la democracia.

Alzó la mano y señaló los tesoros expuestos ante nuestros ojos: el imponente Partenón; el bello Erecteion, con sus figuras de mármol en forma de mujer sosteniendo el balcón del pequeño templo; las incontables esculturas, tabernáculos y altares que santificaban aquel lugar.

—Esto también lo ha creado la democracia —dijo—, y estoy seguro de que dentro de miles de años estos templos y estatuas seguirán maravillando a la gente, aun cuando la pintura que cubre su piel de mármol se haya apagado hace tiempo. Sin embargo, donde hoy se encuentra Esparta, sólo crecerá la mala hierba.

—¿Alguna vez hablaste de esto con Periandro? —inquirí.

—Oh, sí, por supuesto —repuso Sócrates—, prácticamente con las mismas palabras.

—¿Y le convenciste?

—No lo sé. En algunos aspectos sí. La idea de que los extranjeros pudieran vivir desamparados y sin derechos le parecía tan insoportable como a mí, y sin embargo... Sí, me escuchaba y asentía, pero era joven y, quizá, un tanto soberbio. Es posible que creyera que alguien como él, junto con sus ilustrados y cultos amigos, era capaz de gobernar mejor la ciudad que la gente sencilla y humilde que no sabe leer ni escribir. No volvimos a hablar del tema, no obstante. Quizá fue un error por mi parte, pero quise volver su mirada a cosas más importantes. No le veía como un político: era demasiado sincero y demasiado tierno.

—¿Y cómo le veías? —quise saber.

—Pensé que podría ser poeta, después que...

Sócrates enmudeció y se llevó la mano a los ojos. No supe si con ello pretendía protegerse del sol o disimular las lágrimas. Dirigió nuevamente la mirada al Partenón.

—Entonces, ¿entramos? —preguntó, tras observar el templo como si quisiera absorber su visión—. Hacía mucho tiempo que no subía hasta aquí. Me gustaría hacerle una visita a mi querida amiga, ya que estamos frente a su casa.

—Si así lo quieres... —respondí.

Entramos juntos en el templo. La puerta principal estaba orientada a la salida del sol. Sobre las escaleras que guiaban al interior del santuario se encontraban cuatro jóvenes sacerdotes de rostros severos. Les saludamos, pero ellos se limitaron a mirarnos con desconfianza. Dentro del edificio reinaban el silencio y el frío. Nuestros pasos se extinguieron entre las columnatas. A pesar de que no estábamos solos, nadie musitaba ni una sola palabra. Nadie osaba perturbar la calma y la oración de Atenas.

Recorrimos en silencio la antecámara, para después entrar en la celia que albergaba el mayor tesoro de la ciudad y que se encontraba ante nosotros: nuestra diosa encarnada en marfil, delicada e imponente al mismo tiempo. Ocupaba la totalidad de la estancia, hasta el techo. Su cuerpo de doncella estaba salpicado de piedras preciosas, y cubierto con un manto tejido en oro, tan pesado que componía una parte de los fondos de guerra de Atenas. Sobre la cabeza lucía un casco triple muy ornamentado; en la mano derecha portaba al alado dios de la victoria, mientras que a su costado, protegida por un escudo, aguardaba la serpiente, preparada para caer sobre nosotros y devorarnos. Los ojos de Atenea, por el contrario, nos miraban benignos, desde su rostro delicado, que podría ser tanto de un muchacho como de una mujer.

Sócrates se presentó frente a la diosa y se inclinó ante ella con una gracia que yo nunca habría esperado de un cuerpo anciano y algo pesado como el suyo.

Después de que condenaran a muerte a Sócrates, recordé a menudo aquella ocasión en que fuimos juntos a la Acrópolis y me explicó, bajo los ojos de la diosa, que la ventaja de la democracia era que el gobierno popular toleraba la presencia de gente como él. Tan sólo diez años después, dejó de ser así, y acabaron condenándole a tomar un vaso de cicuta por cargos de impiedad. Me consta que lo vació sin pestañear, se dice que, precisamente, por respeto a las leyes de esa democracia, pero también, por lo que sé, por veneración a aquella diosa de la que era ferviente fiel.

—¿Cuándo te dio aquel libro? —pregunté a Sócrates tras abandonar el Partenón.

Pensé que quizá podría haber existido alguna conexión entre el cambio de talante del Periandro y la posesión de aquel panfleto, pero el sabio no resolvió mi duda. Por lo que él recordaba, entre ambos sucesos mediaba un año entero.

Finalmente, comenzamos a hablar de los amigos de Periandro. Ya había mencionado a Cármides, primo de Critias. Era un par de años mayor que Periandro, un piloto hábil que con frecuencia acudía al estadio en compañía del joven atleta. Éste, por contra, no guardaba demasiada relación con el propio Critias. Cuando le pregunté por un tal Aristocles y su hermano Glaucón, de los que me había hablado el padre de Periandro, Sócrates sonrió por primera vez. Por lo que me explicó, el atleta y Glaucón eran meros conocidos que no habían llegado a intimar; si bien Aristocles era, probablemente, el amigo más cercano del joven fallecido. Ambos de la misma edad y con intereses similares, se habían constituido como los más fieles estudiantes de Sócrates. También había sido Periandro quien había otorgado a Aristocles el apelativo que, tan bien le describía, que ya nadie le llamaba por su auténtico nombre, y apenas quedaba quien le conociera por él.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Y cuál es ese apelativo?

Sócrates respondió:

—Platón.

Capítulo 6



HACIA EL MEDIODÍA ME ENCONTRABA YA DE VUELTA en el cuartel. Sócrates y yo nos habíamos despedido a los pies de la Acrópolis: él había vuelto a su exigente esposa, y yo a mis deberes diarios.

Apenas tuve tiempo de respirar antes de que me asaltara un nuevo quebradero de cabeza. Tal y como me había informado Misón, aquel día por la mañana había llegado a puerto en el Pireo un barco mercante de origen persa. Era un escándalo, pues desde nuestra victoria bélica, el Egeo había quedado completamente vedado para aquella flota oriental. Sin embargo, el salvoconducto de la nave parecía válido. El capitán había mostrado un permiso avalado por el propio Alcibíades y, sin más, había pagado las tasas portuarias. Sin embargo, desde el amaraje del barco no había vuelto a aparecer. Por su parte, algunos pasajeros pudieron presentar una invitación del banquero Pasión, ante lo cual, el suboficial de los toxotai los había mirado vacilante, había enviado a un mensajero a la casa del banquero y así, finalmente, había sabido que el acaudalado personaje esperaba a sus invitados en el puerto. Mis hombres únicamente podían impedir la partida posterior del barco.

Decidí observar de cerca el velero persa, y le pedí a Misón que ensillara mi caballo y me trajera una bota de agua y algo de fruta. La posesión de caballos se encontraba entre las principales prerrogativas de los toxotai, y yo disfrutaba de aquel privilegio que, por mí mismo, apenas podía permitirme, pues amaba a aquellos animales como si fueran de mi propia sangre. Mi favorita de toda la cuadra era una yegua de tres años de piel color miel a la que llamaba Ariadna. Había sido un regalo de la ciudad en agradecimiento a mi labor en mis primeros años como capitán, y ahora me aguardaba junto a Misón en el patio, resoplando a modo de saludo al vislumbrarme.

Existen dos caminos que llevan de Atenas al Pireo. El primero transcurre por el camino a Koila, entre los Muros Largos, mientras que el segundo parte de la Puerta del Pireo y transcurre campo a través. Elegí el último, no porque fuera más cómodo que el otro, sino porque ofrece un paisaje abierto, sin las limitaciones del muro defensivo. A lo largo de la primera legua de trayecto, la ruta se vuelve empinada, dura, pisoteada y pedregosa, pero no tarda en adentrarse en pinares y bosques de abetos en los que apenas puede encontrarse alguna roca sobre la que dormiten las lagartijas y arraiguen las chumberas. Tan pronto dejamos atrás esta sección, hice un breve alto a la sombra de un bosquecillo. Me senté junto a un arroyo seco y me comí la fruta que había traído conmigo. Ariadna permanecía mi lado pastando. Los rayos

de sol caían titilantes por entre las copas de los árboles y bailaban con las sombras. Guijarros blancos relucían ante mí en el lecho seco. De repente, escuché un ligero chasquido y vislumbré un conejo tras un pimpollo, a unas diez brazas de distancia. Me levanté despacio y tomé mi arco, que tenía colocado en la silla de Ariadna. El conejo no se movió, tan sólo sus ojos temblaban de inquietud. Coloqué la cuerda y la tensé. La punta de la flecha relucía bajo los destellos variables del bosque. El animal saltó con un ligero sonido, y la flecha partió zumbando desde el cordón. La fuerza del impacto tumbó a la criatura, que cayó con una herida mortal en la garganta.

Arrojé el conejo sobre el lomo de mi caballo y proseguí el camino. La senda se allanó, y dejamos atrás el bosquecillo para encontrarnos con una vista más amplia. Aflojé las riendas y golpeé con los talones en los flancos de mi yegua. Cogió velocidad y echó a galopar por la llanura en dirección al mar. Parecía como si no tocara el suelo con los cascos, de tan veloces y regulares que eran sus pasos. Paulatinamente fue llegando a mi nariz un aroma que siempre me sorprendía en los primeros instantes: el olor a sal y a pescado, el olor de la espuma que se rizaba sobre el agua, de las olas que golpeaban las rocas. El olor del mar, al que los atenienses debíamos todo. El Pireo ya no se encontraba lejos de allí. Pronto se hicieron visibles las gaviotas, que dibujaban círculos sobre los barcos, y las grandes grúas, erguidas sobre los buques de carga, desembarcando las mercancías. Poco después, atravesaba trotando la puerta por la calle principal que daba al puerto de Cántaros, el mayor de los tres que tenemos, lo que no evitaba que su salida al mar se encontrara bajo la protección de los Muros Largos.

El Pireo se construyó según los diseños de Hipódamo, con las calles formando una red rectangular, y sin embargo seguía siendo una ciudad portuaria un tanto excesiva en cuanto a su naturaleza asfixiante, colorista, ruidosa y saturada de población, tanto humana como animal. En ella se sucedían hileras de casas, campos, cobertizos y graneros. El griterío resonaba desde los barcos hasta el dique, pasando sobre las calles, y dominaba toda la ciudad. Los cuerpos de los sudorosos esclavos, que trabajaban y cargaban pesos con afán, saturaban los estrechos caminos. En cada esquina se vendía un muchacho de sonrisa falsa o una prostituta con los pechos desnudos. No quedaba un solo árbol ni maleza alguna. El olor a mar que yo había percibido desde la distancia, se había transformado en el hedor del agua sucia y las jarcias húmedas.

La mayoría de los barcos persas son visibles desde lejos. Encontré el que buscaba amarrado en el puerto comercial. Era inmenso; a su lado, nuestros cargueros griegos parecían cáscaras de nuez y sin embargo, en el agua flotaba sin dificultad. Si las dos velas cuadradas que utilizaba soportaban bien el empuje del viento, debía ser muy rápido. Dos marineros arrimaban el hombro sobre la cubierta. Cuando me vieron acercarme, gritaron algo en dirección al camarote, que se encontraba tras el palo mayor y, sin duda, correspondía al capitán y a los pasajeros más selectos. Ídolos persas de rasgos felinos flanqueaban vistosamente el imponente velero. La proa

estaba decorada con un gran ojo y media boca sonriente de la que surgía un espolón, semejante a una lengua ponzoñosa. Era un barco comercial, pero estaba mucho de encontrarse indefenso.

Un par de arqueros había tomado posiciones en el muelle para evitar que Atenas recibiera huéspedes indeseables. Me saludaron. Un joven suboficial me ayudó a descender de la montura y señaló a un persa de porte aristocrático, vestido con galas azules que, tras la llamada, emergía de un camastro colocado en el camarote y me observaba desde allí. Parecía encontrarse cercano a la treintena, quizá de mi edad. Su rostro estaba enmarcado por una cabellera y una barba de pelo oscuro, corto y rizado, mientras que el labio superior permanecía afeitado. Sobre la cara, una nariz ancha y maciza, aunque pequeña. Dirigía los ojos, burlones e inteligentes, hacia mí.

—¿Eres el capitán de este barco? —grité a lo alto, a lo que él asintió—. Soy el capitán de los toxotai. Quiero subir.

—Ya era hora de que viniera alguien y nos dejara bajar a tierra —respondió.

Su uso del griego era excelente. Únicamente un ligero acento revelaba que era una lengua bárbara la que pronunciaba aquellas palabras. Subí a bordo mediante un estrecho tablón. El capitán quiso ofrecerme la mano en el último paso, pero rechacé su ayuda. Sonrió con ademán misterioso y se inclinó entre gran pompa y ceremonia. Nos dirigimos al camarote, donde me mostró el salvoconducto. El capitán lo había guardado con gran precaución en un armario, junto con un rollo de manuscrito y un mapa. Nos sentamos en torno a la mesa, y reconocí entonces el sello de Alcibíades: era auténtico, sin lugar a dudas.

—¿En qué consiste tu carga, y qué es lo que te ha traído hasta aquí? —pregunté al extranjero.

—Seda —respondió, y me enseñó un fardo de este ligero y brillante material. Era el mismo tejido que había contemplado por primera vez en mi vida el día anterior en casa de Alcibíades. Procedía de Persia, por lo tanto—. Os traemos seda. Por lo que he oído, los atenienses están comenzando a disfrutar de ella. Quizá sería de tu agrado llevarte un par de balas para ti y tu, sin duda, bella esposa.

—Lo cierto es que no —respondí.

—En el camino de vuelta llevaremos una carga de vuestra loza —continuó, sin reparar en mi grosería—. Es muy apreciada por todo el mundo.

—¿Y qué hay de los pasajeros? —pregunté con aspereza. En aquella época aún creía que un enemigo siempre es un enemigo.

—Son mercaderes de nuestra tierra. Vienen con una invitación de un asociado ateniense. El pase se aplica también a ellos, como puedes comprobar —me enseñó de nuevo la carta de Alcibíades.

Sonrió con suavidad sin pronunciar una palabra, como alguien que está acostumbrado a la oposición y sabe con certeza que, al final, saldrá victorioso. No cabía duda que en muchos puertos había topado con aduaneros que habían tratado de hacerle la vida imposible. Había vivido demasiado como para inquietarse ante mi

presencia.

—¿Sabrías decirme de dónde procede este salvoconducto especial? —pregunté súbitamente, a lo que respondió ampliando aún más la sonrisa.

—Deberías saberlo mejor que yo, capitán de los toxotai —repuso. Tomó una bolsa de cuero de su cinturón, lujosamente adornado y, tras colocarla sobre la mesa, me invitó a abrirla con un gesto. La plata resonó, y la sonrisa no abandonó su rostro.

Lo miré con atención. Soy consciente de que, en mis ojos, se pintó una expresión de desprecio, pero él permaneció en una calma absoluta, amistoso y sereno. Las olas golpeaban el casco. En el camarote reinaba un calor insoportable, y el aire estaba cargado a más no poder, pero el persa no sudaba. Sólo sonreía.

No sé por qué cogí la bolsa. Quizá porque precisamente había sido mi incorruptibilidad la que había llevado a Alcibíades a encargarme que encontrara al asesino de Periandro. Durante un instante, la sostuve en una mano y calculé su peso mentalmente. Era de piel de testículo de carnero, como si la hubieran manufacturado en Atenas. La guardé sin mediar palabra, y después me levanté. El capitán me imitó. Sentí su desprecio hacia mí, y mi desprecio hacia él. Éramos como una prostituta y su cliente.

—Podéis descargar vuestras mercancías —le ordené, mientras me dirigía de vuelta a la cubierta, donde me recibió el penetrante sol—. Los tres banqueros pueden ir hasta Atenas, pero sólo en compañía de un ciudadano ateniense. Tus hombres y tú permaneceréis en el Pireo, aquí tenéis todo lo que podéis necesitar. Si encontráis dificultades o alguien os hace preguntas, hacedme llamar. Mis hombres saben dónde encontrarme.

El persa me dedicó una reverencia.

—¿Pueden los pasajeros llevar consigo a sus sirvientes? —fue su última pregunta, y «Me es igual» mi última y descortés respuesta.

Dejé el barco y el Pireo tan rápido como pude. En el camino de retorno, elegí la ruta ligeramente más corta, la que transcurría entre los Muros Largos. Dejé sueltas las riendas de Ariadna y le permití que trotara a su antojo, pero la galopada no me supuso ninguna satisfacción. En mis pensamientos permanecía el capitán del buque persa, con su sonrisa y su bolsa llena de plata. No había maldad en que el capitán de los toxotai aceptara pequeños regalos. Nadie consideraba un acto inadecuado que alguien que ostentara un puesto recogiera monedas en consideración a la ayuda prestada a otra persona. Sin embargo, aquellas eran únicamente pequeñas muestras de agradecimiento. La bolsa del persa era algo muy diferente, y yo lo sabía, aunque no quisiera admitirlo. Una parte en mi interior tenía la certeza de que no me había comportado con corrección al tomar el dinero, pero era tan sólo una parte de mí, no yo en mi totalidad. Una fracción diferente de mí mismo. Era cierto que había permitido que descargaran la mercancía y que los pasajeros desembarcaran pero ¿qué podía hacer yo contra un mandato de Alcibíades? ¿Por qué no podía aceptar algo de plata, cuando no cabía duda de que aquel salvoconducto de nuestro estadista se había

pagado con profusión? Los persas me habrían tomado por idiota si hubiera rechazado el dinero, y sin embargo, conservaba un regusto desagradable en la boca. Quizá Sócrates tenía *razón*, y el capitán de los toxotai debía preguntarse con mayor frecuencia qué era realmente la justicia.

Para cuando llegué de nuevo a Atenas, el peor calor del mediodía ya había remitido. Dejé a Ariadna en el cuartel y me dirigí a una zona deportiva cercana, rodeada de columnas: una palestra. Lirón solía estar por ahí. Quería volver a hablar con él sobre Critias, pero no lo vi por ninguna parte, y tampoco apareció durante la tarde. Me sentía sucio y empapado en sudor, por lo que me aseé en una de las salas de baño antes de dirigirme a la zona de ejercicio. Reconocí como amigo de mi amante a un muchacho que se estaba cubriendo todo el cuerpo de aceite como preparación previa a un combate de lucha. Le pregunté por él, pero tampoco había visto a Licón y desconocía dónde podría encontrarse.

Limpio y refrescado, me dirigí al campo de entrenamiento y di un par de vueltas corriendo, unos cinco o seis estadios de longitud. Después contemplé a los muchachos en la zona de lucha. El amigo de Licón me llamó y me retó a un combate, algo que acepté de buen grado. Era vigoroso y fibroso, escurridizo como un pez y difícil de atrapar. Necesité más tiempo del esperado para lograr finalmente aferrado por debajo de las axilas y arrojarlo por encima de mis hombros. Incluso cabeza abajo se las apañó para agarrarme la rodilla e intentar hacerme perder el equilibrio. Luchaba como un perro de pelea. Tuve que dejarlo caer para no tropezar, y se golpeo con fuerza contra el suelo. Me incliné sobre él, temiendo que hubiera podido hacerse daño, pero él sonrió, me besó fugazmente en la boca y se levantó ágilmente de un salto. No cabía duda de que se trataba de un muchacho descarado y hermoso, pero no era un buen amigo para Licón.

—No deberías ofrecerte tan abiertamente a los hombres mayores —le dije, mientras revoloteaba a mi alrededor—. Lo que se puede obtener sin ningún esfuerzo pierde rápidamente el interés.

—Sí, claro —repuso el muchacho con descaro—, ¿y eso lo sabe tu pequeño querido? —y tras esas palabras, se alejó a la carrera entre risas.

Volví al baño, me lavé a conciencia y me coloqué el quitón limpio que me había traído del cuartel. Me eché al hombro el arnés y la espada. ¿Qué habría querido decir aquél chiquillo?

En el camino de vuelta, me dirigí de nuevo hacia la plaza del mercado para buscar a Licón, y ojeé la colorida estoa en la que tanto le gustaba pasar el rato. Adoraba los cuadros colgados allí, y se asombraba ante las armas expuestas.

Vi muchas caras conocidas. Sócrates que, evidentemente no había permanecido mucho rato con su esposa, se encontraba en medio de un grupo de gente y conversaba animadamente con cualquiera que le conociera. Entre ellos estaban Lisias y Gorgias,

respectivamente el orador y el escritor de discursos más famosos de la ciudad que, sin embargo, en ese momento, se limitaban a escuchar a Sócrates. Saludé desde la distancia. Sócrates me indicó que me acercara, pero yo ignoré la invitación.

Tampoco allí pude encontrar a Licón. Decidí poner fin a mi búsqueda, sin sentirme por ello del todo triste. Estaba cansado y quería irme a casa. Aspasia me esperaba.

Capítulo 7



EL SOL APENAS ASOMABA YA TRAS LAS CUMBRES occidentales cuando partí rumbo al Cerámico. Era ese momento mágico en el que, en las primeras horas del atardecer, sus rayos van tiñendo las montañas circundantes, el golfo Sarónico y, finalmente, toda Atenas, con un púrpura vivo y brillante. La ciudad florecía en belleza como un jacinto, haciendo comprensible el que, en el principio de los tiempos, la diosa Atenea y su tío Poseidón iniciaran una disputa por la zona que no concluyó hasta que Zeus dictó una sentencia favorable a su hija y contraria a su hermano. De la misma forma que la resplandeciente blancura del día retrocede ante el violeta de la tarde, el calor y el ruido iban remitiendo por las calles. Las horas previas al comienzo de la noche eran tranquilas. Es casi como si todo el mundo se tomara unos instantes de descanso.

Aquella tarde, no obstante, la calma no era más que una ilusión. Crucé una esquina para llegar a la calleja en la que se encontraba nuestra casa, y en mis pensamientos me encontraba ya en nuestro jardín, cuando ellos aparecieron frente a mí. Eran dos, dos muchachos mal encarados, que parecían haber surgido de la nada. El primero me sujetó con fuerza mientras que el segundo me golpeaba en el estómago. De inmediato caí al suelo. Ellos se rieron. Sufrí el impacto de dos patadas en mis costillas, y yo me encorvé y traté de protegerme la cabeza. Nuevamente resonó aquella risa malévola. De repente, oí una voz que gritaba: «Hey, ¿qué está pasando aquí? ¡Largo!». Pasos apresurados. Los dos desconocidos se marchaban a toda prisa. Janos, uno de mis vecinos, venía corriendo hacia mí, presa de los nervios, con una vara en la mano.

—Por el amor de Dios, Nicómaco —dijo, y me ayudó a levantarme—. ¿Va todo bien? ¿Cómo te encuentras?

—Ahora bien, Janos, gracias —dije, mientras me ponía de nuevo en pie y palpaba mis doloridas costillas. Me dolían, pero no parecían estar rotas—. Si no hubieras estado aquí, habría sido todo muchísimo peor.

—¿Qué era lo que querían esos chicos? —preguntó Janos, aún sin aliento.

—No lo sé. Desvalijarme o... —no continué hablando.

No quería explicarle a mi vecino la segunda posibilidad: que alguien quería darme una lección, antes de que metiera demasiado la nariz en asuntos ajenos. Sacudí el polvo del quitón: Aspasia no debía darse cuenta de nada. Ya estaba suficientemente preocupada. Le di las gracias una vez más a Janos y le pedí que no le contara nada a nadie sobre el incidente. Era un hombre bondadoso y encantador, y me prometió que

guardaría silencio, si bien no entendió las razones de mi petición. Mientras me alejaba, sentí como me miraba con preocupación.

Las patadas en las costillas habían sido muy fuertes, pero mi rostro había salido ileso. Con algo de suerte podría ocultar el suceso a mi familia. Llegué a casa agotado, pero aquel día no quería concederme ni un segundo de paz. Al entrar en el jardín, encontré a un desconocido sentado a la mesa con mi padre en una conversación jocosa, y justo en el instante en que nuestra anciana esclava Teka les traía una jarra de agua. No veía a Aspasia ni a los niños por ninguna parte, pero oí sus voces y me sentí más tranquilo.

Cuando los dos hombres me vieron, sus rostros adoptaron una expresión más seria. Se levantaron al mismo tiempo y se dirigieron hacia mí.

Mi padre se dio cuenta en seguida de que había ocurrido algo, pero no quiso preguntar delante del extraño. En lugar de eso, nos presentó. El visitante era un par de años mayor que yo, de estatura más bien reducida y algo rollizo. Tenía aspecto de ser una persona amistosa y poco llamativa. Cuando le observé más detenidamente reparé en sus ojos, extraordinariamente tranquilos y oscuros. Con ellos miraba el mundo de forma franca y abierta, tan franca y abierta como era su propia naturaleza. Nuestro invitado se llamaba Trasíbulo, y era miembro del partido democrático. Le habían enviado para que me ayudara, tal y como confesó tras intercambiar las primeras impresiones. Miró alrededor, como para asegurarse de que nadie nos espiaba, antes de susurrar: «Conocemos tu misión. Queremos brindarte nuestro apoyo». Dirigí a mi padre una mirada de reproche, pues pensé que habría acudido a sus viejos amigos, pero él sólo sacudió la cabeza y alzó las manos. Trasíbulo entendió nuestro diálogo silencioso.

—No, Nicómaco, tu padre no tiene relación ninguna con mi visita. Hemos sabido de tu misión por otras vías. Por fuentes propias.

Nos sentamos en la mesa bajo la higuera. Instintivamente me apoyé en el marco al descender y sentí entonces la mirada inquisitiva de mi padre. Le indiqué con un gesto que tuviera paciencia y aguardara. El sol se apagaba poco a poco y se despedía pintando de púrpura el cielo por última vez. La larga sombra del edificio principal de la casa se proyectaba sobre el jardín, y un ligero viento soplaba desde las montañas y limpiaba el aire.

Lo que Trasíbulo me contó, reafirmó mis sospechas: el propio Periandro, Cármides, Platón, y otros discípulos de Sócrates procedentes de los círculos atenienses más acomodados, eran seguidores del movimiento oligárquico. Si se limitaban a reunir sus mentes para debatir acaloradamente sobre el tema, como es privilegio de la juventud, o si formaban parte de alguna conjura y, en consecuencia, se habían vuelto peligrosos, era algo que los demócratas no sabían con seguridad. Platón, por ejemplo, era extraordinariamente inteligente, pero a sus veinte años, era poco más que un adolescente ensimismado, tímido y reservado. Bien es verdad que hablaba de un estado en el que, los eruditos constituyeran una casta superior e

inviolable de gobernantes, protegida por los soldados y mantenida por trabajadores desamparados, pero no dejaba de ser un sueño. También hablaba de suprimir las propiedades, algo que los aristócratas de su entorno jamás aceptarían. Apenas había nada que temer en él. Cármides, por el contrario, era más mayor y mucho más peligroso que su sobrino Platón. Los demócratas le creían capaz de cualquier cosa con tal de sacar provecho. Además, ambos, Cármides y Platón, mantenían un fuerte contacto con Critias. En las últimas semanas se habían encontrado con él sin ningún disimulo. No había nadie a quien los demócratas temieran más que a Critias.

—¿Y qué hay del hermano de Platón? —pregunté.

—¿Glaucón? —Trasíbulo rió divertido: era un insensato que malgastaba el dinero de sus padres, tonto y fanfarrón. Platón se avergonzaba de él, y Periandro lo evitaba. No era peligroso.

—¿Y Sócrates? —pregunté al político con cierto temor—. ¿Pertenece él a ese grupo?

Mi padre carraspeó, con gesto reprobatorio, pero continuó callado y escuchando.

—No —repuso Trasíbulo—, no es uno de ellos. Por lo general, Cármides, Platón y los demás se reúnen para hablar de política sin incluirle. En una ocasión, Platón debió leerle una especie de obra de teatro en la que él mismo se representaba como Sócrates. Este Sócrates hablaba de la ciudad de los ilustrados, pero la reacción del modelo fue reírse a carcajadas. Platón debió quedar muy afectado.

Me sentí inquieto.

—¿Cómo os habéis enterado de esas cosas? —quise saber, cuando concluyó su relato.

—También hay demócratas entre los pupilos de Sócrates —repuso—, y uno de ellos nos mantiene al corriente de lo que ocurre tan bien como le es posible. Sin embargo, cuando los oligarcas se reúnen, no le invitan. El círculo interno se mantiene cerrado.

—¿Cómo se llama ese hombre? —pregunté.

Trasíbulo se cerró los labios con el índice y el pulgar. No le estaba permitido confiarme esa información, e incluso el hecho de que yo supiera de los discípulos de Sócrates, bordeaba lo excesivo.

—¿Qué papel jugaba Periandro en ese grupo?

—Formaba parte del círculo interno, y debía ser un miembro muy querido —repuso Trasíbulo—. Bueno y bello al mismo tiempo. Ya sabes lo que significa.

Yo asentí; por supuesto que lo sabía. La conexión entre belleza y bondad era a lo que aspirábamos como helenos.

—¿Mantenía alguna amistad particularmente estrecha con alguien?

—Oh, sí —respondió Trasíbulo con un matiz que sólo tras un tiempo lograría descifrar—, con Platón.

Dudé un momento antes de seguir preguntando, y medité sobre si los comentarios de Trasíbulo tendrían algo de mordaz, pero volví a desechar la idea.

—¿Dónde se reúne este conciábulo? —continué.

—Por lo general, en algún lugar donde no se les moleste, por lo que sabemos. Suelen verse en casa de Critias o de Cármides. Las bacanales con bellos jóvenes en el hogar de Critias están muy cotizadas, y lo celebran con profusión. Sin embargo, en algunas ocasiones se reúnen en un jardín fuera de la ciudad, que pertenece a Platón.

—¿Estuvieron juntos la noche de antes de ayer?

—No lo sé —replicó—. Me imaginé que eso sería exactamente lo que preguntaría, pero nuestros espías no han podido averiguarlo.

Teka salió de la vivienda trayendo una bandeja de pastas y una jarra de vino. Invité a Trasíbulo a que comiera y bebiera algo con nosotros. La masa aún estaba tan caliente que casi nos quemamos los dedos, pero el sabor era delicioso. Yo sabía que Aspasia debía haberlas horneado personalmente, y con ellas pretendía enviarme dos mensajes. El más importante: me había perdonado. El segundo: podía confiar en Trasíbulo, o de lo contrario, nunca habría cocinado para él pues, como probablemente fuera innato en su naturaleza de mujer, sabía juzgar correctamente a las personas.

—¿Por qué quiere ayudarme el partido democrático? —pregunté repentinamente entre mordisco y mordisco, para oír nuevamente el carraspeo reprobatorio de mi padre.

Él consideraba algo tan insensato como carente de tacto hablar abiertamente de determinados temas, pues en Atenas, ante una pregunta clara, suele obtenerse por respuesta una turbia mentira. Sin embargo, Trasíbulo me ofreció una expresión franca, tragó lo que tenía en la boca y se limpió los dedos.

—Hay dos razones para ello —dijo con aparente sinceridad—, y las dos cuentan por igual. Muchos de los más ancianos de entre nosotros son amigos de tu padre. Para ellos, ayudarte es una simple cuestión de amistad.

Mi padre carraspeó complacido. A los más jóvenes les motiva el peligro que supone la muerte de Periandro. Tan sólo si se encuentra al culpable con rapidez se podrá evitar que el asesinato se convierta en un pretexto para un levantamiento oligarca. Es lo que tememos todos los días. Como ves, compartimos opinión con Alcibíades.

Saqué la copia del panfleto de debajo de mi mando y se lo ofrecí a Trasíbulo.

—¿Lo conoces? —le pregunté mientras lo leía. Se tomó su tiempo para pensar.

—**ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**^[1], «La constitución de los atenienses»... —respondió finalmente—. Ese debía ser el título. Había oído hablar del escrito, pero nunca lo había tenido frente a frente. Es un panfleto que circula entre los aristócratas. Se lo intercambian en secreto y lo citan en sus reuniones y banquetes. Es una especie de manifiesto. Incluso juran sobre él —me devolvió el fragmento—. Eso es todo lo que sé.

Para mi sorpresa, no preguntó, a su vez dónde había obtenido yo el fragmento. Algo me decía que él ya disponía de respuesta para esa pregunta.

Estaba oscureciendo. Teka apareció con una lumbre, con la que encendió la

lámpara de la mesa y el farol que colgaba del árbol. Después preguntó si podía traernos algo. Le pedí una jarra de agua. Las polillas se agitaban en torno a la luz. Sobre nuestro tejado, un pájaro cantaba su melodía vespertina.

—Todavía quedan dos cuestiones que quisiera resolver —proseguí la conversación después de que Teka trajera el agua y se despidiera—. La primera: ¿qué sabes de Anaxos?

—¿Y la segunda? —preguntó Trasíbulo.

—¿Qué hay del barco mercante persa que ayer ancló en nuestro puerto?

Trasíbulo volvió a tomarse su tiempo antes de contestar. No era un hombre que hablara sin pensar.

—Del barco persa no sabemos más que el hecho de que está ahí. Ha sorprendido incluso en el Estrategion. Incluso los que más deberían saber del asunto, no saben nada. Luego está, y con esto contesto tu primera pregunta, Anaxos. Es el señor y protector de los espías de Atenas, ¿no lo sabías?

—Eso pensé.

—Anaxos tiene unos sesenta años —continuó Trasíbulo— y se mantiene completamente en el anonimato. Fuera del Estrategion, casi nadie conoce sus actividades. Ha estado siempre al servicio de la polis desde hace treinta años; controla y dirige a los espías: a aquellos que vigilan, acechan e investigan al enemigo tanto fuera como dentro de la ciudad. Sabe mucho de muchas cosas, pues treinta años es mucho tiempo, y ya ha servido a Pericles y cada estratego y gobernante después de él. No pone demasiados reparos en la elección de su señor.

Trasíbulo realizó una breve pausa para echarse agua en la copa. Me di cuenta de que no había tocado el vino. Mi padre asintió suavemente, pero no supe interpretar el gesto. Su rostro parecía pensativo y triste bajo la luz de la titilante lámpara. La noche había extendido ya sus oscuras alas sobre nosotros, y el pájaro había ido enmudeciendo imperceptiblemente.

—Anaxos vive y trabaja en el Estrategion —añadió Trasíbulo, continuando con su informe—, y apenas lo abandona. Según los rumores, ha acumulado un impresionante archivo de manuscritos en los que se puede encontrar información sobre cualquier ateniense, incluidos tú y yo, pero no me lo creo. Sin embargo, hay algo de lo que no cabe duda: siempre hay que andarse con ojo con Anaxos, pues nunca se sabe lo que va a hacer o lo que va a ordenar que hagan. Cuídate de él, Nicómaco.

—No es el único en Atenas con el que debo tener cuidado —respondí instintivamente.

Trasíbulo asintió.

—No, desde luego que no.

Nuestro huésped no permaneció mucho más tiempo en casa. Tras responder un par de preguntas más, partió de forma amistosa y tranquila y nos dejó solos a mi padre y a mí.

—Espero que te mejores pronto —se despidió, señalando mi tórax. Era evidente que mi padre no había sido el único en percatarse de que me había echado las manos al pecho en varias ocasiones. Me obligué a sonreír y le aseguré a Trasíbulo que me encontraba bien. Sonrió con simpatía y se marchó.

Apenas nos quedamos solos, mi padre me preguntó directamente qué me había ocurrido. No fui capaz de mentirle del todo y ocultarle el incidente, pero al menos intenté restarle toda la importancia que pude para no preocuparle en exceso:

—Sólo eran dos muchachos. Me pillaron desprevenido, por no tener cuidado. No ha sido nada grave.

Mi padre me miró fijamente y se olvidó de carraspear.

—¿Crees que se trató de una advertencia? —me preguntó.

Encogí los hombros.

—No lo sé. Si es una advertencia, entonces ha llegado demasiado pronto. Aún no he entrado a fondo en mi tarea... Quizá sólo fueran dos vagabundos que querían atacarme. Ya sabes lo peligroso que es Atenas.

—Sí, lo sé muy bien —afirmó, mirando rápidamente para otro lado, como si hubiera alguien con nosotros en el jardín que fuera a aparecer detrás de un arbusto de un momento a otro. Entonces carraspeó y yo me sentí más tranquilo.

Aquella tarde permanecemos largo rato en el jardín. Una fina franja de luna flotaba sobre la ciudad, y cientos y cientos de estrellas brillaban como oro esparcido por algún dios derrochador. Un murciélago daba vueltas por encima de nuestras cabezas, cazando las mariposas que pululaban en torno a la luz. Aspasia permanecía en su tocador y, con toda seguridad, se encontraría ya durmiendo. No llegaba al jardín ningún sonido procedente de la casa. Aquel día podría ocultarle mis heridas, y aquel pensamiento me tranquilizó. Era una noche serena, y yo me sentía cercano a mi padre, aunque tardé en confiarle un pensamiento que había permanecido en mi interior, como dormido, desde hacía tiempo, pero que había despertado finalmente, sobre todo tras el encuentro con Alcibíades.

—A veces me pregunto si Periandro y Cármides no tendrán razón —me aventuré con precaución—. ¿Crees tú que es realmente lo correcto que el pueblo pueda decidir sobre los asuntos de la polis? La mayoría de los atenienses ni siquiera pueden leer o escribir. Votan a favor de aquello que les presente el mejor orador, si es que no ha vendido su voz a cualquiera. Piensa en Alcibíades: luchó con los espartanos contra Atenas y nos traicionó cientos de veces. En un momento dado, regresó repartió monedas entre la población y no tardó en ser elegido estratego... No lo entiendo. ¿No crees que sería mejor que quien gobernara la ciudad fuera un grupo de hombres incorruptibles, inteligentes y sensatos, que no se dejaran seducir por una voz cualquiera?

Mi padre me escuchó, carraspeó y afiló los labios, pero no respondió de forma inmediata. Años atrás, me habría reprendido severamente al oírme siquiera mentar la

posibilidad de una oligarquía. Sin embargo, conforme se iba haciendo más mayor, se volvió más reflexivo y moderado. Se cubrió el cráneo desnudo con las manos, y durante unos instantes, todo fue silencio en nuestro jardín.

—Nicómaco —respondió tras un rato—, sabes que el pueblo llano no es tan estúpido como muchos creen, incluso aunque no sepan leer ni escribir. Cuando hace veinte años tuvimos que enterrar en Atenas a las primeras víctimas de guerra, Pericles pronunció un discurso, un gran discurso. Recuerdo algunas de las líneas tan claramente como si las hubiera escuchado ayer. No, no es cierto. Las recuerdo aún mejor que eso. Con la vejez se olvida sobre todo lo que ocurrió el día anterior, y la juventud parece regresar de nuevo... Aquel día, dijo lo siguiente: «Consideramos a aquellos hombres que no muestran ningún interés por el estado, no como seres inofensivos, sino vanos». Sí, eso fue lo que dijo, y siguió: «Admito que sólo unos pocos son capaces de dirigir los asuntos de estado, pero todos somos capaces de valorarlos».

Creo que ese era el punto decisivo para él. Por descontado, no todo el mundo puede ser estratega o arconte, pero el pueblo es muy capaz de elegir quién es honesto e inteligente como para ocupar el cargo, de la misma manera que reconocemos si una estatua está bien formada o no, aunque no seamos escultores...

—¿Y Alcibíades?

Mi padre se cubrió la calva.

—No sé si le juzgas correctamente. Es posible que Alcibíades no sea un ejemplo de virtud, pero es un buen estratega, y ahora nos encontramos en guerra. Si tuvieras que elegir entre un general dotado, pero de moral dudosa, y uno inepto pero de mejores ideales, ¿a quién confiarías tus tropas?

—Pero Alcibíades no tiene simplemente una mala reputación. Es un traidor. Luchó junto a Esparta contra Atenas.

—Así es —respondió mi padre, con calma—, pero sólo después de que los atenienses le condenaran a muerte...

—¡El proceso de los Hermocópidas! —dije con seguridad.

Mi padre me miró con insistencia durante largo rato.

—Sí, los Hermocópidas. Ya sabes cómo fue. Alcibíades fue condenado a muerte porque la noche anterior a su partida a Sicilia aparecieron destrozadas todas las estatuas de Hermes. Todos aceptaron que lo había hecho él, y todos lo proclamaron convencidos, aunque nadie lo había visto... Pero no vamos a extendernos, de lo que quería hablar era de algo completamente diferente. Quizá tengas razón y la elección de Alcibíades fue un error, pero la democracia ha de tener prioridades. Puede enmendar ese error no reeligiéndole en la siguiente oportunidad. Es algo en lo que la democracia funciona bastante bien, mientras que la oligarquía funciona bastante mal.

Tras estas palabras, se levantó, me besó la frente y se fue a acostar. Yo permanecí aún un instante en el silencio de la noche, sentado en nuestra mesa, intentado poner orden a mis pensamientos. Los dos matones que me habían salido al paso, el persa, el

joven del campo deportivo... Ya había pasado la medianoche cuando marché a la cama, en la que me esperaban el cuerpo cálido de Aspasia y el aroma a granada de su piel. Me acosté junto a ella, cerré los ojos y me dormí en seguida, a pesar de mis doloridas costillas. Soñé con Sócrates: me hacía señas.

Capítulo 8



CÁRMIDES RESIDÍA EN UNA MANSIÓN DE COLOR ROJO, AL pie del Areópago. Estaba orientada al sur y excavada en la colina, probablemente para ganar espacio para los extensos jardines del patio interior, y para que las estancias cinceladas en la piedra se mantuvieran frescas permanentemente. Un esclavo de espalda arqueada me guió por el vestíbulo hasta un salón de recepción situado en el edificio principal de la vivienda. Al abrir la puerta de la habitación, descubrimos a Cármides tendido somnoliento sobre uno de los klinés que se encontraban dispuestos de forma irregular por toda la sala. La hora no era precisamente temprana.

El salón era grande, dividido en dos partes por un pequeño muro. Estaba ricamente decorado, pero reinaba en él el caos más absoluto. Sobre el lujoso suelo de mosaico, formado de piezas negras y blancas, yacían jarras rotas en medio de sus respectivos charcos. En las mesas, junto a las klinés, se apilaban las escudillas. Sillas, paños y cojines aparecían desperdigados por doquier. Olía a vino, a sudor y a otros efluvios humanos. Se había celebrado un banquete en aquella sala, lo que era sin duda, la función específica de la estancia en cuestión: las paredes estaban cubiertas con pinturas representando las escenas de una bacanal, que comenzaba como un alegre festín y terminaba en una auténtica orgía. Sobre el muro izquierdo se apreciaba un grupo de hombres bebiendo. Dos de ellos se encontraban, precisamente, llevándose las copas a los labios, mientras que el tercero, situado entre ellos, conversaba, probablemente dedicando una alabanza al anfitrión, como suele ser habitual en reuniones como esa. La segunda escena, en la pared frontal, resultaba aún más indiscreta: tres hombres, sobre sus asientos, bebían y contemplaban ávidos a un joven y una muchacha colocados entre ellos con una flauta y una cítara. En la tercera escena, el efebo y la ninfa estaban desnudos: él, mostrando su órgano erecto, que mantenía en ese estado manipulándolo con deleite; ella, bailando a su alrededor, exhibiendo igualmente sus pechos danzarines y su pubis rasurado, mientras dos de los invitados aplaudían tratando de incitarlos y el tercero dormía la borrachera. No me cabía ninguna duda de que el encuentro del que aquellos muros habían sido testigos el día anterior no había sido menos libertino, y durante un instante pude ver un montón de cuerpos desnudos reunidos bajo la cálida luz de las lámparas de aceite.

Cármides se levantó perezosamente y se aproximó hasta mí. Era de pequeño tamaño, algo relleno y con un rostro sin expresión. También lucía la tonsura propia de los oligarcas. No mostraba ninguna semejanza evidente con su primo Critias, pues era bastante más joven que él y no emitía la misma sensación de dignidad. Parecía una

copia rejuvenecida y malograda de su pariente. El quitón de Cármides estaba manchado de vino y comida, y quién sabe de qué más, y el pelo, revuelto y asalvajado.

—¿Hubo una fiesta desenfadada aquí ayer? —señalé.

—Uhm, sí, bueno, nada de especial —respondió Cármides confuso rascándose la cabeza. Le olía mal el aliento.

—¿Fue así de fastuoso el último festín en el que participó Periandro? —me interesé.

Cármides no respondió.

—¿Periandro está muerto y tú organizas un banquete? —intentando reprimir mi espanto.

Cármides se rascó la espalda, y no varió su expresión en lo más mínimo. Regresó al diván y se sentó con cuidado.

—Tú debes ser Nicómaco —repuso, mientras tomaba un higo maduro de una fuente de fruta—. Ya te esperaba.

—Me han dicho que eras amigo de Periandro. ¿Cómo es posible que des una fiesta dos días después de su muerte?

Cármides mordió la fruta, imperturbable, masticó con la boca abierta y después dejó de nuevo el higo en su sitio.

—Sócrates dice que todos tenemos almas inmortales —repuso Cármides, con aburrimiento—. En el momento de la muerte, se separan de los cuerpos y sus limitaciones. Los auténticos filósofos se acostumbran a la muerte, pues les aproxima la verdad. ¿Por qué debería, pues, entristecerme por Periandro? —replicó Cármides con el rostro pintado de su característica expresión vacía.

—Y sin embargo, Sócrates se entristeció cuando se enteró de la muerte de Periandro, mientras que tú permaneces tranquilamente sentado entre estas paredes —no pude menos que señalar.

—Habla claro, toxotes —replicó Cármides con frialdad, y mostrando su evidente uso a dar órdenes. La vida iba volviendo poco a poco a su rostro, pero no presagiaba nada bueno. Las similitudes con su primo se volvían más claras, y no se limitaban a la apariencia física: Cármides mostraba el mismo carácter insensible.

—¿Dónde estuviste la noche de antes de ayer? —le pregunté.

—Aquí, con mi primo Critias —respondió—, preparando la llegada de los pers... —Cármides enmudeció a mitad de la frase y se mordió el labio inferior. No me habría dado cuenta de que había hablado de más si él mismo no me lo hubiera dejado tan claro. Los negociantes persas parecían tener más amigos en Atenas de lo que yo pensaba. ¿Estaría haciendo algo Critias con Alcibíades?

—Así que debemos agradecerlos a vosotros la llegada de los persas —deduje.

—Eso no te incumbe, Nicómaco, y te aconsejo que... —Cármides dio un salto hacia adelante, se levantó de golpe e intentó alzar el puño con gesto amenazador, pero fracasó notablemente, pues al ser media cabeza más bajo que yo, su gesto resultaba

más ridículo que intimidante—. Bah —concluyó, intentando salvar la situación, mientras se sentaba de nuevo y agitaba a un lado la mano como si quisiera borrar la última escena. Apoyó la cabeza en las manos: le dolía intensamente la cabeza.

—¿Tenéis que hablar tan alto? ¡Todavía no me he levantado! —se oyó de pronto hablar a una voz sorda.

—Sigue echado, Glaucón. Sigue durmiendo —ordenó Cármides, pero el visitante trasnochador ya se había levantado y asomaba el rostro adormecido por encima del muro que dividía la sala. ¿Glaucón? Debía ser el hermano de Platón.

—¿Qué ocurre? ¿Se han ido ya los otros? —preguntó mientras se aproximaba a nosotros a trompicones. Era considerablemente más alto que Cármides, un tipo espigado con el cuello musculoso y la cabeza demasiado pequeña, que en aquel momento se encontraba en un estado deplorable. Bostezó ostentadamente y se sentó sobre una de las kliné. Una enorme mancha destacaba entre los pliegues de su ropa. Me recordaba la imagen de un niño grande que se hubiera puesto perdido de suciedad.

—¿No nos queda nada de beber? —le preguntó a su anfitrión, sin parecer percatarse de mi presencia. Entonces, se estiró cuan largo era, suspiró un «¡Qué banquete!» y se dejó caer de nuevo en el camastro. El quitón se le resbaló hacia arriba, revelando sus igualmente adormecidos genitales.

Cármides le dio unos golpes a Glaucón, pero éste se limitó a girarse a un lado y a mostrarnos sus posaderas desnudas justo antes de comenzar a roncar.

—¿Tienes alguna otra pregunta? —dijo el señor de la casa, volviéndose de nuevo hacia mí.

Yo sabía que Cármides no me volvería a contestar con sinceridad después de haberse mostrado tan accidentalmente honesto, y Glaucón no estaría en condiciones de mantener una conversación hasta la tarde.

Contemplé a los dos con atención: uno, tendido dormido; el otro, sentado sobre la kliné; ambos cansados tras una noche sin dormir, oliendo mal, con los juveniles rostros ya marcados por el exuberante disfrute de los placeres de Dionisos. ¿Era aquella la élite que debía guiar al pueblo, los más elevados y excelsos entre los hombres, la aristocracia?

—No, noble Cármides —respondí mientras realizaba una reverencia, para después marcharme y dejarle a él y a su invitado entre los vapores del vino.

Mientras salía a los jardines, en los que una anciana esclava removía a pleno sol la tierra de un bancal, reflexionaba sobre lo que Critias le diría a su primo cuando descubriera lo que éste me había desvelado... ¿Perdería Critias sus maneras frías e indiferentes y le arrojaría a la cabeza todas las ánforas de vino que encontrara aún intactas? Era una idea tan atractiva, que en su deleite casi me olvidé del dolor de mis costillas, y me fui riendo de allí.

La casa de Aristocles, o de Platón, se encontraba a tan sólo un par de calles de distancia de la mansión de su tío Cármides.

La encontré sin esfuerzo, pues Sócrates me había mostrado el camino el día anterior, antes de despedirnos. Platón residía él solo con dos esclavos en una villa de un sólo piso, un encantador edificio de mármol, en el valle entre la Acrópolis y la colina Pnyx. Golpeé la gruesa puerta de madera que, como en la mayoría de las viviendas atenienses, llevaba al patio interior, y descubrí, para mi decepción, que el joven señor de la casa había salido aquella mañana muy temprano. Había partido a caballo hasta un bosquecillo de su propiedad, algo apartado de la ciudad.

Hice que me describiera la ruta hacia el terreno con detalle y partí rumbo al cuartel para ensillar mi caballo. Me encontré allí con Misón, quien parecía haberme estado esperando toda la mañana. Estaba nervioso, casi sin aliento, y por una buena razón: habíamos obtenido nuestro primer triunfo. Los hombres que debían investigar las cercanías de la Puerta de Itonia habían dado con una anciana lavandera que vivía justo junto a la entrada y que hacía dos noches había escuchado una pelea. Misón había tenido noticias de ello esa misma mañana y había acudido de inmediato a visitarla en su minúscula cabaña. Vivía en un sótano justo junto a la puerta; era una mujer alta y arrugada, sin marido ni hijos, y apenas le quedaban dientes en la boca, pero parecía conservar los cinco sentidos a la perfección por lo que Misón me contó. Contenta de que alguien le hablara y la escuchara, informó a mi hombre de todo lo sucedido, y así me lo remitió él, a su vez:

—Aquella noche, el calor hizo que, como le ocurre a la gente de edad, no pudiera dormir, y pasara media noche dando vueltas en su estera de paja. Fue a un lado y a otro hasta que el colchón quedó completamente aplastado y húmedo por el sudor. Entonces, se levantó, bebió un tazón de agua y se sentó junto a su pequeño ventanuco, que estaba orientado directamente a la plaza entre la Puerta de Itonia y la caseta aduanera.

Durante el día era un lugar divertido, cuando los atenienses se dirigían a sus negocios y, desde el pequeño sótano, lo único que se ven son piernas y caderas apresuradas.

El aire era asfixiante y apenas se podía respirar. En un momento dado, escuché cómo dos hombres llegaban a la plaza desde la Puerta y comenzaban a discutir entre ellos.

—¿Entendió lo que decían? —interrumpí impaciente a Misón.

Él agitó la cabeza y prosiguió.

—Fueron elevando las voces, y la anciana ya estaba pensando que en cualquier momento asomaría la cabeza por un tragaluz cualquiera de los vecinos para reclamar de inmediato el necesario silencio nocturno, cuando se produjo un golpe. Fue un sonido sordo, sordo pero fuerte. Entonces, acabó la pelea. Al final, sólo se oyó una única voz, suave, casi en un susurro, que terminaría por callar también. —¿Qué tipo de golpe fue aquel?— pregunté a Misón.

Precisamente aquello fue lo que él, a continuación, le había preguntado a la lavandera, según me dijo, pero no contaba con ninguna respuesta precisa. Había oído

como le propinaban a algo un golpe seco, pero eso era todo, y cuál era su origen tampoco había sido capaz de decírselo.

—¿Y qué fue aquel susurro? —quise saber. Misón se encogió de hombros. Tampoco en eso había podido la anciana responder algo concreto. Había sido un murmullo, como un ronquido o un estertor pero no podía estar segura de nada más específico.

—¿Tampoco había visto nada? —pregunté.

—No, nada —respondió Misón—. No podía. Durante el día no ve mucho, pero por la noche está prácticamente ciega.

—¿Y qué hay de los vecinos? ¿Nadie se enteró de nada de la pelea? —insistí, aunque ya casi conocía la respuesta.

—Ya sabes cómo son los atenienses —repuso Misón con resignación—. No sólo están ciegos, también sordos y mudos...

Di las gracias a Misón y fui al establo para ensillar a Ariadna. Al menos habíamos dado algunos pasos, y ya tenía en mis manos algunas piezas del mosaico que podría proporcionarme un retrato del asesino. Cuando monté, sentí un dolor punzante en el costado, y me asaltó una furia repentina contra los hombres que me habían atacado el día anterior. Durante un instante vi también a Cármides ante mí. ¿No había sonreído durante un instante cuando me agarré de las costillas?

Atravesé con un trote ligero el ágora, hacia el Dromos, pues así se llamaba la calle por la que Sócrates y yo habíamos pasado el día anterior, justo en dirección contraria. Debía abandonar la ciudad para llegar al bosquecillo que me había descrito la esclava de Platón. El camino pasaba por el Cerámico, la Puerta de Dypilon y, finalmente, cruzaba el gran cementerio exterior antes de bifurcarse. A la izquierda, continuaba la vía Sacra, mientras que a la derecha yo esperaba encontrar el terreno al que Platón había marchado de buena mañana. Era por allí por donde pasaban las procesiones veraniegas de las Panateneas, la festividad más importante de Atenas, en su camino para adorar a la diosa protectora de la ciudad. En unas pocas semanas, las doncellas y, tras ellas, media ciudad, llevarían las reliquias desde Eleusis hasta la Acrópolis, pasando por el Dromos.

Los guardias de la Puerta de Dipylon me saludaron. ¡Ay, si hubiera habido aquella noche tan sólo un soldado en la Puerta de Itonia! Quizá Periandro seguiría vivo, en lugar de yacer en la necrópolis, casi a la sombra de los muros de la ciudad, y por encima, las calles que yo ahora recorría; seguiría obteniendo más victorias para su ciudad, y el corazón de su padre y el de su madre no estarían rotos. Me entró miedo. ¿Qué era en realidad la muerte, ese dios oscuro capaz de ennegrecer la luz de aquella casa y provocar una despedida definitiva?

Bajo el sol, un número incontable de mudos monumentos funerarios: magníficos relieves de mármol, estatuas y lápidas, sobre los que se repantingaban las lagartijas; testimonios en piedra de la muerte, omnipresente en aquel lugar. Desde allí tomaría Periandro el último camino hacia el Hades. Le dotarían con ricas ofrendas funerarias:

pebeteros para combatir la oscuridad y el olor de la descomposición, pan y vino contra el hambre y la sed, espada y escudo contra sus enemigos, y una moneda de plata sobre la lengua para poder pagar sus servicios a Caronte, el barquero que transporta a los muertos por el río. ¿Y después?

Bajo una de esas piedras se encontraba también mi madre. La habíamos llevado hasta allí hacía cinco años. Lo recordaba con exactitud: las imágenes se sucedían ante mí, sentía cada paso dado con el peso de su cuerpo sobre mi hombro. Fue una fría mañana de invierno. La llevamos sobre un féretro de madera; mi padre, Raios, Janos y yo cargamos con ella. La madera del ataúd se me clavaba en la carne. Aspasia y los niños marchaban tras nosotros. Les seguían primos, vecinos, amigos... Aquel día la niebla flotaba sobre las tumbas, y el sol se escondía pálido tras las nubes.

Aquel recuerdo me hizo estremecer y temblé de frío a pesar del calor. «Recomponte», me dije, «¡Sal de este cementerio y de sus horrores!».

Al día siguiente iría a darle a Anaxos el primer informe. ¿Qué era lo que sabía? Habían asesinado cruelmente a Periandro, un asesino lleno de ira le había ahogado introduciéndole un fragmento de papiro en la garganta. Se había producido una discusión. Probablemente el asesinato había tenido lugar en el mismo sitio en que se encontró el cadáver. Periandro, siendo como era aristócrata él mismo, mantenía estrecho contacto con personas acaudaladas y de alta cuna que odiaban el gobierno del pueblo y querían eliminarlo. El papiro establecía una conexión entre la muerte del atleta y esta oligarquía, pero el tipo de relación quedaba aún por descubrir. ¿Podría ser que el propio Periandro fuera el autor de la obra, y alguien se hubiera sentido ofendido por su contenido? Quien la escribió no adolecía de inteligencia ni de recursos, y el propio Periandro había sido tan rico como brillante. Aparte de eso, en los últimos meses parecía haberse encontrado muy inquieto. Su maestro se había percatado de ello, pero sus amigos al parecer no. ¡Pero qué amigos! Como ese Cármides, que en el mismo día en que había sabido de la muerte de Periandro, había celebrado una fiesta de postín. Además, había que tener en cuenta a los dos rufianes que me habían asaltado de vuelta a casa. ¿Había querido decir algo aquel ataque? Critias ya sabía de mi misión...

Así reunía toda la información que conocía, e intentaba componer una imagen con los pedazos. Tan sumido estaba en mis pensamientos, que por poco no me doy cuenta de que Ariadna me había llevado hasta mi destino.

Mi búsqueda de Platón me había llevado hasta un terreno de belleza insólita, casi como la de un jardín. A la sombra de los olivares y los cipreses, crecían rododendros y rosas salvajes. La hierba, que se elevaba hasta la altura de las rodillas, aparecía entre los árboles, protegida por la sombra de estos y alimentada por un pequeño lago que, en conjunto, lograba evitar que se secara por la acción del sol heleno. La fuente que alimentaba el estanque nacía de entre un grupo de rocas, destacadas sobre el terreno encima de una colina. Allí, donde la tierra se elevaba ligeramente, existía una casita a la que llevaba un sendero estrecho, cubierto de guijarros y flanqueado de

piedras irregulares.

Me había imaginado a Platón como alguien similar a Cármides, y esperaba conocer a una persona tan opulenta como fría. Sin embargo, tuve que cambiar de impresión. Había olvidado cómo lo había retratado Trasíbulo: como alguien sensato aunque soñador, tímido y discreto. Cabalgué hasta la pequeña cabaña, me bajé y até a Ariadna a un arbusto, justo en el momento en que un joven aparecía por la puerta y me preguntaba quién era.

Lo primero que me llamó la atención de Aristocles fue su inusualmente amplia frente. Parecía tan enorme que casi llegaba a desfigurarlo, pero no lo lograba, pues sus restantes rasgos eran tan claros y hermosos como sólo se podía esperar de un príncipe ático de veinte años, que es lo que era. Sin embargo, este príncipe distaba de ser feliz. Me miró con ojos enrojecidos, revelando que hasta ese momento había estado llorando. Algo en su expresión me recordó al padre de Periandro, pero no sería hasta después cuando descubriría el qué.

Platón no se sorprendió tanto al escuchar mi nombre. La noticia de que investigaba el asesinato de Periandro debía haberle llegado con rapidez, tratándose como se trataba de la muerte de un amigo suyo, de aquel en quien confiaba más que en ninguna otra persona. No tuve duda de ello. Lo vi en sus ojos rojos y, después, en la forma en que luchó por mantener la calma mientras le explicaba los motivos que me habían llevado hasta allí. No, Platón estaba hecho de madera distinta que Cármides, y mucho más que de su hermano Glaucón. El mero recuerdo de éste me repugnó.

—Es un terreno hermoso —dije, para comenzar la conversación.

—Sí —respondió con suavidad—, muy hermoso.

Había adquirido aquel terreno de manos de unos amigos hacía poco tiempo. Había estado allí con Periandro con frecuencia, tenían muchos planes para ese pedazo de tierra, cada semana uno distinto... Pero todo daba ya igual.

—¿Erais buenos amigos? —inquirí, aun sabiendo que era una pregunta sin sentido. Era evidente que sí. La voz de Platón hablaba por sí misma, pero se limitó a asentir.

—¿Sabes dónde estuvo Periandro la tarde de hace dos días? —insistí, mientras nos sentábamos en un banco de piedra frente a la casa.

Platón se encogió de hombros. Periandro se había retirado en los últimos días, prácticamente se había aislado, por lo que me explicó su amigo. Ya no lo veía con tanta frecuencia.

—¿Por qué no? —me interesé.

Platón se estremeció y calló durante largo rato. Entonces entendí qué era lo que me recordaba al padre de Periandro en su expresión. Me respondió que desde que se había enterado de su muerte se hacía la misma pregunta, pero no podía dar una respuesta.

—Sócrates me dijo que había cambiado, que algo le había deprimido. Pero

Periandro no quiso revelarle el qué —señalé.

—Sí, exacto —replicó Platón—. Había algo que le atormentaba.

—¿Y no sabes lo que era?

—No —repuso, luchando contra las lágrimas que querían escapársele de los ojos.

Enterró la cara entre las manos. Eran finas, delgadas y blancas, casi como las manos de una mujer. Le di tiempo para serenarse, y esperé con mi siguiente pregunta preparada hasta que pudo volver a mirarme.

—¿Crees que podría tener penas de amor? —apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando las lágrimas desbordaron definitivamente los ojos de Platón y su pecho se vio preso de un violento sollozo.

Entonces lo supe de inmediato: junto a mí no se encontraba un simple amigo de Periandro. Trasíbulo lo sabía, y por eso su voz había adoptado aquel tono peculiar el día anterior.

—¡Tú le amabas! —exclamé, y no era una pregunta, sino una afirmación clara.

Platón se calmó y se frotó los ojos. Yo también callé durante unos instantes. Volví la vista hacia el grupo de rocas situadas ante nosotros: justo junto a la fuente florecían lilas silvestres, las flores de la muerte.

—Sócrates dice que los hombres tienen un alma inmortal. ¿No lo crees? —le pregunté, para consolarlo.

—Sí —respondió—, lo creo, y sé que el alma de Periandro es mucho más feliz de lo que lo era aquí. Pero... Platón enmudeció. Apartó los ojos de mí y contempló también las lilas, como ausente.

—¿Pero? —le animé a continuar.

—No quiero aburrirte —dijo Platón con voz débil. Susurraba un poco, algo que me llamó la atención.

—No me aburres —le aseguré pues, por el contrario, no podía evitar sentir interés al ver a Platón confesando sus penas.

—Hay una antigua leyenda —comenzó a hablar, vacilante, y en voz tan baja que apenas podía oírle— que dice que nosotros, los hombres, no somos seres completos, sino sólo la mitad de un ser completo, de una especie de criaturas dobles y antiguas que vivían en los oscuros tiempos antes del tiempo. Estos seres tenían cuatro piernas, cuatro brazos y dos rostros, pero una sola sombra. Un rostro miraba hacia adelante y el otro hacia atrás. Caminaban erguidos allá a donde quisieran, adelante o atrás. Si tenían que correr rápido, formaban una rueda con sus brazos y sus piernas. Estos hombres dobles eran poderosos y fuertes, tanto que desafiaron a los dioses y asaltaron el Olimpo, y por ello Zeus les castigó. Dividió las dos mitades para siempre, y desde entonces vagaron solos. En ocasiones, Zeus es benigno y permite que dos mitades se encuentren y sean plenamente felices. Los que no encuentran su mitad permanecen condenados a buscar eternamente. Quien... —de nuevo, interrumpió la narración, ya fuera a propósito o por verse incapaz de hablar, de puro agotamiento.

—¿Sí? —pregunté.

—Quien se pierde, permanece solo para siempre.

Quedé en silencio, mientras Platón apartaba la vista y miraba a un lado. Apretaba las manos la una contra la otra con tal fuerza que se podían vislumbrar los blancos huesos de las articulaciones. Le temblaba todo el cuerpo. Me levanté y me dirigí hacia la fuente. Comenzó a soplar una ligera brisa que jugueteó un instante sobre las copas de los árboles. El sol brillaba por entre las hojas, y el agua era tan clara como el aire. Podía distinguirse cada guijarro del fondo del estanque con precisión sin que se distorsionara la visión. Era un lugar cautivador.

—Perdóname, pero debo preguntártelo —dije, volviéndome de nuevo hacia Platón—. ¿Dónde estuviste hace dos noches?

—Estuve aquí —respondió.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—¿Qué hiciste?

—Estuve trabajando... escribiendo durante la mitad de la noche —repuso Platón con suavidad—. No estuve con él cuando me necesitó.

Me dirigí hacia Ariadna y saqué el fragmento de texto de las alforjas. Platón permanecía sentado y yo sabía, aunque no le estuviera mirando, que de nuevo intentaba no llorar. Regresé a su lado y le tendí el papiro.

—¿Lo conoces? —le pregunté.

Platón desenrolló la hoja y la ojeó. No me dio la impresión de que la estuviera leyendo realmente. En seguida la enrolló de nuevo y me la devolvió.

—No —se limitó a responder.

—¿No? —pregunté incrédulo—. Sócrates sí que lo conocía.

El rostro de Platón se endureció. Intentaba parecer indiferente encogiéndose de hombros. Estaba ocultando algo.

—Periandro se lo dio... El libro entero, quiero decir —proseguí, mientras observaba con detenimiento a Platón.

Tiritaba ligeramente de la cabeza a los pies, pero la expresión de su cara permanecía tallada en piedra.

—No lo conozco —repitió sin mirarme a los ojos.

No le creí; sabía más de aquel libro de lo que quería decirme. Sin embargo, ¿qué podía hacer yo? Decidí contarle toda la verdad.

—¿Sabes por qué tengo este fragmento? —pregunté—. Me refiero al original, no a esta copia.

—No —repuso, con el rostro tan rígido y el cuerpo tan tenso como si se hubiera enfrentado en persona a la Gorgona coronada de serpientes.

—Lo encontré en la garganta de tu amante. ¡Lo asfixiaron con él!

Resulta difícil describir lo que le ocurrió en aquel momento. La sangre abandonó su cara y perdió todo el color. Las pupilas desaparecieron bajo los párpados, dejando una mirada blanca y vacía dirigida a la nada. Platón comenzó a estremecerse como si

tiritara de frío. Preso de convulsiones, la parte superior de su cuerpo se desplomó sobre sí mismo, hasta que aquel joven robusto finalmente cayó lateralmente al suelo, temblando y agarrándose, sin que con ello intentara siquiera paliar el impacto. Temí que se mordiera la lengua, por lo que le introduje transversalmente en la boca la vara de madera del papiro. Perforó el texto con los dientes, mientras sus piernas pateaban como las baquetas de un tambor. Le llamé a gritos y le propiné dos bofetadas, esperando con ello traerle de vuelta de aquel reino entre medias de la vida y la muerte en el que parecía estar preso, pero no reaccionó.

Le paralicé contra el suelo hasta que las sacudidas remitieron, aunque la musculatura siguiera rígida. En cuanto pude soltarle durante un instante, corrí hacia la casa donde tuve la suerte de encontrar rápidamente una jarra de agua, que vacié con fuerza contra el rostro del príncipe ático, mientras seguía gritándole con desesperación. Los espasmos, finalmente, desaparecieron dejando tras de sí un cuerpo inerte, destrozado por su violencia. Cada ojo recuperó su iris. Platón me miró, pero no me reconoció. Estaba echado, débil y sin fuerzas, sobre el charco de agua, y volvía lentamente en sí. Cuando por fin se dio cuenta de que se encontraba sobre un suelo sucio, intentó erguirse, pero cayó de nuevo hacia atrás.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Tuviste un ataque —respondí.

—¿Sí? —replicó, como distraído, mientras intentaba levantarse de nuevo.

Se movía con torpeza, como un escarabajo que ha caído de espaldas. Cuando logró apoyar los codos, volvió la vista hacia mí, y recordó poco a poco quién era yo.

—Eres Nicómaco, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —afirmé.

Asintió titubeante, y las lágrimas no tardaron en volver a sus ojos. Yo mismo estaba ya fuera de mí, pero no quería liberarlo tan fácilmente de mis pesquisas. Le mostré el rollo de papiro que había masticado y escupido.

—¿Sigues manteniendo que no conoces este texto y que nunca lo has leído? —insistí, tan duramente como pude.

Platón meditó un instante, entonces giró la cabeza y yo entendí que había recordado lo que le había dicho sobre el papiro.

—Lo mantengo —respondió débil mientras se levantaba.

Sabía que yo no le creía, pero no se molestó en tratar de convencerme. ¿Por qué mentía? ¿Qué relación tenía él mismo con aquel panfleto?

—Te lo ruego, vete ya —dijo, de nuevo dueño de sí mismo y capaz de mirarme a la cara sin romper a llorar—. Debo calmarme y descansar.

De no haberme encontrado frente a un sobrino de Critias, no habría permitido que se desembarazara de mí con tal impunidad. Sin embargo volví a sentir repentinamente aquel punzante dolor en las costillas, y vi a mis asaltantes frente a mí. Confieso que sentí miedo. Dudé un instante, después me levanté y caminé hacia mi montura pues, ¿quién podía saber hasta dónde alcanzaba el brazo de aquella familia?

Era peligroso acercarse demasiado a ellos. Platón se irguió lenta y patéticamente. En aquel momento entendí qué había sido aquello que, al principio de nuestro encuentro, me había recordado al padre de Periandro: la misma tristeza en el gesto, un dolor tan profundo que nunca abandonaría del todo a ninguno de los dos. «Si cambias de opinión, podrás encontrarme en el cuartel de los toxotai», dije a modo de despedida. Platón simplemente levantó la mano, y yo sabía lo que aquel gesto quería indicar. Entonces monté en mi yegua y dejé atrás el bosquecillo.

Regresé a la ciudad. No entendía a aquel joven. Estaba seguro de que él había amado a Periandro pero entonces, ¿por qué no quería ayudarme a encontrar a su asesino? ¿Quizá hubiera sido el atleta el autor del escrito, y su amante quisiera ocultarlo para no manchar su memoria? ¿O estaría protegiendo a otra persona? Aquellas eran las preguntas que me asaltaban, y para las que no tenía respuesta alguna.

Así, llegué al cuartel, donde Misón me aguardaba con nuevas noticias. Llovía sobre mojado: mis hombres habían encontrado a un conocido tratante al que, el día anterior, le habían ofrecido el anillo de Periandro. Lo había rechazado, más por miedo a una posible estafa que por cualquier otro motivo. No conocía, o no había querido conocer el nombre del vendedor, pero al menos ya sabíamos que el anillo estaba en circulación, tratando de encontrar comprador. Si encontrábamos el anillo, tal vez también encontraríamos al asesino.

Capítulo 9



A LA MAÑANA SIGUIENTE, ANAXOS, SEÑOR DE LOS ESPÍAS, requirió que me presentara en cuanto recibiera el aviso en su oscuro cuartito del palacio de gobierno. Se encontraba sentado tras su gran escritorio, con los ojos húmedos vueltos hacia un papiro abierto frente a él. Las luces de las lámparas humeaban y titilaban como tres días atrás. Por toda la estancia se respiraba un aroma como mohoso, por el polvo de los rollos y la transpiración de su residente. Anaxos me señaló un taburete con un movimiento de la barbilla, por lo que me senté en él. Entonces, empecé a hablar.

Escuchó atentamente mi informe sin tomar parte en ningún momento. No me interrumpió ni una sola vez, pero tampoco mostró el más mínimo interés. Le expliqué la forma en la que había muerto Periandro, le mostré el papiro extraído de la garganta del joven campeón, mencioné la cuestión del anillo desaparecido y la noticia de que alguien había tratado de venderlo. Le informé de que fui atacado y golpeado por dos sujetos, ante lo cual Anaxos no mostró ningún tipo de reacción ni emoción, y expuse mis encuentros con Critias, Sócrates, Cármides y Platón, sin olvidar la pelea que la anciana había creído oír junto a la puerta. Tan sólo omití, cauto, mi conversación con Trasíbulo. Estaba convencido de que él y sus amigos tenían un hombre de confianza dentro del Estrategion, quizá en la propia administración, y yo no estaba dispuesto a provocar que Anaxos centrara su atención en aquel hombre. Nada le agrada menos a un espía que el que le espíen a él, aunque no se le deba reprochar a otra persona lo que uno mismo practica. En esa cuestión, ese tipo de hombres tienden a ser tan sensibles como los amantes traicionados, que no perdonan ni un paso en falso a sus enamorados.

Anaxos tampoco pronunció una sola palabra cuando terminé mi informe, apenas movió la cabeza para asentir. ¿Estaría pensando en mis investigaciones, o acaso su espíritu se encontraba en otra parte? No sabría decirlo. Finalmente, tomó el papiro que le ofrecía y lo contempló durante largo rato. Lo leyó en voz alta al menos dos veces y después pareció meditar sobre algo.

—Lo conozco —dijo con calma, apenas vuelto hacia mí, se levantó y salió de la estancia arrastrando los pies.

Yo aguardaba, tenso y sin realizar ni un movimiento, sentado sobre mi sencillo taburete. ¿No le preocupaba el secreto oculto en el papiro, un secreto que hasta ahora no había visto la luz? ¿Ome estaba tentando a sabiendas con la intención de observarme por un agujero invisible en la pared, para averiguar si caería en la

provocación de desplegar alguno de aquellos libros? Permanecí sentado y a la espera...

Cuando Anaxos regresó, llevaba un nuevo rollo bajo el brazo. Dudó un segundo antes de dármele, como si sopesara si podía confiármelo, pero finalmente me lo ofreció con evidente indecisión.

Era una copia barata y de mala calidad. El papiro y la escritura no eran del mismo tipo que la hoja con la que tan miserablemente habían asesinado a Periandro, pero no cabía duda: se trataba del mismo panfleto incendiario. Todo indicaba que uno de sus espías había debido robar una noche, con gran discreción, el rollo de papiro para copiarlo después, lo que explicaría los numerosos errores y la falta de claridad.

No puedo aceptar que los ateniense hayan escogido la forma de listado que tienen ahora...

Ya conocía la introducción, por lo que la salté hasta la línea en la que hablaba de cómo la pobreza empuja al pueblo al crimen. Entonces leí con mayor atención, algo para lo cual la pobre luz que llenaba la estancia no era suficiente. Los ojos no tardaron en llenármeme de lágrimas, lo que explicaba el mal de Anaxos.

El autor continuaba atacando la democracia durante tres capítulos más: que era un gobierno de la plebe por encima de la nobleza, y en consecuencia tan corrupto como la plebe misma; una forma de autoridad que prefería explotar a los aliados antes de meter en cintura como se merecen a los extranjeros y a los esclavos dentro de los propios territorios. ¿Y eso por qué? Porque se necesita a los extranjeros para el comercio, y a los esclavos les va tan bien que apenas se les puede diferenciar de un ciudadano. Si se azota a esa gentuza, se corre el riesgo de que cualquier ateniense te denuncie.

¡En Esparta, tu esclavo me temería! En Atenas incluso han empezado a tener libertad de expresión.

Así continuaba y continuaba. Acusaba a Atenas de romper pactos y tratados, de infidelidad, avaricia y pereza. El panfleto era tal y como Sócrates lo había descrito. Su autor estaba fuera de sí. Si hubiera dedicado un par de líneas a describir la constitución ateniense, probablemente también la habría criticado. Más que con tinta, parecía escrito con los espumarajos de un perro rabioso.

—¿Sabes quién es el autor? —pregunté a Anaxos, cuando terminé la última frase. No me hizo falta mucho tiempo para revisar el texto entero.

—No —respondió con su voz melodiosa—, hace ya un año que tenemos este libro en nuestro poder, pero nunca hemos llegado a descubrir quién lo había escrito. Pasa de mano en mano entre todos los oligarcas. Uno de mis hombres logró copiarlo

clandestinamente, como ya habrás imaginado, pero ni siquiera el propietario del original que utilizamos sabía quién era el autor.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Nunca se puede estar completamente seguro —repuso Anaxos—, pero era sólo una figura secundaria dentro del movimiento oligarca, que no jugaba ningún papel relevante en su círculo. Se trataba de un pequeño cambista con una posición acomodada que, no obstante, no podría llegar a considerarse riqueza y cuyos deseos de pertenecer a la aristocracia excedían lo que en realidad estaba dispuesto a sacrificar. Nos contó, con gran credibilidad, que no le habían dicho de dónde provenía el escrito. En cualquier caso, soy de la opinión de que sólo un grupo muy reducido conoce su identidad, y lo cierto es que tampoco nos parece tan importante.

—¿Por qué dices «jugaba»? ¿Qué le ha ocurrido?

—Murió. De muerte natural, por lo que tengo entendido —respondió.

—¿Cómo se llamaba? —inquirí.

Anaxos hizo como si no hubiera oído la pregunta. Se levantó y rodeó la mesa para acercarse a mí. Su olor me repugnó.

—Pensé que el propio Periandro podía haber llegado a ser el autor —continué—, pero cuando has mencionado que el panfleto lleva circulando varios años, esa posibilidad se ha evaporado. ¿Y Critias? También de él se dice que escribe.

El rostro de Anaxos permaneció imperturbable. Se aproximó aún más a mí, y no tardé en sentir su aliento en la piel.

—Ten mucho cuidado, Nicómaco —me dijo, con aquella voz dulce que le era tan propia, mientras me miraba directamente a los ojos—. El círculo al que apuntas puede ser muy peligroso. ¿Has hablado con alguien de este papiro?

—No —exclamé, con la boca seca.

Anaxos me parecía repentinamente un demonio aterrador.

—¿No has mencionado que has mandado hacer una copia? —me preguntó con su particular entonación. Me había escuchado, por lo tanto, con mucha más atención de lo que yo había supuesto.

—Sí, se lo encargué a Misón, nuestro escriba —admití—, pero es de confianza. No tienes nada que temer de él.

—Sí, por supuesto —repuso Anaxos con un rostro tan frío e inexpresivo que entendí de forma manifiesta que no existía nadie en el mundo en quien confiara, mucho menos en un escriba.

—¿Cuántas copias pediste? —preguntó, aprovechando la ocasión, mientras se apartaba de mí y centraba su atención en los rollos de las estanterías.

—Sólo una, y Aristocles la destrozó durante su ataque —respondí, y aquella segunda mentira pareció más convincente.

—Entonces, ¿lo que tengo aquí es el original, y la copia está inservible? —inquirió, mientras se esforzaba notablemente en aparentar encontrarse muy concentrado e interesado en buscar alguna otra cosa entre los manuscritos.

—Sí, Anaxos, así es —volví a mentir.

—Bien —dijo, volviéndose de nuevo hacia su escritorio para sentarse—. Así debe permanecer. No le hables a nadie del manuscrito. Lo mejor sería que lo olvidaras del todo Y con estas palabras me miró sonriente y amistoso, como un tío que acaba de darle a su sobrino un consejo bienintencionado.

—¿Aunque me llevara hasta el asesino de Periandro? —pregunté, ingenuo.

Anaxos se limitó a sonreírme con gesto algo más simpático, y no respondió.

Podía marcharme ya. El funcionario parecía satisfecho con mi informe. Buscaba con ojos inquisitivos alguna cosa nueva encima de su mesa, y en esta ocasión, era una búsqueda real. Le aguardaban otras obligaciones, y se comportaba conmigo como si yo ya no me encontrara allí. Sin embargo, yo no tenía intención de dejarme expulsar tan rápidamente. Había aún otra cuestión que me preocupaba, y estaba anclada en el Pireo.

—Noble Anaxos, disculpa si te pregunto esto —comencé a tratar el tema—. Antes de ayer, un barco persa de velas cuadradas atracó en el muelle de Cántaros. El capitán me mostró un salvoconducto firmado por el propio Alcibíades. ¿Sabes algo al respecto?

Anaxos levantó la vista de la mesa. Le temblaban los párpados. Estaba sorprendido, y durante un instante no fue capaz de ocultarlo, ni siquiera él. Sin embargo, algo mantuvo en secreto que debía merecer la pena. Sonreí con candidez, y él retomó la expresión de indiferencia que había lucido mientras escuchaba mi informe.

—Esos asuntos no te conciernen —me respondió.

No podía admitir que no sabía nada acerca del salvoconducto de Alcibíades. Para él, debía ser su particular forma de vanidad.

Me despedí de Anaxos con la promesa de regresar en tres días para exponerle mi siguiente informe. No me cabía duda que en las próximas horas se dedicaría a descubrir todo lo que pudiera sobre un barco extranjero anclado en los muelles, pero sobre todo y ante todo, qué había de un salvoconducto expedido por su señor.

Cuando dejé el Estrategion, era ya la hora más clara del mediodía. Me quedé bajo el frontón de mármol, cegado por el sol, tratando de protegerme los ojos. Frente a los juzgados, en el Areópago, se reunían los jueces vestidos con sus prendas ceremoniales, que sólo lucían en días de juicio. El púrpura y dorado de sus mantos indicaba que el de hoy era un delito de sangre. Incendio provocado y asesinato eran las acusaciones que aún competían a aquel tribunal, anteriormente el único... Un recuerdo del antiguo poder de aquel consejo, que no era de envidiar. Aquel día, la vista era por incendio, y yo conocía el caso. Reconocí a Critias entre los jueces, pero él no me vio, o prefirió fingir que no me veía. Llevaba una clámide ceremonial. Se había colocado los extremos del manto sobre los hombros en gesto solemne. ¿Qué estaba haciendo él allí? No pertenecía al tribunal, pero podría ser que representara al acusado, pues tenía fama de ser un gran orador. Evidentemente, aquel era el público

al que se dirigía, pues nunca tomaba la palabra en las asambleas. Despreciaba demasiado al pueblo llano como para lograr convencerlo. Sin embargo ahora, que se encontraba entre los suyos, su rostro mantenía una expresión adusta, pues al parecer tan sólo los jóvenes hermosos lograban extraer una sonrisa de sus labios.

Entonces, de forma repentina e inesperada, sonrió. Seguí su mirada y descubrí que, atravesando la plaza a la carrera en nuestra dirección, con la cabeza hundida y los brazos en jarras, se encontraba precisamente Licón. Cuando alzó la vista, nos reconoció a ambos al mismo tiempo. Levantó la mano para saludarnos, tanto a Critias como a mí, pero finalmente se me aproximó mientras el aristócrata nos volvía la espalda lentamente y entraba de nuevo en el edificio del juzgado.

—Hola, Nico. Te estaba buscando —me saludó, antes de besarme en la mejilla.

—Eso mismo he estado haciendo yo estos días —dije—. ¿Dónde has estado?

—En casa, Nico. Estaba un poco enfermo —respondió.

—¿Enfermo? ¿Cómo?

—Tenía fiebre. Nada grave. Ahora estoy bien otra vez.

—Por eso estabas tan cansado la última vez que nos vimos —murmuré.

—Sí, no me encontraba bien —replicó, con un tono peculiar en la voz.

Rodeé los hombros de Licón con el brazo y juntos atravesamos la plaza en dirección a la Acrópolis.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —le pregunté.

—No lo sabía —respondió, con voz un tanto entrecortada—. Te busqué en el cuartel, y como no estabas allí, pensé que habían pasado ya tres días y que habrías vuelto al Estrategion.

Continuamos caminando con pasos silenciosos por aquel espacio desierto. Los atenienses habían vuelto a sus casas para comer y, a nuestras espaldas, los jueces seguían el ejemplo de Critias y volvían a entrar en el edificio. El suelo de arcilla ardía bajo nuestros pies, y el aire centelleaba. No era un día adecuado para estar paseando bajo el sol. Pronto comencé a notar que me estaba quedando sin aliento por culpa del calor.

Entre el Areópago y la Acrópolis existía un pinarcillo que nos prometía algo de sombra, por lo que encaminé nuestros pasos hacia allí. Quería hablar con Licón, y además necesitaba calma y sombra.

—Has saludado a Critias —señalé, después de que nos hubiéramos acomodado al cobijo de los árboles.

—Sí —exclamó Licón.

—En casa de los padres de Periandro tuve la impresión de que ya lo conocías. ¿Es así? ¿Lo conoces? —quise saber.

—Claro que no, Nico, ¿a qué viene esa pregunta? —respondió de mala gana—. ¿Qué problema tienes con ese tal Critias? Te comportas como la celosa de tu esposa, de la que siempre te quejas.

—No estoy celoso —repliqué, intentando parecer amable—. Nunca te he dicho

con quién tenías que relacionarte y con quién no, pero Critias es peligroso...

Licón no volvía el rostro hacia mí; lo mantenía apartado, con expresión terca e impenetrable. No me escuchaba. Era propio de su edad: aquel umbral entre sus días de efebo y su vida como hombre en el que se puede levantar una mañana como adulto y, a la siguiente, volver a ser un niño, y en cualquiera de los casos, comportarse como un insensato. Examiné su aspecto: rizos negros como el carbón, piel clara y porosa, ojos oscuros y grandes, rodeados de gruesas pestañas, pómulos marcados apuntando a la pequeña nariz. Era hermoso, sin duda, probablemente demasiado. Le resultaba muy fácil robar corazones, y eso hacía que luego los valorara muy poco.

Estábamos sentados, callados, como dos extraños. No lejos de donde nos encontrábamos se oía el dulce sonido de la música: una flauta y una lira interpretaban una sencilla melodía. Al igual que nosotros, los desconocidos artistas habían buscado abrigo del ardiente mediodía a la sombra de los pinos, y en ese momento interpretaban una serenata de agradecimiento a los árboles.

—Hace tiempo que no te oigo tocar la flauta —comenté. Licón era un flautista muy dotado. El instrumento de Pan era para él como una segunda voz, mientras que yo nunca había logrado extraer de él algún tono.

—Ya no suelo tocarla —respondió—. La flauta es cosa de niños.

—Tocabas bien. Sería una pena que lo dejaras.

Licón se encogió de hombros.

—¿Sabes que he conocido a Sócrates? —le pregunté para cambiar de tema.

—¿El viejo loco? —preguntó Licón, aún de mal humor.

—No es un viejo loco en absoluto —repliqué—. Es un hombre notable. Deberías conocerlo.

—Mi padre me ha dicho que me aleje de él. Dice que corrompe a los jóvenes y que tendrá un mal final —respondió Licón.

—Sabes que yo no querría que hicieras nada en contra de los deseos de tu padre, pero creo sinceramente que Sócrates es un hombre especial. Si quisieras conocerlo yo podría hablar con tu padre.

Licón negó con la cabeza y miró en la dirección de la música. No lograba que me escuchara. Buscando la reconciliación, le acaricié con dulzura las sienes y la mejilla, pero continuó igual de ausente e infranqueable. En un último intento, le besé en la frente. Su actitud, no obstante, se mantuvo fría, y apenas era capaz de mirarme honesta y directamente a la cara.

—Si no querías estar conmigo, ¿por qué has venido a buscarme? —le pregunté, cuando comprendí de forma clara que aquel día no sería capaz de conquistarlo.

—No lo sé —dijo—. No es asunto tuyo.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —insistí, y no me fue difícil hacer esa pregunta, de la misma manera en que no sufrí soportando la respuesta.

Nadie había proclamado la ruptura entre nosotros, pero era tan evidente que lo único que restaba era llamarla por su nombre. Sin embargo, no fue Licón quien se

atrevió a hacerlo: prefirió mentir, ignorarlo, hablar con voz hueca.

Me senté lejos de él. Los músicos interpretaban una melodía diferente, una conocida canción festiva de amor y vino que media Atenas solía cantar. Licón siguió con la espalda pegada al tronco del árbol, con los ojos cerrados. Le sentí completamente ajeno a mí.

Antes de que la canción llegara a su fin, me puse de pie y me sacudí el polvo de la ropa.

—Espero que todo te vaya bien, Licón —me despedí—, pero no quiero volver a verte.

Le miré, sosegado, y el asintió. Una sola lágrima se hizo camino a través de sus párpados, pero yo estaba seguro de que sería la única que derramaría por mí. Quizá aquella lágrima solitaria la llorara sólo por él.

Regresé al cuartel. Cada paso que daba lejos de Licón me iba sintiendo mejor, más libre, más feliz. Había vivido demasiado tiempo con aquella hermosa mentira. Demasiado tiempo.

Contento, me puse a silbar. Era la misma alegre cancioncilla que acaba de escuchar en el pinar. Me aliviaba el corazón. El suelo parecía menos caliente; el sol, menos opresivo que antes. Sobre la ciudad flotaba un cielo resplandeciente, que brillaba como el mar Egeo. Un par de grullas sobrevolaban los tejados. El viento de levante bajó desde las montañas para llegar a las calles y acompañarme. La gente sonreía a mi paso, toda Atenas se hacía una conmigo. Llevaba ya un rato caminando cuando decidí darme la vuelta y poner rumbo a la Acrópolis. Allí se encontraba ella, la fría señora de la ciudad: también la diosa de la razón parecía alegrarse de que finalmente hubiera recuperado la cordura. ¿Me estaría compensando por lo que ocurriría después?

Estaba a punto de llegar al edificio principal del cuartel, cuando un muy agitado Misón se precipitó a mi encuentro. Se había volcado en esta investigación con mucho afán. Fue a preguntarme que si sabía..., pero no le dejé terminar la frase: le respondí que sí, que me había encontrado con Licón. Misón no parecía entender a qué me refería. No estaba hablando de Licón. Debía informarme sobre algo mucho más importante: habían encontrado el anillo.

En el edificio principal, separada de la escribanía por un mero pasillo, había una pequeña celda, una habitación desnuda con una sólida puerta de roble, un duro suelo de arcilla y una ventana enrejada. El único mobiliario era un simple taburete y algo de paja, no demasiado fresca, colocada en una esquina. Utilizábamos aquella celda en contadas ocasiones, para alojar a algún borracho hasta que durmiera los efectos del alcohol, o para que algún provocador con ganas de pelea calmara los ánimos. Solíamos bromear llamándola «el dormitorio». Sin embargo, lo que allí esperaba ahora no era un borracho ni un matón, sino alguien de índole muy diferente. Estaba sentado, encorvado, sobre el taburete, que prácticamente desaparecía bajo la capa de

grasa de sus posaderas. Su grueso rostro estaba cubierto de arrugas, y los labios formaban una mueca obstinada. Era un hombre orondo e informe, tan ancho como alto, cuyo peinado, vestimenta y joyas, no obstante, ofrecía un curioso contraste con su pesado aspecto. Llevaba el pelo largo, cuidadosamente peinado y tratado con aceites aromáticos, y la barba estaba trenzada con finos hilos de oro. La ropa era de seda translúcida de color rojo, el mismo material del que, hasta tres días atrás, no había sabido su existencia, y cada uno de los dedos de sus blancas manos lucía un anillo de gusto exquisito. En seguida reparé en que una de aquellas joyas llevaba engarzada una perla negra coronada de laureles.

El desconocido se llamaba Hermógenes. Le conocía por mi suegro: era un rico joyero, especializado en oro y plata que, sin embargo, se le consideraba, ya dentro de un gremio no precisamente demasiado honrado, como un auténtico estafador. Ni una sola de las balanzas de su tienda funcionaba con precisión, ninguna aleación que trabajara se mantenía pura.

Cuando Hermógenes me vio, se levantó de un salto tan amplio como se lo permitió el cuerpo, y me abrazó con teatralidad desmedida.

—Nicómaco —exclamó, sudoroso y sin aliento—, bendita sea Atenea, por fin estás aquí. Me han llevado preso. ¡Figúrate! ¡Me han arrestado! ¡A mí, a Hermógenes, el joyero más honrado de la ciudad! Tú me conoces, tu suegro me conoce. Él garantizará... —su voz ascendió de tono hasta casi quebrarse.

Le interrumpí con aspereza.

—Enséñame el anillo —le ordené.

Palideció de forma patente, y la sonrisa servil que lucía se le borró del rostro. No sabía qué debía hacer, pero entendió que se encontraba en peligro.

—Enséñame el anillo —repetí—. Será mejor para ti, créeme. Mucho mejor.

Levantó el carnosos brazo de mala gana y me tendió la mano derecha.

—¿Seguimos teniendo la copia? —le pregunté a Misón, que permanecía silencioso a mi lado.

Asintió, extrajo la joya de una bolsa que colgaba de su cinturón y me lo entregó. Coloqué un anillo junto al otro. A pesar de que Raios había utilizado bronce y una piedra negra para el duplicado, el parecido era asombroso.

—Quítatelo y dámelo —indicé a Hermógenes, a lo cual respondió indignándose y resoplando de rabia.

—Nunca hubiera esperado esto del yerno de Raios... —sentenció. Le ordené a viva voz que se callara y cerró la boca atemorizado.

Me entregó el anillo tras extraérselo de su dedo meñique con algo de esfuerzo y bastante saliva. Me aparté hasta una ventana para poder examinar el interior de la joya donde, ligeramente escondido bajo la perla, había una pequeña .

—¿De dónde has sacado el anillo? —le pregunté a Hermógenes.

—Como ya le he explicado a tus hombres —respondió, ofendido y agitando los brazos como un molino de viento—, lo adquirí honestamente, hace ya dos meses.

Proviene de un mercader de Siracusa llamado Lisipo. Somos buenos amigos. Viene dos veces al año a Atenas con sus mejores mercancías. ¡Lo juro por Zeus y por la vida de mi madre!

Hermógenes me miró con ojos desorbitados para darle mayor efecto a su aseveración. Al ver que yo no me conmovía, hizo intención de arrodillarse ante mí. Casi pierde el equilibrio. Tuve que agarrarle de las manos para que no cayera de espaldas como un ternero cebado.

—Será mejor que no jures en vano —le aconsejé una vez fue capaz de sostenerse de nuevo sobre las piernas con seguridad—, ¡y siéntate de nuevo! Estás en peligro, en peligro de muerte.

Hermógenes abrió aún más la boca y los ojos, pero obedeció. Gotas de sudor le resbalaban por la frente y recorrían sus mejillas. Sobre la suave seda de sus ropajes se habían formado grandes manchas de humedad que se le pegaban al orondo cuerpo. Olía a miedo.

—¿Por qué iba a estar en peligro? —preguntó.

—Mira, Hermógenes. Aquí, esta , la conoces. ¿Verdad que sabes leer? Es una ro, la marca personal de Raios. La graba en cada pieza que sale de su taller. Por lo tanto, este anillo no viene de Siracusa, y no me cuentes que salió de la casa de Raios hasta Sicilia y luego volvió hasta aquí. Sabemos a quién pertenece.

Hermógenes jadeaba como un pez en busca de aire, pero permanecía en silencio. Bajo la máscara carnosa de su rostro, tenía los músculos tensos hasta casi reventar.

—¿De dónde has sacado el anillo? —le pregunté, pero no obtuve respuesta.

—Bien —dije—, entonces te ayudaré un poco. Hace tres días, este anillo estaba colocado en el dedo de un joven aristócrata. Seguro que lo conoces: se llama Periandro. En las últimas Olimpiadas ganó la carrera del estadio...

Hermógenes asintió. También él sabía quién era, pues toda Atenas amaba a sus héroes.

—... la cuestión es —continué— que Periandro ha muerto. Lo asesinaron. Si sus influyentes amigos aristócratas se enteran de que tú llevas su anillo, es posible que alguno de ellos llegue a la conclusión de que tú has tenido algo que ver con su muerte. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Hermógenes asintió despacio, como si su cabeza necesitara algo de tiempo para asimilar lo que yo acababa de decir. Misón, que seguía a mi lado, se apoyó en la pared y observó a Hermógenes con curiosidad. Una fina sonrisa se dibujó en su delgado rostro, casi imperceptible, como el hilo de araña.

—¿Quién podría pensar algo así de mí? —preguntó Hermógenes con voz apagada.

—Sí, por ejemplo, ¿quién podría ser? —le cedí la cuestión a Misón como quien pasa una pieza de fruta.

—¿Por ejemplo alguien como Critias? —me respondió el meteco con fingida inocencia.

—Sí, exacto, por ejemplo alguien como Critias —repuse en tono igualmente casual.

—Critias —repitió Hermógenes como un eco, y se humedeció los labios—. Escucha, Nicómaco, tienes que creerme, no tuve nada que ver con la muerte de Periandro. Absolutamente nada.

La expresión que me mostraba entonces, presa del pánico, era diferente: delataba sinceridad.

—Te creo —le dije—. El problema puede ser que esos amigos influyentes de Periandro crean que quizá *tú* puedas conocer al asesino, o estar ocultándolo, y en ese caso daría igual lo que yo creyera o si tuviste relación o no con la muerte del joven. Te harán asesinar. Rápidamente. Así de fácil.

Chasqué los dedos. Hermógenes lo entendió con claridad y asintió de nuevo con la misma parsimonia un tanto atolondrada.

—¿De dónde sacaste el anillo? —esta vez fue Misón quien preguntó.

Hermógenes ya no dudó ni un segundo.

—El tipo se llama Lisipo —las palabras le salieron a borbotones—, realmente se llama así. Es un ladronzuelo borracho. Antes de ayer vino a mi tienda y me mostró el anillo. Dijo que lo había ganado jugando a los dados. Me pareció que el anillo era bueno, muy bueno, y le ofrecí cinco dracmas por él. Al principio me insultó, pero después cogió el dinero y me dio la joya. Me la puse en el dedo meñique y pensé que había tenido mucha suerte. El resto ya lo sabéis: hoy entraron dos de tus arqueros en la tienda y me preguntaron por un anillo de oro con una perla negra. Yo estaba en el almacén y lo oí desde allí. Quise quitarme el anillo y hacerlo desaparecer, pero tenía la mano hinchada por el calor y por eso no pude sacármelo del dedo. Entonces los toxotai se presentaron frente a mí, se rieron y me llevaron detenido. Hazte una idea: me arrestaron delante de mi familia, de mis esclavos, de mis vecinos... ¡Y no dejaban de reírse de mí! ¡Esos bárbaros!

Misón me miró y asintió. La detención se había producido tal y como la había descrito. Hermógenes sólo había olvidado mencionar cómo había tratado de ocultar la enormidad de su cuerpo bajo un banco de trabajo y cómo se había quedado tan atascado allí que apenas habían podido sacarle en medio de una carcajada generalizada. Fue necesario que cuatro hombres tiraran con fuerza de sus blancas piernas para liberarlo del aprieto. Sin embargo, no supe de este delicioso detalle hasta más tarde, primero de boca de Misón, y en los siguientes días, a través de las versiones, siempre nuevas y ambiguas, que me iban ofreciendo mis hombres, doblados de la risa.

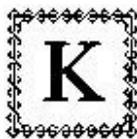
—¿Dónde vive ese Lisipo? —pregunté a Hermógenes, que parecía exhausto tras el torrente de palabras.

—No lo sé —respondió jadeante—. Tiene una hija ya crecida, pero no vive con ella. Se arrastra de taberna en taberna y duerme aquí y allá.

—¿Cómo podemos encontrarlo? Atenas es muy grande —exclamó Misón.

—Es muy fácil —replicó Hermógenes, como si ya nos hubiera explicado mil veces lo que nos dijo a continuación—. A Lisipo le falta media pierna izquierda. ¡Es un lisiado de guerra!

Capítulo 10



A DIFERENCIA DE LAS DEMÁS CIUDADES HELÉNICAS, Atenas se preocupaba por sus inválidos e incapacitados. Quien no podía valerse por sí mismo obtenía una renta diaria de seis oboles, algo justo y que no suponía un gran gasto, teniendo en cuenta que los lisiados de guerra habían sacrificado sus miembros protegiendo la ciudad, y que los inválidos de nacimiento nos los habían impuesto los dioses como castigo. Los padres atenienses no estaban obligados a abandonar a sus hijos enfermos como los espartanos. Nadie nos habría forzado a Aspasia y a mí a hacer nada parecido si nuestros niños hubieran nacido con alguna deformidad. El pago de la renta se efectuaba una vez por semana en el edificio administrativo junto al taller de Simón, y era labor del logistes, un ciudadano escogido específicamente para ello. Fue a él, un hombrecillo pequeño y delgado, con el cabello ralo y los dientes torcidos, a quien pusimos al corriente de la situación. El día de pago mis arqueros sólo tuvieron que mantenerse al acecho y esperar, mientras los inválidos iban presentándose uno tras otro ante el logistes, dando su nombre y recibiendo el cobre que necesitarían durante la siguiente semana. Sólo tuvimos que aguardar dos días después de que Hermógenes cayera en nuestra red y delatara a Lisipo.

El hombre que buscábamos era uno de los últimos de la fila. Se encaminó cojeando sobre su pierna de madera hasta la mesa de cobros y se presentó ante ella. El logistes comprobó que su nombre se encontraba en la lista y le tendió a Lisipo la bolsa con las monedas, pero la dejó caer de forma pretendidamente accidental. Esa era la señal: en cuanto Lisipo se agachó a recoger el dinero, seis hombres se colocaron rápidamente a su alrededor y le apresaron. Lisipo se defendió desesperadamente. Gritaba, escupía, arañaba y aullaba como un animal salvaje, lo que provocó que se formara toda una muchedumbre ansiosa de saber qué era lo que ocurría, pero todo fue en vano. Lo llevaron al cuartel maniatado y amordazado, y lo encerraron en la pequeña celda. Entonces me enviaron a un joven arquero que me transmitió, con orgullo, el mensaje: «Ya está en el dormitorio».

Lisipo era un pobre diablo: un borrachuzo enjuto con las mejillas hundidas, la mirada maliciosa, una boca casi desnuda de dientes y la piel picada de viruelas. Sin embargo, era un hombre duro y astuto. Apeataba a vino barato, orina y sudor. Se cubría el cuerpo con algo más cercano a la calificación de harapos que a la de vestimenta. Hecho una miseria, aguardaba entre temblores sentado en el taburete.

—Así que tú eres Lisipo —le dije al entrar junto con Misón en la celda. Desde hacía un tiempo se había convertido en una ayuda indispensable.

Lisipo no contestó. Me miró con la maldad pintada en sus centelleantes ojos, pero no adoptó ninguna expresión. Tenía las manos cerradas en un par de puños muy apretados.

—¿Cómo te ocurrió? —le pregunté, señalando el muñón de su pierna—. ¿Fueron los espartanos? ¿Con una espada o con una lanza?

—¿Tú que sabes de eso? —me ladró.

—Era hoplita. Sé algo del tema —respondí, con la esperanza de ganarme la confianza de Lisipo.

—Claro —replicó con hostilidad—. Un hoplita, armado con una espada. Un niño con dinero. ¿Qué sabrás tú?

Se volvió y escupió con desprecio hacia el suelo. Sentí el deseo de abofetearle, y una bofetada era exactamente lo que merecía, pero Misón reaccionó de inmediato y me agarró del brazo. Sabía que Lisipo no nos diría nada si yo le golpeaba. Me miró con gesto interrogativo y yo asentí para indicarle que ya me había calmado.

—Así que pertenecías a la infantería ligera —Misón pasó a hacerse cargo de la conversación y sonrió a Lisipo con dulzura. Nunca me había dado cuenta de la expresión tan amistosa que era capaz de adoptar cuando no se encontraba concentrado en el papiro—. La infantería ligera es la más importante al inicio de la batalla, sobre todo en terrenos intransitables, ¿verdad?

Lisipo asintió, aún receloso, pero la tensión de su rostro se iba relajando.

—... incluso es la que resulta decisiva en algunas batallas —continuó Misón, como si supiera a dónde quería llegar. Lisipo siguió asintiendo.

—¿Y has estado tú en alguna de esas batallas en las que la infantería ligera es la que resuelve la situación mientras los hoplitas se mantienen a salvo? —Lisipo miraba a Misón con interés.

—¿Te parece, al menos, que sé de lo que estoy hablando? —preguntó el meteco.

Lisipo asintió por tercera vez, y sus rasgos se mostraban ya completamente relajados. A pesar de que su rostro seguía siendo duro y mal encarado, adoptó de pronto un aire de cierta tristeza y melancolía; una expresión habitual en los bebedores que, tras media jarra de vino, comienzan a narrar las penas de su vida o de su familia.

—¿Qué batalla fue? —preguntó Misón.

—¿Qué sabrás tú de eso? —repitió Lisipo, pero en esta ocasión no adoptó un timbre tan desdeñoso como cuando habló conmigo.

Por el contrario, casi parecía... participativo.

—Oh, yo también fui de la infantería ligera. Igual que tú —replicó Misón. Daba la impresión de estar hablando con un viejo amigo—. Cuando era lo suficientemente joven y sano como para luchar, por supuesto. Atenas también ha llamado a las armas a los extranjeros que residen en ella. Luchábamos por Atenas, pero la ciudad no nos concedió el derecho de ciudadanía.

Misón enmudeció, y durante un momento su rostro delgado adoptó una expresión casi igual a la de Lisipo.

Avergonzado, tuve que admitir para mis adentros que nunca me había parado a pensar si Misón podía haber ido a la guerra o si tendría que sufrir el hecho de no ser ciudadano de pleno derecho.

—Pilos —dijo Lisipo en voz baja—. Estuve en Pilos.

Misón calló, comprensivo, y le dio un toque amistoso en el hombro.

Observé a Lisipo con atención. ¿Estaba mintiendo o decía la verdad? Pilos había sido una de las mayores victorias de Atenas y una gran derrota para Esparta. Durante el séptimo año de guerra, la milicia ligera ateniense rodeó y derrotó a cerca de cien hoplitas espartanos y todo había sido obra de la infantería, de los pobres, aquellos que no podían permitirse el armamento de los hoplitas y luchaban sólo con arco y flechas, con garrotes o con hachas, o incluso con las piedras que encontraban a sus pies...

Cuando más de una cuarta parte de los soldados espartanos había caído ya, el resto se rindió. En el ágora ateniense apenas se podían creer las noticias que llegaban a la patria. ¿La infantería ligera? ¿Los muertos de hambre? ¿A los soldados espartanos? ¡Nunca! Era algo nunca visto.

El pueblo ateniense es vanidoso y crédulo, pero el que un mero soldado de infantería pudiera acabar con un hoplita espartano, era demasiado. ¿Acaso no había sido un puñado de espartanos, bajo el mando de su rey Leónidas, los que habían detenido a todo el ejército persa en el Paso de las Termópilas? ¿Y los mismos espartanos iban a sucumbir ante nuestra baja burguesía, ante nuestros jornaleros y metecos? ¡Debía ser una broma!

Pero nadie bromeaba. Era lo que había ocurrido.

—¿Espada o lanza? —dijo Misón, repitiendo mi pregunta mientras apuntaba al muñón de Lisipo.

—Lanza —respondió— y, si de verdad quieres saberlo todo: fue la lanza de Epitadas, justo antes de partirle el cráneo con mi hacha. Pero no me creerás. Nadie me cree —Lisipo se dio la vuelta. Un súbito temblor sacudió su cuerpo.

—Te creo —repuso Misón, y sonrió a Lisipo con respeto, casi con sumisión.

Apenas podía creer la manera en que Misón se comportaba con aquel borracho. Yo no creía una sola palabra de lo que me decía. Ante nosotros no se sentaba un hombre que hubiera acabado con ningún general espartano.

—¿Conoces a un joyero llamado Hermógenes? —preguntó Misón, cambiando de tema de forma repentina.

—No que yo sepa —mintió Lisipo, cuyo cuerpo volvió a tensarse.

—Es curioso —continuó Misón—, porque él te conoce muy bien. Nos contó una historia muy fea sobre ti. Sobre ti y un anillo.

—¡Miente! —gritó Lisipo con rapidez, con demasiada rapidez, como hasta él mismo entendió.

El pánico se apoderó brevemente de su rostro, pero logró dominarse visiblemente y sus rasgos volvieron a adquirir la expresión de un borracho incomprendido.

—Tranquilo —dijo Misón, conciliador, mostrándose como un amigo de Lisipo—,

tranquilo. Vamos a hacer las cosas como cuando nos aproximamos a hurtadillas hacia los espartanos: despacio y con cuidado. ¿No fue un hombre de Mesena quien nos guió hasta la espalda de los enemigos? Pues eso haremos nosotros. Iremos tranquilos y con cautela, como el de Mesena. Yo tampoco creo a Hermógenes, pero escucha primero lo que dijo: Hermógenes tiene un anillo, un anillo particularmente hermoso: ¡éste de aquí!

Y con esas palabras, extrajo la copia de la joya de su manga y se la presentó al ladronzuelo frente a la cara.

Resulta difícil de describir lo que ocurrió en ese momento en el rostro de Lisipo. Al principio, durante una fracción de segundo, su expresión se iluminó. Después reconoció la joya. Siendo como era un mentiroso experto, volvió a adoptar un aire de apatía que no le salió del todo bien aunque lo intentó, y menos cuando descubrió que el anillo que le mostraba Misón no era de oro con una perla negra, sino una hermosa copia de bronce con una piedra oscura. Parecía estarse preguntando qué clase de diablura sería aquella. ¿Acaso Hermógenes le habría vuelto a engañar?

—¿Conoces este anillo? —le preguntó Misón, colocando la mano sobre el hombro del alcohólico.

Lisipo agitó la cabeza en señal negativa.

—Hermógenes te ha señalado sin dudar. Has debido engañarlo y ahora quiere presentarte un pleito. Dice que antes de ayer por la tarde, cuando ya estaba oscuro, te presentaste en su tienda y le vendiste este anillo. Dijiste que era auténtico, pero está hecho de bronce. Es una acusación grave, muy grave, ya lo sabes.

—¡Miente! —bramó Lisipo extremadamente indignado—. ¿Que le he engañado? ¡Él me engañó a mí! Ese no es el anillo que le vendí. Estaba hecho de oro con una perla auténtica. ¿Y qué fue lo que me dio él a cambio? ¡Cinco dracmas! Él es el tim...

Se interrumpió, atemorizado, y empalideció mientras la sonrisa sumisa de Misón desaparecía para dar paso a una expresión propia de un zorro viejo y astuto, que es lo que era.

—¡Tú, hijo de una perra en celo! —gritó Lisipo, y con una fuerza y una prestancia impropias de aquel cuerpo demacrado, agarró a mi escriba por la garganta. Misón cayó contra la pared y alzó los brazos hacia el ladrón en gesto defensivo. Yo salté, agarré a aquel demonio por detrás e intenté tirar de mi subordinado, pero aquel sinvergüenza era duro y mezquino como un perro de presa. Soltó el cuello del pobre meteco sólo cuando le golpeé el cráneo con el taburete. La madera se hizo pedazos en mis manos. Lisipo resbaló por todo el cuerpo de Misón hasta el suelo y se quedó quieto allí.

—Estuvo cerca —murmuró Misón con voz ronca después de propinarle una patada al cuerpo exangüe de Lisipo.

Pálido y entre tosidos se llevó la mano a la garganta que aquel viejo borracho casi había logrado dejar sin aliento.

Saqué a Misón de la celda, cerré con llave la puerta de roble y le pedí a un

suboficial que había acudido hacia nosotros tras oír la alarma, que vigilara a nuestro ladrón. Después llevé al herido al edificio administrativo, donde le senté en su banco y le traje una jarra de agua. Bebió con ansia, casi con desesperación. En su rostro de zorro aún se leía el miedo, y tenía la piel pálida y cenicienta.

—¿Estás mejor? —le pregunté cuando ya casi había terminado la jarra. Tenía el quitón pegado por todo el cuerpo.

—Mejor —respondió—, mejor.

Le ordené que se fuera a casa para lavarse y descansar, y me ofrecí a acompañarlo. Misón se negó, un tanto abochornado, pero insistí, y él estaba demasiado debilitado por todo lo ocurrido. Mi conciencia me impedía, igualmente, dejarle ir solo, por lo que poco después abandonábamos el cuartel juntos, desde donde nuestros pasos nos llevaron en dirección a la izquierda del Pnyx.

—No sé exactamente dónde vives —dije, mientras atravesábamos las estrechas callejuelas del barrio.

—No —respondió—, nunca me lo has preguntado —seguía con la mano en la garganta.

De pronto le asaltó un ataque de tos estridente y ronco. Le coloqué la mano en la espalda para calmarlo, pero él se retiró. Era demasiado orgulloso como para aceptar ayuda.

—¿Llamo a un doctor? —pregunté a mi anciano escriba, que se había sentado en el suelo e iba calmando poco a poco la tos.

—No, déjalo estar —respondió.

Tan pronto como volvió a ser capaz de sostenerse sobre las piernas, transcurrido largo rato, continuamos caminando en silencio. El camino nos llevó bordeando la colina Pnyx, por delante del Muro de Cleón hasta uno de los barrios más pobres de la periferia, en el que nos adentrábamos. Casas bajas y sucias de adobe se alzaban muy juntas las unas a las otras, sin encalar y sin una gota de pintura sobre sus paredes. Las calles estaban llenas de inmundicias que se descomponían al sol. Olía mal. Una multitud de niños jaleaban a un perro decrepito.

—¿Por qué aquí no recogen la basura? —pregunté indignado—. Año tras año elegimos a un ciudadano como responsable de la limpieza, y recibe una buena paga por ello. ¿Por qué permite que este barrio esté en tan mal estado?

—¿De verdad quieres una respuesta? —preguntó Misón.

—Por supuesto —contesté.

—Porque aquí sólo viven metecos, y nunca ha entrado un ciudadano ateniense —replicó Misón y miró al suelo como si se avergonzara. ¡Cuánto había cambiado en un instante el viejo escriba! ¿Por qué se avergonzaba de algo en lo que nada podía hacer?

Permanecí mudo, observándole. ¿Qué era lo que sabía de él? Apenas que sus padres procedían de Pella, y que había venido a nuestra ciudad siendo niño. Se había criado en Atenas y, como había podido comprobar hoy, había luchado por Atenas en

la guerra. Sin embargo, debía seguir siendo un extranjero, y aunque era uno de los escribas más habilidosos que yo había conocido, vivía aquí, en un barrio pobre, entre la suciedad y la inmundicia.

—Lamento si te he insultado, Nicómaco. Disculpa a este pobre anciano —dijo al reparar en que le estaba mirando.

—No, Misón. Soy yo quien debe pedirte perdón. He de confesar que desconocía vuestra situación aquí.

Misión me llevó por un par de calles más. Entonces, junto al muro de la ciudad, no lejos del lugar en el que la muralla encuentra salida en el viejo puerto de Falerón, se detuvo y me mostró una modesta casa de adobe.

—Hemos llegado, señor. Aquí es donde vivo.

—¿Tienes esposa? —pregunté mientras abría la puerta y entrábamos por ella.

—No, ya no —respondió con voz apesadumbrada—. Murió hace un par de años.

—Lo lamento.

Misión se encogió de hombros.

—Siempre estábamos peleando —dijo—, pero ahora la echo mucho de menos.

La puerta principal daba directamente al salón, amueblado con sencillez pero en un estado de cuidada pulcritud. En medio de la estancia había una mesa simple y, al igual que en el despacho, dos rollos de papiro abiertos y material de escritura.

—¿Qué escribes? —pregunté a Misón, señalando el manuscrito.

—Nada importante, sólo un pequeño trabajo complementario. Paso textos a limpio y así gano algún dinero.

—¿Y en qué estás trabajando ahora?

—Es un libro de historia, puedes mirarlo —respondió mientras colocaba una mampara para asearse en su tina de arcilla.

Tomé en mis manos la obra y busqué el título: «*La Guerra del Peloponeso, Libro Sexto, escrito por Tucídides*».

—¿Por eso sabías tanto de la batalla de Pilos? —le pregunté desde mi lado de la mampara.

Le oía frotarse.

—Estuve allí —la respuesta llegó tras un buen rato—. Era arquero.

—¿De verdad? ¿Conociste a Lisipo?

—No estoy completamente seguro —respondió Misón mientras surgía de detrás de la pantalla envuelto en un paño limpio—. Nos enviaron a Pilos en setenta barcos, y yo no estaba en el grupo que atacó a los espartanos. Además, han pasado diecisiete años desde aquello. Sin embargo, conservo un brumoso recuerdo de un soldado raso que había perdido la pierna y aseguraba haber matado al líder de los espartanos.

—¿Lisipo?

—Podría ser, o puede que simplemente fuera otro y Lisipo se limitara a contar su historia, ¿quién sabe? —Misón se dirigió hacia un baúl, lo abrió y extrajo de debajo de una pila de rollo un manto limpio.

—Se podría decir que tienes un archivo como el de Anaxos en el Estrategion — dije en tono jocoso.

—Son sólo copias que he realizado para mí. En algunas ocasiones me gusta tanto un libro que decido hacer un ejemplar propio.

—¿No se te habrá ocurrido hacer lo mismo con el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**? — bromeé.

—¿El panfleto que apareció en la garganta de Periandro? —replicó espantado Misón—. Pero, señor, ¡en qué piensas! Soy un meteco. ¡Nunca trabajaría para aquellos que quieren expulsar a los extranjeros de Atenas!

—Tranquilo, querido Misón. Sólo era una broma. Disculpa si ha sido de mal gusto.

El anciano sonrió dubitativo y se colocó tras el biombo para vestirse.

—Por cierto, quería felicitarte —dije para relajar de nuevo la situación— por la forma en que interrogaste a Lisipo: cómo le adulaste y luego le tendiste la trampa. Fue magnífico.

No hubo respuesta. Tan sólo un sonido como de algo tambaleándose y cayendo al suelo, y entonces la mampara se derrumbó. Era Misón, se había desplomado. Me precipité sobre él y le ayudé a incorporarse. Temblaba, y su rostro había recuperado una palidez calcárea. Evidentemente el ataque de Lisipo le había lastimado más de lo que yo había pensado. Lo llevé hasta una silla y le sostuve firmemente por los brazos hasta que estuvo sentado. Parecía haber envejecido de repente. Aquella mañana aún era un hombre vigoroso que, si bien peinaba canas y había llegado ya a la edad madura, no estaba ni mucho menos decrepito o decadente. En ese momento, no obstante, parecía casi un anciano, como si la agresión de Lisipo le hubiera robado años de vida, como si le hubiera empujado directamente desde la edad adulta hasta la vejez.

Permanecí un buen rato con él, hasta que la sangre retornó a su rostro y la vida volvió a sus miembros. Entonces me pidió que me marchara y le dejara solo, y yo atendí su deseo.

Regresé rápidamente al cuartel. La pobreza y la suciedad de aquel barrio me asfixiaban, así pues lo abandoné tan rápido como pude.

El suboficial al que había ordenado aguardar junto a la celda de Lisipo permanecía allí. Era joven, y procedía de una familia distinguida, no particularmente adinerada, pero sí acomodada; sin poder, pero no completamente carente de influencia. ¿Podía confiar en él y en sus iguales? ¿Sería partidario de la democracia o pertenecería a la facción contraria? Su arnés de cuero estaba labrado con esmero, en el brazo lucía un ancho brazalete de plata decorado con diversos ornamentos. ¿Cómo había obtenido esa plata su familia? ¿Por el comercio? Entonces debían agradecerse a la democracia, era la democracia la que lo había hecho posible. O quizá era un dinero mucho más antiguo, procedente de los amplios latifundios trabajados por manos esclavas que se extendían por toda la región del Ática, igual que las riquezas

de Critias y sus amigos. Debía andarme con cuidado.

—¿Qué ha estado haciendo este perro revoltoso en el dormitorio? —le pregunté al guardia, señalando la puerta.

—Lo he estado vigilando —respondió mi subordinado—. Está tendido en el suelo, pero respira y tiene los ojos abiertos. Apesta como un buey.

Entré y encontré a Lisipo casi igual que como le había dejado. Yacía boca abajo en medio de un montón de astillas de madera, pero vivía. Su estrecho pecho se alzaba y hundía para respirar. Tenía los harapos que le servían de ropa desparramados por la parte superior del tronco. Nunca había visto un cuerpo tan demacrado. Era un perro, sí, eso era lo que parecía: un animal hambriento y mezquino, apaleado y ladino.

Tenía los ojos abiertos, y dirigía a la pared su mirada opaca. Del quicio de su boca, abierta también, resbalaba un reguerillo de saliva oscura. Le importaba tan poco su estado como las moscas que se paseaban por su cara. Ni siquiera las sentía.

Le dije al suboficial que trajera una jarra de agua y algo de pan a la celda. Lisipo siguió inmóvil. Iba ya a salir, y estaba abriendo la puerta cuando escuché un murmullo. Me detuve y me giré hacia él. Apenas había alzado la cabeza, pero pude entender sus palabras de forma clara y precisa:

—Yo no lo maté —dijo.

Capítulo 11



CUANDO LLEGUÉ A CASA, ENCONTRÉ A TODA MI FAMILIA en el jardín. Mi padre llevaba un amplio sombrero de paja y trabajaba con una azada en su huerta. Aspasia estaba sentada sobre un taburete a la sombra del tejadillo y bordaba. Los niños jugaban a sus pies con dos figuritas de barro que Raios les había regalado. Eran dos caballitos de carrera. Teka, nuestra esclava, arrodillada sobre una estera de paja junto a ellos, limpiaba alubias mientras tarareaba. Mi padre levantó la vista del trabajo, se limpió el sudor de la frente y me indicó que me acercara.

—¿Alguna noticia? —preguntó, curioso.

—Te lo contaré más tarde —respondí, y me dirigí a Aspasia, que dejó el trabajo en el suelo y me besó. Su rostro estaba pintado de amor y preocupación, y en los ojos se leía la misma pregunta que me había formulado mi padre.

—Nada de particular —dije—. Encontramos el anillo y al que lo había robado.

Aspasia ordenó a Teka que fuera al interior de la casa para traerme algo de cena, y continuó con su labor. Agotado, me senté a su lado. Los niños volvieron a sus juegos. Cerré los ojos. El olor del romero y las adelfas perfumaba el aire. La azada de mi padre iba y venía. Un par de grillos cantaban al sol. El calor de la tarde aún golpeaba los tejados, pero desde las montañas se anunciaba la brisa suave del atardecer.

Miré a Aspasia y traté de sonreírle, pero su rostro había cambiado de repente. Tenía la nariz pequeña y gruesa, barba y el pelo corto. ¡Era un hombre el que estaba sentado a mi lado! Me miró burlón, y entre sus labios, que dibujaban una sonrisa desagradable, le brillaban los dientes con fulgor amarillo. Me lanzó una bolsa de cuero. Cuando la abrí y entendí que estaba llena de monedas, reconocí a mi costado al capitán del barco persa. Quise devolverle la talega, pero mis brazos no me respondían; permanecían inmóviles, como carne extraña a mi propio cuerpo. Intenté al menos abrir la mano, pero fue en vano.

¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Y qué hacía allí ese persa? Su rostro cambió y se deformó: la nariz se le hinchó, los carrillos se le inflaron y los ojos se le hundieron en las cuencas. Todo el rostro del capitán era ahora una mueca, se había convertido en una máscara como las que utilizan los actores de teatro. Sus ojos, gigantescos e iracundos, pero vacíos, estaban vueltos directamente hacia mí. De su boca, muy abierta, surgían sonidos extraños, palabras en un idioma extranjero que yo no podía entender. Entonces comenzó a oírse en la distancia el repicar ligero de una campana, y el capitán me agarró fuertemente del brazo. Sentí el roce, como se siente el pulso de una pierna sobre la que se ha apoyado peso demasiado tiempo.

—Nicómaco —oí la voz de Aspasia, que me hablaba y gritaba mi nombre.

Estuve a punto de propinarle un empujón. Se había inclinado sobre mí para despertarme. Teka se encontraba frente a nosotros con una bandeja en las manos, y temblaba ligeramente.

La jarra y el vaso se entrechocaban, produciendo un tintineo como el de una campanilla. Un sudor frío me cubría la frente.

—Ya está, ya pasó —me tranquilizó Aspasia—. Estabas soñando.

—Sí —respondí. Tenía la garganta seca.

Me levanté y, durante un instante, no supe dónde estaba. El corazón me latía con fuerza. Decidí entrar en casa para lavarme la cara.

El interior de la vivienda estaba frío, oscuro y tranquilo. Aspasia dejaba los postigos de las ventanas cerrados durante todo el día para aislar la casa del calor. Motas de polvo plateado bailaban en torno a las pocas y estrechas franjas de luz que atravesaban el espacio entre la madera.

Vertí agua en una palangana y me la arrojé con ambas manos a la cara para volver completamente a la consciencia, pero no fue fácil eliminar la somnolencia vespertina y la odiosa imaginería que la había acompañado. Cuando finalmente introduje la cabeza entera en la tina, escuché unos ligeros pasos y sentí en seguida una mano suave que me recorría la nuca y la espalda. Era Aspasia. Me volví hacia ella y me sonrió con preocupación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Me giré y me sequé la cara antes de contestar. Aspasia se quedó a mi espalda, acariciándome los hombros.

—He tenido un mal sueño —dije finalmente—, pero eso no significa nada. Ya se ha pasado, no te preocupes.

Ella dudó, pero lo dejó estar, al menos en apariencia, pues se preocuparía igualmente. Me cogió de la mano y me llevó al exterior.

—Ven al jardín. La cena te espera —dijo.

La seguí, me senté de nuevo a su lado y coloqué la bandeja en el regazo. Teka me había preparado un plato con aceitunas, garbanzos y queso. Después del primer bocado, me volvieron los ánimos, y el vino terminó de expulsar los recuerdos que habían perturbado mi sueño. Sin embargo, no lograba eliminar de mi mente al capitán persa y su sonrisa burlona. Me hubiera gustado explicarle a mi padre o a Aspasia que había aceptado dinero de aquel bárbaro, y los motivos que me habían llevado a ello, pero me avergonzaba tanto que no salió ni una sola palabra de mis labios. ¿Debía confesarme con alguna otra persona? Quizá podría pedirle consejo a Sócrates.

El atardecer comenzó a despuntar. Atenas se cubrió de nuevo con el candente violeta del jacinto, después el cielo se oscureció y aparecieron las primeras estrellas. Tras el Lucero del atardecer, indicio solitario de la noche, aparecieron la Osa Mayor y la Osa Menor, y después la constelación de Géminis y el resto de estrellas veraniegas. La luna había crecido en los últimos días, pero la noche seguía siendo oscura. Un mes

después llegarían las festividades de las Panateneas, pero tampoco entonces estaría llena. Faltaban treinta días para que se volviera a cubrir mi puesto. Cuando me las palpaba, aún me dolían las costillas y, cerrando los ojos, podía ver los rostros de los bandidos que me habían atacado.

Teka llevó a los niños a la cama. Querían quedarse con nosotros en el jardín, y sólo logramos persuadirlos tras prometerles Aspasia y yo que iríamos a darles un beso de buenas noches. El mayor tenía casi seis años, estaba cercano a la edad en la que deberíamos ponerlo en manos de un maestro que le enseñara a leer, calcular y escribir.

Nos sentamos a la mesa con mi padre, y les conté cómo habíamos acechado y arrestado a Lisipo, les hablé de la artimaña del anillo de Misón y del terrible ataque contra mi pobre escriba.

—¿Crees que puedes haber encontrado al asesino de Periandro? —preguntó mi padre, y carraspeó según su costumbre.

—A decir verdad, no —respondí—. Lisipo es malo. Le creería capaz de cualquier infamia pero ¿qué relación tendría él con el papiro que encontramos en la garganta de Periandro? Además, este asesinato no casa con él. Lisipo es pérfido y astuto. Acecharía a su víctima para atacarla por la espalda o para acuchillarla pero ¿asfixiarlo agarrándole de la boca y la nariz hasta que el corazón dejara de latirle, corriendo el riesgo de que les descubrieran? No casa con él.

—Quizá le pagaron por el asesinato, o le ayudaron —dijo mi padre.

Esperé a que carraspeará, pero el sonido no apareció, como si estuviera examinando mi reacción. Sonrió de forma expresiva.

—Es posible —respondí—, pero no lo creo. Si le hubieran contratado para que realizara el asesinato, entonces ahora sería él el primero que estaría pudriéndose en una tumba con el cráneo destrozado. Nadie vive mucho tiempo como esbirro. Es demasiado peligroso. Creo que encontró el cadáver y lo expolió. Seguro que el pobre Periandro llevaba un par de monedas encima, que Lisipo se encargó de recoger y de gastarse en bebida. Probablemente descubrió también el anillo y lo extrajo del dedo del muerto, pero no sabía a quién estaba robando. De ser así, se lo habría pensado dos veces antes de hacer lo que hizo, incluso siendo el perro sarnoso que es.

Mi explicación pareció convencer a mi padre. Agitó la cabeza y, en esta ocasión, no pudo reprimir su carraspeo. Aspasia se cubrió la boca con la mano para ocultar una suave risilla, pero pronto volvió a adoptar un semblante serio y miró pensativa la copa que tenía frente a ella.

—Si sabes que no es el asesino, ¿por qué lo mantienes encerrado? —preguntó.

—Ha robado y ha tratado de estrangular a mi escriba —respondí, ligeramente malhumorado—. Además, quiero interrogarle de nuevo, quizá viera algo —no entendía bien por qué Aspasia me preguntaba algo tan evidente.

—¿No le estarás poniendo en peligro? —porfió.

—¿En peligro? ¿Por qué? —no entendía a qué se refería.

—Piénsalo —dijo, y noté en su voz que la había ofendido—. Alcibíades te encargó que buscaras al asesino o a alguien a quien acusar del asesinato, un chivo expiatorio, y tú vas y encuentras a este Lisipo, un borracho, lisiado, ladrón y expoliador de cadáveres. No tiene ni familia ni amigos. No podría haber mejor sospechoso. ¿Cuánto crees que tardará el Areópago en condenarlo?

—Pero él no lo hizo —respondí, tan ingenuo como terco.

Yo sabía que Aspasia tenía razón, aunque no quisiera admitirlo abiertamente. Para colmo, mi padre volvió a carraspear para tomar la palabra.

—Parece que Aspasia tiene toda la razón, hijo mío —dijo con un tono preñado de reproches, como si quisiera echarme en cara que debiera tratar mejor a mi mujer.

Sin embargo, antes de que pudiera replicar algo de lo que quizá pudiera arrepentirme, el más joven de mis retoños apareció repentinamente en el jardín para protestar, pues no quería acostarse. Me complací de que interrumpiera la conversación, así que me dirigí hacia él y le llevé de nuevo al cuarto de los niños, donde su hermano mayor dormía ya profundamente.

—¿Por qué no puedes dormir? —pregunté al pequeño entre susurros mientras le metía en la cama y le arropaba—. ¿Has tenido pesadillas?

—Yo nunca duermo —respondió, y se volvió hacia un lado.

Le acaricié la cabeza y le canté una canción de cuna hasta que sentí que su respiración se volvía más tranquila y regular. Su pequeño y suave pecho se elevaba y se hundía bajo mi brazo. La nariz le silbaba ligeramente al espirar. La nuca le olía a leche dulce.

Permanecí largo rato junto a mis hijos, sentado en su oscura habitación, observando sus vagas siluetas, escuchando el sonido de su respiración y vigilando su sueño. En la habitación, con los muchachos, reinaba el silencio. No llegaba ningún ruido del exterior, tan sólo se oía el sonido de sus sueños. Estaban allí, echados, durmiendo, respirando: parte de mí, y mucho más. Si, durante un instante, jugué con la idea de terminar con la búsqueda del asesino de Periandro y presentar a Lisipo como culpable ante Atenas, lo abandoné precisamente en ese instante, allí, en la habitación de mis hijos. También el joven campeón había sido hijo de alguien, y tanto él como su familia merecían la verdad.

Cuando regresé al jardín, mi padre era el único que permanecía sentado a la luz de la lámpara. Me esperaba. Aspasia se había retirado. Aunque estaba muy cansado, me senté un momento junto a él. Aún quedaba vino en mi vaso. Alguien le había colocado una tapa de cerámica para que no le entrara ningún insecto.

—No quiero darte lecciones —dijo mi padre tras unos segundos—. Sé que no es un momento fácil para ti. Sin embargo, has sido poco amable con tu esposa, y es una buena mujer.

—No pienses mucho en ello —respondí. Entonces, me levanté y me fui a la cama.

Capítulo 12



NO TARDÉ MUCHO EN COMPROBAR CUÁN ACERTADAS habían sido las sospechas de Aspasia. Al día siguiente regresé al cuartel, pero aguardé hasta última hora de la mañana, y me alegré de encontrar a Misón en la escribanía, en su lugar de trabajo habitual. Aunque seguía mostrando un aspecto envejecido, parecía haber superado satisfactoriamente el ataque de Lisipo. En cuanto me vio, alzó las cejas y señaló con la cabeza en dirección a la celda. Algo estaba ocurriendo allí; algo inusual.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Misón se llevó el dedo índice a los labios y repitió el gesto anterior. Yo no era capaz de encontrarle significado alguno a esa señal, por lo que me encaminé de inmediato en dirección a la celda para comprobar a qué se refería mi escriba.

Para mi sorpresa, encontré la puerta abierta. Junto a ella esperaba un soldado montando guardia. Estaba situado a contraluz, por lo que no le reconocí inmediatamente, pero tan pronto descubrí su cicatriz, supe quién se hallaba ante mí.

—¿Hoy no tienes que ejercer de cochero? —le pregunté.

En lugar de contestar, me sonrió con desprecio. La marca que le desfiguraba se tensó como un segundo par de labios torcidos sobre la boca. Llevaba el uniforme de los soldados del Estrategion. Al parecer «Caracortada» era uno de los hombres de Alcibíades.

Una voz suave, casi un susurro, surgió de la celda. No me resultaba desconocida. Parecía que tratara de adular a su interlocutor para hipnotizarlo. Si las serpientes pudieran hablar, tendrían una voz como aquella.

—Admítelo —le oí decir—, tú mataste al muchacho. De todas formas ya lo sabemos. Créeme, será mucho mejor para ti si me lo dices. Yo puedo ayudarte.

Lisipo no respondía. El viejo perro no se volvería a dejar embaucar tan rápidamente, ni siquiera por una voz tan seductora como aquella. No después de haber aprendido tan dolorosamente de manos de Misón que la amabilidad era algo de lo que debía cuidarse. En lugar de una respuesta, lo que escuché fue un sonido desagradable, como si reuniera toda la saliva acumulada en su garganta y después la escupiera. Poco después, gritó de dolor.

—Piénsatelo bien —dijo Anaxos, mientras abandonaba la celda—, piénsatelo bien —estaba ya prácticamente en el pasillo cuando me saludó con simpatía.

—Nicómaco —exclamó abriendo las manos—. No es inusual encontrarse con el señor de los toxotai en su propio cuartel, pero sigue siendo una alegría, sobre todo en una ocasión como ésta.

Con esas palabras se dirigió a mi encuentro y me abrazó, e incluso me besó, como si fuera su hermano.

—Mi querido Nicómaco —continuó—, ya he conocido al pájaro que has atrapado. He de decirte que ha sido impresionante, Nicómaco, muy impresionante... Cuando te elegimos para esta delicada misión, me di cuenta de que había algo en ti, pero encontrar al asesino de Periandro en tan pocos días, amigo mío, eso es algo que habría tenido por imposible. El destino de la ciudad se encontraba en tus manos, y tú lo llevaste a buen puerto. Estoy seguro de que Atenas te recompensará estos servicios con generosidad.

Pronunció la palabra «generosidad» de manera tan melodiosa que casi parecía implicar el tintineo de la plata. Volvió a apretarse contra mí.

—Gracias, señor —respondí con cuidado mientras realizaba una ligera reverencia— pero ¿cómo has sabido de Lisipo? Le arresté ayer mismo.

Anaxos colocó el brazo sobre mis hombros. Olía a vejez.

—Querido amigo —replicó, mostrando el mejor de los humores—, ¿ya has olvidado que las paredes de Atenas tienen oídos?

Así era, o al menos lo que había olvidado era que las paredes del cuartel también podían tener oídos, y además boca, que podía comunicar todo lo que escuchaba. ¿De verdad podía ser tan tonto? ¿Realmente podía haber llegado a pensar que allí, en el cuartel de los toxotai, no habría nadie que perteneciera a la lista de asalariados de Anaxos y que con gusto se ganarían una o dos monedas de plata para redondear sus salarios? ¿Y quién era yo, precisamente, para juzgar tal cosa?

Nos dirigimos juntos a la escribanía. El hombre de la cicatriz permaneció en la celda junto a Lisipo. Anaxos me tomó del brazo con toda confianza. Era difícil de precisar si yo le guiaba a él o al contrario, pues se movía por los pasillos del cuartel con la misma seguridad que habría mostrado en el Estrategion.

—Tienes que contármelo todo —dijo Anaxos en el mismo tono con el que había hablado a Lisipo—. ¿Cómo diste con él? ¿Cómo lo atrapaste?

—No fue tan difícil, señor —respondí, esforzándome por no dejarme engatusar por el anciano—. Seguimos las huellas del anillo hasta él. Ya te hablé de la joya. Con ella localizamos a un joyero, y éste nos llevó hasta Lisipo, pero quieres coronarme con los laureles del campeón demasiado pronto. Aún no se ha ganado esta competición: no creo que fuera Lisipo quien mató a Periandro. Le robó, sin duda, pero no le asesinó.

Anaxos se detuvo. Sus ojos húmedos apuntaban directamente a mí, y la sonrisa pintada en sus labios ya no era la misma que me había dedicado hacía unos instantes.

—¿Y por qué estás tan seguro? —preguntó con su habitual amabilidad viperina.

—Por el papiro que encontramos en la garganta de Periandro —repliqué—. Sin duda lo recuerdas, aquel panfleto sobre el gobierno de Atenas. Es imposible que un viejo borracho como ese tuviera algo que ver con semejante libelo.

—Entiendo —dijo Anaxos, aparentemente aliviado—, veo lo que quieres decir.

Es una pequeñez que aclararemos enseguida. Él sólo tenía un fragmento del libro. Probablemente el resto esté por ahí en alguna parte, incluso puede que el propio Periandro fuera quien lo llevara consigo. Ya verás como fue así —Anaxos continuó la marcha, sosegado, y me llevó con él.

—Pero ¿por qué habría de matar Lisipo a Periandro de una forma tan prolongada? Él se habría limitado a asaltarle y robarle. ¿Para qué meterle un papiro en la garganta y ahogarle con él? —insistí.

—¿Y quién te ha dicho a ti que quería ahogarle? —preguntó Anaxos dirigiéndose al despacho en el que Misón se encontraba sentado, concentrado en su trabajo. Anaxos lo saludó con una breve inclinación de cabeza y prosiguió—. La experiencia me dice que las cosas siempre ocurren de forma mucho más sencilla de lo que parece. Imagínalo: Periandro está borracho y vuelve a casa completamente solo, algo muy imprudente por su parte. Lisipo es un ladrón y un sinvergüenza que se ha escondido en alguna parte. Quizá está durmiendo, o quizá espera a que pase alguien como Periandro. No puede dejar marchar a una víctima tan sencilla. Lo ve, lo sigue y lo derriba. Al registrarlo comprueba que Periandro sigue vivo y teme que pueda gritar pidiendo ayuda, por lo que decide amordazarlo con algo, y lo primero y mejor que encuentra para ello es el papiro que el joven lleva consigo. Se lo mete al muchacho en la boca y se queda atascado. Periandro está demasiado borracho como para escupir la mordaza o para defenderse como es debido. Lisipo desvalija completamente a Periandro y éste, desgraciadamente, se ahoga. Eso es todo. Esa es toda la historia. Un maldito y viejo borracho acaba con un joven lleno de esperanzas. ¿Cuántas veces ha ocurrido ya? He vivido cosas así con tanta frecuencia que ya ni siquiera me sorprenden... Pero a ti, amigo Nicómaco, te corresponde la gloria por haber capturado tan rápidamente al asesino y haber demostrado su culpabilidad. Piensa en las oportunidades que te aguardan, en la carrera que acabas de comenzar. Te veo como arconte, como estratega.

Anaxos se apoyó con satisfacción en la mesa de Misón.

—¿Tú que opinas, escriba? —le preguntó de pronto.

Misón dio un respingo.

—Sin duda tienes razón, señor —respondió de mala gana y miró al suelo.

—¿Lo ves? —dijo Anaxos de nuevo dirigiéndose a mí—. Tu honrado escriba está de acuerdo conmigo.

Me quedé sin palabras durante un momento, pues ya no estaba seguro de nada. ¿Podía estar Anaxos en lo cierto y que un mero salteador hubiera sido quien asesinara a Periandro? ¿No ocurría a menudo en Atenas? ¿Realmente el papiro tenía que significar algo?

—Pero, entonces, ¿la disputa? —me oí a mí mismo preguntar, y mi vista saltó desde Misón, que me indicaba sin palabras que debía permanecer callado, a Anaxos, cuya sonrisa había vuelto a petrificarse.

—¿Qué disputa? —preguntó.

—Tenemos una testigo. Te hablé de ella, una anciana lavandera que vive junto a la Puerta de Itonia. Oyó una discusión entre dos hombres, y luego una pelea, la misma noche que Periandro fue asesinado.

Anaxos me miró pensativo y se colocó el dedo índice sobre la nariz.

—Dices que una anciana lavandera —comentó tras un instante—, ¿una pobre viejecita? Eso no constituye un testigo demasiado bueno, ¿verdad, Misón? —Anaxos volvía a asegurarse la aprobación de mi escriba, que se la concedió de inmediato.

—Exactamente, señor. No es buena testigo.

—Bien —dijo Anaxos, encaminándose a la salida—, entonces no hablemos más de ello. Lisipo es el asesino. Comparecerá ante el Areópago. Los jueces decidirán sobre él, como es costumbre y ley en Atenas —se detuvo en la puerta para alisar las arrugas de su manto—. Debo irme al Estrategion, me aguardan otros deberes. Informaré a Alcibíades. Sin duda querrá avisar de inmediato y en persona a la familia de Periandro, y transmitirles las nuevas noticias. Iré haciendo los preparativos para que Lisipo vaya a juicio antes de las Panateneas.

Tras estas palabras, se marchó. Había conseguido lo que quería: un culpable, su culpable, el mejor que podía conseguir, con tan sólo un pequeño defecto; que era inocente. Sin embargo, eso no tenía ninguna importancia para él. A través de la ventana de la escribanía observé a Anaxos, que caminaba con pasos lentos por el patio del cuartel. Una patrulla de jóvenes arqueros que corría en unidad apareció en su camino, pero dieron un rodeo para dejarle pasar. Bajo los pies de los muchachos se levantaban remolinos de polvo. Estoy seguro de que todo lo que vieron fue a un anciano encorvado y vestido con un quitón gris que se cruzaba en su camino.

—¿No crees que puede ser peligroso contrariar tan abiertamente al señor de los espías? —me preguntó Misón, sacándome de mis reflexiones.

—¿Y tú no crees que es peligroso no hacerlo? —repliqué, a mi vez, con otra pregunta, sabiendo que le ofendería.

Misón no contestó. Se limitó a asentir de forma significativa, frunció el ceño y regresó a su labor sin volver a decir una palabra.

Me di la vuelta y regresé a la celda. Para mi sorpresa, el soldado de la cicatriz me saludó con notable respeto y me dejó pasar de inmediato. Intentó sonreír de forma amistosa, lo que su rostro marcado interpretaba con una expresión mitad conmovedora, mitad picara. No cabía duda de que el soldado había oído cómo su señor se dirigía a mí con el mejor de los tonos, y por ningún motivo quería echar a perder sus relaciones con el futuro estratego de Atenas.

Una vez dentro de la celda, encontré a Lisipo en un estado lamentable. Estaba hecho un ovillo tembloroso en una de las esquinas de la estancia. Hacía calor, y un rayo de luz que se colaba por la pequeña ventana le caía directamente sobre el rostro y el pecho, pero a pesar de todo, tiritaba de los pies a la cabeza. Tenía todo su sucio cuerpo cubierto de oscuros moratones. La sangre que le goteaba de las heridas se

mezclaba con el sudor frío y la mugre pegada a su piel. Los ojos, que el día anterior casi se le salían de las órbitas de puro odio, relucían vacíos y sin fuerza. Le observé de arriba a abajo y me quedé petrificado. Tenía la pierna calzada con un zapato persa. Abrí el tubo de metal y comprobé los estragos causados por los clavos. Afortunadamente, Anaxos no había girado demasiado el cabrestante, y aunque las puntas se le habían clavado en la piel, apenas habían sobrepasado una profundidad que excediera el grosor de un dedo. Evidentemente los gritos que había oído cuando me encontraba en el pasillo y Anaxos interrogaba al prisionero procedían de ahí, pero lamentablemente ese no sería más que el principio de su tortura, que no vería un final hasta obtener su confesión.

Le quité el zapato persa y dejé la celda. Al salir descubrí también el látigo al que Lisipo debía las marcas que le cubrían el cuerpo. Colgaba del cinturón del soldado, que volvió a saludarme con amabilidad.

—¡Ha torturado a un ciudadano ateniense y ni siquiera se ha molestado en ocultárnoslo! —estallé en cuanto me encontré frente al escritorio de Misón.

Éste me miró, dubitativo.

—¿Y si hubiera sido un meteco estarías menos indignado? —preguntó.

—Torturar a un meteco está tan prohibido como torturar a un ciudadano de pleno derecho, y lo sabes —repliqué, pero mi contestación no le pareció igual de convincente.

A día de hoy, en que escribo esta historia, aún me pregunto si aquel zapato persa me habría horrorizado tanto en caso de que Lisipo no hubiera sido ciudadano ateniense, como yo lo era y soy. Me he visto forzado a aprender, en el tiempo transcurrido desde entonces, que una injusticia nos tiene que parecer igual de grave independientemente si se comente contra quienes son nuestros iguales o contra quienes no lo son. Sin embargo, es esa una realidad que sólo comprendemos cuando debemos enfrentarnos desamparados a un destino incierto. Habitualmente, por contra, solemos establecer una diferencia entre las víctimas y nosotros mismos, lamentamos poco tiempo su suerte y les cargamos con la responsabilidad del sufrimiento que han padecido. ¿Que a un hombre lo desvalijan por la noche en plena calle? Una lástima pero, entre nosotros, ¿quién se dedica a estar fuera de casa a esas horas? Podría tener un sinfín de negocios oscuros que quisiera ocultar. ¿Que violan a una mujer? Es algo terrible pero, para ser sincero, sigo pensando que muchas veces van provocando. ¿Que torturan a un meteco? Espantoso, pero los metecos no disfrutaban de la protección de la ley.

Misión arqueó una ceja.

—Lo lamento, pero mi compasión por Lisipo está muy limitada ahora mismo —dijo, mientras se llevaba la mano a la garganta para mostrar por qué.

Yo estaba demasiado furioso como para entender por lo que estaba pasando Misón, y después lo lamentaría. En aquel entonces lo que hice fue humillarle más al

encargarle que se preocupara de que Lisipo tuviera ropa limpia y algo de comer y beber. Misón asintió, obediente, pero con la mirada nublada.

Dejé el cuartel. Había alguien a quien quería ver, a quien debía ver, y de quien esperaba obtener una respuesta certera: Hipócrates de Kos. ¿Era posible que Periandro se hubiera ahogado accidentalmente con una mordaza?

Capítulo 13



EL ASCLEPIEION ERA EL LUGAR DE ENCUENTRO PARA médicos y enfermos: se encontraba a los pies de la Acrópolis, entre la escalera que llevaba al Propileo y el teatro de Dionisos, sobre una terraza que la lluvia y el tiempo habían esculpido de forma natural en la roca. Originariamente apenas había consistido en algo más que en un jardín con algunos olivos sagrados, una fuente y un pequeño templo dedicado al dios de la sanación, pero con el tiempo se había transformado en un lugar de peregrinaje para todos los enfermos y sus médicos. El templo era insignificante y prácticamente carecía de decoración, pero todo el mundo lo respetaba y veneraba. Allí llevaban los atenienses las ofrendas más generosas, sin duda movidos por el miedo a la enfermedad y la muerte, y allí podían encontrarse en cualquier momento a todos los médicos, sanadores y hechiceros de la ciudad. Bajo la terraza que se alzaba sobre el camino al teatro existían numerosos puestos en los que sanadores y boticarios ofrecían sus ungüentos, bebidas y gotas. Con frecuencia se llamaba a los toxotai para que acudieran allí, pues esta gente continuamente intentaba escamotear dinero a sus clientes y, en consecuencia, las disputas en torno a la fiabilidad de sus productos y al precio de los mismos eran algo usual. Cuando de las simples maldiciones pasaban a arrojarse morteros a la cabeza, procedíamos a actuar.

Yo esperaba encontrar allí a Hipócrates, o al menos descubrir dónde vivía o dónde podía hallarse. Como no podía saber si se encontraría en el otro extremo de la ciudad atendiendo a un paciente, ensillé a Ariadna y partí galopando por las calles vacías de Atenas bajo el sol del mediodía. Los caminos eran duros y recocidos, habían transcurrido meses desde las últimas lluvias y Ariadna ya estaba empapada en sudor para cuando llegamos a la zona sur de la Acrópolis.

—¡Por eso no se debería sacar a las bestias cuando hace calor, toxotes! —me gritó alguien en cuanto llevé a Ariadna hasta la terraza y la até a un arbusto.

Me di la vuelta y vi a un joven sentado bajo un olivo. Estaba vestido con ropas caras, pero tirada a su lado tenía un ánfora. Al acercarme me percaté de sus ojos enrojecidos.

—Te agradezco el consejo —respondí, y señalé la jarra—, y a mi vez te daré otro con mucho gusto: ¡con este calor, y bajo la luz del día, se debe tener cuidado y no beber vino, especialmente cuando se es un hijo de Asclepios!

—Bien dicho, toxotes —replicó el joven, llevándose el ánfora a la boca—, beber durante el día no es saludable —y diciendo esto, dio un largo trago.

El vino le resbaló por la barbilla, el cuello y el pecho. Un borracho de buena casa.

Incluso a gente así podía encontrarse en esta ciudad.

No quería entretenerme mucho con ese muchacho. Él podía hacer lo que quisiera, pero quizá supiera algo del hombre que buscaba.

—Ando tras Hipócrates de Kos —le dije—. ¿Lo conoces? ¿Sabes dónde está?

—¿Si lo conozco? —repitió el joven balbuceando—. ¿Si lo conozco? —y volvió a echar un trago—. ¿Acaso no has visto, toxotes, que el cielo sobre la ciudad se oscureció más que de costumbre ayer por la noche? ¿No?

—No te entiendo —respondí.

—¡No lo has visto! —continuó—. No lo has visto. Y sin embargo, buscas a Hipócrates. Pues bien, toxotes —soltó en tono casi festivo—, esa estrella ya no brilla sobre Atenas.

Tomó un trago más y terminó de vaciar la jarra. Entonces se la colocó frente a los ojos y la miró como un idiota para cerciorarse de que realmente no quedaba ni una gota más en su interior.

—¿Qué quieres decir con que esa estrella ya no brilla más en la ciudad? —pregunté—. ¿Es que ha muerto?

—No, no ha muerto. Se ha ido. Ha dejado la ciudad —replicó y arrojó por encima de su cabeza el ánfora, que describió un amplio arco.

Un hombre nos miró, asustado e indignado, y después agitó la cabeza.

Aquella novedad me interesó profundamente. Di un par de pasos en dirección al joven y me senté a su lado en la sombra. Tenía un rostro proporcionado e inteligente, y el color de su piel revelaba que no solía salir al sol. Sus rasgos eran delicados, suaves, casi como grabados en su rostro, y poco más marcados que los de un efebo. Semejante rostro no se correspondía con el de un borracho habitual.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté—, ¿y cómo sabes lo de Hipócrates?

—Me llamo Cilón. Soy de Pireo. Fui pupilo de Hipócrates durante tres años —respondió, y asintió enérgicamente.

—¿Y a dónde ha ido Hipócrates? —insistí. Cilón comenzó a sollozar como un niño.

—A Siracusa, a Micenas... ¡Qué importa ahora! ¡Se ha ido!

—Si eres su alumno, ¿por qué no le has acompañado? —pregunté al joven, pues habría sido del todo normal que el aprendiz hubiera seguido al maestro en sus viajes.

—No podía dejar sola a mi madre —replicó Cilón con rasgos pesados—. Está enferma.

Escondía el labio inferior dentro de la boca como un niño. La mirada le temblaba tanto como la cabeza. De repente se apartó de mí, presa de las náuseas. En cuestión de segundos comenzó a expulsar todo lo que tenía dentro, como el agua de una cañería con demasiado caudal. Era un aluvión rojo que apestaba a ácidos gástricos. Me aparté a un lado tan rápido como pude y me arrepentí de haber trabado relación con él. Si había algo que me repugnaba era aquello. Una y otra vez oía a Cilón regurgitar y toser, una y otra vez le oía vaciar el estómago. El vino subía casi tan

rápido como había bajado.

—Oh, Zeus, déjame morir —lloriqueó.

¿Quién no ha dirigido esa súplica al Olimpo cuando el vino se toma su amarga venganza? Me levanté y di un par de pasos aquí y allá hasta que la escena llegó a su fin.

Finalmente, el estómago de Cilón parecía vacío del todo. Tosió un par de veces más, pero no vomitó. Regresé hasta donde se encontraba, le ayudé a levantarse y le acompañé hasta una fuente. Apenas caía agua hasta el pilón, pero fue suficiente para que Cilón se humedeciera la cara, el cuello y las manos, y se enjuagara la boca. Mientras tanto, yo me apoyé en el pilón, cogí algo de agua y lo dejé caer por la nuca del joven.

—Perdóname, toxotes —se disculpó con el tono lloroso de los borrachos arrepentidos—, no suelo beber. No estoy acostumbrado al vino.

—Tranquilo —respondí y le llevé hasta un banco lo suficientemente apartado del olivo como para no ver ni oler la inmundicia.

Era sobre todo el fétido aroma lo que no podía soportar. Después de haberse sentado y respirado hondo, pues afortunadamente el vino no había estado el suficiente tiempo dentro del estómago de Cilón como para subírsele a la cabeza, retomé la conversación sobre Hipócrates. Lo que el joven me explicó, lentamente, con mucho esfuerzo y de vez en cuando interrumpido por algún ataque de náuseas, delataba claramente la mano de Anaxos: por lo que Cilón me contó, dos soldados habían llevado a Hipócrates hasta el Estrategion y después hasta un paciente. El joven quería haberle acompañado, como corresponde a los estudiantes, pero los soldados se habían comportado de forma estricta y reservada, y no se lo habían permitido. Era algo infrecuente pero que a veces ocurría, muy de vez en cuando, cuando un ciudadano rico y poderoso se encontraba en una situación tan embarazosa como dolorosa para la cual precisaba la ayuda de un médico.

Los soldados se llevaron a Hipócrates en un carro de dos caballos y lo trajeron de vuelta por la tarde. Cilón había esperado con la comida de su maestro. Tenía curiosidad por saber quién habían solicitado la ayuda del médico y por qué. Normalmente, Hipócrates solía informarle con sinceridad sobre cualquier paciente o enfermedad por la cual le preguntara. Precisamente en los asuntos mantenidos en la clandestinidad era donde más diversión podía encontrarse, pues las personas son capaces de las estupideces más increíbles que se pueda imaginar, especialmente cuando se dejan llevar por sus deseos y placeres. Había reanimado a ancianos que habían perdido el sentido en burdeles en pleno acto carnal, otros a los que había tenido que coser el pene después de que se lo mordiera un animal y, sí, en una ocasión, cierto señor de alta cuna había utilizado en un juegucito cierto objeto que, sin la ayuda de un cirujano y un dotado médico, jamás habría logrado extraer... En este tipo de situaciones, los honorarios de un médico alcanzaban cotas particularmente altas.

En aquella ocasión, no obstante, su maestro se había mantenido en silencio, y le había aconsejado a Cilón que no volviera a preguntar, que lo mejor para él sería no saber nada. Hipócrates había acertado en sus conclusiones, pues cuatro días después volvieron a aparecer soldados, pero en esta ocasión fueron otros diferentes. Expulsaron a Cilón de la habitación para que no fuera testigo de la conversación, sin embargo, había sido capaz de deducir por sí mismo lo que habían hablado entre los tres. Tan pronto como la visita llegó a su fin, Hipócrates le había confiado que debía abandonar la ciudad. Le habían dado cuatro días a su maestro para poner en orden sus asuntos. Aquella misma mañana, el médico había partido a toda prisa en un barco que le llevaría hasta Bizancio, de donde le separaban algunos días de viaje hasta Ancara. Hipócrates quería conocer a un célebre colega, y después viajar hasta Persia, donde esperaba comparar su arte con el de los sanadores orientales.

—¿Qué aspecto tenían los soldados? ¿Podrías describirlos? —le pregunté a Cilón después de contarme todo aquello.

—Uno de ellos tenía una cicatriz que le deformaba toda la cara —respondió, y describió con la mano el recorrido de una marca que comenzaba en la frente y llegaba hasta la mejilla y, en el proceso, partía la nariz.

Yo sabía de qué soldado estábamos hablando, y no fue difícil adivinar la razón de su visita. Una semana atrás se le había pedido a Hipócrates que acudiera a ver el cuerpo de Periandro, y juntos habíamos examinado el cadáver. En cuanto informé a Anaxos y le mencioné lo que Hipócrates había encontrado en la garganta del fallecido, debió disponerlo todo para alejar a ese testigo de la ciudad... En ningún momento había pretendido encontrar al asesino ni sacar a la luz del sol heleno los motivos del crimen, lo que quería era a un pobre desgraciado al que presentar ante la aristocracia de Atenas como culpable. Quién sabe, puede que Anaxos supiera desde hace tiempo quién había sido el asesino, quizá se encontraba él mismo tras el homicidio, o puede que fuera su señor, Alcibíades. ¿Quién podía saber los planes de ese hombre?

—¿Cuándo salía el barco? —pregunté a Cilón.

—No lo sé exactamente —replicó, sujetándose la frente. Le dolía terriblemente la cabeza, pero poco a poco parecía recuperar la sobriedad—. Cuando llevé a embarcar a Hipócrates esta mañana, el capitán aún esperaba por un grupo de pasajeros. Se disculpó y nos dijo que le habían informado de que los señores aún tenían asuntos importantes que solucionar. Sin embargo, esperaban poder partir como muy tarde a mediodía. Me pregunto qué tipo de asuntos podrán ser. Sobre todo porque los mercaderes persas no tienen nada que hacer entre nosotros.

—¿Mercaderes persas? —repetí—. ¿Qué tipo de barco es ese en el que quiere viajar Hipócrates?

—Oh, ¿es que no lo he dicho? —comentó Cilón, dando un respingo de sorpresa—. Es ese velero persa que llegó a Cántaros hace una semana.

Existen momentos en la vida en los que se sabe exactamente qué es lo que se

debe hacer y qué es lo que no, en los que no hay que pararse a pensar si lo que se pretende es razonable o no lo es, sólo levantarse y escuchar la voz interior. Para mí, ese fue uno de esos momentos. Yo quería, yo debía ver a Hipócrates, y quería y debía hablar de nuevo con el capitán persa, cuya bolsa de cuero llena de plata me molestaba a cada paso que daba, y que llevaba siempre conmigo, sin tocarla. Me dirigí hacia Ariadna y la desaté. Bufó para saludarme. Me senté sobre su poderoso lomo y el aroma del animal me golpeó en la nariz. Miré a Cilón: había logrado levantarse a duras penas y me había seguido un par de pasos.

—¿Qué vas a hacer sin Hipócrates? ¿Buscarás otro maestro? —le pregunté al joven desde mi corcel.

Ariadna reculó algunos pasos y se volvió desde la terraza del Asclepieion hacia el camino. Cilón agitó la cabeza en ademán negativo.

—No, otro maestro no. Hipócrates dio ayer por terminada mi preparación. Ya soy médico. Buscaré pacientes con la esperanza de que sobrevivan a mis cuidados —respondió, obviamente no demasiado convencido de sus propias habilidades.

La idea se me ocurrió de forma espontánea:

—Ya tengo un primer paciente para ti. Ven hoy a la caída del sol al cuartel de los toxotai y pregunta por mí. No le digas a nadie quién eres o a qué te dedicas. Vas a curar a alguien.

Cilón asintió, servicial y acobardado.

—¿Y por quién debo preguntar? Es decir, ¿cómo te llamas? —gritó.

—Nicomaco —respondí. Entonces clavé los talones en los flancos de Ariadna, y ella salió disparada como un perro de caza al que le han soltado las cadenas. El Pireo, el Cántaros, ese era nuestro destino.

Abandonamos la ciudad por la Puerta del Verdugo. Para no perder tiempo, en aquella ocasión escogí el camino que transcurría entre los Muros Largos. Tan pronto como atravesamos la puerta, se abrió a mi vista todo el valle hasta el golfo Sarónico. El mar brillaba azul oscuro, tranquilo, silencioso y monumental, reposando entre las montañas. Desde allí arriba se abrían los muros que llevaban hasta los puertos. Si Esparta atacaba las tierras colindantes e intentaba devastarlas, algo que ocurría cada primavera a lo largo de la guerra, que ya duraba décadas, toda la región de Ática tenía cabida en la fortaleza, y no sufriría por hambre, pues si los alimentos no crecían de la tierra, se conseguirían por mar. Sería nuestra vía eterna a los cereales y el aceite..., o al menos, eso creíamos.

Aflojé las riendas y dejé que Ariadna buscara por sí misma el camino por las montañas. Chumberas, pinos y guijarros flanqueaban el sendero empedrado. Sobre los árboles piaban un par de pájaros. Los lagartos nos rehuían espantados, y corrían a esconderse bajo las piedras. Un aroma salvaje a romero y tomillo perfumaba el aire, y ni una sola ráfaga de viento perturbaba las hojas de los árboles. Un sol implacable brillaba desde el cielo sin nubes de la región del Ática. Ariadna avanzaba, paso a paso, trote a trote, con la seguridad propia de los animales. Ni un solo guijarro saltaba

bajo sus cascos, no llegó a resbalar ni una sola vez. El camino estaba lo suficientemente empinado y seco para eso, pero ella sabía exactamente a dónde tenía que ir. Estaba en su naturaleza. Yo iba bien sujeto a su melena de color miel, e intentaba equilibrar mi peso ante cualquier carga que pudiera descompensarla. Cuando llegamos al pie de la colina y el terreno se volvió de nuevo transitable, chasquéé la lengua y Ariadna se aceleró. Me llevó al galope hasta el Pireo, que estaba tan repleto de gente y de olores como el último día, y continuamos trotando hasta el Cántaros.

A bordo del barco persa se vivía en medio de una laboriosa agitación. Algunos marineros trepaban por los mástiles para colocar las velas, mientras que otros, sobre la cubierta, arrastraban y tiraban de los cabos y los amarres. Entre ellos se encontraba el capitán, vestido con sus ropajes azules. Lo vi y le oí desde la distancia, pues gritaba todo tipo de órdenes a pleno pulmón, y aunque yo no entendía ni una sola palabra de su bárbara lengua, sabía que trataba de alimañas a todos y cada uno de sus hombres porque no eran capaces de sacar el barco del muelle lo suficientemente rápido. Pronto, todas las cuerdas estuvieron sueltas y los macizos remos llegaron al agua.

—¡Espera, capitán! —grité hacia toda aquella actividad mientras saltaba de mi caballo—. Espera un momento, ¡voy a subir a bordo!

Igual que unos instantes antes había azuzado a sus hombres entre gritos y rabia, el persa ahora se volvía ya hacia mí, amistoso y relajado. Una palabra enérgica y se abría para mí una pasarela. Até a Ariadna a un pilar y desmonté. El capitán sonrió y me saludó con una ligera inclinación y una amabilidad impenetrable.

—Capitán de los toxotai, ¿qué te trae a mi humilde barco? —preguntó con cortesía teatral.

Miré brevemente a mi alrededor. Había algunos hombres colocados, vigilando el barco con rigor, tal y como les había ordenado. Le pedí al capitán que bajara conmigo al camarote.

—¿Qué es lo que te aflige? —preguntó cuando llegamos a la sofocante estancia.

—Quería devolverte algo —respondí, y descolgué la bolsa de mi cinturón—. Ten, este dinero te pertenece. Te lo he guardado —y diciendo esto, le coloqué la piel de cordero en la mano.

—Estás bromeando, mi noble amigo —dijo el capitán, y comprobó incrédulo lo que le acababa de entregar.

—No, no bromeo. No estaba bien tomar ese dinero. Por eso te lo devuelvo —repliqué—, y aún hay otra cuestión que me preocupa. Fui poco amable contigo sin conocerte y lo lamento. Acepta mis disculpas.

El rostro del capitán persa adoptó una expresión completamente diferente y nueva. Hasta entonces enmascarado tras aquella sonrisa oriental mil veces utilizada, con la que el capitán se había enfrentado a cada capitán de puerto desde el Helesponto hasta Gibraltar, se convertía por una vez en alguien sensible, vulnerable. Entonces, tensó de nuevo sus rasgos. Asintió y calló, y yo tampoco tuve nada más

que decir.

—Llevas un médico a bordo —saqué a colación mi segundo ruego—, Hipócrates. Debo hablar con él.

—Imagino que en privado —quiso saber el capitán.

Asentí.

—Entonces le avisaré. Espera aquí.

La notable figura de Hipócrates no tardó en aparecer por la puerta. Iba envuelto en un amplio manto de lino y llevaba una bolsa de cuero en el hombro. En la mano portaba el báculo coronado con las dos serpientes. Cuando me vio, se detuvo bruscamente y dejó caer la vara al suelo, furioso.

—Oh, eres tú —me saludó con tono poco amistoso—. Me estaba preguntando quién podría ser esa «importante personalidad» que había venido a verme justo en el momento de mi partida. ¿Quieres asegurarte personalmente de que abandono la ciudad? No te preocupes, ¡ya estoy de camino!

Apenas había dicho esto, el médico se volvió a la salida y me dejó solo. Me levanté rápidamente para seguirlo y le agarré fuertemente del hombro.

—¡Espera, Hipócrates! Debes creerme: yo no he tenido nada que ver con tu destierro, ¡lo juro! —aseguré.

Él dudó y se giró hacia mí. Había salido ya del camarote y la luz le daba directamente en el rostro. Estaba visiblemente cansado: las arrugas entre la nariz y las mejillas se le habían vuelto más profundas y oscuras que la última vez que le vi.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

Le pedí que regresara al camarote, y allí por fin estuvimos solos.

—¿Y bien? —me interrogó.

—Yo sólo quería —comencé, vacilante— que me confirmaras de qué murió Periandro. Dime lo que no pudiste decir abiertamente en Atenas.

Hipócrates soltó una carcajada.

—Pero eso lo sabes tan bien como yo —respondió—. Estuviste allí, junto al cadáver, si no me equivoco y no tienes ningún hermano gemelo. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito oírtelo decir —repliqué—. Quiero saber si es posible que el papiro que extrajiste de la boca de Periandro fuera sólo una mordaza que se hubiera tragado accidentalmente...

Hipócrates quedó mudo durante un instante, cerró los ojos y agitó la cabeza.

—Oh, así que quieren que se lo describa... Y por eso tienen que deshacerse de mí —dijo, como hablando para sí.

Era una costumbre que ya me había llamado la atención en nuestro primer encuentro.

—Escucha, toxote —dirigió de nuevo a mí su vista y sus palabras, y subrayaba todo lo que decía con gestos muy llamativos—: ¿recuerdas el instrumento que utilicé para extraer el papiro de la garganta del muerto? Era mi pinza grande, un instrumento

muy importante en mi profesión. Esa pinza mide dos palmos —me mostró la longitud con los dedos índice—, y tuve que introducirla entera por la garganta de nuestro cadáver para alcanzar el papiro —se señaló la boca—. Eso significa que tuve que explorar algo más de dos palmos de garganta. ¿Hasta ahora lo has entendido? Bien. El papiro estaba atascado en lo más profundo de la garganta de nuestra pobre víctima, por debajo del punto en el que se separan la tráquea y el esófago.

Se señaló la laringe para dejarme completamente claro el punto en cuestión. Yo asentí. Él continuó.

—Es imposible que el papiro llegara hasta allí si se lo hubiera tragado. ¿Sabes por qué? —negué con la cabeza, obediente.

—Muy fácil: ¡los seres humanos no pueden tragar con la tráquea! No solo tuvieron que amordazarlo, sino introducirle por la boca una hoja arrugada poco menor que un puño —y cerró la mano a su vez para ilustrar el tamaño— presionarla para que bajara y ahogarle con ello.

Colocó un puño sobre el otro y los giró en direcciones opuestas: era el mismo movimiento que si le rompiera el cuello a un pollo. Hipócrates asintió y apretó los labios con obstinación.

—¿Estás completamente seguro?

—Absolutamente —repuso el médico—, y si no lo estuviera, daría igual. Simplemente explícame si no por qué debo abandonar Atenas. ¡La respuesta se presenta por sí misma!

Llamaron a la pared del camarote. El capitán estaba en la puerta, y carraspeaba.

—Disculpa si interrumpo, capitán —dijo—, pero es la hora. Debemos partir. Pronto cambiará la marea y nos retendrá en el puerto. Queremos alejarnos de aquí antes de eso.

Asentí y miré a Hipócrates a los ojos.

—Siento que tengas que irte —dije como despedida—, lo siento mucho. Hoy he conocido a tu discípulo, Cilón. Si quieres, hazle saber a dónde vas y cómo encontrarte. Puedo enviarte un mensaje a través de él, para avisarte cuando puedas regresar. Si quieres.

El médico asintió, pero no dijo una palabra. Yo sabía lo que pensaba: no tenía ningún motivo para confiar en mí. Quizá yo estaba allí simplemente para comprobar si era lo suficientemente listo como para limitarse a mentir cuando le preguntaran por la muerte de Periandro. De haber sido así, no podía estar más lejos de haber cumplido. Eso le ponía en grave peligro y él lo sabía.

—No tienes por qué confiar en mí —le dije—. No quiero saber dónde estás. Simplemente confía en Cilón, y cuando le diga que puedes volver sin peligro, infórmate a través de otros de las circunstancias que haya en Atenas. Hazte una imagen propia de la situación, pero por favor, regresa a nosotros.

Se volvió para marcharse. Le tendí la mano. Me observó con desconfianza, y después me devolvió el gesto, dubitativo, pero me lo devolvió.

—Ya veremos —dijo, y aquellas palabras sonaron como si las pronunciara más para sí mismo que para mí—. Saluda a Cilón de mi parte.

Después de que Hipócrates saliera del camarote, el capitán persa me colocó el brazo sobre los hombros y me llevó a la pasarela. Me di cuenta de que mis arqueros nos observaban atónitos desde el muelle, pues el capitán no apartó el brazo de donde lo tenía durante todo el trayecto. Me parecía estar leyendo ya en los labios de mis hombres las palabras malditas: «Es amigo de los persas». Me pregunté con curiosidad cuánto tardaría Anaxos en saber de esto. Ya tenía un pie en el puentecillo cuando el capitán me soltó.

—Eres un griego honorable —dijo—. Ya pensaba que no existía ninguno. Te lo agradezco.

—No sé por qué deberías —respondí.

No entendía que quería decir el capitán pero ¿por qué debería? Para quebrar el silencio que nacía de repente, le deseé buen viaje a él y a su barco y comenté de forma inocente que quizá nos volviéramos a ver.

—Es posible —respondió, adoptando una extraña seriedad y reflejando tristeza en los ojos—, pero me temo que un reencuentro no te traería muchas alegrías.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, pues entendí que el persa no pretendía amenazarme. Había algo diferente que quería decirme.

—Nada —respondió avergonzado—, ya he dicho demasiado. ¡Ten cuidado, ateniense! —y tras decir esto, volvió a protegerse tras la inescrutable máscara oriental.

Volví a preguntarle qué había querido decir con que un reencuentro no me traería alegrías, pero permaneció mudo, y su semblante, imperturbable. Estaba como congelado, incluso sus ojos habían dejado de moverse. Así pues, abandoné el barco sin una palabra. Hoy ya sé que, finalmente, volveríamos a encontrarnos, y prácticamente en el mismo lugar.

Capítulo 14



EL SOL YA SE ESTABA PONIENDO CUANDO LLEGUÉ al cuartel. Dejé al mozo de cuadras al cargo de Ariadna. Frente a la entrada del edificio principal vi sentado a un hombre joven que no me resultaba desconocido. Se había cambiado el quitón y llevaba una bolsa de cuero al hombro, igual que hacía su maestro. Se levantó y me hizo una señal. Cilón seguía estando un poco pálido y, al aproximarme, comprobé que los ojos le brillaban aún con un resplandor vidrioso, pero aparte de eso parecía haber superado su embriaguez matutina bastante bien.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó, con voz quizá excesivamente alta y enérgica, según nos encontramos.

—Más bajo —dije—. Las paredes tiene oídos.

Llevé a Cilón al edificio principal. En la entrada había sentados tres toxotai que jugaban a los dados. Se habían quitado las armas y los arneses y mataban el tiempo durante su guardia vespertina. Nos miraron un instante y saludaron.

—¿Todo tranquilo? —pregunté. Aseguraron que sí, que todo estaba en calma.

La escribanía estaba vacía. La mesa de Misón estaba ordenada y pulcra. Era un ritual que siempre realizaba cada tarde: enrollaba todos los papiros juntos, los colocaba en fila los unos detrás de los otros, afilaba las plumillas con un cuchillo pequeño y preciso y las colocaba igualmente una junto a otra. Después se iba a casa. Misón ya se había marchado. En parte lo lamenté, en parte me sentí aliviado.

Llevé a Cilón por el pasillo de detrás de la escribanía y me sorprendió no encontrar a ningún guardia ante la celda de arresto. La puerta estaba abierta. La paja que servía de lecho y solía acumularse en una esquina estaba desparramada por todo el suelo. La estancia estaba vacía.

—¡Ven, rápido! —ordené a Cilón y salí corriendo hacia la salida. Los soldados se sorprendieron cuando me vieron llegar tan apresurado y tomaron rápidamente las armas.

—¿Dónde está el prisionero? —les grité en plena agitación.

—¡En prisión! —resonó la respuesta, como una sola voz.

—¡Gracias a los dioses! —balbuceé y me paré, sin aliento.

Hacía un segundo parecía que el corazón había dejado de latirme: ahora me martilleaba como un tambor de guerra.

—¿Quién lo ha ordenado? —pregunté.

—Misón —respondió avergonzado el mayor y de más alta graduación de los tres—. Dijo que tú...

—¿... lo había autorizado? —completé la frase.

—Sí, capitán —sentenció, abochornado y en tono de disculpa.

Envié a los hombres de nuevo al cuartel y me encaminé a la prisión con Cilón. Por supuesto les habría gustado saber qué ocurría con el prisionero y por qué era tan sorprendente su traslado, pero ninguno se atrevió a contestar y yo tampoco hice ningún comentario al respecto.

La prisión no estaba lejos de nuestro cuartel general. Cuando llegamos a la calle ya había caído la noche. La roca de Ares se alzaba frente a nosotros como la espalda de un gigante dormido. En las casas se encendían ya las luces.

Me correspondía la gestión de la prisión como capitán de los arqueros, por lo que no me era difícil visitar a Lisipo, pero a pesar de todo se encontraba en un edificio al que sólo acudía de vez en cuando y al que no vigilaba tan estrechamente como el cuartel. No me cabía ninguna duda de que aquel había sido el motivo por el que habían llevado a Lisipo hasta allí. Tampoco dudaba de quién se encontraba realmente detrás de esa decisión.

—¿Por qué estabas tan asustado hace un momento? —preguntó Cilón cuando casi habíamos llegado—. Parecía que hubieras visto un fantasma.

—Lo hice, Cilón —respondí—. Me vi a mí mismo como un fantasma, si entiendes lo que quiero decir... Me asustaba que el prisionero hubiera huido. Eso habría significado mi muerte.

Cilón asintió. Lo vi por el quicio del ojo y continué en silencio hasta que llegamos a la puerta de la cárcel.

El portón que llevaba hasta el patio interior de aquel macizo edificio de piedra caliza estaba cerrado. Golpeé con el pomo de mi espada contra la poderosa puerta de roble y esperé un instante hasta que se oyó una débil voz procedente del interior, que preguntaba quiénes éramos y qué queríamos.

—Nicómaco, tu capitán. Venimos a ver al prisionero Lisipo —grité.

Movieron el gran postigo hacia un lado y la pesada puerta se abrió con un largo chirrido. Un pequeño rayo de luz nos dio de pleno, procedente de un farol que el vigilante portaba en la mano. Cilón se sobresaltó. Había olvidado prevenirle acerca de este encuentro, pues Bias no tenía un aspecto demasiado convencional. El guardia parecía más un espíritu del bosque que un hombre: era un ser pequeño y jorobado, con los ojos amarillos y un rostro grotesco. Vivía allí junto con una mujer, una enana, tan fea como él mismo, en un edificio adjunto, y no sobrepasaba los muros de la prisión ni de día ni de noche. Como él mismo me contó una vez, tenía miedo de que en el exterior le apedrearán, como ya le había ocurrido en alguna ocasión. Así pues, Bias no sólo era guardián, también era tan prisionero como el resto de los que se encontraban allí, aunque no podía siquiera esperar la absolución o soñar con la huida. A pesar de ello, era un tipo pequeño y simpático que trataba a los condenados con respeto.

—Oh, capitán, entra, entra —me saludó Bias apresuradamente, mientras se agitaba entero, desde el tórax deformado por la joroba hasta las finas piernas que le sostenían—. ¿Quieres comprobar si está todo en orden? Eso está bien, entra, entra.

—No, no quiero comprobar cómo está todo, Bias, sólo ver al nuevo prisionero, Lisipo. Han debido traértelo hoy —respondí.

—Lisipo, sí, lo tenemos aquí. ¡Ven! Lo trajeron hoy. Cuatro hombres lo llevaban en alzas. No se defendió, y ahora sigue sentado en silencio en su agujero —respondió Bias con su particular canturreo al hablar.

Con algunos ágiles saltos llegó hasta el edificio principal, y nos indicó que le siguiéramos.

—¿Qué tal lo está soportando? —le pregunté en cuanto logramos alcanzarle.

—Es pronto para opinar —replicó Bias—. Ahora mismo no estaba con él, pero creo que no es mala persona. Ha estado muy tranquilo y callado, como cuando le trajeron. Muy tranquilo y callado.

Bias giró ligeramente la puerta de entrada del edificio principal y nos llevó por una estrecha escalera hasta los calabozos. Habían traído a Lisipo encadenado. Atravesamos un pasillo oscuro como la boca de un lobo. El farol de Bias apenas desprendía algo de luz. Finalmente nos detuvimos frente a una vieja puerta guarnecida de hierro, que el carcelero procedió a abrir.

Cuando iluminó la estancia, nos ofreció una visión de la miseria misma: Lisipo estaba agazapado junto a la pared e inclinaba el pecho hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Nuevas marcas le salpicaban la piel; lo habían vuelto a azotar. Murmuraba para sí una melodía que repetía continuamente sin ninguna emoción aparente. Era una vieja canción de cuna con la que las amas tranquilizaban a los niños.

—¿Puedes ayudarlo? —le pregunté a Cilón.

Él asintió, se descolgó la bolsa y se aproximó algo angustiado ante la maltratada criatura que teníamos sentada ante nosotros.

—Ten cuidado, es imprevisible —le advertí, lo que hizo que los movimientos de Cilón se volvieran todavía más inseguros.

—Necesito más luz —le pidió a Bias, mientras se inclinaba lentamente hacia Lisipo, pero el guardia ya se había colocado cauteloso tras la espalda del joven médico y sostenía el farol tan alto como podía sobre él y su paciente para permitirle trabajar.

En su rostro de gnomo se leía la preocupación. Yo mismo lo vi en la media penumbra que permitía la linterna: tampoco él había esperado semejante visión.

Cilón pidió a Bias que iluminara el rostro del prisionero y le sujetó con las dos manos para que Lisipo cesara aquel extraño movimiento pendular. Entonces, el joven médico examinó los ojos del recluso, los oídos, la boca y palpó con cuidado la mandíbula, la laringe y la garganta. Recordé involuntariamente a Hipócrates y su examen del pobre Periandro, pues en los inseguros movimientos de Cilón se podía

reconocer sin duda el modelo de su venerable maestro. Cuando terminó con la cara y el cuello, se decantó por las profundas heridas cubiertas de sangre reseca desperdigadas por todo el cuerpo de Lisipo. Con una mano mantenía al preso apoyado en la pared mientras que con la otra tocaba titubeante la piel en torno a las llagas, esforzándose por no causar dolor a su paciente. Lisipo, no obstante, no parecía reparar en el hecho de que le estuvieran realizando una revisión. En cuanto Cilón le soltó, continuó con su movimiento adelante y atrás, y volvió a repetir la misma estrofa de aquella monótona nana.

Por último, el joven médico examinó las piernas y los pies de Lisipo que, repentinamente, comenzó a bramar de dolor. Todos nos horrorizamos.

—Oh, dioses —gritó Cilón espantado, y se volvió hacia mí.

Me aproximé; Bias miró para otro lado. La frágil luz del farol me mostró la razón: era el pie derecho de Lisipo o, más bien, lo que Anaxos y su torturador habían dejado de él.

Cilón reflexionó un momento, respiró hondo y extrajo de su bolsa dos tablillas dobladas, una correa de cuero, un recipiente de arcilla y un rollo de venda. Tuve que sentarme junto a Lisipo y agarrarle la pierna con todas mis fuerzas mientras Cilón, en primer lugar, untaba con mimo la retorcida extremidad con una pasta blancuzca y grasienta para, posteriormente, cogerla suavemente entre las manos y, repentinamente y bajo un aluvión de desgarradores gritos de dolor proferidos por la garganta del preso, volverla a colocar en su posición correcta.

—Puedes soltarlo —dijo Cilón, una vez el pie estuvo adecuadamente dispuesto —, ya no le dolerá.

Aflojé la sujeción. Lisipo dejó de patear y de gritar. El sufrimiento le había hecho perder el sentido.

Cilón colocó las tablillas a ambos lados del maltratado y sanguinolento pie y terminó el prieto vendaje. Lisipo gemía desvanecido mientras el médico le envolvía el pie. Señalé, con ademán interrogante, el empeine hundido, y Cilón agitó la cabeza.

—Un martillazo —dijo, encogiéndose de hombros. Para eso no había nada que pudiera hacer.

Una vez el pie de Lisipo estuvo vendado y las heridas de su cuerpo, tratadas con el ungüento seboso, dejamos la sala. El prisionero había caído desde el desmayo hasta un sueño profundo, como Cilón pudo comprobar. Seguimos en silencio el resplandor de la lámpara de Bias a través del oscuro pasillo y escaleras arriba. Cuando llegamos al patio, pregunté al sanador cómo podían haber destrozado el pie de Lisipo de aquella forma.

—Las pequeñas incisiones en el pie provienen de un zapato persa. Sabes bien a qué me refiero: un zapato de metal con clavos colocados apuntando al interior del mismo. Sin embargo, esas heridas no son demasiado profundas. Probablemente se lo quitaron para poder centrarse en la articulación. La dislocaron completamente, para lo cual es de suponer que utilizaron unas tenazas grandes o algo similar. La lesión en el

metatarso se realizó con un martillo pesado. Lo aplastaron sin más. No es una visión bonita —respondió Cilón con una objetividad que me hizo estremecer.

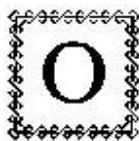
Bias que, por el contrario, no había podido ni contemplar las heridas se alejaba de nosotros un paso más con cada frase que el médico pronunciaba. No quería saber lo que le había ocurrido a Lisipo, con lo que había visto y oído tenía más que suficiente.

—Lo único que me pregunto es por qué le habrán quitado el zapato persa tan pronto —continuó Cilón con sus reflexiones—. Es un objeto que por sí mismo ya causa mucho daño, y se puede aumentar progresivamente el dolor de la víctima sin hacer que se desmaye. Una tortura como la que le han practicado no se aguanta consciente durante mucho tiempo.

Yo sabía la razón que, en el fondo, era sumamente sencilla: no habían vuelto a encontrar el pie persa, cuando habían tratado de continuar con el tormento por la tarde. Yo me lo había llevado. Por ese motivo, Anaxos y su ayudante de cara cortada habían tenido que encontrar otro medio para extraerle la confesión. Debieron encontrarlo en el establo o en la sala de armas. ¿En qué habría yo estado pensando? ¿En que el torturador aplazaría su labor hasta contar con material óptimo?

Ya había tenido suficiente. No quería pasar por nada más ese día. Le pedí dos faroles a Bias para que Cilón y yo pudiéramos encontrar el camino a casa, pagué a éste generosamente con el dinero que Anaxos me había dado y emprendí la vuelta hacia el Cerámico. El que Aspasia me esperara con la cena y no preguntara qué había pasado fue el único instante de alegría de aquel día.

Capítulo 15



ME DESPERTÉ CUANDO LA MAÑANA COMENZABA a apuntar. Un sudor frío me caía por la frente. Periandro, vestido con sus galas mortuorias, Anaxos, Lisipo y Misón estaban situados, como criaturas de ensueño que se hubieran escapado al reino del día, en torno a mi cama, y me observaban. Habían logrado huir del mundo del sueño y se quedaron un momento, silenciosos, junto a mí. Entonces, uno tras otro, se fueron girando, me volvieron la espalda y regresaron juntos a los dominios de su señor Morfeo. La boca me sabía a metal. No podía ni plantearme el volver a dormir. Me levanté con cuidado, pues Aspasia nunca había tenido el sueño pesado, y salí en silencio al jardín.

El aire frío de la mañana me dio la bienvenida. Un ligero velo de niebla cubría las montañas. De las hojas de la higuera pendía el rocío que la noche nos había traído desde el mar.

¿Qué podía hacer? Al día siguiente, Lisipo tendría que soportar las recriminaciones dirigidas únicamente a él, independientemente de si aquel hombre era culpable de la muerte de Periandro o de algún otro delito. Anaxos iba a llevarle al Areópago. El juicio por asesinato ya tenía veredicto antes de realizarse: la ira de la aristocracia alcanzaría su apogeo, su meta y su conclusión con la ejecución de Lisipo. La ciudad volvería a estar satisfecha; la ciudadanía, apaciguada. Por esa vez, se evitaría la revolución. Sin embargo, del auténtico asesino de Periandro no había ni rastro. Tras la muerte de Lisipo nadie lo buscaría, pues se impediría la labor a quien lo intentara. Yo mismo no había logrado dar ningún paso adelante en la investigación. Por el contrario, había retrocedido. Las piedras de mi bolsa no eran pedazos de un mosaico; no eran más que piedras.

Oí a mi padre carraspear. Estaba a mi espalda. Me volví y le saludé.

—Perdona si te he despertado, padre —me disculpé—. No podía dormir.

—No pasa nada, hijo mío —respondió con la voz aún tomada por el sueño—. A mi edad no se necesitan tantas horas de sueño. Pero tú aún eres joven, deberías poder dormir. ¿Qué te ocurre? ¿Qué te aflige?

—Nada, simplemente me he despertado temprano —respondí, y me esforcé por sonreír, aunque fracasé estrepitosamente.

—Entiendo que no quieras hablar conmigo —dijo mi padre con una calma absoluta—. Tienes miedo de que me preocupe demasiado, y seguro que lo haré. Como todos los padres que aman a sus hijos. Pero no te guardes tus penas para ti, o lo único que lograrás es que crezcan.

Me agarró un momento de la mano y regresó a casa. Le observé hasta que cerró la puerta tras de sí. Él tenía razón, no podía llevar aquel peso yo solo. Tenía que hablar con alguien y sabía con quién.

Esperé prácticamente toda la mañana, y deambulé una y otra vez, desde la colorida estoa hasta el taller de Simón, antes de encontrar a Sócrates, acompañado de un grupo de muchachos riendo en la plaza del mercado. Era un curioso montón de jóvenes el que se había formado en torno a él: uno de ellos estaba muy delgado, casi demacrado, y llevaba un manto basto y demasiado grande para su enclenque cuerpo. Sin embargo, estaba de un humor excelente. Junto a él, caminaba su radical opuesto: un jovencito vestido en seda, peinado y retocado y con la tripa bien llena. También él reía abiertamente. Detrás de Sócrates se encontraba Platón, con su rostro siempre demasiado serio, y a su lado, un efebo de gran tamaño y porte algo torpe, que escuchaba atentamente al anciano. Parecía un colegial que intentara desesperadamente entender a su maestro aunque supiera que nunca lo conseguiría del todo. Me aproximé al grupo y descubrí, para mi asombro, que el manto gris de Sócrates estaba completamente empapado.

—Buenos días, Nicómaco —me saludó, amistoso, y se señaló las húmedas ropas—. El capitán de los arqueros encuentra finalmente el camino hasta mí, para poder hablar de la virtud y la justicia y, ¿qué se encuentra? A un perrillo mojado. Debo parecerle un necio ahora mismo.

El comentario perdió parte de su gracia al tratarse de una broma secreta que sólo los iniciados podían entender. Las dos llamativas antípodas rieron a pecho descubierto, el joven soldado le dedicó una risilla sarcástica, pero el que más disfrutó de su propio chiste fue el propio Sócrates. Platón fue el único que no mostró ninguna expresión: se limitaba a mirar, pálido y cansado.

—Disculpa si nos reímos —dijo Sócrates—. Mis queridos estudiantes acaban de recogerme en casa y Jantipa me ha vuelto a regañar. Ya la conoces. ¡No quería dejarme ir con malas compañías! Primero tuvimos una pelea y después, directamente, optó por tirarme encima un cubo de agua, así que me dije: «Primero Jantipa truena, y luego llueve»...

Los hermanos divergentes volvieron a partirse de risa, y el muchacho fornido se carcajeó.

—Pero vamos, Nicómaco, te presentaré a mis estudiantes —dijo Sócrates, y señaló a su acompañante—. A Platón ya le conoces, ¿verdad? Éste es Antístenes. ¿Ves el manto? Lo lleva el doble de grande de su tamaño para poder dormir en él por las noches, y en consecuencia tienen ese aspecto, tanto el manto como él. Me parece bastante incómodo, pero a él le gusta así. Nuestro amigo, tan pulcro y aseado, se llama Arístipo. Viene de Cirene, y no me cabe duda de que no existe entre su ciudad de origen y Atenas ni una sola hetaira a la que no le haya roto el corazón. Finalmente, ese muchacho tan grande e imponente es Jenofonte... —señaló al risueño soldado

mientras me miraba a los ojos.

Sócrates se detuvo instintivamente, echó la cabeza a un lado y me miró como si pudiera ver en mi interior.

—Disculpadme, amigos míos —dijo, dirigiéndose a sus estudiantes—. Me temo que os voy a tener que dejar solos un momento. Nuestro nuevo amigo necesita mi ayuda.

El rostro de Platón se oscureció, Jenofonte parecía sorprendido. Sócrates se despidió festivo de sus discípulos con una inclinación de cabeza, me cogió del brazo y emprendió la marcha conmigo.

Paseamos por la plaza del mercado sin intercambiar ni una sola palabra. Nuestros pasos nos llevaron más allá del taller de Simón y del edificio del Tholos. Ya se estaba preparando la comida para los miembros del consejo. Una vez dejamos atrás el redondo edificio, Sócrates me preguntó qué me afligía.

Le hablé de la detención de Lisipo, de cómo Misón le engañó y le hizo perder la compostura, de su tortura y del plan de Anaxos para llevarlo al Areópago, donde no le esperaba otra cosa más que la muerte. Finalmente le expliqué por qué estaba seguro de que Lisipo no había tenido relación ninguna con el asesinato. Le conté todo esto alternando las palabras entrecortadas con la verborrea precipitada. No me cabía duda de que era casi imposible seguir el hilo de mi narración, pero Sócrates me escuchaba muy atento y en completo silencio. Me llevaba del brazo y no se movía de mi lado.

Para cuando terminé de liberar las penas de mi alma, nos encontrábamos ante el templo de Hefesto, a cuyo portal de mármol nos había llevado nuestro camino. Se alzaba sobre una pequeña colina junto al ágora, una joya que los artesanos de Atenas habían consagrado al dios del fuego creador. Sócrates se detuvo y miró hacia el mercado.

—¿Por qué estás tan apegado a Lisipo? —me preguntó tras unos instantes.

—No estoy apegado a él —respondí—. Al contrario, es un ser repugnante y corrupto. Pero si muere, el asesino de Periandro seguirá impune para siempre, y es del todo injusto condenar a alguien por algo que ha hecho otra persona, aunque se haya ganado la muerte por otros motivos.

Sócrates sonrió.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó.

—¿El qué?

—Que no sería justo condenarlo por algo que no cometió aunque se haya ganado la muerte por otros motivos.

Callé durante un momento. La respuesta que tenía que darle me parecía tan tonta que me avergoncé de ella.

—En realidad no lo sé, Sócrates —respondí, abochornado—. Es como si hubiera algo en mi interior que lo supiera y me hablara.

Sócrates me miró con ojos radiantes. Durante un segundo pensé que se iba a echar

a reír, pero no hizo nada remotamente cercano a eso.

—Entonces intentaremos ayudar a Lisipo e impedir un juicio injusto —sentenció.

—¿Y sabes cómo podemos hacer eso? —pregunté.

—Verás, si quisiera saber cómo arreglar un zapato, entonces iría a un zapatero y le preguntaría. Preferiblemente a Simón, porque está muy versado en la cuestión y además es amigo mío —respondió Sócrates en esa forma suya tan peculiar—. Si lo que tú quieres es saber cómo ganar un juicio, debes acudir a alguien que sepa cómo ganar juicios. Preferiblemente a Lisias...

—Pero Lisias es muy caro —le interrumpí cuando estaba comenzando.

—... pero también es mi amigo —continuó—. Seguro que podrá ayudarnos.

Sócrates continuó imperturbable. Me apresuré a seguirlo.

—¿Quieres ir ahora mismo a ver a Lisias? —exclamé cuando logré alcanzarlo.

—Por supuesto —respondió Sócrates—. Seguro que está en casa.

Ya no volvimos al ágora, sino que nos dirigimos directamente al Pnyx siguiendo el camino a la Puerta del Verdugo. Detrás, entre los Muros Largos del norte y del sur, respectivamente, la ciudad había permitido a algunos metecos adinerados construir sus viviendas, bajo las condiciones de un arrendamiento especial que no les permitía adquirir el terreno sobre el que se erigían estas casas. Allí dirigió Sócrates sus pasos, sin dejar de contarme algunas cosas acerca de Lisias y su familia: su padre, Céfalo, procedía de una adinerada familia de Siracusa, y había venido a Atenas bajo el gobierno de Pericles. No le gustaba hablar de los motivos que le llevaron a ello. Probablemente habría tenido que huir por un altercado político, pero era algo que ni siquiera Sócrates sabía con seguridad. Una vez en Atenas, Céfalo había fundado una manufactura de escudos que le había hecho rico. Le pertenecía la casa de meteco más hermosa, amplia y grande, y recibía en ella con hospitalidad. Lisias, entre tanto, se había hecho cargo del negocio de su padre, pero albergaba una inclinación completamente diferente: escribía discursos, particularmente discursos jurídicos, y cuanto más desesperado fuera el caso, mayor era su ambición.

—Una vez más, vuelves a sorprenderme, Sócrates —dije cuando nos acercábamos a la casa de Céfalo—. Siempre he pensado que eras enemigo de oradores y sofistas, y ahora resulta que cuentas con un logógrafo entre tus amistades.

—No entiendo por qué piensas eso —replicó Sócrates, perplejo—. ¿No sabías que los atenienses me tienen por un sofista? No tengo nada en contra de los oradores. A Platón no le gustan, pero él tiene otras razones.

—¿Sí? ¿Cuáles? —pregunté, asombrado.

—¿No te has dado cuenta? Platón intenta ocultarlo tanto como puede. Tiene un ligero defecto en el habla: cecea. En realidad no se nota, pero cuando tiene que hablar ante un grupo nutrido de gente, se marca más.

Sócrates era bien conocido en casa de Céfalo. No tardaron en llevarnos ante Lisias, quien se había retirado a su despacho por culpa del calor. Nos recibió en una sala amplia con el techo azul, encalado y decorado con estrellas. Estaba sentado tras

una mesa sencilla y miraba el atrio, al que se podía llegar por una abertura flanqueada de columnas realizada en la pared. Cuando Lisias vio a Sócrates, se levantó, fue a su encuentro y le abrazó.

Lisias era un hombre fuerte, pero no demasiado corpulento, con hombros anchos y una gran sonrisa. Un abdomen ligeramente abultado delataba su predilección por la buena comida; una boca sensual, su inclinación hacia los placeres físicos, y su nariz grande y aguileña, su origen siciliano.

—Sócrates, amigo mío —dijo, besándole en la mejilla—. Veo que traes al capitán de los arqueros, del que últimamente se habla mucho en Atenas.

Sonrió socarrón y me señaló con un ademán elegante pero ligeramente teatral. Después, nos pidió que tomáramos asiento en dos sillones tapizados, nos ofreció agua endulzada con miel y algunos higos y finalmente nos preguntó sin ningún rodeo qué era lo que queríamos de él.

—Visitas como ésta rara vez se producen sin una razón —comentó con una gran seguridad en sí mismo—. ¿En qué puedo servirte, amigo mío?

—El gran Lisias ha deducido hace tiempo que no hemos venido movidos por el puro sentido de la amistad o de la cortesía —replicó Sócrates mirándome de reojo y rindiéndose—, pero ¿cómo podía ser de otra forma, tratándose de un hombre con semejante talento y aptitudes?

Lisias se rió.

—El viejo Sócrates es un zorro y quiere adularme porque sabe que soy un tanto susceptible a ese tipo de lisonjas —me explicó, y su rostro no podía ocultar ni una huella de vanidad— pero ¿qué debería hacer? Simplemente no puedo resistir la tentación. Así pues —y diciendo esto dirigió toda su atención a Sócrates—, ¿de qué se trata? ¿Finalmente te han acusado de impiedad y debo escribir tu discurso de defensa? ¿Sabes que hace tiempo que lo veo venir!

—No —respondió Sócrates, poniéndose serio—, es un asunto completamente diferente. Habrás oído hablar, sin duda, del asesinato de Periandro.

Lisias asintió. La expresión de su rostro se transformó completamente. Si hace unos instantes reflejaba picardía, ahora parecía casi tenebrosa.

—Mi amigo Nicómaco atrapó hace unos días a un tal Lisipo, que probablemente saqueó el cadáver del atleta. Es un pobre diablo, un ladrón y un borracho. Anaxos, ya sabes quién es, llevará a Lisipo hasta el Areópago para acusarle de la muerte de Periandro. Le ha torturado. Sin embargo, Nicómaco está seguro de que Lisipo no ha tenido nada que ver con el asesinato. Si no le ayudamos, le condenarán y el auténtico culpable seguirá libre.

—¿Y entonces has pensado en mí? —preguntó Lisias, animándose de nuevo. Evidentemente quería que Sócrates le adulara otra vez.

—Eres el mejor logógrafo que hay —señaló Sócrates. Lisias sonrió, era todo lo que quería oír.

—Soy incapaz de rechazarte, ni a ti ni a tus elogios —replicó, mostrándose ya

completamente convencido.

Repentinamente se volvió hacia mí un momento y me observó en silencio.

—¿Por qué estás tan seguro de que este tipo...? ¿Cómo se llama? ¿Lisipo? Sí, eso. ¿Por qué estás tan seguro de que es inocente? —preguntó.

El rostro de Lisias, que hasta entonces se mostraba resplandeciente por los cumplidos de Sócrates, adquirió de nuevo una expresión tan dura que resultaba inquietante. Tartamudeando, le contesté. Me embrollaba una y otra vez y tenía que empezar de nuevo desde el principio. Lisias arrugó la frente, pero siguió mi narración con atención. Le informé brevemente del hallazgo del cadáver, del espantoso descubrimiento de Hipócrates en la garganta del pobre Periandro y del testimonio de la anciana lavandera.

Mientras hablaba, Lisias mantenía las manos unidas por las puntas de los dedos. Tenía unas manos blancas y suaves que apenas habían trabajado o empuñado una espada. Una vez resumidas mis observaciones, me pidió que describiera a Lisipo. Quería saberlo todo de él: qué hacía, quiénes eran sus padres, si tenía hijos, cuál era su aspecto, cómo se vestía, cómo hablaba, cómo olía... La herida de guerra le interesó particularmente. Tuve que describírsela detalladamente dos veces, y la segunda añadí que Lisipo aseguraba haber perdido la pierna en la batalla de Pilos.

—Eso es —dijo Lisias—. Con eso podemos hacer algo. Os escribiré un discurso. En tres días estará terminado. Lisipo tendrá que aprendérselo de memoria, tan bien que pudiera repetirlo incluso en sueños. Y tú, Nicómaco, tendrás que actuar como testigo.

Era algo que había estado temiendo y estaba preparado, pero no lo hacía precisamente por gusto.

—¿Sabes lo que eso puede significar? —preguntó Lisias enarcando una ceja.

Respondí afirmativamente, pues para mí significaba terror. Lisias asintió. Sócrates miró al techo y comenzó a hablar aparentemente para sí mismo. Pensé que ambos entendían lo que me ocurría.

—¿Sabemos por casualidad quién dirigirá la acusación? —preguntó Lisias tras unos instantes. Negué con la cabeza, pues ni siquiera había pensado en ello.

Lisias cerró los ojos e hizo entrechocarse las yemas de sus dedos índice.

—Creo que ya lo sabemos —repuso tras un momento—. ¿Quién dices que estaba en la casa familiar de Periandro para consolar a sus progenitores?

—Critias, ¿por qué?

—Pues bien —dijo Lisias, claramente sorprendido de que todavía se me ocurriera preguntar—, ¡ahí tenemos a nuestro fiscal! ¿Creías que iba a dejar pasar esta oportunidad? ¡El glorioso fiscal que representa a su desdichado amigo ante un acusado como Lisipo! Para él es una fiesta. ¿Cuándo iba a tener oportunidad mejor de maldecir la democracia, y en dónde podría alimentar mejor su vanidad que en un proceso como éste? ¡Critias ante el Areópago! Ya casi puedo ver cómo se pavoneará de un lado para otro frente a los jueces... Uno no puede dejar de sorprenderse ante

aquello en lo que se ha convertido. ¿No es verdad, Sócrates?

—Así es, querido Lisias —respondió Sócrates.

—¿Os conoce? Quiero decir, ¿habéis tratado con Critias? —pregunté asombrado. No se me había ocurrido que el adinerado y arrogante Critias pudiera tener algún tipo de relación con Sócrates, que era su opuesto radical. Lisias calló de forma elocuente. Podía leerse la respuesta en sus ojos: otra muestra de su herencia siciliana. Señaló a Sócrates.

—Oh, sí —respondió éste—. Antaño fue mi discípulo... igual que Alcibíades. ¿No lo sabías?

—No —repliqué sorprendido—, no lo sabía.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello —dijo Sócrates con melancolía en la voz—. En aquel momento esos dos eran los más dotados hijos de Atenas, junto con Lisias, por supuesto. Como he dicho, hace mucho de aquello. Han crecido muchas flores en mi jardín, pero no todas lo han hecho como quería el jardinero —se interrumpió brevemente y miró al suelo—. A algunas incluso le han salido espinas —añadió.

—O se han vuelto venenosas... —concluyó Lisias, lacónico.

Era hora de marchar. Lisias nos acompañó a la puerta, donde nos despedimos, y prometí a nuestro anfitrión mantenerle al tanto sobre los siguientes planes de Anaxos y el litigio en el Areópago. Tendría que volver a los tres días. Para entonces, el discurso de defensa para Lisipo estaría preparado.

En casa de Céfalo, la temperatura había sido fresca y agradable, pero Sócrates y yo nos encontrábamos de nuevo en la calle, bajo el calor del poderoso verano. Regresamos al ágora. El sabio esperaba que sus estudiantes siguieran aguardándole en la estoa, y yo quería permanecer aún un rato con él. Me hubiera gustado preguntarle por Alcibíades y Critias. Me resultaba difícil imaginar cómo él, que le concedía tan poca importancia a las apariencias, había podido llegar a alternar precisamente con dos atenienses que, en mayor medida, significaban el poder, la gloria y la riqueza. Sin embargo, tuve la impresión de que Sócrates no quería hablar de sí mismo, y por eso no le formulé ninguna pregunta. En lugar de ello, acabé hablando de Lisias. Era un hombre extraño, aquel con el que acabábamos de encontrarnos: por un lado, amistoso, sincero y cordial; siniestro, arrogante y vanidoso por el otro. No sabía si me gustaba o no, pero desde luego me había causado una fuerte impresión.

—Lisias es un hombre muy complejo —concedió Sócrates ante mi impresión—, y no entiendo del todo su arrogancia. Creo que no es consciente de lo ofensivo que resulta, pero tiene buen corazón y nunca ha rechazado a nadie que necesite su ayuda. Ha trabajado durante días en discursos que ha otorgado a gente pobre porque podían perder sus casas y posesiones en un proceso, y todo sin cobrarles ni un sólo dracma. Si no sabían leer, se los ha recitado hasta que se han sabido cada frase de memoria.

Sin embargo, puede volverse rudo y áspero por el mero hecho de que le contradigan.

—¿A qué crees que se debe? —pregunté.

—Es difícil de decir. Creo no fue fácil para él ser hijo de meteco en Atenas. Nunca pudo tomar parte integrante en nada porque no se le permitió, y creo que eso significó mucho para él. Depende mucho de los demás y de la opinión que se tenga de él, como has podido comprobar. La vanidad fue un refugio para él, pero más tarde ha llegado a convertirse en una carga. Todos los muros protegen tanto como limitan.

Mientras tanto, habíamos llegado al mercado. La Acrópolis se alzaba en toda su majestad. Tal y como Sócrates había esperado, sus pupilos lo esperaban en la alegre y variopinta estoa. Estaban sumidos en algún fuerte debate y se les distinguía desde la distancia. Cuando le vieron, enmudecieron de pronto.

—Disculpa, Sócrates, pero quisiera hacerte una última pregunta —dije, antes de que regresara finalmente a sus discípulos—. Cuando dije antes que no sé lo que está bien y lo que no, pero hay algo en mi interior que me habla, creí que te reirías de mí, pero no lo hiciste. ¿Por qué?

Sócrates se irguió ante mí con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Es muy simple —respondió—. A mí me pasa lo mismo. Es mi *espíritu bueno*.

Y con esto se marchó para volver a dedicar su atención a sus pupilos Platón, Jenofonte, Antístenes y Arístipo.

Capítulo 16



DECIDÍ, DE CAMINO HACIA EL CUARTEL, DAR UN pequeño rodeo por la prisión para visitar a Lisipo. Bias me saludó servicial. ¿Que si había preguntado alguien por Lisipo? Sí, durante toda la mañana habían llegado visitantes una y otra vez. Primero había sido el joven médico, que había examinado al prisionero. Lisipo estaba sanando bastante bien, dadas las circunstancias; las heridas no se habían inflamado. Poco después de Cilón apareció una joven con un niño de dos años. Se presentó como la hija de Lisipo, que había traído una cesta con comida para su padre. No había sido capaz de decirle que no en la puerta de tan rojos e hinchados como tenía los ojos. Finalmente, había estado Misón allí. Se había limitado a preguntar qué tal estaba Lisipo, para desaparecer de inmediato. Sin embargo, ni Anaxos ni su soldado habían pasado por allí.

Entramos juntos en el sótano de la prisión, y Bias abrió la puerta. Lisipo estaba sentado sobre una gruesa estera, con la pierna herida cuidadosamente vendada, y comía. Tenía el cuerpo y la cara lavados, y en torno al pecho y la espalda llevaba un paño limpio. A su lado había un cesto entero lleno de pan, fruta y pescado seco. Era evidente que la joven se había preocupado de abastecerlo bien. Me observó por el quicio del ojo. En su mirada se leía la expresión de un animal desconfiado pero ¿qué tendría que haber esperado por su parte? ¿Que me diera las gracias? Le pedí a Bias que nos dejara solos. En cuanto cerró la puerta tras de sí, le pregunté a Lisipo qué tal se encontraba.

—¿Cómo debería encontrarme? —respondió señalándose la pierna.

—Lamento lo que te han hecho. No pude impedirlo. No era mi gente.

—Pero me arrestaste.

—Tú robaste.

Lisipo se encogió de hombros y mordió un pedazo de panceta. Claro que había robado. ¿Y qué importaba eso? Para él no tenía relevancia ninguna.

—¿Sabes leer? —le pregunté. Asintió sin mirarme y después escupió algo, quizá un huesecillo.

—Te llevarán al Areópago. Tampoco allí podré hacer nada, pero un amigo te va a escribir un alegato defensivo. Tendrás que aprendértelo de memoria, ¿podrás?

—¿Y para qué serviría? —preguntó con la boca llena, masticando y escupiendo de nuevo.

—Sé que eres inocente. Me llamarás como testigo. Podemos convencer a los jueces.

Lisipo soltó una carcajada. Era una risa despectiva y llena de animosidad, que llenaba la habitación.

—¿Crees de verdad que los jueces van a creer nada de lo que yo les diga? —preguntó, medio ahogado, y de repente se echó a llorar como un niño.

Yo permanecí inmóvil en la puerta de la celda, observando cómo se retorció, como gimoteaba. No me despertaba ninguna compasión. De pronto, tan rápido como había comenzado a sollozar, se calmó de nuevo. Sin limpiarse las lágrimas ni los mocos, pegó el siguiente bocado de panceta, como si nada hubiera ocurrido.

—Me marcho —dije—. Si necesitas algo, avisa al guardia. Él me hará llamar, en caso de que sea necesario.

—Déjame marchar —dijo en voz suave, intentando darle a su voz un timbre adulator—. Eso sí puedes hacerlo. Deja la puerta abierta y haz que el guardia se vaya. Desapareceré y nunca volverás a verme.

—Estaríamos los dos muertos antes de que cayera el sol —respondí, y me volví para marcharme.

—¿Y dices que puedes ayudarme? —me gritó. Su voz se deformó de repugnancia. Cerré la puerta y eché el cerrojo.

El pequeño Bias esperaba en el portón de entrada. Me despedí de él y le pedí que prestara atención a Lisipo. Por supuesto no quería exigirle que se interpusiera en el camino de Anaxos si a éste se le ocurría aparecer con su torturador, pero debía avisarme si esto ocurría, y él me prometió que lo haría, aunque su cuerpo de enano comenzara a temblar con la sola idea de salir a la calle.

Bias cerró el pestillo a mi salida, y yo me dirigí al cuartel. También Sócrates tenía una voz interior, igual que yo. Quizá por eso parecía en ocasiones encontrarse tan lejos, tan profundamente ensimismado, quizá por eso hablaba solo con tanta frecuencia. ¡Por Zeus! Ojalá no me aguardara su destino y me encontrara descalzo en invierno metido en un charco... Sin embargo, en ese momento me encantaba la idea de tener una voz interior que me llevara hasta el asesino de Periandro. ¿Qué sabía hasta ahora? Poco, o más bien nada. Periandro era el hijo predilecto de unos padres ricos, inteligente y hermoso. Tenía muchos amigos, tenía éxito, tenía... Más despacio. ¿Acaso tenía amigos de verdad? Cármides y Glaucón, desde luego que no. No si eran capaces de dar una fiesta el día siguiente a su muerte. ¿Y Platón? Sufría por la muerte de Periandro, de eso no cabía duda. Era su amante, ¿pero era también su amigo? ¿Se puede ser amigo de alguien a quien se ama? ¿Por eso Platón había tenido tan pocos deseos de ayudarme? Si amaba a Periandro, ¿no debería desear que se encontrara al asesino y se le ajusticiara? ¿No querría verlo muerto? Debía hablar de nuevo con él, de eso no cabía duda.

Regresé al cuartel y me alegré de no encontrar a Misón en la escribanía. No quería verlo, e intenté dedicarme a otras cuestiones. La semana siguiente habría una asamblea en el Pnyx que yo debía preparar. Fui a mi despacho, pero no logré encontrar la calma: recorrí la habitación arriba y abajo, una y otra vez. En un

momento determinado me asomé a la escribanía. La mesa de Misón estaba tan ordenada y pulcra como siempre, con sus rollos de papiro, su tinta y sus plumillas colocadas en perfecta formación. Vi un papel escrito y lo ojeé; era un inventario de nuestras existencias, nada de particular. Admiré la escritura de Misón: cada letra estaba confeccionada con la misma delicada curvatura, la misma disposición ligera, o σ , ν y ν , siempre se distinguían con facilidad. Era la escritura de un calígrafo experto, de un escriba experimentado. Me mordí los labios. ¿Acaso no se parecían en exceso los caracteres de aquel escrito a aquellos con los que estaba escrito el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**? Hubiera querido colocar un papiro junto al otro y compararlos directamente, pero Anaxos custodiaba ahora el original, y no lo había retenido para devolvérmelo a la primera oportunidad. Intenté recordar la imagen de las letras en el letal documento, y cuanto más revisaba el inventario confeccionado por Misón, más me recordaba a aquel papiro que surgió ante mis ojos de la garganta de Periandro: con aquel giro plano, con aquella ligera y regular inclinación a la izquierda, e incluso esos caracteres delimitados con tanta claridad y tan fáciles de diferenciar... ¿O acaso era la copia que Misón había realizado lo que estaba viendo en mi mente?

—¿Qué haces aquí, señor? —era la voz de Misón, la que me sacaba de mis cavilaciones. Había aparecido repentinamente a mi espalda, y no le había oído llegar —. ¿Hay algún problema con el inventario? —preguntó, mirándome con desconfianza.

—No, no —me excusé—, sólo quería comprobar algo, nada de lo que preocuparse.

—No tenías más que habérmelo preguntado —dijo.

Permanecía quieto e indeciso en la habitación, y su rostro de anciano se contraía de tensión.

—Sólo quería comprobar algo —mentí y volví a enrollar el papiro con inseguridad.

Misón asintió y calló. Me levanté de su asiento y le pedí que se sentara.

—¿Fuiste a ver a Lisipo? —pregunté como por casualidad.

—Fui a preguntar por él —contestó.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, desplegó la lista de nuevo y tomó una plumilla que sumergió lentamente en el tintero, pero no comenzó su tarea. Permanecía sentado, inmóvil, observando el documento con atención. Ante mí, sentado a contraluz, me recordaba a una vieja y cansada ave de presa.

—Si querías saber algo, debías haberme preguntado, señor —repitió sin levantar la vista. Dudé un instante y, después, estallé.

—¿Cómo pudo saber Anaxos tan rápido de la detención de Lisipo?

Misón volvió hacia mí su rostro de pájaro consumido. En sus labios se dibujaba una mueca amarga.

—Evidentemente debe haber un espía entre nosotros —replicó.

Él sabía que sospechaba de él. Se translucía en el tono triste con que me había contestado. Salí de la sala: había algo en el aire que era incapaz de soportar.

Llegada la tarde, algunos suboficiales se presentaron ante mí y juntos realizamos los preparativos de la asamblea. Se nos había encargado que nos aseguráramos de que todo aquel que hubiera recibido dietas de asistencia se presentara en el Pnyx, pues de vez en cuando había atenienses que solicitaban un puesto y recibían el dinero correspondiente, pero después preferían vagabundear por las calles en lugar de cumplir con sus obligaciones civiles. Nosotros debíamos evitarlo. Reflexionamos largamente sobre las medidas a tomar, hasta que finalmente un joven suboficial tuvo la idea salvadora. Acordamos dibujar sobre el quitón de todo aquel que recibiera el óbolo una marca roja de tiza. El color era lo suficientemente fuerte como para que no se limpiara fácilmente al lavarlo, por lo que sólo tendríamos que asegurarnos de que las patrullas mantuvieran los ojos abiertos. Si alguien llevaba ese color en sus vestidos y no tenía ninguna excusa para encontrarse en la ciudad, podríamos llevarlo de vuelta al Pnyx.

La planificación me mantuvo distraído toda la tarde. Nos reímos con la idea de llevar a palos hasta la asamblea a algún que otro gandul, para que se ganara el salario que recibía. Sin embargo, tan pronto como mis subordinados se hubieron despedido, mis pensamientos regresaron rápidamente a Periandro, y de repente me encontré de nuevo en su habitación, en aquella frugal celda en la que había tenido ante mí aquel cuerpo sin vida. Un cuarto sencillo, muy sencillo. ¿Acaso eso significaba algo? ¿Era esa renuncia a un mobiliario cómodo y a posesiones hermosas fruto de la disciplina que Periandro se imponía a sí mismo? ¿Parte de un modo de vida para el cual los oligarcas y su educación tomaban sumisamente como ejemplo a Esparta, la hermana helena de Atenas, y su más acérrima enemiga?

Sólo había una persona que pudiera contestar esa pregunta. Debía volver a entrevistarme con Platón, aun cuando proviniera de una familia cuyo poder, sin duda, abarcaba más de lo que a mí me gustaría.

Cuando tomé el camino a la villa de Platón, en el aire flotaba el aroma de un pinar cercano. El suelo seguía caliente por el sol abrasador que había irradiado durante todo el día la ciudad, como un horno de panadero. No tardé en llegar a la puerta de entrada. Esperaba que en aquel espacio de tiempo, el joven se hubiera despedido ya de Sócrates.

Me abrió la puerta el mismo esclavo que, días atrás, me había descrito el camino hasta el bosquecillo. Era un anciano de pequeño tamaño, cabello blanco, piel curtida por el sol y arrugas en torno a los ojos. Se inclinó en una respetuosa reverencia y me preguntó qué deseaba.

—Quisiera hablar con tu señor, Aristocles —respondí.

El anciano agitó la cabeza y todo el tórax a un lado y a otro y se disculpó con

profusión. Lo lamentaba mucho, pero el joven señor estaba enfermo, gravemente enfermo. Había vuelto a casa hacia mediodía, con los ojos tomados por la fiebre y la frente caliente. Se había acostado de inmediato pero no había logrado calmarse en toda la tarde. Acababa de dormirse finalmente. No quería tener que molestar y despertar a su pobre amo.

—Siento que se encuentre tan mal —respondí—. ¿La muerte de su amigo le ha afectado mucho?

El anciano miró en todas direcciones, pues no quería que nadie le viera hablando conmigo. Entonces, se aproximó un paso hacia mí.

—Sí, le ha afectado mucho, demasiado —susurró—. Está irreconocible. Ya no come ni bebe, se está debilitando mucho. Solía ser tan alegre, mi pobre señor.

Le pedí al esclavo que le dijera a Platón que había estado allí y que le deseaba una pronta recuperación. Me disponía a marcharme cuando, por un fugaz golpe de intuición, se me ocurrió preguntar por Glaucón.

—¿El hermano de mi señor? —se cercioró el pequeño esclavo.

Yo asentí. ¿Fue antipatía lo que se reflejó en el rostro del hombrecillo, o sólo mi imaginación?

—Ya no vive con nosotros. Sin duda se le puede encontrar en la finca de su tío. Es allí donde pasa la mayor parte del verano.

—¿Te refieres a su tío Critias?

—Sí —respondió el esclavo con voz suave, y en esta ocasión no me quedaron dudas: lo que sonaba en su voz era el frío timbre de la aversión.

—¿Dónde está esa casa de campo?

Me explicó que era fácil de encontrar: estaba al otro lado del río Iliso, en el camino a Sunión, cerca del gymnasion...

—¡Señor! ¿Qué le pasa? ¡Se ha puesto muy pálido! —le oí decir de repente, de tan horrorizado como debí mostrarme en un instante.

En efecto, estaba espantado, pues un par de piezas de mi mosaico se habían colocado por sí mismas. Una casa en el camino a Sunión, la casa de Critias. ¿Cómo no había pensado en ello antes?

Había llegado la hora. Me despedí del esclavo de Platón y le pedí, de nuevo, que le enviara mis mejores deseos a su amo, antes de poner rumbo al gymnasion. Era un paseo largo, pero seguramente llegaría allí aún con la luz del día. El camino más corto dejaba las murallas de la ciudad y se dirigía al Olimpieion. Justo en frente comenzaba la calle que llevaba al gymnasion, hasta un lugar ya bien conocido: la Puerta de Itonia.

Después de atravesar el Iliso, poco más que un fétido reguero de agua en la sequedad del verano, entré con precaución en la calle evitando la mirada de los transeúntes y ocultando la cara y la cabeza tanto como pude. Di un gran rodeo en torno al gymnasion para evitar el riesgo de encontrarme con nadie que me pudiera conocer. Dos estadios más allá, descubrí, finalmente, un edificio lujoso, color

amarillo claro, rodeado por un impresionante muro de ladrillos. Debía tratarse de la casa de Critias.

En la puerta aguardaba un esclavo de rostro brutal armado con escudo y lanza. Antes de que pudiera verme, me lancé hacia un arbusto y seguí el muro, apretándome contra él, hasta la cara posterior de la mansión, donde una vieja encina me obstruyó el paso. Aparentemente el constructor había infravalorado la fuerza de aquel árbol, pues sus gruesas raíces habían perforado el muro como los dedos de una mano titánica y amenazaban con echarlo abajo.

Una rama del roble se inclinaba hasta la altura de un hombre. Me subí a una raíz, la agarré y trepé con algo de esfuerzo por el ramaje. Tras encontrar un punto de apoyo, me di la vuelta. Desde la copa del árbol se podía observar con claridad el jardín y la parte posterior de la casa de Critias, mientras se permanecía oculto entre el denso follaje.

Critias también era un oligarca, pero la disciplina y frugalidad espartana no eran de su gusto. Los pavos reales se paseaban coquetamente por la hierba de su jardín, un leopardo atado con una cadena plateada dormitaba a la sombra de un laurel, dos fuentes dispensaban agua. Critias había hecho colocar sobre la terraza, para protegerla del sol, un enorme toldo que la mantenía a la sombra. En el suelo, agrupados en torno a una mesa cubierta, varios cojines de seda adornados de motivos orientales ofrecían comodidad.

A pesar de toda aquella abundancia, los invitados no se encontraban en absoluto felices. Sonreí satisfecho de que en la tierra de Codro reinara la discordia. Cármides y Critias se peleaban a gritos como dos verduleras mientras Glaucón, sentado en el suelo, inclinaba el torso hacia delante y hacia atrás con las orejas tapadas con las manos, como un niño. Por desgracia, no entendí el motivo de la disputa, pues aunque Critias y Cármides se gritaban a viva voz, no me llegaba ninguna palabra clara. El dosel no sólo les protegía del sol, también retenía el sonido, y yo sólo podía sospechar que la disputa de la que estaba siendo testigo guardaba alguna relación con la visita del persa. ¡Espera! ¿No había pronunciado alguien el nombre de Periandro? Por lo dioses que así me había parecido, pero no podía jurarlo.

Entonces apareció en la casa una sombra y un movimiento. Algo se deslizaba frente a la ventana: no era un hombre, de eso estaba seguro. Podría tratarse de un muchacho, o quizá de una mujer. Critias giró la cabeza, le hizo un gesto despectivo a Cármides y entró. ¿Sería posible? No, no había logrado reconocer a nadie. La figura había pasado demasiado rápido frente a la ventana. Cármides se dejó caer sobre un cojín y se llevó contrariado un vaso a la boca.

Capítulo 17



—NICÓMACO, ME ALEGRO DE QUE SEAS TAN puntual —me saludó Lisias a grandes voces mientras se levantaba de detrás de su escritorio y me recibía con los brazos abiertos.

Me recibió en el mismo despacho en el que le había conocido, tres días atrás, en compañía de Sócrates, y precisamente a mi relación con el filósofo debía yo semejante recibimiento.

La seda persa también había llegado hasta Lisias. Llevaba una especie de manto hecho de este delicado material, una túnica con largas mangas y un amplio cinturón, que resplandecía con un brillo azul verdoso y cambiaba de color continuamente, dependiendo de la luz que diera contra su superficie. Lisias reparó inmediatamente en mi mirada. Agarró un pliegue de tela sobre el pecho y me lo acercó para que pudiera examinarlo.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo con orgullo—. Si quieres, puedo conseguirte un par de tiras de esta tela tan magnífica. Tengo una buena fuente.

—Te lo agradezco, Lisias —me disculpé con tanta humildad como me fue posible —, muchas gracias, pero creo que un trabajo tan distinguido como este no es propio de un sencillo capitán como yo.

Lisias me miró directamente a los ojos y arqueó una ceja, según ese rasgo tan típico suyo.

—Eres un joven griego muy hábil —dijo de inmediato—. Entiendo perfectamente por qué le gustas tanto a Sócrates. Lo que en realidad quieres decir es que esta seda es propia de un vanidoso meteco siciliano como yo, pero no de un soldado ático, pero para no insultarme, te haces el humilde. No está mal. Acabas de descubrir por ti mismo una de las reglas más importantes en el arte de la retórica.

Incliné la cabeza, pensando que había ofendido a Lisias.

—Discúlpame, noble Lisias —dije—. No quise ofenderte. No es que no me guste la tela o que no crea que sea digna de un ateniense... Es que viví una experiencia desagradable con el barco persa que trajo esa tela a nuestra ciudad. Cometí un error y ahora lo recuerdo siempre que veo seda. Lo lamento.

Lisias se rió con ganas.

—Y ahora sorprendes con un arranque de sinceridad sin entrar en los detalles de esa desagradable vivencia. Si no has estado nunca en una escuela de retórica, entonces tienes un talento natural. No te preocupes, no me has ofendido. Por favor, siéntate a mi lado.

Lisias señaló la mesa cercana y dio dos palmadas. La puerta se abrió de inmediato, y una hermosa esclava se asomó por la abertura. Lisias le hizo un gesto y la puerta se volvió a cerrar. Poco tiempo después, la muchacha reapareció con una bandeja repleta. Observamos como la joven colocaba platos, jarras, vasos y fuentes. Apenas podía apartar la mirada de ella. Tenía la piel más oscura que una mujer helena, y la blancura de sus ojos y sus dientes refulgía como perlas en un plato de obsidiana. El cabello era negro como la pez, y extremadamente brillante, y lo llevaba recogido a la manera de las sacerdotisas: con un nudo sobre la nuca. Bajo su ligero vestido se marcaba un cuerpo esbelto y elástico, y un ligero escote ofrecía la promesa de unos pechos exuberantes.

—Todas las exquisiteces de Sicilia —dijo Lisias mientras me ofrecía almendras, nueces, higos, queso y piñones de una fuente. Después me ofreció un recipiente con un yogur denso y un tarro de olorosa miel—, y aquí, dos de las mayores delicias del Ática.

Probé los sofisticados platos y el vino joven que la bella esclava servía en silencio. Contemplar a Lisias comer suponía una diversión adicional, de tanto disfrutaba con cada bocado.

—Sé —comenzó, una vez se vio aparentemente saciado, y señaló a su joven esclava, que se había sentado junto a nuestra mesa— que Sócrates no se deleita demasiado en las alegrías del estómago ni en las de la vista, pero yo creo que ningún dios habría creado la belleza y el sabor si no hubiera querido que el hombre los disfrutara...

Asentí, más persuadido por la visión de la muchacha y el sabor de la miel, que por las palabras de Lisias.

—Sin embargo, todo debe encontrarse dentro de una medida y de un momento adecuados —continuó con decisión, dando palmas de nuevo.

La esclava se levantó, recogió las bandejas y los cuencos vacíos y nos dejó tan silenciosamente como había venido. Se movía con ligereza y sin ninguna prisa, sus pies no parecían tocar el suelo.

—Como puedes ver —dijo Lisias, mientras mi mirada seguía a la bella esclava—, esa criatura tan encantadora nos enseña otra lección de retórica. Dos conceptos absolutamente irrefutables.

Le miré desconcertado.

—En primer lugar: lo que se puede mostrar, no hace falta explicarlo...

—¿Y en el segundo? —me asaltaba la curiosidad.

—En segundo lugar, la belleza nos vuelve indulgentes —respondió y echó un trago de vino.

El aroma de la hermosa esclava aún impregnaba el aire, en un reguero como de tomillo y canela. Una suave brisa agitó las cortinas de la puerta de la terraza como las velas de un barco.

—Centrémonos en el tema que nos ocupa —dijo mi anfitrión, posando el vaso—.

También ésta es una buena cualidad para un orador: centrarse en el tema. ¿Qué sabes del proceso judicial?

—No mucho —respondí en tono de disculpa—. El juicio está previsto para el mes que viene. Alcibíades ha ordenado a los toxotai que vigilen el Areópago. Sólo nos quedan unos pocos días.

—¿Y el fiscal?

—No lo sé.

—Es Critias, estoy seguro —sentenció Lisias, con aspecto de sentirse nada satisfecho con la perspectiva.

—¿Hace mucho que os conocéis? —porfié.

—Oh, sí —respondió Lisias—, como bien oíste el otro día. Todos somos plantas en el jardín de Sócrates... Pero centrémonos en el proceso. El alegato está terminado.

Lisias sacó de debajo del cojín un rollo de papiro que me tendió con gesto jugueteo. Resultaba evidente que no quería perder más tiempo hablando de Critias.

Le agradecí el discurso y desenrollé el escrito con reverencia:

Apología de Lisipo

aparecía escrito al principio del texto. Después le seguía el encabezamiento:

Ilustres jueces, señores de la ciudad:

...

Comencé a leer con curiosidad, pero Lisias tuvo una idea mejor. Me quitó el papiro de las manos, se puso de pie y se dirigió a la ventana para cerrar las cortinas. Entonces, se presentó ante mí como un actor en su teatro.

—Es importante que Lisipo se presente afeitado y limpio, y que lleve prendas sencillas pero inmaculadas. Deben estar anudadas de tal manera que dejen visible el muñón de la pierna. Quizá podrías conseguirle una muleta para que se sostenga sobre ella. Si en algún momento debe sentarse para descansar porque esté agotado, mucho mejor. Alguna vez puede mostrar una expresión de dolor al levantarse, pero que no lo haga siempre. No debe gritar ni lamentarse. ¿Has entendido?

Asentí.

—Debe saberse el discurso de memoria, pero que empiece despacio y se muestre tímido y con el habla entrecortada —Lisias hundió la cabeza en los hombros y se encogió. Entonces, comenzó a hablar, al principio en voz muy baja y luchando con cada palabra, como debería hacer Lisipo. Pronto su voz comenzó a adquirir fuerza y pasión, pero siempre se mostró humilde y afligido por la muerte de Periandro.

Ilustres jueces, señores de la ciudad:

casi le agradezco a mi acusador las duras palabras con las que me ha traído a juicio, pues más que a vosotros me ha mostrado a mí mismo, sobre todo, quién era yo y qué es lo que era antes de presentarme ante vosotros. Si se me ha llamado borracho, desvergonzado y ladrón, ha sido con razón. Debo reconocerlo. Si quisierais condenarme por ello, entonces vuestras psefoi, los guijarros con los que votáis, deberían hablar en mi contra, y mi vida estaría perdida. Ni siquiera podría oponerme a una sentencia de muerte, si esa fuera la pena destinada a una vida malgastada, pues soy culpable de derrochar mi vida, eso es cierto.

Si, no obstante, me arriesgo a hablar hoy en mi defensa frente a vosotros es porque no sólo me concierne a mí, sino también a la verdad, y porque no siempre fui como mi acusador, Critias, me ha descrito de forma tan impresionante y acertada.

Ved este muñón, donde una vez hubo una pierna sana...

La perdí en Pilos. Una lanza espartana me la robó. No me lamentaré por ello.

¿Sabéis cómo vencimos entonces a Esparta, para gloria de nuestra sagrada ciudad? ¿A los invencibles espartanos? Leo en vuestros ojos que lo sabéis. Yo estaba allí, yo fui vuestro compañero de armas... Y como vuestro compañero de armas os hablaré hoy aquí; como un soldado y un buen ciudadano.

Lisias hizo una pausa y se sentó, como si sufriera dolores, fuertes dolores, que soportara con valor. Se mordió el labio inferior y, por la frente le resbalaban gotas de sudor.

Así pues, es como soldado como quiero hablaros, como el soldado que una vez fui. Escuchad y juzgad. En cualquier caso, no hablaré de mí. Algo horrible le está ocurriendo a nuestra ciudad. Es aquí donde han asesinado a un joven, un muchacho inteligente y hermoso como no ha nacido nunca en toda Helas. Un poeta, por lo que se dice; un campeón olímpico, como todos saben: el orgullo de su padre, el consuelo de su madre, la esperanza de nuestra ciudad. Apenas me atrevo a decir su nombre en voz alta para no ahondar en el dolor de sus padres, y sin embargo, debo hacerlo: ¡Periandro!

Fue asesinado, sin duda, en la oscuridad de una noche tenebrosa y sin luna, Pero no sólo la noche era oscura, mis señores jueces, pues oscuros fueron también los sucesos que en ella se ocultaron, como se oculta el cobarde asesino, junto con sus motivos.

El fiscal dice que fue asesinado, muerto por codicia, por el deseo de un anillo que llevaba la pobre víctima, un anillo que yo después encontré. Era un símbolo de su triunfo en Olimpia. Es verdad, yo encontré el anillo pero ¿también maté a Periandro por él?

Piénsenlo bien, mis señores jueces, piénsenlo bien. La víctima era joven, fuerte y rápida como ningún otro, un campeón olímpico. Yo, lisiado como estoy, ¿podría haberlo atrapado y derribado? ¿Haberlo acechado en una noche en la que nada se

veía, pero todo se oía? ¿Haberme acercado a hurtadillas hasta él con mi pierna tullida?

Lisias se levantó y soltó una risa amarga. Después, comenzó a recorrer la habitación cojeando y con visible dificultad. Debía llevar un pedazo de madera bajo la suela de su zapato derecho, pues a cada paso resonaba en el suelo de mármol un golpe sordo que no podría pasarse por alto de día, mucho menos por la noche. Lisias me dirigió una mirada tenebrosa y mortalmente seria, como si yo mismo fuera el juez. Entendí. Asintió y continuó.

*Yo lo sé bien. Este noble retoño de una familia distinguida no murió golpeado, murió asfixiado. Sí, habéis oído bien: asfixiado. No me atrevería a afirmarlo si no lo hubiera sabido y no pudiera demostrarlo. ¡Demostrarlo!
¡Ven, mi testigo!*

Lisias estiró todo el cuerpo y me señaló con ambas manos. Se me hizo un nudo en la garganta. Evidentemente debía levantarme y dirigirme hacia Lisias. Me erguí sobre mis temblorosas rodillas y me aproximé a él por un lado.

—Ahora llega tu salida a escena, querido Nicómaco —dijo Lisias, recuperada su identidad. Sudaba por el esfuerzo—. Simplemente cuenta lo que sabes, tal y como me lo contaste a mí el otro día. Saludas a los jueces y te presentas: «Nicómaco, hijo de... actualmente, capitán de los arqueros, etc.». Toma, he preparado también algo para ti.

Lisias se dirigió hacia su escritorio y volvió con otro manuscrito. Me sorprendió menos encontrar el siguiente encabezamiento:

El testimonio de Nicómaco

...

—Espera —dijo Lisias, llevándome de nuevo a mi sillón e instándome a sentarme obedientemente—, te enseñaré cómo debes hacerlo.

Lisias se colocó lejos de mí. Con aire marcial, se golpeó el pecho, e igualmente marcial y objetivo fue el tono que adoptó en la voz. ¿Era mi retrato lo que estaba representando frente a mí? ¿Realmente me comportaba como un soldado tan mentecato?

Lisias narró en mi lugar, con palabras simples y sin ningún adorno, cómo Alcibíades me había encargado resolver el asesinato de Periandro; cómo Hipócrates y yo habíamos examinado el cadáver y habíamos encontrado en la garganta de la pobre víctima un retazo de la **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**, «una obra muy extendida en Atenas, dentro de determinados círculos», y cómo había informado de mi hallazgo. Pasó por alto los detalles del levantamiento del cadáver y evitó cualquier expresión

que él creyó que pudiera llevar a los jueces reunidos delante suyo a pensar que se encontraba familiarizado con la obra oligárquica en cuestión. Describió exhaustivamente el contenido del panfleto, mostrando su rechazo por él mismo, y lentamente y con pretendida falta de intención fue creando la sospecha de que la culpabilidad del delito recaía en aquel círculo, dentro del cual aquella soflama política circulaba de mano en mano.

Como si fuera yo mismo, narró cómo pregunté insistentemente a Hipócrates si era posible que aquel papiro hubiera funcionado como mordaza y hubiera podido provocar accidentalmente la muerte del pobre Periandro, y sin restar una pausa añadió la respuesta del médico que, sin lugar a dudas, establecía que el fallecimiento del joven se había producido por asfixia, perpetrada con ese mismo fragmento y con toda intención. Señaló, sin nombrar a nadie, que la ciudad había obligado a Hipócrates a exiliarse por ese mismo conocimiento. Le siguió el testimonio de la lavandera sobre la disputa en la Puerta de Itonia, que se había producido justo en la misma noche que el asesinato y, realizó, nuevamente sin entrar en detalles, un breve e imparcial informe sobre la tortura que había sufrido Lisipo para provocar su confesión.

¿Habéis escuchado, señores jueces, lo que Nicómaco tenía que decir, precisamente el mismo íntegro capitán que me hizo arrestar? ¿Podéis imaginar que pudiera venir aquí hoy a mentir, él, que me llevó encadenado como era su deber? ¡No! Es un hombre honrado, y lo sabéis bien, sí, lo sabéis mejor que yo, pues conocéis también a su padre.

Lisias estaba comenzando a representar su alegato final cuando la puerta se abrió y por ella entró un joven. Lisias lo miró y se interrumpió bruscamente. El rostro se le iluminó.

—¡Polemarco, por fin has vuelto! —gritó, y corrió hacia el visitante, al que abrazó larga y candorosamente.

Me levanté para saludar, a mi vez, al desconocido recién llegado. Cuando Lisias le liberó de su abrazo y me presentó a Polemarco, una lágrima furtiva le brillaba en la comisura de los ojos.

—Nicómaco, éste es mi hermano pequeño. Iba en el Paralos, llevo días esperando su llegada.

Entendía bien su emoción, pues el Paralos, el buque insignia de la flota ateniense, llevaba dos semanas de retraso, y en la ciudad se temía ya que lo pudieran haber atrapado y matado a su tripulación. Evidentemente, el hermano de Lisias era soldado marino y había desaparecido junto con el barco.

Saludé a Polemarco y le felicité por su regreso. Era algunos años más joven que Lisias, fornido y larguirucho. En su rostro juvenil pero curtido por el sol se reflejaban las penurias de un viaje duro. Me devolvió el saludo con amabilidad y pidió que su

llegada no nos perturbara. Fue un gesto amable, pero preferí dejar a los dos hermanos solos cuanto antes. Lisias me dio el manuscrito con el discurso y un par de consejos más de cara a la vista, y después abandoné la casa. La familia debía poder celebrar en confianza el retorno, sano y salvo, de Polemarco.

Salí a la calle y dudé un instante. El polvo danzaba en las calles. Una parra trepaba por un muro y construía un enrevesado caos de ramas, nudos y hojas. Por encima se alzaba la Acrópolis, poderosa y sublime ante mí, y por detrás, la montaña Licabeto, igual a un gigante inmóvil: una diosa y un titán.

Dirigí mis pasos a la prisión. Lisipo tendría que aprenderse de memoria su alegato defensivo, pues nadie podría presentarlo por él. Aquellas palabras tendrían que salir de sus propios labios.

Capítulo 18



LA SEMANA PREVIA AL JUICIO DE LISIPO TRANSCURRIÓ con rapidez. Tal y como Lisias había pronosticado, Critias se haría cargo de la acusación. Tampoco tardaría mucho en conocerse que había sido Lisias quien había escrito el alegato defensivo, y pronto se hablaba de ello por todas partes. En el ágora se cerraban apuestas sobre la cabeza de Lisipo, y la mayoría se inclinaba por la pena de muerte. Yo visitaba al confinado todos los días, lo cuidaba y le escuchaba. Se aprendió el discurso con obstinada desesperación. También Cilón acudía regularmente a ver a su paciente, y se sorprendía de la rapidez con la que las heridas del preso iban mejorando. Aquel perro demacrado conservaba unas tremendas ganas de vivir, y su cuerpo reseco, una fuerza y una resistencia inesperadas. Pero incluso más que Cilón y que yo, la visita más frecuente era la de la hija de Lisipo. De vez en cuando nos encontrábamos. Era una mujer pequeña y robusta, cuyo rostro, maquillado en colores estridentes, y mirada despectiva no dejaba apenas duda acerca de su oficio. Sin embargo, acudía prácticamente cada mañana y cada tarde a la celda, le llevaba a su padre de comer y de beber, lo aseaba, limpiaba sus heridas y cambiaba sus vendajes. Siempre iba acompañada de su retoño, un niño callado y tranquilo que solía agarrarse fuertemente a su madre y escondía el rostro en el pecho de ella cada vez que se le acercaba algún extraño. Sin embargo, y a pesar de lo introvertido de su naturaleza, el pequeño tenía un peculiar talento: adoraba a su abuelo. En una ocasión pude ver que Lisipo se comportaba de forma cariñosa y abierta con su hija y con el niño, pero para Cilón y para mí, a pesar de las molestias que nos tomábamos con él, seguía siendo inaccesible. Si en alguna ocasión surgía una sonrisa de su desagradable boca, sería hipócrita y fingida, pues sus ojos nunca se mostrarían alegres. Poco después empezaría a emplear más energías en tratar de conseguirse privilegios.

Anaxos y su ayudante se mantenían lejos de la prisión. Lisipo había admitido los hechos bajo tortura y había firmado un escrito. Anaxos estaba seguro de que el juicio ya estaba ganado.

Misión y yo nos evitábamos. Si me lo encontraba o debía hablar con él, eludía mi mirada. Daba la impresión de que le costara más reponerse del ataque de Lisipo de lo que a éste le costó reponerse de la tortura. Caminaba encorvado, con el rostro pálido, y su escritura hermosa y segura había comenzado a aparecer ligera, aunque visiblemente, más temblorosa.

Platón seguía enfermo. De cuando en vez preguntaba por él, y su viejo esclavo siempre me rogaba que no perturbara a su señor.

Mi relación con Aspasia se volvió mucho más cercana en esa época. Una tarde tras otra nos sentábamos en el jardín, bajo la higuera, bebíamos vino y agua, comíamos aceitunas y hablábamos de cómo nos había ido el día, de los niños, de las disputas con los vecinos, del trabajo. Lo único para lo que perdíamos las ganas de conversar era para la muerte de Periandro o el juicio de Lisipo, como si de esa manera pudiéramos expulsar esos sucesos de nuestro jardín, de nuestra casa y de nuestra vida.

La asamblea ciudadana del Pnyx supuso un gran éxito para los toxotai. Tras marcar sus ropas con el cobro de la dieta, apenas hubo algún ciudadano que se atreviera a escapar de la reunión. Los hombres se apretujaban en la colina, y se exigió la construcción de un anfiteatro de piedra lo suficientemente grande como para acoger a todos los ciudadanos con derecho a voto.

Seguía haciendo calor. No caía ni una gota de lluvia. Atenas gemía bajo el peso del verano.

Entonces llegó el día del juicio, y empezó mal. Me desperté de un sueño agitado cuando el sol ni siquiera había salido. Ante mí se abría una red de perlas refulgentes que se iban apagando poco a poco hasta fundirse en la oscuridad. Oí a mi lado la pesada respiración de Aspasia. Me levanté con cuidado para no perturbarla, pero no me había erguido aún completamente cuando sentí que me acariciaba la espalda con dulzura. Estaba despierta, y me miraba con aquellos oscuros ojos suyos.

—¿Tienes miedo? —susurró. Asentí.

Le pedí a Aspasia que volviera a dormirse, pero se levantó conmigo y me preparó un frugal desayuno. No probé bocado. Me quedé sentado, en silencio, en la mesa de la cocina, esperando a que el sol saliera y la ciudad despertara. Cuando los primeros comerciantes se asomaron a las calles y comenzaron a propagar las bondades de sus mercancías, me preparé para marchar. Me puse mi armadura para remarcar mi cargo ante los jueces, repasé una vez más mi declaración y, finalmente, puse rumbo al cuartel. El día anterior había escogido ya a los cuatro soldados que deberían acompañarme cuando llevara a Lisipo desde la prisión hasta el Areópago. Me esperaban en el vestíbulo. Para mi sorpresa, Misón se encontraba entre ellos.

Cuando me aproximé, se me acercó y me deseó suerte. Había tristeza en sus ojos; no creía en mi éxito.

Nos aprestábamos a salir por la puerta cuando Bias, el pequeño guardián de la prisión, apareció corriendo por el patio del cuartel. Estaba sin aliento y, al igual que el corredor de Maratón, amenazaba con derrumbarse, pero no sin antes transmitir su mensaje. Uno de mis soldados lo cogió en brazos y lo trajo, como a un niño, hasta el vestíbulo. Bias debía calmarse antes de lograr decir una sola palabra. Misón le trajo agua, y el pequeño guardián bebió y jadeó. Mis hombres comenzaron a impacientarse poco a poco pues, para ellos, el pobre enano tardaba mucho en recuperarse.

—Vamos, Bias —dijo el grandullón que le había traído hasta allí—. Contrólate. ¿Qué ha pasado?

Me coloqué a su lado, completamente calmado. En cualquier caso, ya imaginaba lo que había ocurrido, aunque hubiera preferido no tener que escucharlo.

Lo que Bias nos contó puede resumirse con rapidez; me horrorizó, pero no me sorprendió. Poco después de la salida del sol, Anaxos se había presentado en la prisión con cuatro soldados. Habían golpeado la puerta y habían amenazado con acabar con Bias y su mujer si no abrían la puerta por las buenas. El guardián quiso resistir, pero su esposa estaba demasiado asustada, y echó a un lado el pestillo. En ese mismo momento, uno de los soldados se arrojaba ya con fuerza contra la puerta, que salió despedida con toda la fuerza de aquel hombre fornido y golpeó a su querida mujercita en la cabeza. La pobre comenzó a tambalearse, se echó la mano a la frente y cayó al suelo, mientras Anaxos y sus hombres pasaban por encima de ella sin perturbarse. Bias corrió a ocuparse de ella. Un reguero de sangre le nacía en la nariz, y el corazón le latía débilmente. Él colocó la oreja sobre su pecho, pero sólo logró escucharle un pulso que parecía muy lejano. Por suerte, en ese momento apareció el joven médico Cilón, que acudía a visitar a Lisipo, pero de inmediato ayudó a Bias a llevar a su magullada esposa hasta la casita junto a la puerta. Allí, Cilón la colocó sobre la cama, la examinó y le dio a oler un medicamento que le hizo despertar, aunque continuó encontrándose débil y debería guardar cama durante varios días.

—¿Y Lisipo? —preguntó Misón.

—En cuanto mi esposa estuvo atendida, bajé de inmediato a la celda —respondió Bias—. Los soldados salían ya de allí. Habían cubierto a Lisipo de cadenas y le iban arrastrando por las inmundicias del suelo. Anaxos me gritó que diera parte de que iban a llevar al asesino a juicio.

—Maldito sinvergüenza —dijo Misón, y escupió a un lado.

—¿Dijo algo más? —inquirí desde la esquina a la que me había retirado.

—Dijo que te esperaba en el Areópago —repuso Bias—. Entonces, echó a la calle a Lisipo. He venido corriendo hasta aquí desde entonces. ¡La gente me tiraba verduras podridas por la calle!

Cuando Bias terminó su historia, todos nos quedamos en silencio unos instantes. Mis hombres me miraban desconcertados. Misón tenía los ojos hundidos en el suelo.

—¡Al Areópago! —ordené, y salimos apresuradamente. No tenía sentido ponerse a pensar en si podía o debía haber protegido mejor a Lisipo. Lo importante era ir a juicio. Era la única oportunidad para Lisipo y para la verdad.

Llegamos al Dromos a la carrera. La escarpada senda hacia la Acrópolis no nos detuvo: nuestras armas y armaduras resonaban a cada paso. En la plaza entre el Estrategion y el Areópago, la multitud ya se arremolinaba en racimos. Tuvimos dificultades para abrirnos paso hasta los juzgados, pues los curiosos se apelotonaban para poder vislumbrar brevemente a Lisipo. Llegamos a la entrada a base de empujones, golpes y tirones, y allí nos dejaron finalmente pasar dos arqueros apostados para ello, que cerraron la puerta tras nosotros.

El edificio en el que nos encontrábamos consistía en una única e inmensa sala de

mármol, en la cual tenían lugar los procesos judiciales del Areópago. Cuando penetramos en la estancia, los bancos se curvaban ya bajo el peso de los innumerables curiosos que gritaban y hacían ruido. Miré en torno a mí y reconocí al padre de Periandro. El dolor le había dado a su rostro un porte digno y amargo al mismo tiempo, y permanecía sentado, silencioso e inmóvil, imperturbable ante la turba dispuesta a su alrededor. Apenas había alguna familia rica de Atenas que no estuviera representada de alguna forma. Docenas de ojos, llenos de odio, se clavaban en Lisipo, que ofrecía una visión lastimosa. Estaba colocado en un taburete en medio de la sala, y tenía la cara cubierta de sangre, lágrimas y mocos. Sus vestiduras tenían un aspecto sucio y andrajoso. Los soldados debían haberlo arrastrado por encima de excrementos, y haberle arrojado agua. La mirada de Lisipo estaba vacía y carente de emoción. No se veía a Anaxos por ninguna parte, pero su tétrico esbirro, el soldado del rostro marcado, hacía la guardia junto al preso. Cuando me reconoció, realizó un gesto obsceno y rió sin ningún pudor.

Intenté llegar hasta Lisipo, pero los guardias de palacio lo impidieron con sus lanzas. No podría hablar con él sin derramamiento de sangre, por lo que retrocedí con mis hombres hasta las plataformas de madera situadas en los laterales.

Un murmullo recorrió los bancos: Cridas había entrado en la sala por una de las puertas laterales. Un grupo de jóvenes se levantó de inmediato y comenzó a aplaudir. Cridas caminó sereno hacia ellos y los saludó con un amplio movimiento de su brazo. Entonces, se colocó ante los bancos de piedra de los jueces que presidían la sala, se arrojó el faldón de su clámide sobre los hombros y se sentó, no sin antes mirar hacia el público y dirigir una altanera inclinación de cabeza hacia todos sus amigos y seguidores allí reunidos.

Poco después aparecieron los jueces; nueve antiguos arcontes, hombres ricos y poderosos. Cada uno de ellos portaba una corona de laurel y estaban vestidos con quitones púrpuras rematados en oro. Los dos más ancianos necesitaban ayuda para caminar, pero a nadie se le ocurría retirarle su posición. Al tribunal le seguían esclavos con abanicos y jarras y cuencos de fruta como refrigerio. El último de ellos, un hombre de cabellos blancos y larga barba, portaba el reloj de agua. Cuando el público reparó en la llegada de los jueces, se hizo el silencio, y tan sólo se escuchó entonces el sonido de sus pies arrastrándose. Con el rostro oscurecido, atravesaron la sala y ascendieron hasta sus asientos de piedra. Mientras se iban estableciendo en sus puestos, el hombre del pelo blanco colocó el recipiente de cerámica lleno en el último escalón, y el recipiente vacío justo por debajo, en el suelo. Entonces, inclinó la cabeza mirando al principal de los jueces y éste, a su vez, le hizo una seña a Critias. El acusador se levantó despacio y caminó, como superado por el peso de una fuerte carga, hasta el centro de la sala. Una segunda señal del juez, y el esclavo extrajo el tapón del lado inferior de la jarra superior. Un fino chorro de agua comenzó a caer describiendo un largo arco hasta el recipiente colocado debajo: Critias podía comenzar a hablar. Triste y severo, miró primero al público, luego a los jueces. Cerró

los ojos como si luchara contra las lágrimas. Finalmente, comenzó a hablar con voz entrecortada:

Me veis aquí, mis señores jueces, como nunca me habíais visto antes, y escucháis una acusación que, normalmente, nunca habría pedido realizar, y que no es otra que el discurso fúnebre por un joven al que yo no amaba menos que a un hijo, y al que hijo llamaría si no hiriera los sentimientos de su verdadero padre, mi mejor amigo, Alcmenón.

Todos conocíais a aquel cuyo recuerdo queremos compartir hoy aquí; a aquel hermoso, a aquel inteligente, a aquel noble joven que la Ática alumbró; un muchacho que era nuestro futuro...

Con cada frase que pronunciaba la voz de Critias parecía volverse más segura y decidida, casi melodiosa, cuando llegó a la parte en la que describía la figura de Periandro y sus triunfos deportivos. Entonces, interrumpió el discurso. Cridas enmudeció, reflexivo, antes de encararse repentinamente con Lisipo, con una dureza teñida de desprecio y comenzar a atacarlo como un halcón a su presa. Critias describió hasta la extenuación docenas de los crímenes de Lisipo, ya fueran verdad o no. Entonces, guardó silencio de nuevo y señaló al acusado.

Vero, ¿qué voy a contar? ¡Se ve por sí mismo!

Le siguió una exhaustiva descripción del anillo de Periandro, que Lisipo había vendido al comerciante Hermógenes (Anaxos debía haber informado a Critias con minuciosidad), acompañado de un breve testimonio de Cármides quien, presentado ante los jueces como el más cercano amigo de Periandro, aseguró que éste siempre llevaba puesto aquel anillo, y que incluso el propio día de su muerte lo había lucido ante su círculo de amigos, de tan orgulloso estaba de aquella joya. Yo esperaba que Critias citara la confesión de Lisipo, pero no la mencionó en ningún momento.

Ya habéis oído a Cármides,

continuó Critias con su acusación,

sabéis quién vendió el anillo el día después de la muerte de Periandro, y por tanto también sabéis quién se lo extrajo del dedo. Sabéis, en conclusión, quién es el asesino. Aquí lo veis: simple, sucio y miserable. No hay nada más que decir. ¡Juzgad y dictad sentencia!

Critias regresó a su puesto y se sentó. La sala permanecía en silencio, los presentes apenas se atrevían a respirar, hasta tal punto había hechizado a la audiencia aquel alegato. En aquel momento, el pequeño y plateado reguero de agua se agotó. El juez principal asintió, y el canoso encargado del tiempo volvió a cerrar el recipiente superior y cambió de lugar las dos ánforas.

Finalmente, el juez superior señaló al acusado. El esclavo quitó el corcho. El chorro de agua volvió a caer al recipiente inferior. Era el turno de Lisipo para hablar y defenderse. En la sala reinaba un silencio absoluto. Todas las miradas, tanto de los jueces como de los espectadores, estaban vueltos hacia él quien, por su parte, se limitaba a mirar a los areopagitas. Sin embargo, su rostro y sus ojos permanecían sin vida. Debía levantarse ya y comenzar con las palabras introductorias:

Ilustres jueces, señores de la ciudad: casi le agradezco a mi acusador las duras palabras con las que me ha traído a juicio...

Lo habíamos ensayado cientos de veces en los últimos días, una y otra vez, una y otra vez. Recité suavemente las palabras. Hubiera querido poder dictárselas. Lisias me había explicado que era fundamental comenzar con una buena introducción. Yo mismo le había inculcado a Lisipo que de ello dependía que los jueces le escucharan. Quería gritarle «¡Habla de una vez!», mientras el fino reguero de agua continuaba cayendo sin compasión. Sin embargo, Lisipo permanecía mudo.

—¡Habla en tu defensa! —le ordenó finalmente el juez superior, visiblemente malhumorado. Los espectadores comenzaron a murmurar. Lisipo agitó la cabeza. Un par de lágrimas cayeron por sus sucias mejillas dejando finos surcos en su rostro.

—Ya lo veis —gritó Critias, triunfante, mientras daba un salto y se presentaba frente a los jueces y el público—. ¡No se defiende! ¡No se atreve a negar su crimen! Pero ¿cómo podría? La culpabilidad de este hombre es evidente...

Critias volvió a realizar una pausa, como si buscara las palabras adecuadas. Entonces, se inclinó lentamente hacia mí y me miró directamente a los ojos.

—Y una vez más comprobamos lo que tantas veces he descrito y asegurado:

¡Que la pobreza lo empujó al delito!

Los espectadores aplaudieron, pero yo oía lejanos el estallido de las manos y el repique de los pies, como si transcurriera en un sueño. ¿Qué había dicho Critias? ¿La autoría de qué sabía toda Atenas? Extraje el papiro de mi arnés. Era la segunda copia de Misón. Desenrollé el manuscrito y no tardé en encontrar las terribles palabras:

... Sin embargo, el pueblo gobierna desde la ignorancia y la debilidad: la pobreza lo empuja al crimen.

Alcé el brazo y grité: «¡Alto!».

La imagen que se me ofrecía de una muchedumbre histérica es indescriptible. Todos los ojos se volvieron en mi dirección. Alguna boca parecía pronunciar una maldición, casi como si la escupiera. Varios puños se alzaron contra mí. Algún dios, no obstante, me protegió cerrándome los oídos. Durante un instante estuve mudo. Veía explotar la saliva en los labios de aquella gente como si me encontrara en medio de un sueño, y la multitud que me injuriaba parecía tan lejana como una ilusión. Aún quedaba agua en la vasija superior.

Como a través de una niebla, vi cómo el primer juez se levantaba y, con gesto amenazador, ordenaba a la turba cesar con aquel escándalo. Finalmente, todos se volvieron a sentar y guardaron silencio: yo no lo oí, sólo vi cómo cerraban la boca. El juez principal me señaló.

—¿Qué es lo que quieres, capitán, y por qué disturbas este proceso? —preguntó, imperativo, justo cuando los dioses me devolvían la capacidad de escuchar.

—Quiero declarar, jueces, señores de la ciudad: ¡Lisipo es inocente! —respondí alto y claro, y de nuevo la indignación de los espectadores golpeó mis oídos.

—Nadie te ha llamado a declarar —respondió el juez, se sentó y durante un instante pareció consultar a sus compañeros. Asintieron de forma unánime. Entonces, el principal de todos ellos se volvió a Lisipo y le preguntó:

—¿Quieres que el capitán, aquí presente, declare como testigo?

Lisipo me miró con ojos vacíos. Lentamente, negó con la cabeza.

El superior consultó de nuevo con los otros jueces, y finalmente preguntó a Lisipo sin tapujos:

—¿Admites que mataste a Periandro?

Lisipo pensó brevemente, después asintió.

—¡Entonces no hay nada que el capitán pueda decir! —replicó el juez.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Una última y breve conversación en la tribuna del jurado; los areopagitas se levantaron y se quitaron la corona de la cabeza.

La sentencia cayó entre un el estruendo atronador de los aplausos. Lisipo fue condenado a muerte mientras caía la última gota de agua del reloj.

Ahora sólo quedaba una persona que pudiera ayudar. Me precipité fuera de la sala, me abrí paso a la fuerza con los dos brazos a través de la masa de gente que poblaba el vestíbulo y la fachada de los juzgados, y corrí hasta el palacio del estratega. Los guardias de la entrada me vieron, se asustaron y dudaron durante un instante demasiado largo. Me precipité sin oposición entre ellos, debí parecerles fuera de mis cabales. Corrí por el pasillo del Estrategion llamando a gritos al único hombre que aún podía ayudarme: Alcibíades. ¿Cómo volví a encontrar la entrada a la sala del estratega? No lo sé. De pronto me encontraba frente a ella, así que la abrí de golpe y encontré a Alcibíades ante mí, blandiendo una espada en actitud combativa. Sin duda había creído que iba a tratar de asesinarlo. Sin embargo, antes de que pudiera alzar su espada contra mí, me arrojé a sus pies, y justo en ese instante los guardias me

alcanzaron y se lanzaron a atraparme.

Siguió un momento de silencio. Todos respirábamos con dificultad. En el aire se sentía el aroma del miedo, alimentado por mi sudor, por el sudor de los guardias y por el sudor del estratega. Alcibíades fue el primero en controlarse. Dio un paso atrás con la espada aún en ristre, y me ordenó que me pusiera en pie. Me erguí, pero me mantuve de rodillas, y no me atreví a mirar a Alcibíades a los ojos.

—Disculpa, oh tirano, la forma en la que he irrumpido aquí, y disculpa que te haya asustado —comencé a hablar, balbuceando—. Te pido que me ayudes. ¡Te lo imploro! Puedes arreglar una gran injusticia. ¡El Areópago ha condenado a muerte a un inocente! Lisipo no es el asesino de Periandro.

Alcibíades bajó la espada y rió hasta que las lágrimas se le escaparon de los ojos.

—Oh, Nicómaco, una vez más, vuelves a sorprenderme —dijo, con sarcasmo—. Irrumpes aquí como una bestia herida... Yo pensaba que venías a matarme, y me pides clemencia para alguien como Lisipo. ¡Por poco te rompo el cráneo! ¿Quién te dice a ti que Lisipo es inocente, si el Areópago le ha condenado? ¿Eres más listo que los jueces?

Seguí con la mirada centrada en el suelo y sin atreverme a responder.

—¡Habla, Nicómaco! —ordenó Alcibíades.

—Quiero saber qué te ha llevado a irrumpir aquí en el palacio del estratega. ¡Habla! ¡Ahora tienes la oportunidad! ¿Cómo sabes que Lisipo es inocente?

—Una voz en mi interior me lo dice, aun cuando no sea más listo que los jueces —respondí con palabras medio apagadas.

—¿Una voz interior? —respondió él casi divertido—. ¿Algo así como un «espíritu bueno»? —Alcibíades negó con la cabeza, dejó la espada a un lado y se inclinó sobre mí. Incluso me puso una mano en el hombro—. Me temo, mi querido Nicómaco, que has pasado demasiado tiempo con mi viejo maestro. Ven, levántate. Es indigno de un hombre estar arrodillado.

Alcibíades me ayudó a incorporarme, me dio una palmada amistosa en los hombros y sonrió.

—No sé si sabes que aprecio mucho a Sócrates —dijo entonces—, pero si hubiera seguido sus virtuosas enseñanzas, ya estaría muerto. Quería que me presentara ante los jueces cuando los atenienses me condenaron a muerte, sólo porque se habían destrozado un par de estatuas. La virtud decía: muere honrosamente. Sin embargo, yo me dije: «Vive, Alcibíades, vive, ¡da igual cómo!». Créeme, Nicómaco, no escuches demasiado a Sócrates. A Atenas le basta con un santo, no necesitamos a otro, y menos si se llama Nicómaco.

Me levanté y callé. Me pareció que me despertaba poco a poco de un sueño, y comenzaba a ser consciente de lo que acababa de hacer. Sin embargo, en ese momento no temía a Alcibíades. Sentí con claridad que había una conexión entre ambos.

—Dime, Nicómaco, si Lisipo no es el asesino, entonces, ¿quién lo es? —le oí a

Alcibíades preguntarme, tras unos instantes.

Lo miré directamente. Ya no podía pronunciar ese nombre sin esfuerzo, si es que podía pronunciarlo en lo más mínimo, por lo que respondí:

—Creo que Cridas lo hizo.

—¿Cridas? —respondió Alcibíades y silbó entre dientes—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Asentí. Sabía bien lo que estaba diciendo.

—¿Tienes pruebas que sustenten tus sospechas?

—Es el autor del **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ** —repliqué.

Alcibíades agitó la cabeza en ademán negativo.

—¡Eso te lo podía haber dicho yo antes! Sin embargo, el que alguien sea capaz de escribir un libro tan insensato no le convierte en un asesino.

—Estoy seguro —exclamé—. Hay una conexión entre Cridas y la muerte de Periandro. ¡Si no fuera así, Platón no escondería al asesino!

Alcibíades sonrió burlón. No le había convencido.

—¡También hay alguna conexión entre la muerte de Periandro y la visita de los comerciantes persas! —concluí sin pensar.

La expresión de Alcibíades se volvió más severa.

—¿Cómo? —preguntó. Su voz sonó sumamente contrariada.

Hundí de nuevo la cabeza. No tenía una respuesta que dar, así que callé.

—¡Anaxos! —gritó Alcibíades en la habitación. Me volví y vi al señor de los espías aparecer detrás de una columna. Había escuchado toda la conversación. En su rostro lucía su odiosa y empalagosa sonrisa.

—¿Existe alguna conexión entre la visita del persa y la muerte de Periandro? —preguntó Alcibíades.

—No, mi señor —respondió Anaxos con su voz dulce, el mismo tono con que había hablado a Lisipo mientras colocaba el armazón cubierto de clavos en torno a su pie, aún sano—. No hay ninguna conexión. Lisipo es el asesino. Ha confesado.

—¡Después de que tú le torturaras! —le espeté a Anaxos.

El demonio ni se inmutó. Miraba a Alcibíades con sumisión.

—Nuestro joven amigo, noble Alcibíades, tiene sus propios motivos para acusar a Critias. Preferiría ser discreto al respecto... —comenzó, y me miró con sonrisa ambigua.

—Habla —le ordenó Alcibíades.

—Oh, es la misma historia de siempre —repuso Anaxos con ecuanimidad fingida, sin apartarme la vista de encima—. Nicómaco tiene un pequeño amante. Licón, se llama. Un muchacho hermoso de rizos negros como el carbón y la piel limpia, dulce como la miel. Sin embargo, me temo que este chiquillo se ha apartado de Nicómaco para volver sus atenciones a otro, justamente al mismo al que has oído acusarle del asesinato hace unos instantes, a Critias.

¿Qué era lo que había dicho? No lo entendía. Durante un momento, el tiempo

parecía haberse detenido. En mí interior, todo parecía entumecido, vacío. De repente, se formó ante mí la imagen completa: Critias, la manera en la que había mirado a Licón en nuestro primer encuentro. Licón, cómo había pasado por la plaza frente al Estrategion y nos había saludado al mismo tiempo a Critias y a mí. No me buscaba a mí: ¡buscaba a Critias! Por eso había estado tan frío conmigo, tan cerrado, y de ahí surgían las tontas insinuaciones del muchacho de la palestra. ¡La sombra en casa de Critias!

Alcibíades comenzó a reírse a carcajadas. Volvió a su trono y se arrojó sobre los cojines.

—¡Ah! Así que es eso... —dijo, socarrón—. Nuestro viejo amigo Critias siempre ha andado persiguiendo muchachitos. ¿No sabías, Nicómaco, que fue por eso que Sócrates se enemistó con él? Él sabe bien cómo encandilar a esos dulces granujillas.

Me levanté y ya no quise decir nada más. No me sentía celoso, sino traicionado. Me di la vuelta y dejé la sala. Los guardias me dejaron pasar, sonriéndose en mi propia cara. Mientras las puertas se cerraban a mis espaldas, todavía podía oír a Alcibíades reírse. Yo había perdido.

Me fui. Había llegado la hora de volver a casa.

Capítulo 19



UN PAR DE SEMANAS DESPUÉS, CUANDO YA HABÍAN ajusticiado a Lisipo, les vi a los dos en medio de la gran procesión de las Panateneas. Era un día gris y funesto. Desde primera hora de la mañana sopló un viento frío y húmedo llegado del mar, como un presagio de mal agüero que arrastró arena por las calles y dentro de las viviendas. Aspasia, los niños y Teka se quedaron en casa, afortunadamente, de tan mal aspecto tenía el tiempo, pero mi padre me convenció para que acudiéramos a la Puerta del Dipylon, de donde partía siempre la gran procesión.

Cuando llegamos, acababa de salir el sol, pero ya se había reunido una buena multitud que seguiría a la comitiva a través de la ciudad, pasaría por el ágora y llegaría a la Acrópolis. Cuatro muchachas de familias prominentes portaban el nuevo vestido de Atenea que las sacerdotisas habían estado elaborando durante meses. Era una túnica magnífica, en la que se habían tejido la victoria de Atenas sobre los titanes.

Con esta prenda vestirían la antigua estatua de madera de la diosa que se encontraba en el pequeño templo junto al Propileo.

Sonó un cuerno y la procesión se puso en movimiento. Las doncellas abrían la comitiva, seguidas de las sacerdotisas de Atenea y de un séquito de damas de postín. Intenté distinguir entre ellas a la madre de Periandro, pero estaba demasiado oscuro y había demasiada gente arremolinada ante mí como para poder reconocer una cara.

Tras las mujeres, caminaban los ganaderos que dirigían a los animales del sacrificio: cien vacas y ovejas. Después, los metecos de Atenas, con bandejas repletas de ofrendas, pasteles y miel. Año tras año debían demostrar de aquella manera su lealtad a la ciudad. Misón debía encontrarse entre ellos, pero tampoco lo vi. Muy seguidos a los residentes condicionados aparecían los aguadores y los músicos, intérpretes de flauta y cítara. Se cubrían con ropas de colores llamativos, e intentaban mostrarse alegres y festivos, aun cuando el viento parecía empeñado en arrebatarnos las coronas de laurel de la cabeza y en ahogar la música.

Los músicos iban escoltados por los antiguos dignatarios de la ciudad, los generales y los almirantes, los arcontes y jueces, con sus rasgos severos y solemnes. Cada uno de ellos portaba una rama de olivo en la mano, como símbolo de la paz y en agradecimiento por el árbol que Atenea nos había obsequiado. Tras los jueces avanzaban los conductores, con sus carros de carrera que el día siguiente competirían en el ágora. Fue allí, en uno de los más lujosos modelos tirados por cuatro caballos, donde vi a Cridas y Licón. Saludaban a la gente y se dejaban vitorear. Así pasaron

frente a mí. Critias estaba de un humor magnífico, con el pecho henchido de orgullo por sus posesiones: el coche, los caballos y el muchacho; Licón, con la sonrisa femenina y el gesto afectado de un amante de pago. Me reconoció entre la multitud y durante un instante parpadeó en su rostro algo parecido a la vergüenza, pero en seguida giró la cabeza, justo antes de que nuestras miradas pudieran cruzarse. Sonaban vítores por el gran Critias y su hermoso efebo. Me sentí indignado. Ojalá no los hubiera visto, a ninguno de los dos.

Después de que nos hubieran sobrepasado todos los coches de carrera, cuando el sol ya se encontraba en lo más alto del cielo, pues la caravana necesitaba mucho tiempo para ponerse en marcha, nos pusimos en camino, junto con el resto de los atenienses, para seguir a la procesión. Según era costumbre, mi padre y yo avanzábamos junto con nuestros vecinos del Cerámico. Una jarra de vino hizo una ronda. La gente se la echaba al hombro y reía, aunque el viento nos azotara el rostro. Sólo yo permanecía callado, y mi padre no pudo evitar darse cuenta.

Cuando la calle ascendió, volvimos a ver el carro. Critias abrazaba a Licón, y el muchacho se recostaba sobre el pecho de su nuevo amante y saludaba a la multitud, como si acabara de regresar de una batalla victoriosa.

¡Cómo hubiera deseado contarle la verdad sobre su nuevo amigo! Con qué placer le hubiera explicado la forma en la que Critias había ganado el juicio en el Areópago. ¿Acaso se pensaba que se lo debía a su talento como orador? No había sido eso lo que Lisipo me había dicho el día después del proceso. Nunca olvidaré la imagen: Lisipo sentado sobre el camastro de paja, en su celda, con su hija y su nieto junto a él. La mujer lloraba, con el niño a su lado sin entender lo que ocurría, y el condenado me explicó cómo Anaxos le había ofrecido una elección sencilla: su vida, o las de su hija y su nieto. La decisión era simple, incluso para alguien tan egoísta. Aquellas eran las dos únicas personas que significaban algo para él, así que prefería pensar en ellos dos. No me volvió a pedir que le dejara huir, pues ya era plenamente consciente de qué prenda habría tomado Anaxos en compensación.

Unos días después, Lisipo se bebió el vaso de cicuta que Bias tuvo que traerle, y lo hizo sin obstinación ni resistencia, con una dignidad renovada y completa. Cogió el vaso y se lo bebió, por la vida de su prole y de los descendientes posteriores.

El viento comenzó a soplar con violencia y trajo nubes consigo: grises, negras, nubes densas que oscurecían el sol. El aire era tan húmedo que la ropa se pegaba a la piel. Gotas de sudor me resbalaban por la frente y me helaban al mismo tiempo. Mientras atravesábamos el ágora, los comerciantes iban cerrando sus puestos por temor al clima venidero. Los toldos de los puestos se inflaban como velas y tiraban de las cuerdas que los sostenían y, aquellas a las que el viento había llegado a arrancarles de los ganchos que las sustentaban, revoloteaban y danzaban como estandartes en una tormenta.

De pronto, sin previo aviso, en lo que dura el aleteo de una paloma, la naturaleza, aparentemente, se detuvo. Se hizo la calma. Los toldos descendieron y se detuvieron,

el polvo se posó en el suelo. Entonces, las nubes se desgarraron y se vio un relámpago, seguido de un trueno ensordecedor. Un zumbido, como de miles de alas al unísono, y después el granizo, grueso como huevo de paloma, comenzó a caer encima. Para escapar de los peligrosos proyectiles, tomé a mi padre del brazo y lo llevé hasta la cercana estoa, donde pudimos ponernos a cubierto justo a tiempo. Los demás podían quedarse celebrando las festividades de la diosa y derramando la sangre del sacrificio, ¡pero nosotros nos pondríamos a salvo! No fuimos los únicos en pensar así, pues con nosotros huyó media Atenas hacia el amparo de los tejados. Cada vez nos apretábamos más los unos contra los otros bajo la columnata mientras, en el exterior, el granizo daba paso a una densa lluvia y se desencadenaba una tormenta como yo no había visto hasta entonces y no volvería a vivir. Los rayos centellaban como espadas en una batalla, los truenos retumbaban como si todo un bosque se viniera abajo. El viento introducía la lluvia dentro de la estoa y nos la arrojaba contra la cara como espuma de mar en una tormenta. Atemorizados por esa exhibición atmosférica y por la oscura promesa que traía consigo, los atenienses nos arremolinábamos bajo nuestros finos tejados y conservábamos la esperanza de no acabar sacudidos por el relámpago y el rayo, y por la desgracia que sólo podía presagiar semejante climatología. Cuando la hija de Zeus desataba un tiempo así en el mismo día de su principal festividad, debía ser porque la ciudad había provocado su furia. Nosotros lo sentíamos y lo sabíamos, pero no entendíamos por qué. Nadie hablaba; apocada, la población se agazapaba bajo el yugo de un destino anunciado.

El viento vagaba violento por las calles, y en los callejones, los riachuelos se convertían en arroyos. Entonces, justo cuando pensábamos que Zeus quería inundar la ciudad, las nubes se desperdigaron sobre nuestras cabezas y un par de rayos de sol se abrieron paso. La grieta se fue expandiendo hasta que el sol terminó surgiendo de entre las nubes. La lluvia, al mismo tiempo, amainó. Sólo unos pocos goterones continuaron descendiendo y estallando en los charcos. El viento se apaciguó, y la tormenta llegó a su fin.

Al principio, tan sólo un puñado de jovencitos se atrevió a abandonar la protección de los tejados. Lanzaron sus sandalias por encima de los hombros, comenzaron a caminar descalzos, patinaron sobre el barro y chapotearon en los charcos. Los seguimos los mayores, primero dubitativos, después con seguridad. No tardaron en oírse gritos y estallidos de alegría. Janos, mi vecino, se resbaló y cayó en el lodo, pero rompió en carcajadas y nosotros lo acompañamos, como si rebozarse en el suelo como un cerdo supusiera la mayor de las diversiones. De pronto, una bola de barro surgió volando de la nada. Yo me agaché, pero a pesar de ello, me dio en medio de la cara. Por supuesto no me amedrenté y respondí lanzando, a mi vez, todo el barro que pude atrapar con las manos. Entonces se produjo toda una carga de artillería contra mi padre, que carraspeó y en seguida se metió en la refriega con todos los demás. Así fue como toda la procesión pasó a convertirse en unos instantes en una auténtica batalla de barro. La gente estaba tan aliviada y reconfortada de encontrarse

de nuevo a salvo que hasta el anciano más venerable se tiraba al suelo como un niño pequeño para formar bolas con la mugre y lanzárselas a los demás. Las mujeres chillaban al caer al barro. Algún vestido que otro se deslizó hacia arriba. Muslos blancos brillaron en el barrizal, y los muchachos se lanzaron a por ellos. La gente chillaba y reía y bailaba y se besaba en una bacanal de barro y suciedad. Entonces sonó el cuerno: una vez, dos, o puede que tres. Los sacerdotes se subieron a los muros para llamar al orden y ordenarnos formar y ponernos en camino a la Acrópolis, pues no querían atraer sobre nosotros una furia aún mayor de los dioses. Entre risillas picaras nos colocamos en filas y por grupos y finalmente continuamos la senda: un montón de atenienses de rostro solemne, cubiertos de barro...

Las festividades sacras debían durar hasta bien entrada la noche, pero en cuanto el sol cayó, mi padre y yo nos pusimos en camino a casa. Aquel día había llegado a su fin mi labor como capitán, y yo esperaba poder dejar atrás todo lo vivido, retomar el negocio de mi padre y olvidar. Todo lo ocurrido hacía tan poco comenzaba a parecerme ya muy lejano...

Pero la esperanza es mentirosa, vaya si lo es. Sólo podemos olvidar los sucesos cuando estos deciden que tampoco quieren recordarnos. Para mí todavía era demasiado pronto.

Cuando llegamos al Cerámico ya era noche cerrada. El suelo estaba mojado y fangoso. Oímos pasos a nuestra espalda; pisadas rápidas, cercanas, marciales. Debían ser tres hombres los que se encontraban detrás de nosotros. Mi padre me miró con ojos interrogantes y preocupados y yo hice un gesto negativo con la mano. Era fácil imaginarse cosas, por la noche y en esos caminos. El asalto fue rápido y silencioso, como el de los dos bandidos que me acecharon en aquella ocasión: cruzamos una esquina y los pasos nos siguieron. Cerca ya de nuestra calle, los desconocidos avanzaron hacia nosotros. Algo intranquilo, agarré a mi padre de un brazo y lo empujé a una calle lateral. Quería dejar atrás a los desconocidos, pero no surtió efecto. Me di bruscamente la vuelta. Brilló un filo, y un rostro marcado con una cicatriz me sonrió con maldad. Mi padre gritó. Me incliné y salté hacia adelante. La espada dio contra la pared, tras de mí. Logré agarrar una garganta, y mi agresor y yo caímos al suelo. Apreté tanto como pude, y un aliento húmedo me golpeó el rostro. Entonces, algo explotó en mi cabeza. Oí a mi padre gemir a mi lado. Me hundí en la oscuridad que me devoraba.

Me encontraba en una amplia llanura en la que no se veía un alma. Ante mí, un templo de mármol, y en lo alto, el sol. Pero no era el sol lo que brillaba, era el templo el que iluminaba el sol y soportaba el cielo y toda su vastedad. Un águila volaba en círculos por las alturas, feliz, porque el templo estaba en paz.

Comenzó a llover. Yo sentía el agua cayendo por mi frente. Lentamente, logré abrir los ojos y vi el rostro de Aspasia. Un dolor punzante me azotó el cráneo como un rayo. Por el rabillo del ojo reconocí la habitación principal de nuestra casa. Yo

estaba allí, donde todo había empezado. Aspasia estaba arrodillada junto a mí y me lavaba la frente con una esponja. Olía a sangre y a vinagre. Una herida me palpitaba en la cabeza. Algo húmedo recorrió mi sien. Apoyados en la puerta se encontraban Trasíbulo y Misón. La preocupación se reflejaba en sus rostros, pero no tenían la vista vuelta hacia mí. Con gran esfuerzo, me incorporé y seguí sus miradas. Sobre la kliné de la pared posterior yacía mi padre. Cilón lo estaba atendiendo, pero la muerte ya se le había llevado.

Libro segundo



LOS TREINTA TIRANOS



Capítulo 20



¡ATARDECER EN EL ÁGORA! EL SOL, EN EL CIELO, desaparecía en medio de un suave color rojizo, los comerciantes encendían las lámparas de aceite y los faroles de sus puestos, y los esclavos públicos hacían lo propio con las antorchas de la columnata. Cuanto más oscurecía, más crecía la sensación de que todo el mercado estaba iluminado con pequeñas estrellas, y mientras el resplandor solar finalmente se apagaba, Sócrates, Jenofonte, Arístipo y yo circulábamos entre la iluminación artificial junto a otros cientos de paseantes en nuestra ronda eterna entre la estoa y el templo. Hablábamos poco. Nuestro encuentro de aquel día se debía más a la amistad, propiamente, que a la filosofía. Me sentía libre y aliviado, aunque no seguro... No, seguro no, aunque hubieran transcurrido ya cuatro años desde el asalto a mi padre y a mí, y Anaxos y su matarife no dieran muestras de recordarme, o al menos no de temerme.

Durante la primera semana tras la muerte de mi padre apenas me atrevía a salir de casa durante el día, por miedo a que aquel espantoso rostro desfigurado estuviera acechándome para matarme finalmente. Por suerte, Trasíbulo y Misón me visitaban casi cada día y me acompañaban no sólo en el luto por mi padre, sino también en el miedo por mi vida y por la de mi familia. Fueron ellos quienes me ayudaron a salir de nuevo de casa, y me acompañaron cuando finalmente fui capaz de poner los pies al otro lado de la puerta. Por tanto, no sólo les debía agradecer mi vida, que salvaron en aquella noche de las garras de la muerte, sino también la libertad de poder caminar por calles y avenidas.

¡Misón! Era un espía, sí. No me había equivocado. Era por eso que se mostraba tan reservado conmigo después de haber trabado amistad y haberlo acompañado a casa tras el ataque de Lisipo. Sin embargo, no era espía de Anaxos. No, era espía de Trasíbulo y de los demócratas, que me había estado protegiendo desde que me había visitado en mi jardín, y se había percatado de cómo me agarraba las doloridas costillas... Misón me lo había confesado pocos días después del entierro de mi padre, y yo le abracé y le besé, pues a su pequeña traición le debía la vida.

¿Alcibíades? Sólo pudo mantenerse un año más como *hegemón autócratos*, y tras ese tiempo, los atenienses lo echaron del puesto. Ya hubo quien le consideró culpable de la gran tormenta sucedida durante la procesión, y una derrota naval fue suficiente para anular su elección... El amor del pueblo es tan veleidoso como el amor de una hetaira. Alcibíades lo sabía y no tardó en abandonar Atenas. Si tuvo algo que ver con el atentado contra mí y contra mi padre, es algo que nunca llegaría a averiguar. En

una ocasión, hablé con Sócrates sobre el papel que pudo haber jugado Alcibíades en el incidente de aquella noche, pero el sabio abogó por él y me dio su palabra de que su antiguo discípulo no pudo haber sabido de los manejos de Anaxos. Me sorprendió de lo seguro que estaba mi amigo cuando, por lo demás, tan poco seguro se mostraba acerca de nada, pero confié en su juicio. Al fin y al cabo era Sócrates: había acudido a mi lado en cuanto se enteró del cobarde ataque que había sufrido, e intentó consolarme. Con él y con su círculo de confianza fue con quienes acudí al ágora de nuevo. Al principio, sólo de día y lleno de temor; después, cada vez más tranquilo y seguro, pero hasta transcurrido un año entero no me atreví a unirme a él y a sus amigos en sus reuniones nocturnas, e incluso bajo la luz diurna miraba en torno con desconfianza de vez en cuando. A través de Sócrates, trabé amistad con casi todos sus pupilos, con casi todos, pues uno me rehuía tanto como le era posible: Platón. Cuanto más intentaba yo acercarme a él y entenderlo, más se apartaba él.

Extrañaba mucho a mi padre, pero Aspasia y los niños seguían sanos y salvos conmigo. Por ellos me preocupaba más que por nada en este mundo, y ellos constituían mi mayor consuelo. Fue por eso que Trasíbulo situó un guardia en mi casa que los protegía día y noche en los momentos en los que yo no me encontrara a su lado.

En todos esos años no volví a ver a Anaxos y al soldado de la cicatriz en el rostro, aunque a menudo los aceché en el Estrategion, oculto tras las raíces de un árbol en el que había escondido arco y flechas. Era como si se hubiera refugiado de todo y de todos en el sótano del palacio del estratega, en los archivos que albergaban todo el conocimiento de Anaxos, pero en algún momento tendría que volver a mostrarse. Ni siquiera los gusanos pueden mantenerse bajo tierra eternamente.

Cilón, con el que había ido estrechando relaciones en los últimos años, me preguntó en una ocasión que por qué no abandonaba Atenas y sus peligros. No pude contestarle hasta que, una vez más, me agazapé tras ese árbol y vigilé la puerta principal del palacio durante toda una tarde hasta casi el anochecer. Era un frío día de invierno. El viento del norte soplaba cortante a ras de suelo y congelaba el agua de los charcos. Mientras temblaba prácticamente helado, me vino a la mente el recuerdo de Sócrates y de aquella vez en que le había visto permanecer durante horas con los pies descalzos metidos en un charco en pleno invierno. Entonces entendí lo que me retenía allí y me hacía permanecer prácticamente insensible al frío. Era la voluntad, pero mientras la de Sócrates era voluntad de conocimiento, la mía, reconocí, estaba dirigida a la venganza. Era un motivo menos noble, pero no menos poderoso... Cuando se lo revelé a Cilón, me abrazó indulgente y guardó silencio, como sólo los buenos amigos saben hacerlo.

Estábamos de un humor excelente, muy relajados. Sócrates y Arístipo se estaban riendo de alguna broma cuando tres hermosas hetairas se cruzaron en nuestro camino. Una de ellas era Lais, la cortesana más solicitada y cara de la ciudad. Nos miró a

Sócrates, a Jenofonte y a mí con una sonrisa zalamera, pero a Arístipo le guiñó el ojo de forma muy expresiva.

—¡Cómo puede alguien hacerse llamar filósofo y al mismo tiempo ser tan débil a las tentaciones de la carne! —murmuró Jenofonte mirándole de reojo, mientras las tres mujeres pasaban de largo ante nosotros.

Las ganas de vivir de Arístipo eran incompresibles para su corazón de soldado, y no perdía ocasión para demostrarlo. En cualquier caso, tampoco Jenofonte era de mármol, pues existía un muchacho llamado Cleinas por el cual latía el corazón del soldado...

—Pero, mi querido Jenofonte —repuso Arístipo con fingida indignación—, ¿no soy débil ante la carne! No entiendo cómo puedes acusarme de cosa semejante. En realidad es todo lo contrario: ¿es la carne la que es débil ante mí!

Arístipo se había ganado a la audiencia con su réplica, algo nada infrecuente, dicho sea de paso, por lo que Jenofonte optó por callar ofendido.

Todo parecía encontrarse en una calma apacible y agradable. Una cálida brisa veraniega nos envolvía como una sábana de seda, el aroma de la adelfa y el tomillo especiaba el aire. Entonces, de pronto, la atmósfera cambió por completo. Sentí una inquietud extraña a mi alrededor. Un murmullo recorrió el ágora; iba saltando de uno en otro de forma casi tangible, como un fuego que se expandiera y pasara de una casa a la siguiente. Vi como el rostro de la gente en torno a nosotros iba cambiando. Viandantes que habían estado bromeando a nuestro lado se paraban, hablaban, preguntaban, escuchaban, agitaban negativamente la cabeza, volvían a preguntar con el rostro más serio, abrían los ojos y se llevaban las manos a la boca. Incluso la forma de moverse de la multitud cambió: si hasta ese momento había avanzado con soltura y libertad, se interrumpió en cuestión de un segundo. Los paseantes se detenían y formaban grupos nerviosos. La gente se quedaba parada, inquieta, preguntándose qué estaba ocurriendo. Alguien había divulgado una noticia espantosa, y ahora saltaba de unos a otros como una brasa. Jenofonte, que había dejado de escuchar la conversación entre Sócrates y Arístipo desde su ingeniosa interrupción, se dio cuenta igual que yo y me miró con rostro interrogante. Sin decir nada, dejamos a los otros para aproximarnos al grupo siguiente. Sócrates y Arístipo nos miraron perplejos, pero en sus rostros se leía que también sentían la inquietud del mercado.

Me introduje en medio de un corrillo de gente.

—¿Que ha pasado qué? ¡Repítelo! —gritaba alguien a un pobre tipo que estaba en medio e intentaba mantener la distancia.

—El Paralos —gritó—, sólo el Paralos ha vuelto. Eso significa que nuestra flota está destruida.

—¿Nuestra flota? —chilló mi vecino.

—¡Toda nuestra flota! —fue la respuesta.

Entonces fui yo quien agitó, incrédulo, la cabeza. ¿La flota ateniense? ¿Quién podría tener un ejército capaz de aniquilar a toda la flota ateniense? Era imposible.

Atenas era la señora del Egeo, nuestros barcos habían derrotado a las galeras persas. A pesar de todo, y aunque mi razón se negaba a creerlo, mi corazón presentía la verdad.

A duras penas logré apartarme del grupo y regresé junto a Sócrates y Arístipos, que en seguida me preguntaron qué había ocurrido. Por primera vez, el destello jocoso desapareció de los ojos de Arístipos, y la expresión de Sócrates se volvió oscura. Sentía la conmoción que nos rodeaba de forma patente. Lo vi reflejado en sus ojos, desencajados de miedo.

—Habla de una vez, ¿qué ha ocurrido? —repitió, en una palidez cadavérica.

—¡No lo sé! Dicen que la flota ateniense está destruida. ¡Toda la flota de Atenas! Sólo el Paralos ha regresado —les conté.

—¿Sólo el Paralos? —dijo, como hablando para sí, y cerró los ojos—. ¡Es una catástrofe!

—¿Crees que es verdad? —preguntó Arístipos a nuestro maestro, más inseguro de lo que nunca le había visto.

—Exactamente —respondió Sócrates, tétrico.

—¿Lo habéis oído? —gritó Jenofonte, que regresaba en ese momento sin aliento. Vio la expresión de Sócrates y enmudeció.

—Tenemos que asegurarnos —me oí decir a mí mismo.

—Pero ¿cómo? —preguntó Sócrates.

Entonces despertó en mí una idea que dormitaba hacía tiempo.

—¡El hermano de Lisias! No recuerdo cómo se llama, pero estaba en el Paralos. Al menos hace cuatro años. Quizá él sepa algo más.

—Polemárcos —dijo Sócrates—, se llama Polemárcos. Tienes razón, era hoplita en el Paralos. ¡Vamos a casa de Lisias!

Dejamos el mercado en dirección al Pnyx y a la Puerta del Verdugo para tomar la ruta más corta hacia casa de Céfalo. Allá por donde pasábamos y nos encontramos a quienes nos encontramos, hallábamos siempre la misma inquietud, el mismo desasosiego, el mismo miedo. Parecía que nadie fuera capaz de quedarse en casa. La gente se echaba a las calles, los caminos y las plazas y hablaban con quien fuera que se cruzaran, sin importar si eran pobres, ricos, viejos o jóvenes, o cuál era el color de su piel. El acomodado hablaba con el mendigo, el ocioso hablaba con el trabajador y el liberto con el esclavo... El miedo volvía a los atenienses casi como hermanos. Pero ¿era necesario que hubiera miedo para eso?

El temor, no obstante, era fundado. De ser cierto que la ciudad había perdido todas su flota, Atenas se encontraría indefensa ante un ataque naval. Los Muros Largos nos protegían de los ataques terrestres, pero el Pireo, con sus tres muelles, estaba lógicamente abierto al mar, y constituía el talón de Aquiles de la ciudad. Pero ¿quién habría tenido por posible que la flota de Atenas no nos pudiera defender? ¿Qué clase de potencia marítima sería aquella?

Apresuré a mis amigos. Sin duda, algún vecino habría llamado ya a mi casa y le

habría llevado las inquietantes noticias a Aspasia. Quería ir con ella tan pronto como fuera posible.

La casa de Céfalo estaba bien iluminada. A izquierda y derecha de la entrada principal había dos recipientes de bronce en los que refulgían ardientes llamas. El resplandor de las mismas atravesaba las ventanas y las ranuras de la puerta.

Sócrates llamó violentamente a la puerta y gritó su nombre. Unos instantes después nos abrió la hermosa esclava de piel oscura que nos había servido a Lisias y a mí. Yo entraba en aquella casa por primera vez desde entonces. Con los años, la joven se había convertido en toda una mujer, aún más embriagadora de lo que recordaba. Arístipos, que entró junto a mí, pareció olvidar de pronto todas sus preocupaciones por la flota de Atenas; abrió muchos los ojos y le dedicó una reverencia. Desconcertada, la esclava miró al suelo y nos pidió que la siguiéramos. Jenofonte observó toda la escena con aire de desagrado y sacudió la cabeza.

Apenas habíamos dado un par de pasos en dirección al patio interior, cuando Lisias nos salió al encuentro. Tenía una expresión de gravedad digna de estar haciendo frente a la mismísima muerte.

—Venid —dijo a toda prisa—, estamos en el jardín. Polemarco acaba de llegar. ¡Es una catástrofe!

Encontramos a toda la familia de Céfalo reunida con algunos amigos y vecinos en el peristilo iluminado con farolillos y antorchas. Todo el mundo se arremolinaba hacia Polemarco, que se encontraba sentado en un banco, pálido y cansado, y hablaba con voz quebrada y apenas audible. El joven parecía haber envejecido poco en los últimos años, pero su aspecto denotaba el mismo agotamiento cercano al desmayo de entonces, una visión espantosa tratándose de alguien de rostro tan juvenil y bondadoso. Cuando nos unimos al grupo de espectadores, Polemarco hizo una pausa y nos miró. Me reconoció y me sonrió con amargura.

—¿Cuántos barcos tenían los espartanos? —preguntó Sócrates de inmediato. Los faroles arrojaban sombras inquietantes en su semblante de sátiro.

—No lo sé con exactitud —respondió Polemarco—. Doscientos, trescientos... Su flota era considerablemente mayor que la nuestra, a pesar de que contábamos con nuestros 180 trirremes. Nunca había visto un ejército tan grande.

—Cuéntanoslo, por favor —le pidió Sócrates. Polemarco asintió.

—El Paralos abría la comitiva, por delante del resto de la flota. Fuimos los primeros en ver a los espartanos. Nunca olvidaré la visión: el mar estaba en calma, el viento soplaba del oeste. Habíamos tomado rumbo al Helesponto y avanzábamos a buen ritmo. Se decía que Esparta había tomado una de nuestras colonias, Lampsaco y decidimos enfrentarnos a ellos... El mar es nuestro, ¿no es verdad? De pronto, llegó un grito de uno de los jóvenes que hacía la guardia: «¡Que los dioses nos ayuden! ¡Cuántos barcos!». Nos reímos de él, pero entonces lo vimos con nuestros propios ojos. Un trirreme detrás de otro, hasta donde alcanzaba la vista, y en primer lugar, el buque insignia de Esparta con la bandera de Lisandro. Bloquearon todo el

Helesponto.

—¿Pero no os atacaron? —preguntó Sócrates.

—No —respondió Polemarco—, no nos atacaron. Lisandro se aproximó hasta una distancia de algunos estadios y después se apartó. No le seguimos, estábamos asustados. Lo evitamos y tomamos tierra.

—¿Dónde fue eso?

—En un lugar cercano, Egospótamos se llama. Está justo en frente de Lampsaco. Habíamos varado los barcos en la arena para hacernos con provisiones... Por la tarde nos reunimos para pensar de dónde habría sacado Esparta una flota tan gigantesca...

—¿Y al día siguiente ocurrió lo mismo? —preguntó Sócrates, que poco a poco iba despertando los recelos de todo el grupo.

Incluso Polemarco, que aún se encontraba bajo la impresión de la llegada al hogar, le miraba asombrado.

—Así es, Sócrates, exactamente como dices. El día siguiente tomamos dirección a Lampsaco. Lisandro nos esperaba ya allí, con barcos y más barcos, trirremes y más trirremes. Era como si hubiera aguardado toda la noche para interceptarnos. Entonces, colocó lentamente sus barcos en torno a nosotros, como una serpiente que se aproxima a un conejo. Se nos acercó hasta una distancia de cuatro estadios, como el día anterior. Entonces, quisimos echar los remos al agua para evitar el cepo de Lisandro, y así lo hicimos. Los oficiales se sintieron aliviados, y las tripulaciones comenzaron a burlarse de los espartanos porque no atacaban aunque eran claramente muy superiores en número. Decían: «Quien lucha en tierra no sabe luchar en agua». Volvimos a soltar las velas, llevamos los barcos a la playa y los hombres buscaron algo de comer. Algunos fueron incluso a una villa cercana para conseguir alimento.

—¿Y nadie se quedó cuidando los barcos? —en esta ocasión no fue Sócrates, sino Lisias, quien preguntó.

Todos comenzábamos a comprender como continuaba y terminaba la historia.

—Sí, pero demasiado pocos... Alcibíades ya nos lo advirtió.

—¡Alcibíades! —exclamé sorprendido—. ¿Qué hacía él en Lampsaco?

—Tiene una villa allí —respondió Sócrates, a lo que Polemarco asintió.

—Vino el segundo día y nos suplicó que no acampáramos en la playa, que lo hiciéramos en la ciudad. Nuestra estrategia lo echó de allí...

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Sócrates.

—Transcurrieron cinco días. Cinco días estuvieron jugando al gato y al ratón con nosotros. Al final ya nadie se lo tomaba en serio. Nos burlábamos: «Puedes darle dos alas a un pez, pero no va a poder volar por eso». El quinto día regresamos a nuestro lugar de amarre sin haber logrado nada y dejamos los barcos en la playa. Los hombres se dispersaron con rapidez. Tan sólo el barco del almirante mantuvo a la tripulación a bordo, pues queríamos organizar nuestro ataque. De repente, aparecieron los espartanos. Cayeron sobre nosotros como una plaga de langostas gigantes, mientras nuestros hombres iban a ver a los campesinos de la zona para

comprar vino. Conón, mi capitán, fue el único que reaccionó con presteza y mandó a sus hombres a los remos. El Paralos y otros cinco barcos estaban a sus órdenes. Pudimos romper el frente espartano, pero fuimos los únicos. Apresaron o directamente quemaron en la playa todos los demás barcos, unos ciento setenta en total. Nos quedaron cinco, todos los demás están destruidos o pertenecen a Lisandro... Conón ha partido rumbo a Lampsaco con cuatro de sus barcos, y el Paralos tomó rumbo a Atenas.

Polemarco miró al suelo. Nadie se atrevía a decir nada, nadie preguntaba qué había ocurrido con los soldados que habían quedado atrás. La hermosa esclava era la única que no parecía horrorizada. Aunque intentaba disimularlo, le brillaban los ojos como dos ascuas de carbón encendido, y su mirada estaba dirigida, única y exclusivamente, a Polemarco, que había regresado sano y salvo.

Yo había oído ya más que suficiente. Atenas estaba desarmada y, por si no fuera suficientemente malo, era el enemigo quien poseía ahora nuestro arsenal. Era tan sólo cuestión de tiempo que lo utilizara contra nosotros.

—Tengo que irme a casa —le susurré a Sócrates en el oído.

En su rostro danzaban sombras de inquietud. Parecía una criatura sobrenatural. Le dediqué un gesto de despedida a Lisias y a Céfalo y abandoné la casa en dirección a la Puerta del Verdugo, para llegar al Cerámico tan rápido como fuera posible.

Toda Atenas parecía haberse puesto en pie. La gente iba de casa en casa, inquieta como un caballo bajo la tormenta. Tuve cuidado de no cruzarme con nadie a quien tuviera que hablarle o responderle.

Era tarde, ya llegada la medianoche, cuando entré en casa. Aspasia me esperaba en nuestro jardín, con un vaso de vino frente a ella; una muestra de su malestar, pues habitualmente no probaba una gota de alcohol. Incluso en la penumbra de nuestro pequeño farol pude distinguir el reproche pintado en su mirada.

—¿Ya lo has oído? —le pregunté.

Ella asintió. Su padre había estado allí para traerle las terribles noticias, pero apenas sabía más, aparte de que el Paralos había llegado solo al Pireo y que todo el mundo hablaba de la más terrible de las batallas, que al parecer habían librado y perdido. Como Aspasia sabía lo dado que era su padre a la exageración no había creído ni la mitad de su historia, por lo que no estaba tan angustiada como yo pensé que estaría.

—Entonces, ¿por qué estás aquí sentada, a estas horas, en el jardín, y bebiendo vino? —le pregunté.

Aspasia no contestó. Bajo la luz del farol, percibí un destello verde en sus ojos.

—¿No estarás celosa? —ella negó con la cabeza.

Era evidente que no podía contestar verbalmente.

—¡Pero estaba con Sócrates! Fuimos a casa de Céfalos y Lisias para averiguar cómo se había producido la derrota en el mar, —intenté explicarle.

Ella guardó silencio. Por supuesto que estaba celosa, viendo que tardaba tanto en

volver. Me había imaginado ya en brazos de alguna hetaira o, aún peor, de algún muchacho. Mientras le explicaba la razón por la que le había hecho esperar tanto y le exponía las dimensiones del abismo frente al que se encontraba la ciudad, parecía casi aliviada, una reacción tan misteriosa e inexplicable como tan sólo las mujeres son capaces de producir. Tan pronto como se fue aflojando el nudo que los celos habían enredado en su ánimo, comenzó a compartir conmigo el horror que suponían las noticias de la batalla perdida.

Nos fuimos juntos a la cama y nos quedamos allí echados, abrazados, durante largo rato. No hablábamos, pero tampoco encontramos descanso.

No éramos los únicos: se dice que, aquella noche, nadie pegó ojo en toda Atenas, y personalmente creo que es verdad. Todos temíamos al destino que otros nos tenían preparado. Se había perdido el control sobre el mar...

No sé por qué, pero en aquella noche en vela, llena de espanto y temor, volví a pensar por primera vez desde la muerte de mi padre en la muerte de Periandro, en cómo lo había visto ante mí en su cuarto, desnudo e inerte. Pensé en Periandro, y también en su asesino.

Capítulo 21



YA EN LA MAÑANA SIGUIENTE SE ORGANIZÓ UNA asamblea general en el Pnyx. Dos de los pritanos, tomados en la calle para ejercer como heraldos durante una mañana, bastaron para reunir a prácticamente todos los hombres adultos de la ciudad, pero hasta casi el anochecer no fuimos capaces de discutir de forma razonable. La inquietud y la tensión eran enormes, y se descargaban a la mínima como una tormenta tras un día de calor bochornoso. La gente hablaba, discutía y se gritaba entre sí. Cada dos por tres se abalanzaban los unos sobre los otros y trataban de romperse la cabeza. Los amigos y vecinos del desdichado General eran quienes más rabia atraían. Si los toxotai no hubieran intervenido continuamente en estos casos, habría llegado a haber muertos. Así fue como los amigos del Almirante, a causa de la batalla perdida, recibieron insultos y maldiciones que se extendieron por su descendencia hasta sus bisnietos, pero al menos salieron del trance ilesos. Cuando los gallos de pelea calmaron finalmente sus ánimos, se pudieron tomar las decisiones más urgentes: debía fortificarse el Pireo tan rápido como se pudiera, mejorar los Muros Largos donde fuera necesario y armar la ciudad con lo que hubiera. El ataque le correspondía a Esparta y a sus terribles guerreros, y eso lo sabíamos: nos lo imaginábamos rápido y agresivo, con una gran marcha de hoplitas por tierra y una acometida de su ahora numerosa flota por mar. Debíamos estar preparados. Si repelíamos este primer ataque, quizá lográramos negociar.

La asamblea iba ya a disolverse cuando Sócrates se levantó y pidió algo de calma. Se hizo un silencio sorprendente. Nunca antes le habían escuchado los atenienses con tanta atención.

—¡Amigos y conciudadanos! —dijo con voz sonora y segura—. Sé que nuestro encuentro está a punto de acabar. Se han tomado las decisiones pertinentes y queremos volver a casa con nuestras esposas. No os retendré mucho tiempo, simplemente quisiera plantear una pregunta que lleva rondando mi cabeza de anciano desde ayer por la tarde y no logro ahuyentarla. Quizá conozcáis vosotros la respuesta, porque yo no.

Sabemos que Esparta ha capturado nuestra flota con doscientos barcos. Hemos perdido nuestros trirremes y a miles de nuestros soldados. Es aterrador. Sin embargo, me atormenta otra gran preocupación que no entiendo. Desde ayer me devano la sesera y hoy os pregunto: ¿de dónde sacó Esparta esos barcos? ¿Con qué plata pagó por su construcción? ¿Cómo pudo conseguir una ciudad que no se dedica a ningún tipo de comercio ni mantiene ningún puerto doscientos trirremes? Pensad en ello,

porque yo no lo entiendo.

Sócrates se sentó de nuevo. Todo el Pnyx permaneció durante un instante en absoluto silencio, sin habla. Nadie conocía la respuesta.

Aquel día, la asamblea se disolvió muy lentamente. Aunque hacía unos instantes todos se habían maldecido e insultado los unos a los otros, se sentían más seguros juntos. Tenían miedo, y yo no escapaba a esa dinámica. Atenas tenía su destino a la vista, sin barreras ni protección, y lo que se le presentaba de frente era el rostro de la guerra y su devastación. ¿Cuántas ciudades griegas habíamos esclavizado nosotros mismos en esta contienda que duraba ya décadas? ¿A cuántos hombres habíamos matado, a cuántas mujeres habíamos mancillado y enviado junto con sus hijos a los mercados de esclavos? ¿Acaso habíamos sido misericordiosos cuando nuestras víctimas, arrodilladas, nos habían suplicado clemencia? ¿Cuántas veces habíamos echado por tierra las ofertas de paz de Esparta? ¿Qué haría ese belicoso estado con nuestras ofertas de paz, cuando era evidente para cualquiera que nacerían de la debilidad y la inseguridad? ¿Esparta, una ciudad consagrada, más que ninguna otra, al arte de la guerra? ¿Disponíamos de algo que oponer a la embestida de sus soldados y lanzas ahora que no sólo eran los señores de la tierra, sino también del mar? ¿Cómo lo habían conseguido? ¿Qué clase de intervención demoníaca se había producido? Esas fueron las preguntas que yo, al igual que los demás, me llevé a casa aquella tarde.

Tampoco esa noche logré descansar. Ya en las primeras horas de la mañana vagaba entre la vigilia y el sueño, en ese umbral en el que se ocultan las más terribles pesadillas. Aspasia se sentó a mi lado y me acarició la cabeza. Creo que ella tampoco durmió en toda la noche.

Al día siguiente, partí al Pireo. Esperaba la llegada de un barco con miel y vino procedente de Macedonia. Mi padre había mantenido desde hacía tiempo buenas relaciones con algunos comerciantes de la zona. El barco llevaba ya tres días de retraso, y esperaba que la carga llegara ya aquel día sin más demora. Como hacía siempre que iba a los muelles, acudí a visitar a Cilón, que seguía viviendo allí en la casa de sus padres y cuidaba de su anciana madre. Las propiedades de su familia se encontraban sobre una pequeña colina al norte del muelle de carga. Desde la habitación superior podían observarse los tres puertos y medio golfo. A menudo, cuando me encontraba esperando la llegada de algún barco, me sentaba allí arriba con Cilón y hablábamos y mirábamos más allá del mar.

Cilón había dejado de ser aquel muchacho que conocí. Se había convertido en un médico talentoso y apreciado. La gente le llamaba «el pequeño Hipócrates», pero no con intención peyorativa, pues había demostrado ser el más digno y cercano sucesor de su maestro. El propio Cilón era el único que no gustaba de tales comparaciones: añoraba a su maestro profundamente. Hablábamos de él con frecuencia, y nos preguntábamos si Hipócrates regresaría alguna vez a Atenas.

Mi amigo me saludó de buen grado y llamó en seguida a su ayudante Melatos

para que se ocupara de Ariadna. Su rostro preocupado y las oscuras bolsas bajo sus ojos me revelaron que había dormido tan poco en las últimas noches como yo.

—¿Ya lo has oído? —le pregunté, por decir algo.

Cilón contestó que sí.

No tenía ningún paciente aquel día, por lo que pudo acompañarme hasta el piso superior en ese mismo momento. Nos sentamos y observamos la bahía y los puertos. Mi barco no aparecía por ninguna parte. De hecho, no parecía que se aproximara barco alguno, una visión del todo inusual para el Pireo en un día tan soleado como aquel. Las aguas turquesas del golfo Sarónico aparecían apacibles ante nosotros como un espejo. Los rayos del sol refulgían sobre las olas, y los reflejos plateados bailaban en su superficie. Las gaviotas describían círculos en el aire salino. Sin embargo, no se veía ningún barco en el horizonte. Los esclavos aguardaban sentados en los muelles, mirando al mar. No había nada que hacer, ninguna mercancía que descargar. Las grandes grúas de madera permanecían quietas. En sus brazos, los amarres pendían columpiados por el viento. Era como si todo el Pireo durmiera a la luz del día.

—¿Desde cuándo está esto tan tranquilo? —preguntó Cilón—. ¿Cuánto hace que no entran los barcos?

—No lo sé con exactitud. No me había llamado la atención hasta ahora. Ayer funcionaba todo con normalidad... Hoy por la mañana, de repente, comenzó a suavizarse la actividad. No me había parado a pensar en ello hasta este momento —respondió con inquietud.

—¿Crees que los espartanos habrán bloqueado la entrada? —pregunté.

Cilón se encogió de hombros.

—No lo sé. Algo raro está pasando.

Callamos y miramos al puerto. Un barco, en alguna parte debía aparecer un barco. Nada. Ante nosotros sólo se aparecía únicamente la amplitud del mar. Las olas chocaban contra las rocas, y el ligero susurro del agua me adormecía.

—¿Quieres echarte un rato? —me preguntó Cilón tras unos instantes—. Puedo avisarte cuando llegue tu barco.

Di un respingo. Debía haber dado una cabezada durante un momento.

—No, perdóname. Estas dos últimas noches no he dormido nada —me estiré para expulsar el sueño de la musculatura y recordé, de pronto, su rostro y su cuerpo inerte. Había soñado con él.

—¿Sabes en quién estaba pensando? —pregunté.

—¿Cómo iba a poder saberlo? —contestó Cilón.

—En Periandro —dije, sin dirigir la mirada a mi amigo—. Desde que la ciudad está en desgracia, he vuelto a pensar en él...

—¿Y en los últimos cuatro años?

—Ni una sola vez... Es raro, ¿no?

Cilón corrió a un lado la silla. Se sentó detrás de mí, de modo que no pudiera verle. Guardaba silencio, pero podía oír su respiración tranquila.

—No llegué a concluir mi labor. El asesino de Periandro sigue viviendo entre nosotros, y es alguien rico y popular. Por lo que sé de él, seguro que sigue visitando a los padres de Periandro, que le darán las gracias por acusar a aquel pobre diablo de Lisipo y por llevarlo al verdugo.

—¿Sigues creyendo que fue Critias quien mató a Periandro? —preguntó Cilón.

—Estoy seguro —repliqué—, completamente seguro.

—¿Cómo puedes estar tan convencido?

—¡Porque es el autor del **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**! Lo hizo público delante de todo el mundo. ¿No recuerdas aquella frase? Él mismo la dijo en el Areópago: «*La pobreza lo empujó al delito*» —repetí con rencor.

Cilón no respondió, pero sentí que había algo que se guardaba en su interior.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—Eres mi amigo y no quiero herirte —se decidió a hablar Cilón sin demasiada convicción—, pero me temo que el hecho de que Critias escribiera ese libro, por sí mismo, no demuestra que también sea el asesino de ese muchacho.

—Tienes razón —admití—, pero esa no es la única prueba.

—¿Y cuál más tienes?

—¡Platón! —repliqué, a sabiendas de que Cilón tampoco se impresionaría mucho por ese argumento. No era la primera vez que hablábamos sobre la posibilidad de que Critias fuera el asesino de Periandro.

—Explícame eso —me pidió, aunque con seguridad ya se lo habría aclarado alguna vez.

—Ya sabes que Platón y Periandro estaban muy unidos. Cuando hablé con Platón sobre la muerte del otro, se derrumbó delante de mí. Estoy seguro de que se amaban, pero a pesar de ello, Platón no me ayudó en ningún momento en mi búsqueda del asesino, ni siquiera lo intentó. Conocía a Periandro mejor que ninguna otra persona. Conocía sus compañías, sus preocupaciones y sus deseos. Sócrates me contó que, en las semanas anteriores a su muerte, Periandro se mostraba muy preocupado, casi desesperado. Platón debía saber lo que le ocurría, pero nunca me lo dijo. Sigue sin decirme nada a día de hoy, incluso sigue evitándome... —respondí.

—¿Y qué deduces de eso?

—Deduzco que está encubriendo al asesino. Lo encubre porque es alguien cercano a él, muy cercano, tanto como sólo pueden estarlo los parientes. Encubre a su tío.

—Puede que tengas razón en lo que a Platón concierne —dijo Cilón con absoluta calma—, pero Critias no es el único pariente que tiene...

—Pero sí es el único que ha escrito el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ** —le interrumpí con brusquedad.

Ni siquiera a Cilón, a quien había empezado a querer como a un hermano, le permitía que me contrariara en aquella cuestión.

Él se calló y no respondió más. Cilón era un muchacho demasiado dulce como

para responder a mi grosería o devolverme el sentido común en la forma en que me lo hubiera merecido. En lugar de ello, se limitó a colocar la mano sobre mi hombro en gesto conciliador. Debía dejarlo estar. Entonces se levantó hacia la puerta y ordenó a sus esclavos que nos trajeran agua y fruta.

El barco que esperaba no apareció aquel día. Aguardamos en vano. A media tarde aparecieron en el horizonte las velas de una gran fragata, y con la puesta de sol, atracó en el Cántaros. El barco avanzaba pesadamente, muy hundido en el agua, y transportaba sobre su cubierta a cientos de pasajeros. Reconocí en el palo mayor la bandera de la colonia de Lampsaco. Cuando nos dimos cuenta, bajamos de inmediato al muelle, con la esperanza de que aquel velero nos trajera noticias de nuestros soldados. Quizá la flota no se hubiera perdido del todo, y una u otra unidad, bajo el inteligente y esforzado liderazgo de algún trierarca hubiera logrado abrirse paso entre el asedio espartano. Si el almirante Conón lo había logrado, bien podrían haberlo conseguido otros pues, ¿cómo, si no era bajo el amparo de una unidad así, habría logrado un barco procedente de una colonia perdida haber llegado sana y salva hasta Atenas, como evidentemente era el caso?

El barco amarró. Tan pronto como los cabos estuvieron atados y las pasarelas sujetas, los pasajeros desembarcaron a trompicones. Detuve a un hombre joven que avanzaba en nuestra dirección, acompañado de su esposa y de sus dos hijos. Tenía expresión perdida y su mujer llevaba aspecto de haber estado llorando.

—Esperad un momento —les pedí.

El hombre se alegró de que le abordáramos. Se llamaba Hiparcos. Tal y como habíamos supuesto, era un colono ático. Nos contó con pelos y señales cómo los espartanos les habían expulsado de su propia casa a punta de lanza y habían reunido a todos los colonos en el puerto del pequeño asentamiento. Allí habían pasado la noche, entre la esperanza y el terror, pues no sabían si al día siguiente aún seguirían con vida. Estuvieron temblando y padeciendo hasta el amanecer. Entonces, Lisandro se había presentado ante ellos, con una piel de león sobre los hombros y una expresión cruel y decidida, como si fuera el dios de la guerra en persona. Sin embargo, para sorpresa de todos, Lisandro les había concedido a los aterrorizados colonos un salvoconducto, un salvoconducto a Atenas y sólo a Atenas. No les permitió llevarse más posesiones que las ropas que llevaban sobre el cuerpo. Los espartanos no les dejaron tomar nada más que pan y un recipiente de agua dulce para toda la travesía. Los niños estaban cansados, hambrientos y sedientos, e Hiparcos, que no parecía encajar esto último con facilidad, nos preguntó si no podríamos darle algo de comer o quizá algunas monedas.

Miré de reojo a Cilón. Éste rió y se resignó a su destino. Era impensable para él negarle su ayuda a esa familia desamparada, y yo sabía que no sólo les proporcionaría alimento, sino también un refugio temporal.

—Venid —dijo—, vivo aquí cerca. Podéis comer en mi casa.

Mientras nos dirigíamos a casa de Cilón, Hiparcos nos contó todo lo que sabía de

la derrota marítima y del sino de nuestros soldados. Aparentemente, Lisandro no había expulsado a los colonos hacia Ática con las manos vacías. El peligroso General de esa belicosa tribu no toleraba oposición. Había robado a los refugiados todo su dinero, sus provisiones y sus enseres, pero a cambio les había pertrechado con un equipaje muy especial, a base de noticias, de espantosas noticias. Hiparcos dudó antes de terminar el relato: habían ejecutado a todos los soldados, nadie había sobrevivido. Lisandro no le había dado a Atenas ni siquiera la posibilidad de pagar un rescate por sus hijos. Mataron a las tripulaciones de ciento setenta barcos. Los colonos habían visto sus cadáveres, tendidos en la playa, desde los veleros que los llevaban a casa. La arena y el mar estaban teñidos de rojo por la sangre de la carnicería.

—¿Y a vosotros, los colonos, los espartanos os dejaron ir libremente? —dije, agitando la cabeza, después de que Hiparcos concluyera su primer informe.

—Sí —sentenció él—, también para nosotros era incomprendible. Los espartanos nos llevaron a todos a empujones hasta los barcos y nos ordenaron que fuéramos hasta el Pireo por la ruta más rápida. Cuatro buques de guerra espartanos nos han escoltado. Amenazaron con abordarnos y hundirnos si nos desviábamos del curso, incluso si queríamos tomar puerto para aprovisionarnos.

—¿Y el Egeo? —pregunté—. ¿Es seguro y navegable?

—No lo creo —contestó, a lo que su esposa contestó con un codazo en las costillas. La mujer tenía miedo de que yo me tomara a mal las terribles noticias—. En el camino hasta aquí hemos visto docenas de trirremes espartanos. Ahora ellos controlan el mar.

Dejé a Hiparcos y a su familia bajo la protección de mi amigo y le di a sus esclavos, pues el propio Cilón no lo hubiera aceptado, un par de dracmas de plata para mantenerlos en los próximos días. Aún me quedaba dinero en aquella bolsa repleta que Anaxos me había dado, cuatro años atrás, para que encontrara al asesino de Periandro. Nunca lo tocaba para mi propio beneficio, por lo que contaba con un rico caudal de aquel dinero manchado en sangre, que guardaba en el sótano. Hacía tiempo que me había propuesto limpiar aquel dinero utilizándolo sólo para buenas obras.

El cielo estaba desnudo de nubes, y la luna se encontraba casi llena aquella noche. Tomé la vía rápida para regresar a casa, atravesando los Muros Largos. Los guijarros del sendero relucían bajo la luz de la luna, y Ariadna lo transitaba prácticamente en solitario. Mientras mi yegua trotaba tranquila, yo me preguntaba qué pretenderían los espartanos al permitir a los colonos áticos regresar a Atenas. ¿Sería un gesto de misericordia? Cualquier hombre que se añadiera a la población de la ciudad, aunque fuera un campesino, serviría para reforzar a nuestras tropas por lo que, si se trataba de pura clemencia, ¿por qué no se había extendido a nuestros soldados, a los que habían ejecutado de forma tan horrible y vana? Con la tripulación de ciento setenta barcos tomada como rehén, Lisandro podría haber forzado una paz a cualquier precio. ¿Qué más podía querer? La era del señorío ateniense sobre el mar había llegado a su fin, y

con ella, también nuestra arrogancia. Lisandro debía saberlo.

A poca distancia de la puerta de la ciudad hice un alto para mirar al campo. No podía creer lo que estaba viendo. Al otro lado de los Muros Largos ardían incontables hogueras que llegaban hasta las montañas. ¿Podían marcar los campamentos del enemigo? Era demasiado pronto para eso. Por tierra no podían haber traído tan rápido sus tropas. Sin embargo, ¿y si su nueva flota hubiera dado con algún puerto natural del golfo Sarónico y hubieran echado el ancla allí?

—¿Quiénes pueden ser esos? —le pregunté al guardia cuando llegué hasta la puerta. Estaba ya cerrada, como en tiempo de guerra.

—Quien quiera que sean, mañana lo descubriremos —respondió el soldado, y en su voz, al igual que en la mía, se reflejó el miedo.

Al día siguiente, lo descubrimos.

Capítulo 22



EN LOS SIGUIENTES DÍAS, FUERON CIENTOS, MILES DE refugiados los que se vieron empujados a huir a la protección de los muros atenienses, por miedo a las tropas espartanas. Los campesinos y pastores de los alrededores llegaban por los caminos en carro, en burro o a pie, mientras que los colonos de los asentamientos perdidos aparecían en barco, en bote o en balsas caseras. Los campesinos habían podido al menos retener una parte de sus posesiones y cosechas, pero los colonos habían sufrido el saqueo de sus bienes: aquellos que habían caído en manos de los espartanos, no conservaban más que la vida.

Para nuestra sorpresa, algunos soldados atenienses regresaron a casa. Habían huido de ciudades que hasta entonces teníamos por aliadas, pero que ahora habían caído y se encontraban bajo el estandarte de Lisandro. Por los soldados supimos de la rabia con la que se estaba produciendo la oleada de ataques contra Atenas: por agua, bajo la dirección de Lisandro, con doscientos barcos; por tierra, capitaneados por los reyes espartanos Pausanias y Agis, con doscientos mil hombres.

Mi barco macedonio permaneció alejado del puerto, igual que todos los demás veleros que no trajeran refugiados y exiliados. Poco a poco lo fuimos entendiendo: Lisandro estaba bloqueando el Egeo para acortar nuestros suministros.

Al menos, con cada nuevo recién llegado aumentaban nuestras esperanzas de rechazar, o al menos de resistir, el ataque de Esparta. En los talleres, las fraguas habían dejado de estar frías, y en el barrio de los herreros resonaban de nuevo los golpes de los filos que se forjaban para proteger la ciudad. Atenas se preparaba para la guerra. Se llamó a filas a todos los hombres y se los distribuyó según su tipo de arma. Los ciudadanos de pleno derecho que podían permitirse una armadura pasaron a ser hoplitas, que luchaban en sus respectivas falanges, el arma más peligrosa de la guerra terrestre. Los metecos y atenienses pobres iban a parar a la infantería ligera, al cuerpo de arqueros, de honderos o de lanzadores de piedras. Los agricultores luchaban con sus trillos y sus garrotes. A todo aquel que poseyera un caballo y una armadura, algo con lo que sólo los más acaudalados podían contar, se le admitía en la caballería. Creo casi innecesario añadir qué nombres se añadían en esa lista: Cridas, Cármides, Glaucón...

Como antiguo capitán de los arqueros, se me ofreció el mando sobre la infantería ligera. Lo acepté tras una breve discusión con Misón. La lucha con arco y honda era mucho menos honorable que la enfebrecida colisión entre hoplitas en campo abierto, sin embargo, Misón y yo coincidimos en que la batalla que iba a producirse no podría

ganarse cuerpo a cuerpo, pues el ejército de los espartanos, cuyos soldados se entrenaban desde niños para la guerra con lanzas y escudos, era demasiado poderoso, demasiado agresivo para nosotros. Por eso, en la batalla venidera, sólo tenía sentido quedarse en la ciudad e intentar hacerle frente al ataque el tiempo suficiente como para que ellos se agotaran y se estrellaran contra los Muros Largos. Para ello hacían falta buenos soldados, hombres que permanecieran en sus puestos, tomaran sus arcos y pusieran sus miras en aquellos escasos puntos abiertos que ofrecieran los redondos escudos y las armaduras. Por primera vez en cuatro años, regresé al cuartel de los toxotai e hice fabricar bausanes de paja, pertrechados con escudos y cascos, para dirigir la visión de mis soldados, día y noche, a los morriones que delataban la posición de los hoplitas y, a su vez, constituían su punto más débil.

Mientras la ciudad esperaba con impaciencia la lucha, y el grito de los instructores resonaba por las calles, la conversación que había mantenido con Cilón no abandonaba mi mente. Estaba tan seguro de que el asesino de Periandro no podía ser otra persona más que Critias, que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera encontrar una última pista. Incluso Alcibíades me había señalado el escaso material con el que contaba en contra del autor del **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**. Sin embargo, ¿cómo podría encontrar solución a ese enigma, ahora, cuando ya habían transcurrido cuatro años, ya no era capitán de los toxotai y ya no había ningún estratega que posara su mano protectora sobre mi hombro? ¿Estaba cerrada para siempre la puerta de la verdad? Cavilaba sobre ello noche y día, incluso cuando daba las últimas instrucciones a mis hombres en el campo de entrenamiento, y pronto comprendí que había una persona que aún podía mantener la puerta abierta para mí. Los pensamientos y recuerdos en torno a él eran imposibles de eliminar, aun cuando la idea de intercambiar alguna palabra con él, o de decir su nombre en voz alta, me resultara repugnante. Incluso ahora me tiembla la mano cuando lo escribo: Licón. ¿Dónde podría encontrarlo y hablar con él? Debía tener ya unos diecisiete años. Si su padre no había sido demasiado ambicioso, entonces no se habría inscrito hasta entonces en el Registro civil, ni le habrían llamado a filas. Esperarle en los campos de entrenamiento o preguntar por él a sus amigos era inviable, pues Critias y Anaxos no tardarían en saberlo. Por lo tanto, debía ir a verlo a su casa, aun cuando, en su momento, había evitado por todos los medios visitarlo o hablar con él en el hogar de sus padres.

Sin embargo, tan pronto tomé la decisión de volver a ver a Licón, tuve que posponer la realización de mis planes. Acababa de salir del cuartel para ponerme en camino, cuando sonaron los cuernos de las puertas. Sólo podía significar una cosa: los espartanos se aproximaban. Regresé de inmediato y ordené a mis hombres de la infantería ligera que se dirigieran a los muros. Yo mismo ocupé mi puesto en la Puerta de Dipylon, desde donde se obtenían las mejores vistas del oeste y del norte. Desde allí era donde esperábamos el ataque principal, y no nos equivocamos en nuestra conclusión. Ya desde la distancia podía observarse la imponente nube de

polvo que se levantaba al paso del calzado espartano con refuerzo de hierro. Se fueron aproximando a la ciudad como un gigantesco rebaño de bueyes en el que ningún movimiento era excesivo ni ningún paso demasiado rápido. Unidad a unidad, cohorte a cohorte, falange a falange, se presentaron ante nosotros, tranquilos y llenos de confianza. En seguida reconocimos la marca del rey Pausanias en uno de los estandartes. Sin embargo, no eran tan sólo banderas espartanas las que ondeaban sobre las cabezas de nuestros asaltantes, sino las de todo el Peloponeso. Los pendones de Megara, Corinto, Mantinea y Mesena se mostraban ante nosotros, un bosque de emblemas rojos, azules y verdes ante un muro letal formado de hombres, lanzas y escudos. Me volví y reconocí el miedo en los ojos de mis compañeros. Les indiqué que colocaran los cables y tensaran los arcos.

El enemigo avanzó hasta encontrarse a una distancia de cinco estadios de nosotros, entonces detuvo la marcha y se plantó, inmóvil, frente a nuestras puertas. De una sola vez se hizo un silencio absoluto. El polvo se asentó, los estandartes reposaron, un par de halcones nos sobrevolaron entre graznidos. Nadie decía una palabra. Era como si los dioses hubieran pasado entre nosotros durante un momento.

Sin embargo, el ataque no se producía. Todos esperábamos el grito de guerra de los espartanos, y la tormenta desencadenada contra nuestros muros, pero los ejércitos del Peloponeso permanecían inmóviles durante la mitad de una tarde desesperante. Nuestros enemigos se mantenían tan rígidos y quietos que llegamos a pensar que no eran hombres, sino estatuas, lo que teníamos frente a nosotros...

Finalmente, un grupo de jinetes se separó de la vanguardia y se aproximó lentamente hacia nosotros. Eran tres hombres montados sobre blancos corceles. Sus corazas y cascos brillaban como el oro a la luz del sol poniente. A dos estadios de distancia, y a la vista de todos, bajaron las armas: debían tratarse de negociadores. Entonces, cabalgaron hacia nuestros muros. Tras un breve intercambio de palabras, se les permitió la entrada; en la puerta les esperaba ya un nutrido grupo de jinetes atenienses, que recibieron a los espartanos y les acompañaron hasta el ágora. Les observé mientras atravesaban el dromos al galope.

Los extranjeros permanecieron dentro de nuestro territorio hasta el atardecer. Poco antes de que el sol comenzara a ponerse, retomaron el mismo camino de vuelta fuera de la ciudad. Tomaron las armas y se unieron de nuevo, tranquilos y sin volver la vista atrás en ningún momento, a las filas sus compañeros. Un viejo oficial dio la orden con voz áspera, y los ejércitos del Peloponeso se retiraron y levantaron sus campamentos ante la ciudad. Después descubriría que situaron uno de ellos en el bosquecillo en el que conocí a Platón.

Esperarían. Atenas sufriría asedio.

Tan sólo un día después llegó también la flota espartana y echó el ancla en el Pireo. Cilon me envió un esclavo con noticias: Lisandro tenía bloqueada toda la entrada del puerto. Mi amigo sólo había llegado a contar cincuenta barcos: los demás probablemente estarían cruzando el Egeo. Atenas estaba encerrada. Nadie podría

entrar ni salir sin el beneplácito de los espartanos. Nuestros muros nos protegían, pero también nos mantenían atrapados.

Yo acudía todos los días a los muros para distribuir a mis hombres e imbuirles de valor. La espera les volvía engreídos, y al mismo tiempo, les desmotivaba. Después de tres días ya hubo quienes comenzaron a dejar los arcos a un lado, a ponerse a jugar a los dados en las almenas, y a beber vino. Cuando llegué, destrocé sus ánforas preso de la rabia y les grité con furia. Se levantaron de mala gana, con esfuerzo, pero acudieron a sus puestos. Esperamos y esperamos, pero los campamentos espartanos no se movieron, ni aquel día, ni el siguiente. Sus guardias, no obstante, permanecían inmutables, dispuestos perpendicularmente frente a nuestras puertas. Nada indicaba que fuera a producirse un ataque.

Tras cuatro días recibí la orden de enviar a todos los metecos en armas a hacer la guardia del muro, pues los prisioneros habían convocado una asamblea general. Había una oferta de paz.

Poco después de la salida del sol, el Pnyx estaba ya lleno. Los atenienses, por lo común tan impuntuales y escandalosos, se habían reunido aquel día a la hora convenida, con seriedad y formalidad. No se decía ni una palabra más de lo necesario. En el mismo lugar en el que, semanas atrás, los hombres se habían insultado y gritado, ahora se abrazaban llenos de empatía y comprensión, y se besaban como hermanos.

Terámenes se levantó. En aquel tiempo era el estratega electo, si bien se rumoreaba que su elección no había sido del todo correcta; un hombre pequeño y rechoncho que, como todos los individuos de talla reducida, caminaba siempre demasiado erguido mostrando su prominente barriga. Tenía un rostro amistoso y despierto; sin embargo, tras un examen más minucioso se podía apreciar que tenía los labios congelados en una sonrisa permanente, como en una máscara teatral. Saludó a un par de amigos mientras les dedicaba algunos golpecitos cariñosos en el hombro y ascendió a la tribuna.

—Queridos conciudadanos y amigos —comenzó su discurso, y miró a su alrededor para asegurarse la atención y el afecto de todos los presentes—, Atenas está viviendo sus peores horas. La ciudad está sitiada. Lisandro está anclado en el puerto con 50 barcos, y ante nuestros muros aguardan Agis y Pausanias con todos los ejércitos del Peloponeso, esperando el momento para atacar. Podría ser mañana, podría ser en un mes... Sin embargo, Esparta nos ha tendido una oferta de paz que debemos debatir. Sí, exacto, los jinetes que habéis visto eran negociadores. ¡Ciudadanos, atenienses! Esparta nos ofrece la paz, pero a un precio muy alto —diciendo esto, miró disimuladamente una hoja en la que había tomado algunas notas. En primer lugar: deberemos liberar a todos nuestros aliados de sus deberes para con nosotros y después, tras un solemne juramento, pasarán a ser aliados de Esparta.

Los atenienses sacudieron negativamente la cabeza como si no creyeran lo que escuchaban con sus propios oídos.

—En segundo lugar: tendremos que entregar todo el caudal de la Liga de Delos a Esparta.

Un murmullo recorrió la asamblea.

—¿Cómo? —bramaron un par de comerciantes—. ¿Y qué ganamos nosotros con eso?

Terámenes alzó las manos tratando de tranquilizar a la congregación.

—Calma, calma, mis conciudadanos. En tercer lugar: tendremos que reducir nuestra flota a doce barcos y jurar no volver a poseer más barcos que esos doce.

El murmullo se volvió más fuerte. No tardaron en levantarse algunos, con el puño en alto, a lanzar furibundas maldiciones.

—¡Nunca, el mar nos pertenece! —gritó un anciano de cabellos canos con la piel curtida por el sol y el mar.

—En cuarto lugar...

Terámenes alzó la vista y trató de darle a su rostro una expresión de tristeza, del más profundo de los pesares, pero a duras penas lograba reprimir su sempiterna sonrisa.

—En cuarto lugar... no sabéis lo duro que es para mí decir esto en voz alta —continuó, cerró los ojos y alzó la mano en un gesto dirigido al cielo—. En cuarto lugar: ¡tendremos que derribar los Muros Largos! En una longitud de unos cuarenta estadios.

Toda la asamblea enmudeció, como si siguiera una orden. Se podría haber oído caer una aguja al suelo, tal era el silencio que se propagó repentinamente por el Pnyx. Diez mil rostros quedaron petrificados, todos los ciudadanos abrieron los ojos de par en par, incrédulos. Era como si todo el mundo necesitara tiempo para asimilar lo que se cernía ante nosotros. ¿Derribar los Muros Largos? ¿Qué querían decir con «derribar los Muros Largos»? Cuando finalmente comprendimos lo que se nos exigía, se desató una tormenta de indignación. Ya nadie permanecía en su asiento. Incluso los ancianos se levantaban con el puño en alto. Se oía gritar «¡Nunca, nunca!», y «Atenas es libre, ¡no somos esclavos!». Todos los que encontraban algo que arrojar, lo hacían en dirección a la tribuna. Terámenes tuvo que protegerse de un aluvión de manzanas, piedras, broches y pedazos de objetos rotos, que le cayó encima por el mero hecho de atreverse a leer semejantes exigencias. Entonces, durante un instante, su amplia sonrisa desapareció. Reconocí en su rostro la expresión de un niño grande que no comprende lo que ocurre en el mundo. Entonces, los toxotai se levantaron y, de un salto, se posicionaron entre el estratega y la multitud furiosa. Alzaron sus varas, lo que devolvió finalmente a la población a sus cabales.

Teodoro, el pritón dirigente, tomó a su cargo la dirección de la asamblea, mientras Terámenes buscaba cobijo entre sus amigos. ¿Podía ser casualidad que, precisamente

Critias, fuera quien se levantara y le felicitara a la vista de todo el mundo? Él, cuyos rasgos solían ser tan fríos, y cuyos gestos tan despectivos, se alzó, sonrió a Terámenes y lo abrazó. Apenas podía creerlo, y tuve que obligarme a apartar la vista y mirar de nuevo hacia el punto donde ahora era Teodoro quien, puesto en pie, intentaba hablar.

Era un hombre anciano y encorvado. Tenía la voz fina, y los ojos le relucían con un brillo acuoso. Tal y como se presentaba ante la multitud, parecía como si maldijera el puesto que la suerte le había otorgado precisamente aquel día. ¿Por qué no he podido simplemente estar al cargo de una reunión sobre el precio de los cereales, y no ésta sobre la guerra y la paz? Era como si llevara esa pregunta escrita en la frente.

—Conciudadanos —dijo, con voz apenas audible—, si os he entendido bien, queréis rechazar la oferta de paz de Esparta.

—¡Más alto! —bramaron los de las últimas filas.

—Digo que si os he entendido bien, queréis rechazar la oferta de paz de Esparta —repitió Teodoro.

La voz le fallaba al pronunciar casi cada palabra.

—Buena deducción —gritó alguien desde la parte de atrás, y el Pnyx estalló en risas.

—La cuestión es, pues, que debemos responderles —continuó Teodoro, una vez volvió el silencio.

Trató de alzar las manos con gesto tranquilizador, pero le temblaban tanto como la voz.

—¡Más alto! ¡No entendemos! —se oyó vocear de nuevo desde lo alto de la sala.

—Envía una delegación con una contraoferta —sonó una propuesta surgida de alguna parte.

—Sí, envía una delegación con una contraoferta —dijeron por toda la asamblea.

Teodoro asintió, sumido en sus meditaciones, e indicó a Terámenes con un gesto que acudiera hacia él. Éste había recuperado, entre tanto, su amplia sonrisa, y se levantó de su lugar junto a Critias. Antes de que volviera a tomar la tribuna, la demanda resonaba ya desde todas las esquinas: «Delegación, delegación...». Terámenes se presentó ante la asamblea y abrió los brazos como un pájaro a punto de echar a volar.

—¡Amigos, conciudadanos atenienses —gritó, en voz tan alta como pudo—, enviaremos una delegación y presentaremos una contraoferta!

Apenas había dicho esto, los hombres de Critias se levantaron y comenzaron a aplaudir.

—Delegación, delegación —sonaba como un coro desde todas partes.

—¡Y no les permitiremos siquiera hablar de los Muros Largos! —continuó Terámenes, alzando el puño.

Estallaron los aplausos, que se apoderaron de toda la colina. Terámenes estiró los brazos como un campeón que ha alcanzado la gloria, y rió ampliamente.

Por la tarde me escabullí de la asamblea. Quedaba poco para la puesta del sol,

algo que apenas se tenía en cuenta, con una invasión espartana en ciernes, cuando abandoné mi puesto de observación en la puerta silenciosa y discretamente. Dirigí mis pasos hacia el Escambónidas, para buscar a aquel muchacho que, cuatro años atrás, me traicionó y me abandonó. ¿Qué habría sido de él? ¿Seguiría siendo el amante de Critias? ¿Le habría dejado éste al alcanzar la madurez y perder su cuerpo de efebo, o habría sido Licón quien le hubiera vuelto la espalda para darse a nuevas aventuras, como había hecho conmigo? Casi deseaba que ni el dinero ni el poder de Critias hubieran podido retener a Licón; lo deseaba por mí, pero también por su propia alma.

Licón vivía en uno de los barrios más pobres de Atenas. Era un callejón estrecho. Sucios y combados edificios de ladrillo arcilloso se levantaban, muy juntos los unos a los otros. Las fachadas se desmoronaban, pues hacía años que nadie les había dado una nueva capa de revoque. Olía a excrementos y a suciedad.

La visión de la pobreza que se presentaba ante mí me perturbó enormemente. ¿Acaso era éste el origen de la naturaleza de Licón? ¿Exactamente lo mismo que decía aquella línea del panfleto de Critias?

La casa familiar de Licón era tan miserable como todas las del vecindario, o incluso un poco más deslucida. Nunca le había ido a visitar. Aunque el amor entre un hombre y un muchacho no esté mal considerado, resulta indecoroso que ambos se encuentren ante los ojos de los padres del joven. ¿Sería yo mismo capaz de soportar que mis hijos tuvieran amantes?

El nerviosismo hacía que mi corazón latiera como un tambor, pero también mi conciencia me golpeaba. No le había contado a Aspasia que quería ver a Licón, aunque llevaba ya tiempo jugando con la idea. No se alegraría precisamente de saber dónde estaba en ese momento. Escuché, pero no se oyó nada. La casa parecía estar vacía. Volví a llamar, esta vez más fuerte y con más seguridad. No hubo respuesta. Ya me iba a dar la vuelta, cuando finalmente oí pasos.

—¿Quién está ahí? —sonó una voz amortiguada.

—Nicómaco, el comerciante —respondí.

—¡No te conozco! ¿Qué es lo que quieres? —se oyó a través de la puerta cerrada.

—Me conoces, fui el capitán de los arqueros. Quiero hablar con Licón.

La puerta se abrió lentamente. El hombre que apareció detrás me observó con desconfianza con la mirada nublada. El cabello húmedo de sudor se le pegaba al cráneo.

—¿Qué es lo que quieres de mi hijo? —preguntó. El aliento le olía a alcohol barato.

—Sólo quiero hablar con él. Hay algo que debo preguntarle.

Lanzó una risotada despectiva y, sin marcharse de la puerta, volvió la cabeza y llamó a gritos a su hijo: «¡Licón, baja! ¡Tienes visita de postín!». Entonces se inclinó de nuevo hacia mí y me miró con hostilidad, pero no me dijo ni una palabra más. Evidentemente la idea de invitarme a entrar ni se le pasó por la cabeza.

—¿Quién es? —oí una voz que sonaba desde el interior de la casa.

Debía ser Licón, aunque no reconocí su voz. En lugar de responder, el padre de Licón abrió la puerta un poco más. El joven me vio de frente y palideció.

—Nicómaco, ¿tú? —dijo, incrédulo, y se apresuró a cerrarse el quitón sobre el pecho.

Al parecer se estaba vistiendo en ese momento. Entonces, metió a la fuerza a su padre en casa, me cogió del brazo y me sacó de allí.

—Ven, vamos a dar un paseo —dijo, mientras su padre se quedaba fijo en la puerta y nos observaba a su hijo y a mí con claro desprecio.

Licón me llevó un par de pasos calle abajo. Estaba atardeciendo, pero aún quedaba luz suficiente como para ver con cierta claridad. Licón prácticamente se había hecho un hombre. Era más alto que yo, y la sombra de una barba dura le oscurecía el rostro. Sin embargo, su cuerpo seguía siendo blando como el de una muchacha, y se movía de igual manera. Llevaba el pelo largo y perfumado, y los ojos maquillados.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres de mí? —preguntó cuando perdimos de vista a su padre.

Su virilidad le había otorgado una voz profunda y una gruesa nuez en la garganta, pero se tomaba muchas molestias en darle a sus palabras un timbre meloso.

—Nada, sólo quería verte. Saber qué tal te iba —respondí.

—Oh, Nicómaco, eso es adorable, pero también mentira, y tú siempre has sido un mentiroso terrible —replicó, volviendo los ojos a otro lado.

Había visto claramente mis intenciones, algo que, al parecer, no debía ser muy difícil.

—Tienes razón, querido —exclamé, y puse todo mi empeño en sonreír con tanta falsedad como él—, siempre fui muy mal mentiroso. Sobre todo en comparación contigo.

Licón se encogió de hombros con indiferencia. Si quería ponerle en evidencia, debía pensar en otra cosa.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —repitió la pregunta.

Su voz había perdido todo el tono insinuante de golpe.

Iba a responder cuando entramos en una pequeña plazoleta. Parecía más un hueco abandonado entre las casas que un punto de encuentro para los vecinos, pero a pesar de todo, había una vieja fuente y un banco sencillo. Un par de muchachos haraganeaban por allí. Se rieron burlones a nuestro paso.

—Licón, ¿quién es tu nuevo amigo? —gritó un muchacho pecoso, se dio la vuelta y agitó las posaderas.

—¡Hijo de puta! —susurró Licón y tiró de mí hacia adelante.

Los muchachos a nuestra espalda se partían de risa y nos hacían gestos muy explícitos. Yo los ignoré, en atención a Licón.

—¿Sigues viendo a Critias? —pregunté, tras dejar atrás la plaza y a los

encantadores vecinos de Licón.

—De vez en cuando —respondió, indiferente.

—Espero que te ayudara como corresponde a un hombre tan rico y respetado — señalé.

Quise que mi comentario sonara casual y sin intención, pero algo se me atravesó en la garganta. Licón quedó quieto y se plantó, muy erguido, frente a mí. En sus ojos se prendían chispas de rabia.

—No estuve con Critias porque fuera rico, aunque todo parezca indicarlo —dijo con seguridad.

—Oh, entonces, ¿por qué estuviste con él? —pregunté sorprendido.

—Yo... —Licón se detuvo.

—¿Qué?

—Nada, está bien. No quería herir tus sentimientos.

—No te preocupes por mis sentimientos. Dime lo que tengas que decir.

—Le debía algo —respondió de mala gana y continuó caminando.

Me quedé sin aliento.

—Eso no significa que a ti no te debiera nada —exclamó Licón cuando se dio cuenta de que yo ya no le seguía, pero por supuesto eso era exactamente lo que había querido decir.

—Bien —respondí, y aceleré el paso para alcanzarlo—. Hace mucho de todo eso. Es una vieja historia, ¡olvidalo! Sólo quiero que me digas una cosa. ¿Conocías ya a Critias cuando nos lo encontramos en casa de Periandro?

Licón volvió a mirarme y, durante un instante, creí reconocer tras aquel rostro maquillado a aquel muchacho que antaño me había sido tan cercano. Parecía reflexionar sobre si le supondría daño decirme la verdad.

—¿Por qué quieres saber eso? —preguntó con cuidado.

—Por nada —disimulé—. Simplemente tuve la sensación... Critias se comportó desde el principio contigo como si ya te conociera. Quería asegurarme por pura curiosidad. ¿Tenía razón?

Licón continuó andando, mirando al suelo. Al menos le resultaba difícil decirme la verdad a la cara.

—¿Significa eso que sí? —pregunté.

—Sí —respondió en voz baja.

Casi había oscurecido. Entre tanto, habíamos llegado hasta el muro norte. A aquella hora, quedaban pocos soldados vigilando las almenas. Ni siquiera los espartanos luchaban de noche. En las torres había un par de antorchas encendidas.

—¿Está todo en orden? —pregunté a los hombres de arriba.

—Todo en calma —respondieron—. Los espartanos están sentados en torno a las hogueras de sus campamentos, llenándose la barriga.

Continuamos caminando en silencio. Licón me parecía un absoluto extraño. Finalmente, formulé la pregunta que me llevaba corroyendo el alma todo ese tiempo.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Periandro?

—No, no tuve nada que ver —la respuesta fue rápida y sincera. No tuve dudas de que Licón decía la verdad.

—Pero sabes algo del asesinato, ¿verdad?

—No, Nicómaco —replicó. Esta vez había dudado un instante—. ¿Cómo iba a saber algo?

—¿Por Critias, quizá? Por lo que imagino, teníais una relación muy cercana... —repuse. Intenté sinceramente no sonar como un amante celoso y despechado.

De pronto, comenzó a gritarme:

—¡Critias no tuvo nada que ver con la muerte de Periandro!

Me sorprendió la vehemencia con que dijo esto, pero no le creí.

—¿Te he contado alguna vez cómo asesinaron realmente a Periandro? —le pregunté, mientras poníamos rumbo de nuevo al centro de la ciudad—. Le ahogaron con...

Me interrumpió con una violencia aún mayor que antes:

—¡No quiero saberlo! —bramó.

—Oh, lo siento muchísimo, pero es importante —repuse, recuperada la calma.

Cuanto más se alteraba Licón, más me serenaba yo, y por tanto más disfrutaba torturándolo.

—Como decía, le ahogaron. De una forma bastante cruel, por cierto, o para ser exactos: de una forma bastante cruel y bastante inusual. Imagínatelo: primero, le golpearon la cabeza, con una vara rígida o con una porra. Sin embargo, eso no fue lo que le mató, y tampoco era suficiente para el asesino. Periandro estaba desmayado, indefenso. Eso debió animar al criminal a meterle al pobre muchacho un papiro en la garganta, muy profundo, hasta la laringe.

Le indiqué a Licón el punto exacto con un dedo. Le temblaban las manos.

—Vi cómo Hipócrates tuvo que sacarlo de ahí con una especie de pinza larga y fina... Así que el asesino tuvo que mantenerlo bien sujeto y mantenerle la boca cerrada hasta que se ahogó. Debió ser un rato largo. El papiro pertenecía a un libro, pero no un libro cualquiera, como podrás imaginarte...

—¡Era el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**! Yo lo sabía, y toda Atenas lo sabía, porque al parecer no te cansabas nunca de contárselo a todo el mundo —me espetó Licón—. ¿Es que no puedes olvidarte de una vez de esa vieja historia? ¿De qué servirá que empieces de nuevo a meter las narices por todas partes?

Alzó la voz hasta que le falló. Dos soldados, que pasaban junto a nosotros, agitaron la cabeza y continuaron su camino. ¿Qué creerían que estaba ocurriendo? ¿Una disputa entre un prostituto y su cliente?

—¡Pero qué escándalo es ese! —resonó desde una de las casas.

Le puse a Licón una mano en la boca para que se callara, pero de inmediato intentó liberarse. Irritado, le agarré aún más fuerte, cuando ya me estaba clavando las uñas en las mejillas. Intentó arañarme la cara como un felino salvaje. Le agarré de las

muñecas y las apreté contra la pared de una casa, y así quedamos cara a cara. Podía oler el pesado perfume de sus cabellos. Entonces me besó y me metió la lengua en la boca. Asqueado, repugnado y atraído, así me sentí en ese momento. Cuando aparté la cara, me escupió, y yo le respondí con una sonora bofetada. Eso le devolvió parcialmente el sentido común. Se tiró al suelo y rompió a sollozar como un niño. Los arañazos que me había dejado en la cara ardían como el fuego. El pequeño diablo debía llevar las uñas muy largas y afiladas.

—Ya sé lo que piensas de mí —dijo, tras unos instantes—, y probablemente tengas razón, pero no quiero que te ocurra nada. Deja ya esa vieja historia. Es demasiado grande para ti, y demasiado peligrosa. Deja de entrometerte en estas cosas. De momento, todo el mundo piensa que aprendiste la lección, y por eso te dejan en paz. Si comienzas a husmear de nuevo, acabarás igual que tu padre.

Sentí como si me cayera un rayo encima.

—¿Qué sabes tú de mi padre? —le pregunté.

—Nada —respondió Licón, rápido y sin aliento—, absolutamente nada, y es mejor así, porque si no, no seguiría con vida.

—¿Tuvo Critias algo que ver con la muerte de mi padre? —susurré.

—No —replicó Licón, se levantó de golpe y me empujó tan fuerte que casi pierdo el equilibrio.

Entonces corrió como sólo puede hacerlo un chaval de diecisiete años. Ni siquiera intenté seguirlo. Sólo pude ver cómo se iba y oír sus pasos resonando en los oscuros callejones.

Capítulo 23



CUANDO ASPASIA DESCUBRIÓ A LA MAÑANA SIGUIENTE MI maltratado rostro, la desconfianza se apoderó de ella de inmediato. Se había levantado antes que yo y me despertó con suavidad. Las primeras luces del día entraban por la ventana de nuestro dormitorio, y fue entonces cuando descubrió los arañazos. Sus ojos se tiñeron de verde, y sólo podía haber un motivo para ello. De inmediato me preguntó de dónde habían salido esas marcas, y yo dudé un segundo más de lo que debía a la hora de buscar las palabras con las que responderle. El miedo a que la estuviera engañando se le pintó en la cara. Yo no quise mentirle, así que le expliqué que había quedado con Licón la tarde anterior. Cuando oyó aquel nombre, comenzó a temblar.

—¿Y cómo se te ocurrió volver a ver a Licón? —me preguntó con una voz que bailaba entre el miedo y la frialdad. Me erguí y le cogí las manos temblorosas.

—Licón conocía a Critias antes del asesinato —respondí.

Aspasia me miró, incrédula. Al principio parecía no entender lo que quería decir; después, suavizó su expresión para montar de nuevo en cólera.

—¿Y él te atacó? —me preguntó.

Asentí.

—¿Cómo supiste que él ya conocía a Critias?

—Por la forma en que se evitaban —respondí, y describí las miradas y los gestos que había reconocido desde el primer día entre Licón y Critias, pero que hasta ese momento no había sido capaz de señalar.

—¿Lo ha reconocido? —dijo.

—Sí, lo ha hecho —repliqué—. No ha tratado de mentirme ni una sola vez...

—¿Y sabe algo del asesinato?

—Creo que sí, pero asegura que Critias no tuvo ninguna relación con la muerte.

—¿Y le crees?

—¡No! Después de lo que oí ayer estoy aún más seguro de que Critias mató a Periandro. ¿Puedes creer que Licón me hizo una advertencia? Me dijo que acabaría como mi padre si no dejaba de hurgar en esta historia.

—¿Eso dijo? —exclamó Aspasia, y la preocupación familiar que resonaba en aquella pregunta terminó por desbanicar los últimos retazos de celos.

—Sí, todavía recuerdo las palabras exactas: «De momento, todo el mundo piensa que aprendiste la lección, y por eso te dejan en paz». Sabía exactamente de quién estaba hablando. No era una amenaza vacía ni un presentimiento estúpido.

—¿Entonces crees que Critias tuvo algo que ver con el ataque a ti y a tu padre? —

preguntó.

Hasta entonces habíamos estado bastante seguros de que quien había estado tras el atentado no había sido otro más que Anaxos.

—No lo sé. Estoy seguro de haber reconocido al soldado de la cicatriz, y ese había sido siempre un hombre de Anaxos —respondí, dubitativo.

—¿Y ahora ya no estás seguro?

Me encogí de hombros.

—Creo que ya no estoy seguro de nada... —sentenció.

Mi espíritu viajó involuntariamente de vuelta a aquella noche de las desdichadas Panateneas. Mi padre estaba junto a mí.

Nuestros pasos resonaban por el callejón, pero aquellos pasos no eran sólo nuestros. De pronto, los soldados a nuestra espalda. Una espada a la luz de la luna, y aquel rostro, aquel rostro insoportable.

—También hay otra posibilidad —dijo Aspasia tras un instante.

—¿Cuál?

—¿Nunca te has planteado que Critias y Anaxos quizá estén colaborando? —sugirió.

—Para serte sincero, lo cierto es que no —repliqué—. Hasta ahora no lo había pensado.

Aspasia calló un momento. Oímos, fuera de la habitación, a Teka y los niños. Nuestra vieja esclava quería lavar a los pequeños, pero estos le estaban dando todo el trabajo del mundo: ambos se estaban peleando entre sí como cachorros de perro, y Teka, que los quería como si fuera su abuela, dejaba que bailaran a su alrededor.

—Creo que deberíamos ayudarla —dijo Aspasia, a punto de levantarse.

Entonces, se detuvo y se volvió de nuevo hacia mí. Me miró. Tenía tristeza en los ojos. La besé. Aspasia se dejó caer en nuestro lecho y se echó en mis brazos, pero su cuerpo permanecía en tensión. Las heridas de la cara me escocían.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Estoy preocupada por nuestros hijos —dijo.

—Teka puede encargarse de ellos...

—¡No es Teka quien me preocupa! —replicó, enérgica—. Lo que me preocupa es lo que dijo Licón.

—Trasíbulo nos protege.

Fue lo único que se me ocurrió para calmarla. Era poco, muy poco. Hacía tiempo que se había apoderado de mí el mismo miedo que le atacaba a ella ahora. El terror se expande como el fuego, ardiente e incontenible.

—¡Ya está bien, granujas! —oímos a Teka a través de la puerta.

Finalmente, se marcharon los dos, de mala gana, a la sala de aseo. Me senté. Miles de pequeñas motas de polvo bailaban en los rayos de luz del sol naciente que se colaban por la ventana.

—¿Qué debería hacer? —le pregunté a Aspasia.

—Eso es algo que debes averiguar por ti mismo —repuso—. Existen decisiones que sólo tú puedes tomar —se levantó y sonrió con tristeza.

—Pero eres mi esposa.

—Exacto —dijo, y me besó.

Ya había abierto la puerta del dormitorio, cuando se volvió por última vez. Al contraluz de la primera hora de la mañana, un brillo resplandeciente se le posaba en el pelo, y descubría las formas de su cuerpo de mujer bajo su camisón.

—Hagas lo que hagas, ten cuidado —dijo—, y piensa en tus hijos.

—Lo haré —prometí.

—Lo sé —repuso con suavidad, y salió de la habitación.

Yo permanecí en la penumbra. Afuera, Aspasia llamó al orden a los niños. Los dos hermanos se callaron de inmediato. Le tenían tanto respeto como yo. Cerré los ojos. Al principio, todo parecía a oscuras. Entonces, se apareció el rostro de Licón ante mí. Vi sus movimientos afeminados y casi pude saborear el beso en la boca que me había dado. Creo que no se lo llegué a mencionar a Aspasia. ¿Qué había pretendido con eso? ¿De verdad creía que podría seducirme como a una especie de antiguo cliente?

Sin embargo, ahora se aparecía otra imagen frente a mí. Lentamente, y como a través de un velo de niebla, apareció el recuerdo del Licón efebo, de aquel muchacho que, aquella indeciblemente calurosa tarde me había llevado la llamada de Alcibíades y me había acompañado. Licón había estado muy pálido aquel día. Había tenido que descansar por el camino. ¿Por qué? Lo recordaba brumosamente: ¿estaba enfermo o cansado porque la noche anterior no había podido dormir?

¡Suficiente! Debía irme. El enemigo se encontraba a las puertas. ¡Debía dejar de revolver en el pasado!

En el camino hacia la puerta me encontré con Sócrates. Aún era temprano. El sol despuntaba por las montañas, y Atenas se preparaba para el nuevo día. También Sócrates llevaba un arma. Verle con algo que no fuera su sencilla túnica suponía una visión peculiar. Ahora era un hoplita de su ciudad. Llevaba un casco, se había atado el escudo a la espalda, su coraza presentaba tres cortes viejos y profundos en el cuero reforzado de hierro, como sólo una espada podía hacerlos. Uno de ellos se encontraba a sólo un palmo del corazón.

—Nicómaco, me alegro de verte —me saludó, amistoso, y me abrazó, como era su costumbre—. Por favor, no te rías de mí. Ya sé que parezco la tortuga de Aquiles.

—¿La tortuga de Aquiles? —respondí, atolondrado—. Nunca he oído hablar de una tortuga de Aquiles.

—Por supuesto que sí —respondió con seguridad—. Seguro que conoces la historia de la tortuga que retó a una carrera a Aquiles, ¿no? ¿Una tontería, dices? No, todo lo contrario.

En realidad era una tortuga vieja y sabia. Sabía que ella corría diez veces más

despacio que él, por eso le pidió una ventaja de diez brazas.

—¿Y?

—Ella ganó. Aquiles nunca logró alcanzarla.

—¿Cómo es posible?

—Muy fácil: cuando Aquiles superó la ventaja de diez brazas, ella había avanzado ya una braza. ¿Correcto?

—Correcto.

—Una décima parte de braza después, ella seguía teniendo una ventaja de una centésima parte de braza. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo.

—Entonces verás que así continúa hasta el infinito. Aquiles no puede alcanzarla. Ella siempre irá una décima parte por delante —se echó a reír, y efectivamente tenía un aire propio de una vieja tortuga. Entonces vio mis mejillas y frunció el ceño.

—¿Y esos arañazos? —preguntó, pasándome el dedo por las marcas—. Los últimos que me marcaron el rostro a mí, se los debo a un ataque de furia de mi leal esposa.

—Licón —repuse.

—Oh —exclamó—, entonces los desleales también arañan... ¿Qué querías de tu antiguo erómeno?

—¿Quién te ha dicho a ti que yo quería algo de él? —repliqué evasivo.

Sócrates me miró.

—Nadie, sólo pensé que... Quizá ciertas preguntas te atormentaban tanto como a mí —respondió, y tuve la sensación de que podía leer directamente mi alma. ¿Para qué iba fingir ante él?

—Tienes razón —repuse—, y me sospecho que sabes exactamente para qué fui a hablar con él.

Sócrates asintió y me cogió del brazo.

—Ven, te acompaño un rato. Los espartanos no van a atacar hoy, de todas formas.

—¿No? ¿Por qué lo dices?

—¿Para qué iban a derribar una puerta que no van a tardar en abrirles?

No entendí su comentario, pero su compañía me reconfortó. Necesitaba a alguien con quien poder hablar, y Sócrates tenía talento para escuchar: permanecía muy callado mientras el otro hablaba, incluso si se decía alguna insensatez. Era como si entendiera todo lo que se le contara, por muy tonto que fuera el comentario. Entonces, cuando ya se había dicho todo, era cuando él comenzaba a preguntar...

—Es sobre Periandro y Critias —comencé, mientras poníamos rumbo a la puerta doble, sin apresurarnos demasiado—. Ya sabes que, en mi opinión, él fue el asesino.

Sócrates asintió.

—... todo parece hablar en su contra. Es el autor de ese maldito panfleto. Es el cabecilla de los aristócratas, con quien Periandro estaba estrechamente relacionado. Platón debe estar encubriéndole porque es su tío... pero... —no seguí hablando.

Sabía que Sócrates podía completar la frase él mismo.

—Pero no tienes ninguna prueba contra él, ¿no es así? —sentenció Sócrates.

—No, ninguna prueba, y a pesar de ello, sé a ciencia cierta que ha sido él. Lo sé con cada fibra de mi ser, si entiendes lo que te quiero decir.

Sócrates permaneció en silencio. Normalmente ya habría formulado alguna pregunta, una de sus peculiares preguntas, como por ejemplo, si existe algún conocimiento que no se pueda demostrar o comparar. Sin embargo, Sócrates no sólo era un gran maestro, también era un gran amigo, y por ello, era benévolo conmigo.

—¿Y Licón puede ayudarte? —preguntó, en su lugar.

—No quiere... Pero me ha hecho una advertencia. Me dijo que acabaría igual que mi padre si no dejaba de husmear en esa vieja historia. Que era demasiado grande y demasiado peligrosa para mí.

—«Demasiado grande y demasiado peligrosa» —repitió Sócrates—. ¿Fue eso lo que dijo?

—Sí, creo que lo que dijo exactamente fue: «Deja ya esa vieja historia. Es demasiado grande para ti, y demasiado peligrosa».

—Eso concuerda con él —comentó Sócrates.

—¿Con Licón? No sabía que lo conocías —dije, desconcertado.

—No, no con Licón, con Critias... —replicó, casi ausente, y algo en la forma en la que pronunció su nombre y miró en la distancia me reveló que estaba recordando algo muy concreto.

Casi habíamos llegado a la puerta. Había un par de soldados sentados en las almenas, aburridos, dejando colgar las piernas.

—¿Qué noticias hay? —les grité.

—¿Cuáles puede haber? —fue la respuesta desde lo alto—. Los bastardos se dedican a esperar. Matan nuestras reses para hacer su asquerosa sopa de sangre.

—¡Tened cuidado! —dije, severo—. Pensad en lo que hicieron con nuestros barcos. Pueden iniciar el ataque de un momento a otro.

—Bien, capitán —respondieron, dejando ver con excesiva facilidad lo cansados que estaban de mis exhortaciones.

Mientras hablaba con los soldados, Sócrates se quitó el escudo de la espalda y se colocó sobre un sillar que sobresalía del muro a un par de pasos de la puerta. Allí permaneció inmóvil incluso cuando terminé mi conversación con los guardias y me acerqué hasta él. La luz de la mañana le daba en plena cara, pero seguía con los ojos abiertos. Al contrario que en aquella ocasión, en el jardín de Céfalo, bajo el resplandor de las antorchas, los rasgos de Sócrates se me antojaban nítidos y marcados. Al aproximarme a él, me di cuenta de que movía los labios: su espíritu bueno le estaba hablando. Me senté a su lado, pero no reparó en mi presencia. Esperé y estiré las piernas. El día prometía ser caluroso: el sol madrugador ya me quemaba bajo mi arnés de cuero. Un segundo sopor matutino se apoderó de mí y me obligó a bostezar. Sócrates siguió sin verme. Le observé desde un lado. Movía los labios sin

emitir ningún sonido. Los ojos se dirigían a la distancia: parecía un muchacho en la gloria.

—¿Pero qué te pasa? —le pregunté, tras observarle durante un buen rato, pero no me contestó.

Seguía inmerso en su profunda y silenciosa conversación. Tenía los ojos muy abiertos, como mirando fijamente algo y, aunque puestos hacia el sol, no parpadeaba.

—¡Sócrates! —le grité y le agité. Aturdido, se restregó los ojos.

—Oh, Nicómaco, perdóname. Durante un momento, no he estado aquí del todo —se disculpó.

—Está bien. Me preocupaba solamente que te quemaras los ojos. No has parpadeado ni una vez —le expliqué.

Le di tiempo para recomponerse.

—Querido Sócrates, ¿sabes qué me estaba preguntando? —comenté tras unos instantes—. ¿Critias fue también pupilo tuyo?

El sabio asintió con cuidado.

—¿Qué fue lo que ocurrió entre vosotros? ¿Por qué se rompió vuestra relación?

Sócrates no respondió en seguida. Se frotó las piernas como si se le hubieran dormido.

—Es una larga historia —replicó finalmente, casi con timidez—. Ya te la contaré en otra ocasión. Ten piedad de este anciano que se ha quemado los ojos —y con estas palabras, se levantó con una energía inusual para él—. Creo que debería acudir ya con mi unidad. Las obligaciones están para cumplirse, ¿verdad?

Se preparó para irse, pero dudó un segundo.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —preguntó, antes de despedirse definitivamente.

—Bastante bien, de hecho —respondí con sinceridad—. Querías saber lo que me había llevado hasta ti, ¿verdad? No era la filosofía... Dijiste: «¿Puede ser que la cuestión de qué es la justicia en realidad no le sea del todo irrelevante, o que incluso le parezca importante al capitán de los arqueros?».

—Tienes una memoria extraordinaria —señaló Sócrates, con cierta aprobación. Entonces, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 24



LOS ESPARTANOS TAMPOCO ATACARON AQUEL DÍA, NI EL siguiente, ni durante toda la semana ni la posterior. Sin embargo, mantuvieron en torno a la ciudad un cerco de acero. Lisandro, con su poderosa flota, bloqueaba las salidas al mar, mientras Pausanias y sus ejércitos de tierra eran como un muro tras las puertas. Estábamos atrapados. Los pocos colonos que se arriesgaban a acercarse a Atenas obtenían permiso para entrar, al igual que antes de la llegada de los espartanos; pero les arrebataban hasta el último trozo de pan y gota de agua que llevaran consigo, de forma que finalmente entendimos, a todas luces, cuál era su estrategia. Lo que ningún enemigo antes había intentado, pues tampoco lo había logrado, se hacía posible tras el fin de la flota ática. Querían matar de hambre la ciudad y, en realidad, no tardaron mucho en empezar a obtener resultados. Con cada refugiado que llegaba, la necesidad y la miseria aumentaban.

Como siempre, los primeros en sufrir fueron los pobres. Los colonos que regresaban a su patria ateniense apenas tenían un techo bajo el que cobijarse, independientemente de las tierras que hubieran podido poseer. Al principio se ofrecían para trabajar a cambio de un plato de sopa, pero pronto comenzaron a poner a sus hijos e hijas a la venta en el mercado. Los mendigos del ágora, que hasta ahora pedían monedas, suplicaban un pedazo de pan, y se enfrascaban en sangrientas peleas si alguno de ellos trataba de meterse en el territorio de otro. Niños de ojos saltones y mejillas hundidas golpeaban cada puerta y se arrodillaban a los pies de la gente por una manzana podrida. Después, afectó a los ciudadanos: primero, a los pequeños artesanos y tenderos; después, a los comerciantes, mercaderes y proveedores, a los almaceneros, vendedores de esclavos y esclavistas, a los médicos y boticarios, a los productores manufactureros y a los dueños de las minas. El precio del grano crecía cada día, y aquellos más acomodados descubrían que la plata no es comestible. Sólo escapaban a la situación aquellos a los que nunca les afectaba nada: a los latifundistas, entre los que, por supuesto, se encontraba Critias. El día que se quemaron los primeros cuerpos de niños muertos, le vi pasear por la calle, feliz y bien alimentado, flanqueado por dos guardias que apartaban a los hambrientos a su paso.

Sin embargo, seré sincero: para mi fortuna y, en ocasiones, para mi vergüenza, mi familia no se encontraba en tan mal estado como el resto de la ciudad. En los últimos años había desatendido un tanto el negocio de mi padre, y contaba con provisiones de vino, aceite y miel en nuestra bodega, más de las que dictaría la mentalidad de un buen comerciante. Raios, mi tío y suegro, me había dirigido más de una vez algún

que otro recordatorio de que debía volver al virtuoso sendero del comercio, temiendo no tanto por su hija como por sus nietos. Sin embargo, el vino, el aceite y la miel no se estropeaban y, mientras el hambre se extendía por Atenas como una maldición, cientos de barriles de vino siciliano, aceite de Apulia y miel macedonia permanecían en nuestro sótano, prestos para su intercambio por mercancías muy solicitadas en los numerosos mercados negros del templo. El vino, el aceite y la miel se convirtieron en oro líquido, más valiosos, incluso, que el preciado metal. Nos ayudaron, a mi familia y a mí, a sobrevivir a la época del asedio y del hambre, y aseguraron mi bienestar.

¿Una vergüenza, una deshonra? ¿El mercader, una vez más, lucrándose de la guerra? Admito que, durante los meses de cerco, tuve que comer, y por tanto no pensé en mis conciudadanos, sino en los míos. Mi despensa me ayudó a salvar a mi familia mientras dirigía a los metecos en los muros para esperar, inútilmente, el ataque espartano. El enemigo, fuera de nuestra muralla, estaba bien provisto. La flota de Lisandro estableció un puente marítimo con los fértiles campos de su patria, donde los hilotas trabajaban las tierras para los mismos señores que se las habían arrebatado. Es cierto que mi comportamiento no fue muy virtuoso, pero también es cierto que la virtud es una entidad extraña. Los hay para los cuales se encuentra en la boca; para los que está en sacrificar una gorda gallina en el altar de Zeus mientras el propio gallinero siga lleno; los hay que envían al hijo del vecino al campo de batalla mientras esconden a los suyos. Yo conocía a generales que vestían de mujer a los más vigorosos y crecidos de sus hijos para salvarlos de los reclutadores. Pero ¿acaso no había hecho lo mismo la madre de Aquiles por miedo a perder a su hijo? Hay momentos en los que sólo se puede pensar en la propia familia, y eso fue lo que hice yo.

Durante tres meses enteros las tropas espartanas sitiaron nuestra ciudad. Las provisiones de cereal de Atenas ya casi se habían agotado cuando, finalmente, recibimos noticias de los delegados que habíamos enviado a parlamentar con nuestros enemigos. Mientras cumplía servicio una mañana, dos soldados, en gran agitación nerviosa, me informaron al mismo tiempo y como una sola voz, de que los mensajeros de Esparta había regresado.

—¿Y ya hay noticias? ¿Negociarán la paz los espartanos? —les interrogué.

Su respuesta fue encogerse de hombros. Los soldados sólo habían visto como los hombres que enviamos a Lacedemonia hacía meses habían vuelto a primera hora de la mañana, agotados, y nada más. Eso me dijeron, comportándose, repentinamente, de forma peculiar y culpable.

La noticia, por supuesto, no tardó en propagarse. El sol no había llegado todavía a su cénit y cada ateniense había hablado ya con alguien que tenía datos fiables del resultado de la misión. Para algunos, la inmediata paz con Esparta y la renovación de nuestro pacto de amistad; otros, sin embargo, habían oído hablar de altísimos costes de compensación que la región del Ática tendría que pagar por recuperar la calma.

Existían rumores de barcos repletos de plata, al menos la mitad del tesoro de la Liga de Delos. ¿Y qué ocurriría con los Muros Largos? ¿Tendríamos que derribarlos? Todo el mundo agitaba la cabeza negativamente. Esparta se había retractado finalmente, de la más insoportable de todas las demandas.

Las novedades nos animaron. La paz parecía factible y cercana. Nadie se sorprendió cuando, dos días después de la llegada de los delegados, aparecieron nuevos heraldos por la ciudad y se convocó una nueva asamblea en el Pnyx para la siguiente tarde. Seguramente los pritonos nos explicarían las exigencias de los espartanos: ¡Ojalá fuera que aceptaban la paz! Un fin para aquella insensata guerra entre hermanos. Eso parecía pensar todos los atenienses.

Qué perplejos nos mostramos cuando se nos presentó ante nosotros Terámenes y trató de darle a su rostro nuevamente aquella expresión seria que no le era natural.

Lo que nos explicó puede resumirse brevemente. Ninguno de los rumores que había rondado entre el ágora, el templo de Hefesto y el Olimpieion se aproximaba más que en algunos detalles a la realidad. Ésta era muchísimo peor. Nuestros mensajeros se habían dirigido, al principio, a Agis, el segundo rey de Esparta, para presentarle nuestra oferta de paz. Si se nos permitía conservar los puertos y los muros, entregaríamos las armas y nos convertiríamos en aliados de Esparta o, lo que es lo mismo, nos doblaríamos a su gobierno. Agis había escuchado con calma toda la propuesta en su campamento, se había rascado la cabeza y después les había expulsado con la explicación de que el no tenía ningún poder para tratar con Atenas. Si querían la paz, debían ir a Esparta. Por ello, los mensajeros habían acudido hasta Selasia, una ciudad cercana a las fronteras de Lacedemonia. Allí esperarían. Los correos a caballo entre el enemigo los adelantaban. Dos miembros del consejo espartano de los éforos les preguntaron con aspereza que cuál era su mensaje, y nuestros hombres, humildes y con las cabezas gachas, repitieron ante los espartanos la oferta que habían presentado ya al rey Agis. Sin embargo, los volvieron a expulsar. Los espartanos se burlaron diciendo que, si Atenas quería la paz, debía llevar otra oferta, y no permitieron que nuestros hambrientos, sucios y cansados delegados permanecieran en Selasia ni una sola noche para poder calmarse y lavarse los maltratados pies... Eso era todo. No había una nueva oferta, y todos nos preguntamos interiormente qué querría decir eso. ¿Querría Esparta la guerra a cualquier precio? ¿Tendríamos que acabar esclavizados, y con nuestros hijos trabajando el campo junto a los hilotas? Difícilmente podía darse otra interpretación a su arrogante comportamiento, y de la misma forma que la noche caía oscura en la ciudad, el pánico y el temor cayeron igual de tenebrosos en nuestros espíritus. Ni uno sólo de todos los hombres reunidos en el Pnyx dijo una palabra: miles de gargantas permanecían mudas, de tan hundidos nos sentíamos. Era como si la desesperación tomara forma en el silencio que reinaba en la asamblea, una forma fantasmal que se nutría de nuestras ganas de vivir.

Entonces, volvió a oírse una voz. Era la de Terámenes, nuestro líder militar, que

se ofrecía, como estratega electo, a tratar personalmente con Lisandro y hacer todo lo posible para lograr una buena paz con Esparta. Debíamos confiar en él y darle todo el poder que necesitaba para liberar a Ática y el Peloponeso...

¿Qué debíamos hacer? Aquella propuesta se ofrecía como nuestra única esperanza, y pertrechado con todo el honor y todas las facultades enviamos a Terámenes a hablar con Lisandro, cuya flota se encontraba en el Pireo, asfixiándonos.

Pasaron otros tres meses sin saber ni oír nada de nuestro legado. Llegó el otoño, pero las cosechas proporcionaron a la ciudad aún menos cereal. Ni siquiera el fértil triángulo de campo dentro de las murallas podía sostener a Atenas, con sus cientos de miles de habitantes y refugiados. Entonces, Terámenes envió un informe al consejo: Lisandro se había limitado a hacerle esperar inútilmente, y al final había decidido encaminarse él mismo hasta Esparta para negociar. Estaba seguro de que el enemigo ya había tenido guerra más que suficiente, y se mostraba optimista ante la posibilidad de obtener la paz entre las dos ciudades...

Al otoño le siguió el invierno, el más frío que el Ática había sufrido hasta entonces. Los charcos y las fuentes se congelaron, el Iliso se secó. La escarcha cubrió los olivos, y un viento infernal se desató sobre nosotros. Los toxotai recorrían la ciudad por las mañanas para enterrar a los muertos por la noche. En aquellos días vi niños congelados en los brazos de sus madres, que se habían muerto de hambre.

En nuestra casa, Hades también se cobró su tributo. Fue poco después del solsticio de invierno, cuando los días comenzaban a volverse nuevamente largos y claros, pero aún más fríos. Me levanté empapado en sudor. Los niños y Aspasia yacían junto a mí. Para protegernos del frío, aquel invierno dormimos todos en la misma cama. Su aliento se convertía en pequeñas volutas, de tan gélido era el aire. En toda la casa se respiraba un silencio extraño, que me asustó. Me levanté despacio, me eché encima un manto de lana y salí de la habitación. Poco a poco se iba clareando el día. Ya no podía ser demasiado temprano. Entré en la cocina y encontré la chimenea fría. Las últimas brasas de carbón se habían convertido en cenizas. Entendí lo que había ocurrido. La puerta al pequeño cuarto de Teka estaba justo al lado del fuego. La abrí con cuidado, haciéndome ilusiones vagas de que nuestra vieja esclava se hubiera dormido y hubiera olvidado el fuego, por primera vez en su vida, que yo supiera. En su cuartucho reinaba la penumbra de la mañana temprana. Apenas podía distinguir su diminuto cuerpo entre las sábanas. Yacía ahí, exangüe, completamente rígida. Su pecho ya no se levantaba y se hundía, ni se oía su respiración.

Me hubiera gustado enterrarla junto a mis padres, pero el gran cementerio se encontraba fuera de los muros de la ciudad, donde los espartanos seguían con sus campamentos. Así pues, di sepultura a Teka en nuestro jardín, justo debajo de la higuera. La tierra estaba tan congelada que apenas logré excavar una tumba. Se me rompieron dos palas en las manos antes de lograr abrir finalmente un agujero en el suelo que pudiera albergar su frágil cadáver. Su cuerpecillo era menudo y delicado, casi como el de un niño.

Aspasia, los niños y yo permanecemos largo rato junto al féretro, tristes y perdidos, para despedirnos de Teka antes de echar la tierra sobre ella. Con su muerte, perdí a todos los que me habían criado y acompañado desde mi niñez. Definitivamente, ya era un hombre adulto y, definitivamente, huérfano. Pero, ¿y si Sócrates tuviera razón y existiera el alma inmortal? Entonces la muerte sólo sería aterradora para los supervivientes.

Al frío invierno del hambre le siguió una primavera que, como si quisiera humillarnos, superó en colorido y esplendor todas las que yo había vivido. De un día para otro florecieron los jardines a los pies de la Acrópolis, los cedros y pinos se sacudieron el gris del invierno y los olivos, manzanos y membrillos abrieron sus flores con exuberancia abrumadora. Una primavera así prometía ricas cosechas, pero sólo las prometía. Todavía no había ninguna manzana que coger, ni ninguna aceituna madura. Los toxotai debían apartar a los hambrientos de los árboles a golpes de vara para que, en su necesidad, no se comieran las flores.

Finalmente, llegaron noticias de Terámenes. Se decía que habría paz, que los espartanos se marcharían, incluso se murmuraba que nos proporcionarían trigo y semillas. Yo no me atreví a creerlo, pero aun así, se escuchaba por todas partes. Nada salvo, quizá, la peste se expandía tan rápido por Atenas como un rumor.

Pocos días después se convocó una nueva asamblea, que ofreció una imagen aterradora: miles de hombres famélicos, con las mejillas hundidas y los ojos hinchados, se arrastraron hasta el Pnyx, apenas con fuerzas suficientes en los músculos como para llegar hasta la montaña. Los ancianos que, hace unos meses, se sentaban en los primeros bancos, habían desaparecido, y los jóvenes que seguían a continuación habían envejecido prematuramente. También a mí me estaba suelto el quitón. A pesar de que mis provisiones me habían mantenido durante el invierno, había perdido mucho peso... Y entre todos aquellos flacos esqueletos se encontraba Terámenes, pequeño, grueso y bien alimentado, que tuvo que esforzarse una vez más para dotar su rostro de arrugas de pesar. No cabía duda de que Lisandro y los éforos no habían permitido que el delegado pasara hambre.

Los atenienses se colocaron en sus plazas y guardaron silencio. Les faltaban las fuerzas incluso para hacer ruido, aunque ser ruidosos formaba parte de su carácter natural. Sin embargo, había algo en las miradas opacas de aquellos hombres que hablaba más alto que cualquier grito de indignación. Terámenes se situó en el púlpito y se arrojó el manto por encima de los hombros. Las diferencias entre él y nosotros eran evidentes, pero él intentaba ocultar lo que estaba a la vista de todos. Entonces, comenzó su informe.

Después de que Lisandro le hubiera despachado, se dirigió también a Selasia, junto a la frontera, para adentrarse en territorio espartano y hablar directamente con los éforos. Allí, tuvo que esperar durante una semana antes de que se dignaran a enviarle un mensajero. Finalmente, una mañana, apareció un joven oficial en su cámara sin apenas llamar antes de entrar y se había limitado a preguntarle lo que

quería y con qué poderes contaba. Terámenes había contestado: «con todos». Después de eso se le había permitido acceder a territorio lacedemonio junto con dos acompañantes.

Los espartanos habían llevado a Terámenes y sus amigos a un simple edificio de viviendas para que se hospedara allí y le habían dejado nuevamente a la espera. La propiedad estaba bajo vigilancia día y noche, y no se le permitía ni pisar la calle. No le estaba permitido a nadie dirigirle la palabra. Un viejo esclavo sordomudo le traía cada día lo indispensable...

Lo indispensable... Esa palabra despertó la indignación de toda la asamblea, y Terámenes se aprestó a continuar.

El esclavo era el único que entraba en el edificio. Tras tres semanas de espera, Terámenes y sus acompañantes habían decidido abandonar aquel lugar terrible y regresar a Atenas, pero los guardias no les dejaron ir. Las constelaciones primaverales ya habían aparecido en el cielo cuando, finalmente, un viejo general espartano se había dirigido a ellos como emisario de los éforos. Dos profundas cicatrices le recorrían el mal encarado rostro. Tenía la piel curtida por las inclemencias del tiempo. Le ofrecieron entrada, pero él prefirió quedarse en el pequeño jardín de la casa. Le trajeron una silla, pero no se sentó.

—¿Qué deberíamos hacer con vosotros, atenienses? —preguntó, tras examinarlos durante unos instantes como si fueran animales exóticos en el mercado—. Nuestros aliados nos aconsejan que destruyamos vuestra ciudad, matemos a vuestros hombres y vendamos a vuestras mujeres y vuestros hijos... Es lo más razonable que podríamos hacer. Sin embargo, vuestros padres lucharon codo con codo con nuestros padres y expulsaron a los persas del territorio griego. Fue una época gloriosa para vuestra ciudad. De ahí proponemos nuestra oferta: rendíos y os dejaremos vivir. Podréis conservar vuestros puertos y comercios. En lo referente a vuestra flota, tendréis que entregarla, y vuestros muros caerán. Es nuestra única oferta y nuestra última palabra. Ahora, id a casa y tomad una decisión.

Con esas palabras los mandaron marchar. La situación era, pues, la siguiente: igual que un perro que ha perdido una pelea debe mostrar el cuello desprotegido antes de retirarse, teníamos que someternos a la gracia de los espartanos y entregarles la ciudad sin resistencia ni cuidado. ¿Podíamos confiar en su promesa de benevolencia? ¿Puede hacerlo el perro que ofrece sus arterias al vencedor?

Los seres humanos son extraños. Hacía apenas unas semanas la demanda de los espartanos de que derribáramos los muros desató un vendaval de furia. Habíamos prohibido a nuestros primeros negociantes que se les ocurriera, siquiera, mencionar la cuestión de los muros. ¿Y ahora? Hambrientos y cansados aceptábamos cómo Terámenes se los ofrecía como dote a los éforos, sin saber lo que harían los poderosos ejércitos espartanos cuando los ojos de aquellos hombres descubrieran a las doncellas atenienses y hubiera que confiar en su misericordia. Peor aún: con las pocas bestias que todavía no habíamos sacrificado y comido, derribamos nosotros mismos los

muros, mientras los jóvenes de la ciudad tocaban música.

Cuando cayó el primer sillar del muro, toda Atenas cayó con él. Nos sometimos sin un sólo golpe de espada. Mientras los muros se derrumbaban, abrimos las puertas y agachamos las cabezas. Fuera esperaban los gloriosos ejércitos espartanos. La guerra había concluido, nos habían derrotado. Lisandro entró en el Pireo.

Capítulo 25



OBSERVÉ DESDE UN PORTÓN COMO TIRABAN ABAJO el muro. Desde ese punto podía también ver aproximarse al enemigo. Sin embargo, antes de que ninguna bota espartana remachada en hierro pisara suelo ateniense, dejé mi puesto para ir junto a mi mujer y mis hijos, que esperaban en casa. Ya desde hacía meses habíamos abierto en el sótano una pequeña habitación tras una trampilla oculta y la habíamos equipado con camas, mantas, agua y provisiones para escondernos allí unos días. Queríamos retirarnos allí hasta comprobar que los espartanos cumplían con su palabra de perdonarnos la vida. Aspasia me esperaba, presa del nerviosismo. Había enviado ya a los niños abajo, pero no quería entrar en el sótano hasta que yo estuviera allí. Se lo agradecí con un beso y asentí ante su mirada interrogativa. Con ello quise significar, y ella lo entendió, que los muros de la ciudad habían caído. Aspasia agachó la mirada brevemente, pero se repuso con rapidez. En momentos de peligro, el espíritu femenino se preocupa más de su familia y de su hogar que de la nación. Una mujer se duele menos que un hombre de la pérdida de la ciudad, y prefiere centrarse en mantener unidos a los suyos cuando se ven amenazados.

Aspasia se apresuró a bajar. Antes de seguirla, quise buscar un viejo arco para llevarlo conmigo. No tenía particular interés en aquel arma, pero no quería, bajo ningún concepto, que cayera en manos del enemigo. Sin embargo, no logré encontrarlo en toda la casa. Finalmente, recordé haberlo dejado en el cobertizo la última vez que le había dado lecciones a mis hijos. También allí lo busqué, pero en vano. Abrí una vieja arca para comprobar si, quizá, lo podía haber guardado allí cuando oí cómo se cerraba la gran puerta de entrada. Salí de inmediato, pero no vi que nadie hubiera entrado en el jardín ni en el pasillo. Seguro de haberme equivocado, dejé la búsqueda y fui a la cocina, donde la entrada a nuestro escondrijo permanecía abierta. Descendí y encontré a Aspasia sola.

—¿Dónde están los niños? —pregunté, mientras me quitaba el arnés. Aspasia salió de inmediato al sótano.

—¡Pensé que estaban contigo! —respondió, con los ojos desencajados.

—¡La puerta! ¡Han debido salir a la calle! —grité horrorizado.

Me volví a colocar de inmediato las armas y me apresuré a subir. Más rápido incluso que yo, Aspasia subía las escaleras, trepando como un gato. Hasta que llegamos a la puerta de entrada no pude alcanzarla y sujetarla.

—¡Aspasia, quédate aquí! —dije—. Quién sabe lo que los espartanos le harán a las mujeres.

Sin embargo, ella se soltó de un tirón como una furia y gritó: «¡Los niños!». Tras eso, se precipitó calle abajo corriendo como nunca le había visto correr, más rápido de lo que yo mismo era capaz. Me costaba un gran esfuerzo seguirla, alcanzarla era imposible. Corrimos por las calles laberínticas del Cerámico, que se abrían ante nosotros completamente vacías. Al parecer, el resto de atenienses había hecho lo que nosotros no habíamos conseguido: buscar cobijo de los soldados en los sótanos y en el interior de las casas.

—¡A la puerta! —le grité a Aspasia, cuando dudó durante un instante y no supo qué camino debía tomar—. ¡Tienen el arco!

La noticia no hizo sino provocarle un nuevo ataque de pánico, y en un segundo saltó con nuevas energías. Corrimos hasta llegar finalmente al Dromos, donde el ejército espartano avanzaba ya como un gigantesco ciempiés. Las puertas estaban abiertas. El enemigo tomaba posesión de la ciudad, pero sin destrucción ni saqueo: los espartanos marchaban con sus características gravedad y disciplina.

Un capitán espartano, de seis pies de altura y ancho como un oso, se había apartado a un lado y supervisaba a su tropa. A pesar de los pesados pasos de sus soldados, debió oírnos, pues se volvió de golpe y tomó la empuñadura de su espada, pero dudó antes de atacarnos con ella. Nuestras miradas se encontraron el tiempo que dura un pestañeo. Los ojos le brillaban, negros, bajo el pesado casco, decididos y llenos de fuerza. ¿Qué creía estar viendo? ¿Un ateniense loco y una mujer desequilibrada? Entonces descubrió mi espada, colocada en la cadera, y dio un respingo.

—¡Buscamos a nuestros niños! —grité, y levanté los brazos en gesto defensivo.

En ese momento, una flecha cruzó el aire. La habían lanzado sin habilidad, y los espartanos no tuvieron dificultades en rechazarla con sus escudos. El disparo se había producido justo detrás de mí. Me di la vuelta y descubrí cómo mis hijos, sobre el tejado plano de una tienda, colocaban con manos temblorosas y el rostro pálido la siguiente flecha en el cordel.

—¡Dejad eso ahora mismo! —chilló Aspasia con voz estridente antes de que yo pudiera decir nada.

Los pequeños dejaron caer el arco en ese mismo instante.

—¿Tus hijos? —me preguntó el espartano.

—Sí, por favor, son sólo niños —exclamé.

El capitán se volvió de nuevo hacia los soldados que marchaban ya en dirección al ágora.

—¡Vete a casa! —me ordenó, girando la cabeza hacia atrás. Después de eso, ya no me prestó atención.

Tras aquella experiencia, entendimos que los espartanos no nos molestarían, tal y como habían prometido, y eso hicieron. Así, Lisandro envió un mensajero a los éforos tras la caída de la ciudad con las palabras «Atenas está tomada», para

asegurarse de que no tendría que destruirnos. La respuesta fue, únicamente, «La conquista es suficiente». Al menos eso fue lo que me contó Jenofonte tras trabar amistad con uno de los oficiales del cuerpo personal de Lisandro.

Los espartanos no nos molestaron. Sin embargo, Aspasia y yo decidimos conservar provisionalmente los alimentos imperecederos en nuestro escondite en el sótano, y ocultar allí también mis armas; una decisión inteligente, como después se demostraría. El peligro para Atenas y para nuestras propias vidas no se había desvanecido, sólo había cambiado de fuente: a nosotros mismos.

Los atenienses se dieron cuenta rápidamente de que los espartanos no nos esclavizarían, y así, la ciudad regresó a la vida que llevaba antes del cerco con asombrosa velocidad, sin prestar atención a la ocupación por parte de tropas enemigas. Pocos días después de la marcha de los soldados, los primeros comerciantes fueron abriendo sus tiendas, y tras una semana, buques mercantes comenzaron a anclar en el Pireo. Pronto la ciudad volvió a estar provista de mijo y grano: al fin y al cabo, éramos comerciantes por naturaleza.

Al principio, los soldados espartanos observaron la animación de los mercados con rostro despectivo y adusto. Les estaba prohibida toda confraternización, pero de vez en cuando, si los capitanes no miraban, aceptaban algún que otro dátil de las manos de un amistoso tendero. A los dátiles les siguió un vaso de vino como agasajo, quizá alguna moneda, y pronto aquellos rostros ya no eran tan adustos. Con los temidos capitanes, la historia no fue muy diferente; simplemente se dejaron engatusar por un tipo de tentación mucho más seductora y peligrosa que sus sencillos soldados: la de los hijos e hijas de Afrodita que Atenas albergaba en grandes cantidades. No era que a Esparta le fuera desconocido el sabor de la carne, pero estando más acostumbrados a alimentos burdos y a sopa de sangre que a otras delicadas exquisiteces, los guerreros sucumbían casi sin resistencia a las artes más sencillas de nuestras bellezas locales. Los sastres, artesanos y orfebres, sobre todo Raios, encontraron una particular diversión en presentarle a los altos mandos las finas piezas de producción ateniense y seducir con ellas a los hijos de Ares hasta que terminaban intercambiando sus armas por un frasco de perfume o unos pendientes. Quien observara con atención no tardó en ver relucir por las noches los primeros broches de oro en los mantos de los espartanos, o incluso, como me contó Jenofonte que había sabido por su amigo espartano, hasta Lisandro se había perfumado el cabello para una cita con un hermoso muchacho. En resumen: Atenas estaba conquistada, pero no derrotada. Examinado desde la distancia, el yugo de Esparta no duró mucho, pues pronto nuestros conquistadores espartanos se convirtieron en atenienses.

Sin embargo, un ateniense necesitaba dinero, y nadie quería las feas monedas de hierro de los soldados. Entonces, ¿cómo pagaban los oficiales las diversiones por las que habían sacrificado su rigurosa patria? Lo descubrí una hermosa tarde de primavera en la que mi suegro vino de visita. El día había sido suave y agradable, y la temperatura se mantenía a la caída del sol. Nos sentamos los tres bajo la higuera

mientras los niños alborotaban a nuestro alrededor. Jugaban a atenienses y espartanos. Por supuesto el pequeño tenía que tomar siempre el papel de los detestables espartanos, y perder. Raios estaba de un humor excelente. Su verruga parecía brincar arriba y abajo por encima de su amplia sonrisa, y toda la cabeza le enrojeció tras el primer trago de vino. Prácticamente se moría de ganas de hablarnos del negocio que había conseguido aquel mismo día.

Algún insensato espartano, tan vanidoso como enamorado, se había comprado un brazalete para él y una joya escandalosamente cara para una cortesana, que no era otra que Laïs, como afirmaba Raios socarrón.

—¿Y cómo ha pagado ese espartano enamorado? —pregunté mordaz, pues no podía creerme del todo su aventura comercial.

Raios se agarró el cinturón con una amplísima sonrisa y extrajo una moneda de oro que arrojó sobre la mesa en un amplio arco. Era un brillante darico de oro, una moneda persa por valor de veinte dracmas de plata.

Mientras Raios contaba con todo detalle su conversación con el soldado enamorado mientras se golpeaba las pantorrillas, yo cogí la resplandeciente moneda y la observé con detenimiento. Parecía nueva, según mis cálculos, y la acuñación estaba clara e íntegra. Ni siquiera un arañazo perturbaba el cuidadoso perfil del gran rey que estaba retratado en su superficie. Instintivamente me vino a la mente Sócrates, cuando en aquella memorable asamblea realizó una sola pregunta sobre el fin de nuestra flota: ¿De dónde sacó Esparta los barcos? ¿De dónde sacó la plata para su construcción? Entonces vi un rostro ante mí, mientras el darico persa brillaba en mis dedos, el rostro del capitán persa, con su nariz pequeña y su barba oscura surgiéndole de la barbilla. Pensé que quizá, y sólo quizá, había un error en aquella pregunta de Sócrates. Quizá los espartanos no necesitaban plata para la flota, les bastaba pagarla con oro.

Durante los siguientes días se convocó una nueva asamblea, pero antes de ponerme de camino al Pnyx, recibí noticias del Pireo, muy buenas noticias, por lo que creí. Mi barco había llegado finalmente, aquel barco con su carga macedonia que, en el otoño anterior, yo había estado esperando en vano. El capitán, tan listo como experimentado, había decidido capear el temporal al ver que el Egeo estaba bloqueado por los espartanos. Así, regresó a Macedonia, donde encontró hospedaje hasta que las vías marítimas volvieron a estar abiertas. Ahora estaba de vuelta para cumplir con su contrato, y mi querido amigo Cilón me había hecho llamar de inmediato para que tomara posesión de la carga.

Por supuesto ensillé de inmediato a Ariadna para, junto con el mensajero, que no era otro que el refugiado de Lampsaco que Cilón había tomado a su cargo y durante todo aquel tiempo de asedio había mantenido cobijado en su casa, tomar el camino más rápido hasta el Cántaros. He de admitir que no sentía ningún deseo de acudir a una asamblea que se celebrara bajo la atenta mirada de los soldados espartanos. ¿Qué

se iba a decidir? ¿Quizá la resistencia contra las fuerzas de ocupación? Sólo sería un grupo de gente dándose bombo y peleándose por naderías. Pensé con desagrado en el pequeño Terámenes, con su gruesa barriga y su sonrisa duradera, y entonces inicié una cabalgada audaz, y el trabajo en el muelle se convirtió en una prioridad mayor que cualquiera de sus discursos. Así fue que me salté precisamente la asamblea en la que se fijó la marcha y las consecuencias del destino de Atenas durante los siguientes meses, cuyo resultado sería mucho dolor, desgracia e injusticias: recuerdo bien como la tarde tras mi vuelta del Pireo aún salí a estirar las piernas. El trabajo estaba hecho, la carga comprobada, desembarcada y trasladada hasta mi bodega por medio de jornaleros. Me sentía tan bien como después de un baño caliente, y sentí que todo el mundo a mi alrededor debía encontrarse igual. ¿No debería haberme dado cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, no haber pasado por alto los grupos que se formaban por todas partes y los cuchicheos de la gente? Lamentablemente, he de admitir que no lo hice.

Vi a Jenofonte junto al templo de Ares. Hablaba con un par de soldados extranjeros, pues nada le parecía en aquella época más interesante que el tema militar.

—¡Jenofonte, amigo mío! —le saludé desde la distancia, y se separó de su grupo para acercarse a mí, según pensé, por compromiso.

No había contado con él: me dirigía a la casa de Simón pensando que quizá encontraría allí a Sócrates, pues hacía tiempo que no lo veía.

—No quería molestarte —dije, disculpándome—, quédate tranquilamente con tus amigos. Sólo estaba dando un paseo.

—No, la verdad es que quería irme —respondió, y me colocó con familiaridad el brazo sobre los hombros—. Te acompañaré un rato.

—Hablas mucho con los espartanos últimamente —señalé, una vez hubimos dado un par de pasos.

—¿Te parece mal? —preguntó de inmediato.

—No, simplemente me llama la atención. ¿Qué es lo que te atrae de ellos?

—Verás, Nicómaco —respondió—, creo que no son exactamente los espartanos lo que me atrae. Es el extranjero lo que ya no me suelta, y Atenas lo que me repele.

—¿Quieres irte?

Jenofonte asintió, casi avergonzado.

—Verás —dije, cuando nos encontrábamos ya frente al taller de Simón—, no creo que haya nada de malo en que emigres. Eres un hombre joven, no tienes mujer, ni hijos. Si quieres conocer mundo, éste es el mejor momento. Sólo hay una cosa que me gustaría pedirte...

—¿Sí? —preguntó, curioso.

—Habla con Sócrates.

Jenofonte me lo prometió. Me pareció más aliviado. En aquel momento apenas entendía qué era lo que le atraía y le motivaba.

Llamé y entré en la casa de Simón. Jenofonte me siguió. Un fuerte olor a piel

recién curtida llenaba la habitación. El zapatero estaba sentado sobre un pequeño taburete e introducía con rabia un clavo en una suela.

—¡No está aquí! —dijo sin levantar la vista. Se sacó de la boca la siguiente punta y la clavó en el zapato con todavía más énfasis.

—¿Lo has visto hoy?

—No desde la asamblea.

Hicimos lo que habíamos venido a hacer. Simón era por naturaleza un hombre afable, pero de vez en cuando acababa un tanto demasiado cansado de los numerosos pupilos de Sócrates. En esos casos se tornaba monosilábico, y si eso no ayudaba, terminaba por echar de su tienda a todo aquel que no hubiera entrado a causa de unos zapatos. Jenofonte y yo conocíamos su carácter lo suficientemente bien, así que no tardamos en salir de allí.

—A propósito, ¿qué tal la asamblea? —pregunté, cuando nos encontrábamos de nuevo frente al edificio del Tholos.

El sol descendía e inundaba los edificios de una luz color bronce.

—¿No lo sabes? —gritó Jenofonte—. ¿No estuviste en el Pnyx?

—No —respondí, en tono de disculpa—, estaba en el puerto. Uno de mis barcos había llegado al muelle.

—Entonces te has perdido algo importante —dijo Jenofonte—. Imagínatelo: los pretones —y subrayó estas palabras realizando un gesto despectivo al edificio del gobierno local— han propuesto formar una comisión que corrija las leyes de la ciudad y gobierne Atenas conforme a esa nueva constitución.

—¿Gobernar? ¿Quieres decir que han establecido un nuevo gobierno que también tendrá que escribir las leyes?

—Exactamente —sentenció él, dándole énfasis.

—Pero eso... ¡Eso es el fin de la democracia! ¡Han establecido una oligarquía!

—Eso es exactamente lo que han hecho.

Tuve que sentarme.

—¿Y el pueblo ha aceptado sin más?

Jenofonte arqueó las cejas.

—El pueblo no estaba allí —repuso, lapidario—. El Pnyx estaba vacío. No habría más de mil votantes. Nadie creyó que se fuera a discutir nada importante en aquella asamblea... excepto aquellos que lo maquinaron todo, por supuesto.

—Dios mío, ¡eso es una estafa! —gemí, sacudiendo incrédulo la cabeza—. ¿Y quién pertenece ya a ese gobierno?

Jenofonte se mordió los labios. Parecía estar maldiciendo interiormente por ser él precisamente quien tuviera que darme esa noticia, y pronto descubriría por qué.

—¡Habla! —dije bruscamente.

Jenofonte se estaba tomando mucho tiempo para responder y me invadió una terrible sospecha.

—Son treinta hombres —comenzó a decir, despacio—, todos de familias ricas,

como podrás imaginar. No me acuerdo de todos los nombres: Terámenes, por supuesto, se encuentra entre ellos... Seguro que ya te lo figurabas. También hay otros nombres conocidos: Policares, Malobios, Eratóstenes, Hipomarcos...

Jenofonte se encogió de hombros.

—Jenofonte —dije, mirándole a los ojos—, ¿Critias también?

Apartó la mirada de mí y la dirigió al suelo.

—Critias también.

La respuesta me dio de lleno, como un puñetazo. Aunque sentí que las piernas me temblaban, eché a correr hacia adelante. En ese instante no sabía a dónde iba, si a la derecha, a la izquierda, recto o de vuelta. Me daba igual... Sólo sabía que tenía que moverme... Que tenía que hacer algo... Era una pesadilla. ¿Por qué los dioses me castigaban así? ¡Mis enemigos habían alcanzado las metas deseadas!

—¡Déjame! —le bufé a Jenofonte.

El pobre muchacho corría detrás de mí intentando calmarme, pero me alejé de él. Seguí corriendo, indeciso y tambaleante. La gente en el mercado me miraba como si estuviera borracho. Me daba igual. Jenofonte me siguió aún un par de pasos, pero después se paró y me miró consternado. Yo no podía pensar en nada. Sólo cuando introduje la cabeza en el agua fría de una fuente, entendí con quién debía hablar: con Trasíbulo. Hacía meses que no lo veía. Ni siquiera sabía si seguía con vida, pero debía encontrarlo.

La casa de Trasíbulo se encontraba cerca de la colina de las Musas, y era un edificio pequeño e insignificante, de ladrillo, sin ornamentos ni pompa. Ya había caído la noche cuando llegué hasta ella, y la encontré en la oscuridad más absoluta. Ni el más ligero destello surgía de entre las contraventanas, bien cerradas; ni se oía ningún ruido procedente del interior. Golpeé la puerta tan fuerte como pude, y le llamé a gritos una y otra vez. Nada se movió, hasta que finalmente un vecino se compadeció de mí, se asomó por la ventana y me dijo que mi espera era en vano, que la casa de Trasíbulo estaba vacía desde hacía meses.

—Entonces, ¿dónde está? —le pregunté, pero había cerrado de nuevo los postigos y sólo llegó a exclamar que debería marcharme.

Trasíbulo. ¿Dónde podía estar? Durante todos esos años tras mí maldita búsqueda del asesino de Periandro, había constituido mi única conexión con los demócratas. Nunca me había obsesionado la ambición política, por lo que no consideraba necesario mantener relaciones más estrechas con ese partido. ¿Con quién podía hablar ahora? ¿Quién podía saber al menos dónde se encontraba Trasíbulo?

Finalmente, se me ocurrió una idea. Aún me quedaba un vínculo con los demócratas, incluso de una época en la que ni sabía ni deseaba tener una. Sin embargo, vivía al otro extremo de la ciudad, por lo que no debía demorarme: ¡al barrio de los metecos, a la casa de mi antiguo escriba!

Salía luz de casa de Misón. La débil llama de una pequeña lámpara de aceite

temblaba a través de los postigos entreabiertos. Eché un vistazo al interior y le vi sentado en su gran escritorio, copiando un libro con expresión de absoluta concentración.

—Misón —susurré su nombre.

Se levantó de inmediato y abrió la puerta. Nos besamos amistosamente en las mejillas, pero me horroricé cuando noté con las manos la menudez de su cuerpo. Cada una de sus costillas se marcaba bajo su vestimenta, me recordó un poco a la difunta Teka. Como meteco, obviamente, debió padecer particularmente durante la hambruna, sobre todo siendo demasiado mayor para llevar armas. Sentí una punzada en el corazón y me arrepentí de haberme preocupado tan poco por él durante los meses de escasez.

—Has adelgazado —le saludé—. ¿Por qué no viniste a decirme nada? Podría haber ayudado.

—Tenías tus propias preocupaciones —respondió, avergonzado, y rechazó mi abrazo como una muchacha pudorosa que no quiere que la palpen el cuerpo—, pero ahora está todo bien. Sólo tengo que tener algo de cuidado y ser benévolo con mi viejo estómago. El hambre le ha afectado y ahora tengo que irle volviendo a acostumbrar poco a poco a comidas más generosas. Pero dime, Nicómaco, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—¿Lo has oído ya? —le pregunté, una vez hube entrado y cerrado la puerta.

—Sí, lo he oído —supo de inmediato a qué me refería.

—¿Y?

Misón se encogió de hombros.

—Soy un hombre mayor —dijo, y sonrió con desaliento—. Ya no me asusto por nada. Si hubiera tenido hijos o nietos, me preocuparía, pero estoy solo. Hace tiempo ya que mi esposa me espera...

Se sentó. Se movía con pesadez. Por primera vez pude ver con claridad su rostro, bajo la luz de la lámpara. Tenía la piel como papiro seco: parecía que se hubiera convertido en uno de sus libros. Misón aparentaba haber envejecido infinitamente, y estar indeciblemente cansado.

—Siento no haberte prestado atención, Misón —dije con un nudo en la garganta.

—No te disculpes —se negó él—. Tienes una familia por la que preocuparte. Has hecho lo correcto, y yo no habría querido otra cosa... Pero ahora dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Trasíbulo. ¿Sabes dónde está?

Misón asintió.

—Sí, he tenido noticias de él. Está bien, en Tebas, junto con toda la tripulación de su barco.

Agité la cabeza. No entendía nada.

—Trasíbulo tiene un trirreme bajo su cargo. Pasaban por Samos. Cuando descubrió lo que había ocurrido con nuestra flota, quiso regresar a Atenas, pero se

encontró con que el mar ya estaba bloqueado por los espartanos. Pudieron evitarlos, rodearon Euboa y huyeron a Tebas. Allí encontró un refugio amistoso para él y sus hombres, y están esperando desde entonces.

—¿Qué va a hacer?

Misión se encogió de hombros.

—No lo sé. Aún no ha podido saber nada de la asamblea.

—¿Eres su mediador aquí? Quiero decir... ¿Le envías mensajeros que le tengan al corriente? —pregunté.

Misión dudó un instante antes de asentir.

—Bien —dije—. Creo que deberías escribirle. Debe saber lo que ha ocurrido hoy aquí. Salúdale de mi parte. Dile que trataré de permanecer aquí tanto tiempo como pueda.

Capítulo 26



LLEGUÉ TARDE A CASA AQUELLA NOCHE, PERO ASPASIA aún no se había ido a acostar. Me aguardaba en la cocina, sentada junto a la lumbre.

—¿Malas noticias? —preguntó cuando me vio entrar.

—Malísimas —respondí y me senté, agotado, a su lado.

Me ofreció en silencio un vaso de vino. Apenas tenía especias, estaba tal y como a mí me gustaba. Bebí y miré las llamas. Aspasia me puso una mano sobre el hombro.

—¿Ya lo has oído? —le pregunté. Ella asintió. Su padre había estado allí y le había contado lo ocurrido en la asamblea.

—¿Y qué opina al respecto?

—Se ha reído, ya le conoces. No hay nada en este mundo que le preocupe.

—¿Y tú?

—Creo que estamos en peligro —replicó. A pesar de su afirmación, se mostraba muy tranquila.

—Yo también. No pueden haber olvidado mi declaración ante el Areópago.

Aspasia se levantó, despacio, y me acarició el cuello.

—Ven aquí —dijo, con una osadía inusual en ella, y dejó caer su vestido.

El fuego despedía un resplandor dorado sobre su piel desnuda. Su abundante cabello negro le caía por los hombros y por sus níveos pechos. Me levanté y la besé. El corazón me latía desbocado. Sus labios sabían a miel, a vino. Me embriagaba con su aroma de mujer, una combinación de perfume floral, de piel y cabello. Me desabroché el quitón y apreté su esbelto cuerpo contra el mío. Al contacto con mi espalda, su vientre parecía arder. La abracé y agarré sus prietas nalgas. Aspasia gimió con suavidad. Entonces, me lanzó al suelo, donde una gruesa piel ocultaba la entrada de nuestro sótano secreto. Abrió las piernas y me introdujo en ella. Tuve que contenerme para no irme de inmediato como un adolescente. La miré. Las llamas se reflejaban en sus ojos. Durante un momento no supe si se trataba de una mujer, un animal o una diosa. Era tan hermosa que apenas podía soportar su visión. Cerré los ojos, sentí su cuerpo, escuché su respiración, olí su perfume y, de pronto, creí fundirme completamente con ella.

Aquella noche tuve un sueño del que, aún hoy, me sigo acordando con miedo y vergüenza. Me encontraba en medio de las grandes festividades de las Panateneas entre amigos y vecinos. Yo sabía que mi padre debía encontrarse junto a mí, pero no lograba verlo por ninguna parte. Estábamos todos muy juntos, esperando, hasta que la gran procesión de doncellas, mujeres de la nobleza y dignatarios pasó ante nosotros.

Entonces llegaron los conductores. Ya desde la distancia, reconocí a Licón, que se refrotaba lascivamente contra Critias. Quería apartar la mirada de ellos pero no lo conseguía. Cuando los dos pasaron frente a mí, Licón se volvió hacia mí como si quisiera cogerme de la mano y, cuando casi lo había conseguido, ya no era él quien aparecía ante mis ojos, sino Aspasia. Asustado, solté la mano y ella se alejó fuera de mi alcance. Sentí como si un puñal envenenado se me clavara en el alma. Intenté correr hacia mi esposa, pero los hombres de mi demos me mantenía agarrado de manos y pies, hasta que la perdí de vista.

Ya había entrado la mañana cuando me desperté. Los primeros y grises rayos de luz se colaban entre las contraventanas. Seguíamos tendidos en la piel de la cocina, pero la lumbre se había apagado. Aspasia nos había cubierto con una manta para no enfriarnos. Me alcanzó un cuenco con leche y esperó hasta que me la hube bebido con calma. Entonces, empezó a hablar.

—Tengo miedo por los niños —dijo—. Creo que no deberíamos permanecer en Atenas. Estamos en peligro.

Volví a tumbarme y miré el techo. La luz dorada de la chimenea se había extinguido. La estancia estaba gris y triste como la madrugada.

—¿De verdad quieres irte? —pregunté.

—Sí, debemos hacerlo. Estoy segura.

Me acarició el pelo. Yo sabía que ella tenía razón, no había duda. Los niños estaban en peligro y debíamos protegerlos.

—Os llevaré al Pireo con Cilón —dije.

—¿Y tú? —preguntó ella en voz baja.

No respondí.

Esa misma tarde, poco después de la puesta de sol, nos marchamos. Aspasia había pasado todo el día haciendo paquetes mientras yo intentaba informarme. No podía creer que los atenienses le hubiera cedido su ciudad a Critias y a un puñado de aristócratas sin ningún tipo de resistencia: aquella ciudad que ellos mismos habían erigido, dirigido y legislado. Sin embargo, así había sido; de hecho, a nadie parecía importarle en lo más mínimo. La gente se contentaba con haber sobrevivido a la guerra y al asedio. Se limitaban a reconstruir sus negocios y contemplar cómo sus familias volvían a llenar el estómago a diario. Quien gobernara Atenas no era algo de su incumbencia.

—¿Cuál es el problema? —dijo Raios en su taller cuando lo visité a última hora—. Lo ves todo negro. ¡Deja que se desfoguen un poco! Antes de que los treinta tengan la oportunidad de decidir sobre algo, los atenienses ya les habrán mandado al diablo. ¿Qué esperará conseguir Critias entre la misma gente que acusó tres veces a Pericles y persiguió a Alcibíades? ¡Déjanos que hagamos negocios con los espartanos y no nos molestes con ese montón de idiotas!

La opinión de Raios era la de la mayoría.

Me encaminaba de nuevo a casa y meditaba sobre si la decisión de huir al Pireo

no habría sido algo precipitada cuando me topé con una patrulla de toxotai. Eran seis soldados con el atuendo completo, pertrechados con arco y varas. Conocía a la mayoría de mi época como capitán.

—Eh, ¿cómo estáis? —les grité cuando nos cruzábamos.

—Oh, el antiguo capitán —exclamó el líder de la tropa, y también los demás murmuraron un saludo—. Vamos al cuartel. Hay un nuevo capitán y queremos verlo.

—¿Un nuevo capitán? —pregunté, extrañado, y aceleré el paso para acompañar a la patrulla—. ¡No se ha elegido a ningún nuevo capitán! ¿Qué ha ocurrido con el anterior?

El soldado alzó los brazos.

—De eso no sabemos nada —replicó—. Sólo nos han dicho que teníamos un nuevo líder, que quería vernos. Debieron nombrarlo ayer.

—¿Y cómo se llama? —pregunté, inquieto.

—No lo sé —respondió el líder, mirándome abochornado. Resultaba muy extraño que yo marchara junto a ellos—, pero un par de compañeros lo conocen. Debe ser un soldado experimentado... ¡Eh, Aritos! —gritó a uno de los jóvenes arqueros que caminaban tras él—. Tú has visto ya al nuevo capitán, ¿verdad?

—Sí, ayer por la tarde, pero muy poco —sonó una voz desde la última fila.

—¿Cómo se llama? —gritó el líder.

—No entendí el nombre —respondió el soldado—, pero tiene una cicatriz enorme, que le cruza toda la cara.

Me detuve y dejé marchar a los toxotai. ¿Qué había dicho ese joven arquero? ¿Qué el nuevo capitán tenía una cicatriz en medio de la cara? Vi de inmediato su cara marcada frente a mí, de noche, en el callejón frente a nuestra casa. La mano en mi garganta. El aliento fétido azotándome como una corriente de aire pestilente. A mi lado, un grito. ¿Podría ser él el nuevo capitán de los toxotai? ¿De mis toxotai? ¡Inconcebible! Era un secuaz de Anaxos, ¿qué tenían que ver él y su señor con los Treinta? Había muchos soldados con cicatrices por ahí... Debía tratarse de otro. ¿Por qué iba a ser él? ¡No!

El recuerdo de la tarde en la que mataron a mi padre me acompañó el resto del día, incluso cuando Aspasia, los niños y yo pudimos huir al abrigo de la oscuridad. Después de que los orgullosos muros atenienses hubieran caído, era fácil abandonar la ciudad por sendas secretas. Nadie prestó atención cuando atravesamos el barrio de los metecos pertrechados con todos nuestros enseres y después nos dirigimos al mar volviendo la espalda a la Acrópolis y el Licabeto. A pesar de ello, ninguno de nosotros dijo una sola palabra hasta haber dejado bien atrás la ciudad y sus peligros.

La noche era clara. La luna llena se sostenía en el benevolente cielo como un cuenco de plata, tan cercana que casi se podía alcanzar con la mano. Aspasia y nuestro hijo menor iban a lomos de Ariadna, que avanzaba tranquila y mansa. El mayor caminaba a mi lado. Yo llevaba al animal cogido de las riendas.

A nuestra izquierda se deslizaba el Iliso, que nos acompañaría hasta el mar. El

viento jugaba en las cimas de las montañas. Difícilmente podría alguien imaginar una noche más bella que aquella de la despedida.

—Pareces abatido —dijo Aspasia, cuando ya llevábamos la mitad del camino.

—No vamos a vernos durante una buena temporada —repliqué.

—¿Quieres volver a Atenas? —preguntó.

—Sí, me necesitan allí. En cuanto deje de ser así, vendré con vosotros.

—Nosotros también te necesitamos. ¿Estás seguro de que no deberíamos permanecer todos juntos en el Pireo hasta que todo haya vuelto a la normalidad en Atenas? —inquirió—. Mi padre dijo que Critias no duraría mucho.

—Estoy seguro —respondí, mientras albergaba la esperanza de que ella no insistiera.

Allí, frente a los niños, la misma noche de la mudanza, no podía explicarle aquello por lo que había pasado. Sentí su mirada en la nuca y levanté la vista hacia ella. Incluso a la luz de la luna me di cuenta de que no confiaba en mí. Lo sentí con claridad. Sin embargo, prefirió dejarlo estar, y yo se lo agradecí.

—A Cilón no le entusiasmará cuando nos vea llegar —dijo, para cambiar de tema—. Deberías haberle enviado un mensajero, para que al menos estuviera preparado.

—Lo pensé —respondí—, pero entonces habríamos implicado a alguien más y he querido evitarlo.

Aspasia no porfió. Nuestro benjamín se dormía en sus brazos. Respiraba con pesadez, y un ligero silbido se le escapaba de la nariz, como aquella noche...

—Bueno, ¿y tú? ¿Cómo estás? —le pregunté a mi primogénito—. ¿No estás cansado?

—No, padre, ni siquiera un poquito —aseguró, valeroso. Yo sabía que mentía, y lo apreté contra mí.

El Pireo dormía cuando finalmente llegamos hasta allí. No ardía ni una sola luz en toda la ciudad. La calma había llegado incluso a las tascas y a los burdeles. En una esquina roncaban un par de marineros borrachos. Desde el puerto llegaba el sonido del mar, que chocaba pacíficamente contra los tablones.

Cilón tardó en abrirnos la puerta. Tuve que llamar tres veces hasta que se oyó la familiar y extremadamente hosca voz de su esclavo.

—Sí, sí, ya voy —bramó a través de la puerta mientras corría el pestillo—. ¿Qué rayos pasa? No me gustaría tener que despertar a mi señor en medio de la noche.

Abrió la puerta y nos miró, estupefacto. Apenas nos saludó y nos hizo pasar, rápidamente, al interior del patio. Entonces nos dejó solos para ir a avisar a su señor.

—¿Lo ves, Melao? —dijo Cilón, entre bostezos, mientras llegaba al patio—. ¡Sabía que vendrían!

—Sí, señor, usted lo sabía —exclamó el esclavo, respetuoso, mientras descargaba nuestros bultos para introducirlos en casa.

Cilón me abrazó, besó a los niños y se inclinó ante Aspasia.

—¿Qué le ocurre? —pregunté señalando la puerta por la que había desaparecido

Melao.

—Nada, sólo se sorprende de que tuviera preparadas dos habitaciones para vosotros desde hoy al mediodía. Las dos de arriba, ya sabes, las que tienen vistas al puerto.

—¿Sabías que vendríamos? —preguntó Aspasia casi tan perpleja como Melao. Entonces, se volvió hacia mí—. Pensé que no le habías enviado ningún mensajero...

—Y no lo hice —repuse.

Cilón asintió.

—No, no lo hizo —aseveró—, pero cuando hoy por la mañana me enteré de lo de esa fatídica asamblea, entendí que abandonaríais Atenas. Me alegro de que hayáis venido: aquí estaréis seguros. Venid, Melao os traerá algo de comer.

Cilón nos llevó al interior de la casa y me ayudó a subir al pequeño hasta arriba, donde le aguardaba ya una cama. Cuando llegamos al Pireo se despertó brevemente, pero las piernas ni siquiera le sostenían. Se durmió en mis brazos, y yo me esforcé por subir los escalones con cuidado. Pesaba como una roca.

—¿Te quedarás al menos esta noche? —preguntó Cilón, cuando descendíamos de nuevo.

—Sí, esta noche me quedaré —repliqué.

Evidentemente no sólo había previsto nuestra llegada, sino también mi retorno a Atenas. Se giró hacia mí, asintió y entendió.

—Los cuidaré bien —dijo, antes de que entráramos en el comedor.

Me levanté temprano. Algo me había despertado, pero no sabía exactamente el qué. Aspasia dormía plácidamente a mi lado. Tenía el rostro vuelto hacia mí y el cabello negro le caía sobre la frente. Un extraño tumulto llegaba desde el puerto, completamente diferente al ruido habitual que suele producirse con la llegada de un barco o al descargar sus mercancías. Me erguí con cuidado y me deslicé discretamente hasta la ventana. Los postigos estaban ligeramente entreabiertos. Ante mi vista se presentó una estrecha franja de cielo azul y mar en calma, resplandeciente bajo la luz del sol matinal. Dos gaviotas trazaban círculos en el aire, una barca de pesca se aproximaba a la costa. Trasladé la mirada hasta el puerto y busqué el depósito y el embarcadero: grúas y esclavos a pleno funcionamiento. Entonces descubrí lo que acababa de anclar: un inmenso barco, más grande de lo que a los griegos se nos ocurriría construir, con la proa decorada con un gran ojo y una boca sonriente, y el espolón sobresaliendo como una lengua. Aquella era la causa del tumulto, no todos los días teníamos visitas persas.

La pasarela de desembarco aún no estaba ni fijada al muelle, cuando los soldados espartanos aparecieron marchando para dispersar a los curiosos que se arremolinaban frente al buque. Mientras los militares tomaban posiciones se desplegó el puente. Cuatro hombres vestidos con ligeras sedas atravesaban la cubierta caminando inseguros. Reconocí sus rostros desde la distancia. Un oficial les ayudó a descender

con sus torpes pies por la tambaleante pasarela, y los saludó con toda la hospitalidad y gracia de la que era capaz un férreo espartano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aspasia y se colocó aún somnolienta a mi lado.

En diez años de matrimonio no había conseguido aprender a levantarme de forma lo suficientemente silenciosa como para no despertarla. A decir verdad, aún hoy tampoco puedo.

Abrí los postigos y le señalé el puerto.

—Un barco persa —dijo con voz apagada—. ¿Es el mismo del que me hablaste?

Asentí, sin poder apartar la mirada de la escena teatral que se estaba desarrollando frente a nosotros: la aparición de dos coches lujosos, guarnecidos en oro y tirados por seis caballos, acompañados de toda una comitiva de jinetes. Nada más llegar, los líderes de la escolta saltaron de sus corceles y saludaron a los persas con respeto. Entre ellos se encontraba un oficial de alto rango, como delataba su reluciente uniforme. Los hombres cubiertos de sedas respondieron al saludo con la pompa propia de los orientales, se inclinaron en ceremoniosas reverencias y, por último, besaron a los espartanos en la boca, para diversión de sus hombres. Entonces se dejaron acompañar, charlando y gesticulando exageradamente, hasta los coches que, evidentemente, habían traído hasta allí sólo para ellos.

—¿Habías visto a esos hombres alguna vez? —preguntó Aspasia, en un susurro, como si tuviera que tener cuidado para que nadie la escuchara.

—Son los banqueros —dije.

—¿Los mismos de hace cuatro años?

—Exacto.

Entonces le vi. Había cambiado poco en los últimos años, quizá estuviera un poco más robusto. El caftán le tiraba un poco en las caderas y el estómago, pero por lo demás, la edad no le había afectado en absoluto: el cabello y la barba, negros y rizados, rodeando la cara; la nariz pequeña. Incluso desde la distancia se podía distinguir la fina y ambigua sonrisa dibujada en sus labios. Había vuelto, tal y como había predicho. ¿Qué había dicho en aquel entonces? Que no me alegraría del reencuentro.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Aspasia.

No le respondí, aunque comenzaba a darme cuenta de la clase de negocios que habrían llevado a los persas de nuevo a Atenas. Sentía como se abría un abismo a mis pies.

Rápidamente me eché la ropa encima y bajé a toda prisa al puerto, que comenzaba a despertar. Los pescaderos abastecían cantando sus puestos con las capturas de la noche. Un par de esclavos de carga se encaminaban, medio dormidos, hacia los muelles, refrotándose el sueño en los ojos. Aún hacía frío. El sol no había adquirido todavía la fuerza propia del mediodía y del verano.

—¿Qué es lo que quieres? ¡Vete! —me ordenó un soldado espartano que hacía guardia sobre la pasarela del barco.

Era más menudo que sus compañeros, pero a pesar de ello, hablaba igual de alto.

—Nada, nada, capitán —respondí, adulator—. Sólo quería ver este barco tan lujoso. Los persas sí que saben construir barcos, ¿eh? Es un barco grande, enorme.

—Aquí no hay nada que ver, ¡vete! —exclamó, imperativo, el soldado. No se mostró alagado por mi comportamiento servil, y me amenazó con la pesada lanza de tejo que llevaba en la mano.

—Pero, capitán, no hace falta que sea tan severo... —porfié, sonriendo tontamente—. Yo sólo quería...

No había terminado de hablar cuando sentí la punta de la lanza bajo la barbilla. Otros dos soldados se aproximaron con actitud amenazadora.

—Está bien, está bien, ya me voy —dije, procurando marcar distancias tan rápido como pude entre mi garganta y la reluciente lanza.

Quedaba probado que no convenía burlarse de la gente menuda.

Ya me había conformado con volverme con las manos vacías cuando, de repente, sonó una voz familiar desde el barco.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Ni más ni menos que el único ateniense incorruptible! —gritó desde la borda, para regocijo de los soldados espartanos. Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí, y si habría visto toda la escena.

—Dejadle subir —les pidió a los espartanos, y se dio un par de toques en la frente para indicar que yo estaba un poco loco—. Le conozco, es inofensivo. Un don nadie.

El soldado bajito dudó y me observó de nuevo. Sus ojos se entrecerraron bajo el casco. Entonces, se echó a reír como si hubiera descubierto de repente que yo era realmente un idiota. Bajó la lanza y volvió la cabeza al barco.

—Cuidado, persa. Allí va un elemento como no hay otro en el mundo: ¡un ateniense incorruptible! —gritó, tan fuerte como pudo—. ¡Lo nunca visto! —me dejaron pasar y yo subí a bordo entre las risas de los espartanos.

El capitán persa se rió a carcajadas y me golpeó displicente en los hombros cuando llegué hasta arriba, vacilante.

—¡Ya no hay nadie a bordo! —les gritó a los guardias, que seguían doblados de la risa por ese chiste, ya tan viejo como insípido. Entonces, murmuró—. Ve al camarote... —y me golpeó bruscamente a la vista de todos.

La cabina del barco seguía exactamente igual: el armario lleno de valiosos pergaminos, la mesa, la lámpara de aceite colgando del techo, balanceándose con las olas.

—Ven, amigo mío, siéntate —dijo el capitán, ordenando los mapas de encima de la mesa—. Por favor, disculpa que me haya reído de ti. Los espartanos no te habrían dejado subir...

—¡Podías haberlos sobornado! —bromeé.

—Eso ya lo hice para conseguir que hicieran la vista gorda con la carga —sonrió el capitán, como si sobornar a todos por todo fuera una cuestión de honor para él. Entonces, su rostro adoptó una expresión seria y se inclinó—. Me alegro de volver a

verte —dijo digno—, aunque lamento tus circunstancias.

Su voz era tan sonora como hacía años, y en su pronunciación de la lengua griega aún se percibía un leve acento bárbaro.

—Han pasado muchas cosas desde entonces —dije, y me entristecí.

No sé por qué, pero me acordé de mi padre. Durante un momento, regresó aquella imagen: él, tendido en el suelo, y Cilón inclinado sobre su cuerpo exangüe.

—Ya sabías que nos volveríamos a ver —añadí, para apartar mi mente de ese pensamiento.

—No lo sabía, en realidad, sólo lo presentí —replicó el capitán.

Colocó sobre la mesa una fuente con frutas exóticas.

—Pruébalas, las he traído para ti —dijo, ofreciéndome una pieza con tono amable.

La cogí, la sopesé en la mano y la observé con atención. Era casi tan grande como una manzana, pero tenía un aspecto más similar al de una ciruela. Su piel era velluda como la de un animalillo. Mordí con curiosidad su suave carne y, mientras una explosión de dulzor impredecible se desataba en mi boca, el zumo me resbaló por toda la barbilla.

—Ten cuidado, el hueso es muy duro —me advirtió el capitán en el momento preciso, pues casi doy con los dientes contra la dura piedra que albergaba en su interior aquella pulpa tan tierna—. ¡Conozco a muchos griegos que se han roto algún diente por culpa de estas manzanas persas!

—Te creo —dije, tomando agradecido el paño seco que me tendió para limpiarme las manos y la boca—. Parece que nosotros, los griegos, sucumbimos a vuestras tentaciones más fácilmente que a vuestros ejércitos.

El capitán respondió sin hablar, pero de forma suficientemente clara.

Tras concluir aquel pequeño almuerzo, le observé durante largo rato. Él encaró mi mirada con su sonrisa impenetrable.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté, finalmente. Él alzó las cejas con sorpresa.

—Pensé que ya lo sabías, amigo mío —replicó.

—Venís a cobrar una deuda, ¿verdad? —dije, con la mirada perdida.

Asintió despacio y con precaución.

—Cuéntamelo —le pedí con suavidad. Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Por favor —insistí.

—No te va a gustar —exclamó.

—No importa, debo saberlo.

—Sólo soy el capitán de un barco. No sé nada de estas cosas. Sólo he captado un par de frases aquí y allá, y eso es todo.

—Entonces cuéntame simplemente lo que sepas —dije, con calma.

Respiró honda y pesadamente.

—La guerra cuesta dinero, mucho dinero, pero también se pueden sacar

beneficios de ella. Lo sabes, ¿verdad?

Respondí que sí.

—Los espartanos sabían que sólo podían ganar la guerra si derrotaban a vuestra flota, pero para ello tenían que conseguir una flota propia equipada de tal forma que fuera superior, o al menos igual a la vuestra. Sin embargo, los barcos son caros. ¿Cómo podían conseguir tanto dinero? Los espartanos son soldados, no mercaderes. Con sus miserables monedas a lo más que podrían aspirar sería a un par de gabarras medio podridas —se interrumpió y miró hacia el mar a través de la escotilla.

—Vosotros se lo disteis... —exclamé.

—Sí, pero no fue algo tan sencillo —respondió con voz vacía—. Como ya he dicho, los espartanos no son mercaderes. No tienen comercio, ni dinero, ni seguridad. Eso significa sólo una cosa: no hay negocio.

—El gran rey podría volver a obtener poder sobre Grecia... —barrunté—. Y esta vez sin una sola batalla, ni guerra. ¿Eso no es un negocio para Persia?

El capitán hizo un gesto que denotaba rechazo.

—¡Grecia! —dijo—. No quiero ofenderte, vuestra tierra es hermosa. A mí me gusta mucho, pero no significa gran cosa para nosotros. ¿Crees que después de aquella pequeña batalla...? ¿Cómo se llamaba ese sitio cerca de Atenas?

—¡Maratón!

—Sí, creo que es ese... ¿Crees que después de aquella batalla de Maratón no podíamos haber efectuado una invasión con un ejército aún mayor si Helas hubiera sido tan importante para nosotros? El reino persa es diez veces más grande y mil veces más rico que Grecia...

—¿Entonces? —dije, ligeramente tosco. He de añadir que la arrogancia del persa me había molestado. ¿Cómo podía haber olvidado el nombre de Maratón?

—¿Todavía no lo has entendido? —preguntó.

—No —repliqué con sinceridad.

—Reflexiona: los espartanos no son comerciantes, pero los atenienses estáis hechos de otra madera... ¿Comprendes?

Negué con la cabeza.

—En realidad es muy sencillo —me explicó, finalmente—. ¡Eran vuestros negocios lo que nos interesaban!

Lo miré, incrédulo. ¿Qué estaba diciendo? No entendía, pero tampoco quería entender, pues el mar relucía todavía más azul a través del ojo de buey del camarote, y la espuma formaba delicados remolinos sobre las leves olas. La tierra no se abría para devorarnos, ningún monstruo marino se había presentado para desbocar el mar, y las diosas de la venganza no se mantenían lejos y no nos daban caza. Pero si le había entendido bien, ¿no hace tiempo que tendría que haber caído del mismo Olimpo un rayo que redujera a escombros y brasas la ciudad traidora?

—No lo entiendo... —dije, atolondrado como una oveja, después de que mi contertulio me observara detenidamente durante un buen rato—. ¿Qué quieres decir

con que eran nuestros negocios?

El capitán persa sonrió con lástima.

—Pues, por lo que sé, fueron vuestros banqueros los que acudieron a sus colegas persas para conseguirle el crédito a Esparta. Ellos mismos no contaban con los medios necesarios para una flota tan poderosa, por lo que reunieron una parte del dinero y se ofrecieron como aval para el resto.

—Eso no es verdad, ¡estás mintiendo! —grité, dando un salto.

La sangre se me acumulaba en la cabeza. Durante un instante quise abalanzarme sobre su garganta, pero la tristeza de sus ojos me lo impidió. Decía la verdad. Lo supe aunque el mar, allá afuera, siguiera brillando. Mi ataque de ira se desvaneció tan rápido como había aparecido. Me dejé caer de nuevo en el taburete.

—Disculpa —dije, hundiendo la cabeza—. Es la segunda vez que me comporto mal contigo —me avergonzaba. Me avergonzaba de mi rabia y de Atenas.

El capitán persa no se perturbó, igual que no se había alterado durante toda la conversación.

—Siento que tengas que saberlo por mí —replicó—. Nadie aprecia al portador de malas noticias.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué lo hicieron? —insistí—. ¿Qué obtenían con esa traición? No pudieron hacerlo sólo por los miserables beneficios que obtendrían de los espartanos. ¡No es suficiente recompensa!

—Tienes razón —repuso mi amigo persa—. No era esa recompensa la que buscaban.

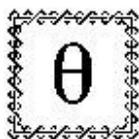
—¿Y cuál era? ¿Qué pudo ser tan tentador que les llevara a traicionar a toda la ciudad?

El capitán miró al mar. Parecía cansado, cansado y sin esperanzas.

—Atenas —dijo tras unos instantes—. Acéptalo, la propia ciudad era lo que estaba en juego, y ganaron la apuesta.

—¡Critias! —exclamé.

Capítulo 27



ERA COMO SI ALGUIEN HUBIERA ARROJADO UNA antorcha a un abismo y siguiera brillando mientras caía. La luz haría visibles algunas secciones, y formas y figuras surgirían brevemente de la oscuridad, asustadas, para que de inmediato, las tinieblas volvieran a envolverlas y aislarlas. Sin embargo, la increíble visión permanecería en el recuerdo del espectador igual que un sueño. Yo veía siluetas en una sala adornada para un gran festejo, un par de rostros bordeando la oscuridad. Se celebraba un simposio. Se planeaba una traición. Las jarras iban de un lado para otro, el vino corría a raudales. Un muchacho desnudo tocaba la flauta, y no había duda respecto a su identidad. Critias bebía a la salud de los invitados, y uno de ellos era Periandro.

Aquella misma mañana regresé a Atenas. Me despedí del capitán persa siendo consciente de que no volvería a verlo pero que, al mismo tiempo, estaría vinculado a él de por vida.

—Lo siento —me disculpé a la partida, refiriéndome a mi ataque de rabia, a la enemistad entre nuestros pueblos y a nuestra amistad perdida, todo al mismo tiempo.

Él se limitó a mostrarme su sonrisa oriental, pero yo estaba seguro de que, a pesar de todo, me entendió.

No me satisfizo dejar solos a Aspasia y a los niños, aunque sabía que estaban en las mejores manos. Sin embargo, el Pireo era el único lugar donde estarían a salvo mientras Atenas siguiera en manos de Critias y Trasíbulo se encontrara lejos. Cilón cuidaría de ellos incluso si algo me ocurría. Me acompañaron todos juntos hasta la puerta y me despidieron allí. Cuando vi juntos a Aspasia y a Cilón, no obstante, ya no supe hasta qué punto estaban unidos. Sentí una punzada en el corazón, y el veneno de los celos recorriéndome.

A mi llegada visité a Misón. Tenía noticias y ninguna buena. Según me contaba, yo me iba enfureciendo progresivamente: aquel día por la mañana había llegado al cuartel para saber si podía recuperar su antiguo puesto de escriba. Le habían enviado al nuevo capitán, que le había preguntado con aspereza si era un ciudadano ateniense o un esclavo. Misón había respondido: «Ni lo uno ni lo otro, señor»; y había dado a conocer su condición de meteco, a lo que el capitán había replicado que desde ese día los extranjeros sólo tendrían espacio en el cuartel como esclavos y, acto seguido, le había expulsado.

Sin embargo, Misón no estaba furioso por ello. Lo que le había sacado de sus casillas había sido que ninguno de sus antiguos compañeros le había dirigido ni una

palabra de despedida cuando le habían visto marchar, e incluso alguno se hubiera reído: los mismos hombres con los que había trabajado durante años y a los que, por amistad y amabilidad, les había transcrito y leído las cartas sin pedirles ni una moneda de cobre o esperar ningún tipo de regalo o detalle.

—¿Y era él? —pregunté a mi antiguo escriba.

—¿Quién? —Misón no entendía lo que quería decir.

—¡El nuevo capitán! ¿Es el soldado con la cicatriz que torturó a Lisipo? Debiste verlo junto a Anaxos en la escribanía.

Misón se golpeó la cabeza.

—¡Claro! —gritó—. Por eso lo conocía. Sabía que lo había visto alguna vez...

Ahora tenía la certeza: llevar a Aspasia y a los niños al Pireo había sido lo correcto. Ella estaba más segura que yo. Algunas veces, su corazón de mujer percibía el peligro muchos más rápido que yo con mis ojos de hombre.

Le narré a Misón lo que el capitán persa me había contado. Me dijo con amargura que, desde aquel día, ya no habría nada en la naturaleza humana que pudiera sorprenderle. En cualquier caso, sólo a un ateniense se le ocurriría confiar en un ateniense. Escupió desdeñoso. Nunca, ni antes ni después, le vería tan decepcionado; ni siquiera en aquella ocasión en la que Lisipo casi le estrangula había estado tan furioso.

Le di algunas monedas para que pudiera vivir durante las siguientes semanas, pues aún quedaba suficiente plata en aquella bolsa, y le pedí que escribiera a Trasíbulo. Quería que supiera cómo se había producido nuestra derrota.

Lo siguientes días fueron tranquilos. La vida en la ciudad no parecía haber cambiado en lo más mínimo: seguían haciéndose ofrendas en los templos, comerciando en el ágora, conversando en la estoa, como si no hubiera pasado nada en Atenas. Ni se oía ni se veía a los banqueros persas. No se comentaba nada sobre su estancia en la ciudad. Evidentemente, preferían mantenerse ocultos. Tan sólo hubo un hecho que me llamó la atención: los toxotai patrullaban las calles mucho más, con mucha más frecuencia de lo que considerábamos necesario en mis tiempos como capitán. También su comportamiento había cambiado. En una ocasión, quizá tres o cuatro días después de que regresara del Pireo, vi a una pequeña tropa recorrer el Cerámico. Eran cinco hombres. Venían en dirección opuesta a la mía, dando grandes zancadas, cuando un anciano falto de atención se cruzó en su camino y chocó con el líder de la patrulla. El anciano era un sencillo comerciante que vendía loza frente a su casa. Se movía como alguien a quien los ojos casi le han fallado por completo, por lo que debían haber entendido que aquel hombre no veía bien. Sin embargo, el toxotes, preso de la ira, golpeó fuertemente al anciano en la cara y pisoteó toda su mercancía. El pobre viejo comenzó a gritar y a maldecir, por lo cual recibió una paliza por parte de todo el grupo. Entre dos le aferraron, mientras un tercero se dedicó a apalearle hasta que la víctima no fue capaz de sostenerse sobre las piernas. Por suerte, en ese

momento, una joven salió de la casa, agarró al anciano tan rápido como pudo y lo metió en la tienda. Los arqueros continuaron su camino, entre risas.

Nunca había vivido algo así en Atenas. No cabía duda de que los toxotai eran soldados, y los soldados son rudos. Tampoco en mi época se habían mostrado remilgados ni cuidadosos, pero abusar de un anciano sin motivo era algo que no habían hecho con anterioridad. ¿Qué les había ocurrido? ¿Podía haber cambiado tanto la forma de ser de aquellos hombres en tan pocos días? No podía creerlo, aun cuando lo había presenciado con mis propios ojos. Ya no eran soldados, eran una banda de matones. Yo sentía que el responsable debía ser él, el hombre al que más temía, aparte de a Critias: Caracortada.

¿Cómo había conseguido Critias trabar tan rápida relación con él, y qué papel había jugado Anaxos en todo aquello? ¿Se habría pasado finalmente el señor de los espías al bando de los oligarcas, o se habría vuelto el hombre marcado contra su propio señor? Deseé que Trasíbulo estuviera aquí. Quizá sus fuentes en el Estrategion no se hubieran secado todavía y tuvieran respuesta para todas aquellas preguntas.

A la mañana siguiente todo cambió. Los heraldos recorrieron la ciudad llamando a todos los residentes en Atenas a reunirse esa misma tarde: ciudadanos, esclavos y extranjeros. Todos los hombres armados debían presentarse a un reconocimiento. Sin embargo, no se llamaba a cada individuo al Pnyx, como si fuera una asamblea, sino que se los dirigía a diferentes zonas de la ciudad. Los ciudadanos del Kerameikos debían presentarse en la colina de las Musas, mientras que a los metecos se les ordenó que acudieran al Cinosargo. Tal y como Raios me informó cuando fui a descubrir qué sabía de ese reconocimiento, él y los demás artesanos de su barrio debían ir al Areópago. Tampoco él pudo decirme el significado de todo aquello, se limitó a encogerse de hombros y a dejarlo estar. «¿Qué podrá ser?», dijo, pero por primera vez desde que mis hijos llegaron al mundo, se olvidó de preguntarme por ellos.

Reflexioné largamente lo que debía hacer y decidí finalmente no acudir a aquella ominosa revisión. Lo único que pensé fue que Aspasia preferiría que no corriera ningún riesgo, a pesar de que me interesara profundamente lo que ocurriera en aquella asamblea. Siempre podrían contármelo Raios, Misón o los vecinos.

Volví a casa. Esperaría allí. Hacia el mediodía fui a la cocina, cuya ventana rinconera daba a la calle. Cerré los postigos para que no me pudieran ver desde fuera, pues para otear la calle me bastaba con la pequeña rendija que dejaban los tablonesladeados. Arrastré un taburete hacia la ventana, me senté y aguardé.

La calle no tardó mucho en llenarse. Mis vecinos salían de sus casas y se ponían en camino. Era como si una procesión se formara y avanzara frente a mi cocina. Los conocía a todos: eran los hombres de mi barrio, artesanos capaces, trabajadores esforzados. Sin embargo, aquel día mostraban tensión en sus rasgos. Ni uno de ellos iba haciendo bromas como cuando caminábamos juntos a reunirnos en el Pnyx, nadie hacía girar un ánfora en honor de Dionisos. Todos sentían que algo no iba bien, y sin

embargo, cumplieron con las órdenes de los Treinta. No pude evitarlo: me recordaban a corderos que acudían voluntariamente al matadero.

La comitiva tardó bastante en desaparecer. Un par de rezagados la siguió, acelerando el paso hasta alcanzarla. Lo mismo de siempre. Entonces, las calles se quedaron vacías. Yo seguí sentado sobre mi taburete, esperando e intentado calcular dónde encontraría el pelotón de gente que había visto pasar. A esas alturas debían estar cruzando el Dromos, y después, tomando rumbo a barrio de los artesanos. Entonces seguirían la calle que discurre entre el Pnyx y el Areópago, y una buena caminata pasando frente al antiguo muro de Cleón, o lo que los espartanos habían dejado de él. Llegarían al barrio de los meteros y, finalmente, alcanzarían la colina de las Musas. ¿Qué les esperaba allí?

Según mis cálculos, debió ser aproximadamente cuando los rezagados llegaron también, que comenzaron a oírse ruidos en la calle, ruidos extraños. Gritos y bramidos, golpes en las puertas, algunas viniéndose abajo. Con cuidado, miré a un lado y, de pronto, lo vi. Estaba allí, entre las tropas de arqueros, dando órdenes. Se me hizo un nudo en la garganta que no me dejaba respirar, y a pesar de ello, aun podía oler su hedor.

¿Qué estaba pasando? Los arqueros entraban por la fuerza en todas las casas. En aquellas en las que las mujeres no abrían la puerta voluntariamente, rompían el cerrojo y desencajaban el pestillo. Entonces se oía el estruendo: mujeres gritando, metales entrechocando.

—¡Rápido, rápido, daros prisa! ¡No tenemos todo el día! —bramaba el capitán, con su reluciente espada en la mano.

Sus hombres regresaban a la calle cargados y arrojaban su botín a unas carretas. ¿Qué demonios estaban sacando de las casas? La vista se me nublaba y no podía verlo bien. Cuando se acercaron, no obstante, logré descubrirlo: ¡Eran las armas! ¡Los toxotai les estaban arrebatando todas las armas a los atenienses!

No había tenido aún tiempo de reflexionar sobre qué estratagema se ocultaría tras esta maniobra cuando los arqueros se acercaron y golpearon la puerta del vecino. La siguiente unidad no tardaría en llegar. Si me encontraban, no cabía duda de que sería mi fin. Aparté el taburete y abrí la trampilla secreta. A pesar de la oscuridad que llenaba el escondrijo, yo sabía que mi viejo arco y su aljaba estaban justo al lado de la escalerilla. Bajé a toda prisa, agarré las armas, las saqué y las tiré precipitadamente en la sala principal de la casa. Los arqueros las encontrarían allí y, con algo de suerte, no buscarían más. Regresé a la cocina tan rápido como pude, bajé al sótano cerré la trampilla justo a tiempo pues, en ese instante, golpearon la puerta de entrada.

—¡Abrid, o tiraremos la puerta abajo! —voceó el toxotes. Yo conocía aquella voz. Recordé a un soldado, más bajo que la mayoría de sus compañeros, tímido, torpe y simpático.

Entonces se oyó el impacto y el chasquido de la madera. Habían reventado la puerta. De inmediato entraron en el jardín. «¡Vamos, daros prisa!» Otra voz, su voz.

Los pasos retumbaban por los pasillos; a la derecha hacia el dormitorio, a la izquierda hacia la cocina. Los tablones crujían sobre mí, y yo apenas me atrevía a respirar.

—¡Mirad como si no hubiera nada en toda la casa!

De nuevo su voz. Era él quien estaba en mi cocina, contaminando mi casa.

—Los pájaros han volado. ¡Habría sido por miedo! —gritó otro.

—¡Eh! Vosotros, ¡venid aquí! ¡He encontrado algo! —era el soldadito que gritaba desde la sala.

—¿Qué pasa? —bramaron sobre mí.

—¡Un arco y flechas!

—¡Sigue buscando! —ordenó—. No parece que aquí viviera alguien de la infantería ligera. ¡Debía poder permitirse una armadura de hoplita!

—Seguro que se la ha llevado. Ya ves que aquí ya no vive nadie.

No hubo respuesta, tan sólo pasos sobre mí. Iban y venían. El polvo me caía en la cara. Estaba pensando, tenía dudas. ¿Sabría que se encontraba en mi casa, en casa de su enemigo? Sentí que miraba a su alrededor. Daba vueltas, oteaba el contorno, quería estar seguro de no dejar nada sin revisar. Afortunadamente, había dejado el taburete a un lado. Pasos pesados se dirigieron a la salida, y los tablones volvieron a crujir.

—¡Esta bien! ¡Nos vamos!

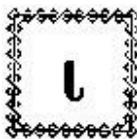
Un par de portazos, voces en mi jardín. Se iban. En ese instante estarían tirando mi viejo arco en las carretas.

Permanecí oculto en mi oscuro escondrijo hasta que estuve seguro de que el capitán no había dejado apostado ningún soldado esperando por mí. Me senté en la escalera y observé las tinieblas. No era difícil entender por qué motivo y mandato los arqueros habían desarmado nuestro barrio que, probablemente, no habría sido el único. Los Treinta querían manos vacías. Un pueblo armado es un pueblo peligroso. Los espartanos podían ya marcharse sin que nadie siguiera constituyendo un peligro para los tiranos. Les bastaba con sus adeptos y con los arqueros, precisamente los arqueros, para tener controlada la ciudad. Sentí las palabras que me dirigió Anaxos en nuestro primer encuentro, cuando me dijo que había hecho de los toxotai una tropa poderosa. Sin embargo, había algo en la oscuridad, frente a mí, algo como una corazonada, o quizá un recuerdo de dos personas, la huella de sus espíritus.

Los sonidos de la calle delataron el retorno de la vecindad. La asamblea había acabado. Debía haber permanecido a oscuras toda la tarde, sin darme cuenta. Con cuidado, abrí la trampilla y eché un vistazo. ¿De verdad no había nadie esperándome? No, la casa estaba vacía. Salí con cuidado: quería ver qué harían los hombres cuando descubrieran que les habían desarmado, las puertas destrozadas, sus esposas y niños contándose todo. ¿Qué creía yo que iba a ocurrir? ¿Que se iniciaría una tormenta de indignación, se formarían demos que se dirigirían al Estrategion y allí reclamarían a viva voz sus espadas, escudos y lanzas? No ocurrió nada remotamente parecido. Todos permanecieron en calma. Algunos corrieron calle abajo para cerciorarse de que

no habían sido los únicos a los que les habían robado sus defensas. Después, volvieron todos a sus casas y cerraron la puerta. Aquella tarde, un silencio metálico cayó sobre el Cerámico y sobre toda la ciudad.

Capítulo 28



EL SILENCIO CONTINUÓ. LA CIUDAD SE HABÍA transformado de un día para otro, y nadie se atrevía a hablar de ello. La gente seguía acudiendo a sus negocios, pero la alegría de vivir y la esperanza que los había inundado como una primavera tras el fin de la guerra se habían desvanecido.

Pudieron soportar la caída de los muros y la caída de la ciudad pero, más que con la invasión espartana, fue con el robo de las armas con las que protegían sus hogares con lo que los atenienses apreciaron la verdadera dimensión de su derrota, de su humillación. No habían vencido a Atenas, ahora eran los vencidos, los que habían sucumbido moralmente, algo mucho más doloroso que la derrota de una ciudad pues, ¿qué significaba una ciudad, una polis? Eran pensamientos, ideas intangibles y, en realidad, invulnerables, pero la casa, el patio, la esposa, los niños, eran algo que podía tocarse, podía verse, y los necesitaba. Me eran cercanos, muy cercanos, pero al tiempo frágiles y quebradizos. ¿Y quién nos había hecho eso? Nuestros propios hombres, los dirigentes de la ciudad. Saber eso creó entre los atenienses la vaga y terrorífica impresión de que el desgraciado fin de la guerra había sido más culpa suya que de los espartanos.

En aquel día, visité el ágora bajo la protección de la oscuridad, y esperé oculto hasta la caída del sol. Eso me permitió ver lo que ocurría en el ánimo de la población. La desgracia de la gente se sentía más que antes en el mercado. El palpitante corazón de Grecia parecía haberse detenido. La tercera tarde tras el expolio de armas me encontré con Jenofonte, al que hacía tiempo que no veía. Su rostro mostraba una seriedad aún más grave.

—¡Jenofonte! —le llamé con cuidado justo cuando entraba en la sala de Zeus.

Apresurado, se volvió hacia mí.

—Nicómaco, disculpa, no te había visto —dijo, y se me acercó. ¿Por qué me iba a extrañar? Al fin y al cabo él tenía la mirada perdida y yo estaba oculto en un lateral.

—¿Qué te ocurre? —pregunté. Era evidente que algo le inquietaba.

—Ya lo sabes —repuso—, ya hemos hablado de ello. Los espartanos se van. Mis amigos me han invitado a acompañarlos y debo hacerlo. Hay un príncipe persa que está reclutando soldados, quizá sea ese mi lugar.

—¿Quieres ponerte al servicio de un persa? ¿Has hablado con Sócrates?

Jenofonte asintió, dubitativo.

—¿Y qué te ha aconsejado?

—Dijo que debía preguntarle al oráculo.

—¿Y lo harás?

Jenofonte ya no contestó. Se excusó diciendo que debía ir pronto a casa, donde lo esperaban. No le creí del todo, pero le dejé marchar. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ya tomaría la decisión correcta por sí mismo...

No le he vuelto a ver desde aquel breve encuentro. Sócrates me contaría después que Jenofonte, de hecho, sí le consultó al oráculo, sólo que no de la manera en que esperaba su maestro. No le preguntó a la sacerdotisa si debía abandonar Atenas, sino sólo a que dios debía confiarle su suerte en el viaje. Así pues, eligió solo y por sí mismo buscar su propia suerte en otro lugar y, al igual que él, muchos otros actuaron de esa manera en aquellos días oscuros. Abandonaban la ciudad sobre todo hombres jóvenes, incapaces de soportar la doble derrota. Sin embargo, quien creyera que Atenas tocó fondo con el desarme de sus ciudadanos, estaría equivocado.

¡Los banqueros persas! Desde su llegada no se les había vuelto a ver, ni se había oído nada sobre ellos. Era de imaginar que se reunirían con sus camaradas y con los Treinta, que comerían con ellos, que charlarían, negociarían y regatearían, pero aquello no constituía más que pura y absurda especulación. Hasta aquel día.

Durante toda la mañana nubes desgarradas habían cubierto la Acrópolis, una niebla oscura semejante a muecas espantosas y miembros retorcidos, símbolo del crimen que habría de cometerse aquel día. Yo estaba en casa aguardando la puesta de sol cuando, de repente, oí a un muchacho correr por la calle, gritando muy nervioso. Estaba tan fuera de sí que apenas se entendía lo que decía. Me asusté y subí al tejado, pensando que tal vez podría ver algo desde allí arriba. En la calle, mi resuelto vecino Janos había detenido al chico, y trataba de calmarlo y hablar con él. No entendí lo que el muchacho decía, por supuesto, pero pude ver cómo mi vecino se llevaba las manos a la cabeza. Poco después apareció a la carrera medio vecindario, que rodeó al chico. Los hombres agitaban negativamente la cabeza, gesticulaban como locos, discutían y se ponían finalmente en movimiento. Bajé de mi puesto y me apresuré a unirme a ellos. Era sobre el Dromos. En cuanto alcancé al primero, le pregunté qué ocurría.

—¡Los espartanos! —dijo, y levantó el puño cerrado, colérico—. Están profanando el Partenón.

Cuando dejamos el Cerámico, vimos a medio Atenas en camino. Aquel que podía caminar atravesaba el Dromos y se dirigía a la Acrópolis, como parte de una inusual y alocada procesión hacia el recinto sagrado en la que se palpaban la indignación y la rabia. De pronto, todo el mundo se detuvo. La multitud había dejado de avanzar.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué nos detenemos? —se oía preguntar entre la turbulenta multitud.

Me separé y me abrí paso hasta un bosquecillo, hasta que, con el rostro arañado y el quitón lleno de agujas de pino, llegué prácticamente hasta las grandes escaleras de la Acrópolis. Allí descubrí lo que nos impedía el paso.

Ante el Propileo aguardaban tropas espartanas, lanza en ristre, los escudos alzados con rabia. Nadie podía pasar. Un paso más y correría la sangre, así que nos habíamos quedado frente a ellos. Debajo, a los pies de la escalera, cientos de atenienses desarmados y humillados y, ante nosotros, en las almenas, una pequeña tropa de espartanos, pertrechados para la batalla y aún victoriosos. No ocurrió nada.

Desde entonces me he preguntado con frecuencia cómo se lo permitimos, por qué nadie cogió una piedra para lanzársela a los enemigos que se encontraban en nuestra colina sagrada. Superábamos en número, ampliamente, a los espartanos. Una lluvia de piedras arrojadas por nuestras propias manos habría bastado para hacerles ir de allí, pero nadie dio el primer paso. En lugar de eso, aguardamos apretados los unos contra los otros, intentando echar algún vistazo por encima de las cabezas de aquellas que estaban por delante. Era imposible, no obstante, y nadie sabía lo que estaba ocurriendo. De pronto, como por mandato divino, los espartanos se pusieron en movimiento. Dos unidades descendieron por los escalones y abrieron una brecha entre la multitud, como un hacha cortando la madera. «¡Abrid paso, apartaos!», gritaban sus capitanes mientras nos echaban a un lado. Quien no se movía, acababa pisoteado. Los atenienses reculaban, presas del pánico, tropezaban, se caían los unos sobre los otros y resbalaban colina abajo. Yo mismo me salvé gracias al muro tras el templo de Atenea Nike, donde me agarré a un saliente. Ante mí, yacían hombres y mujeres gravemente heridos, pero los espartanos seguían empujando sin perturbarse ni mostrar piedad alguna, hasta que finalmente abrieron una vía. Entonces, aparecieron por detrás los toxotai, que comenzaron a golpear a la gente con sus varas de sauce para ampliar la calle. Quien no se apartaba a tiempo recibía un fuerte sacudida en la espalda, el estómago o el rostro, independientemente de si se trataba de hombre o mujer, de niño o anciano. Y de nuevo apareció él, con las piernas muy abiertas y enrojecido como un animal. Me escondí para que no me viera. El corazón amenazaba con salirse del pecho, no sabía si de miedo o de furia. La espada reluciente en la mano, el casco de los arqueros en la cabeza, dándoles órdenes a mis soldados, que lo seguían sin rechistar, incluso aunque eso supusiera azotar a los atenienses. Evidentemente su cometido era abrir camino para los espartanos, y ellos cumplían sin volver ni un segundo la vista hacia su propia gente.

Hasta entonces no sabíamos lo que estaba ocurriendo en la Acrópolis, pero entonces el misterio finalmente se resolvió. Dos persas aparecieron en las escaleras. Tenían a cuatro oficiales espartanos a su lado y a una unidad de soldados rasos a sus espaldas. Tiraban de un carro de bueyes, un ejemplar enorme y burdo que logró bajar las escaleras tras un penoso esfuerzo. Estaba muy cargado y amenazaba con volcarse durante todo el trayecto. Presentí lo que llevaba; incluso antes de verlo, lo sentí. Así pues, aquella era la fianza que Critias y sus conjuradores habían prometido a los persas a cambio de equipar a Esparta con su impresionante flota; aquel era el botín de los persas y el precio que ellos tenían que pagar y pagaron por el dominio de la ciudad: nuestro botín de guerra, nuestra reliquia más sagrada. Se la habían vendido.

En su carreta se encontraba el manto dorado de Atenea Partenos.

Los atenienses que lo vieron, enmudecieron. Muchos se arrodillaron y hundieron la cabeza por la vergüenza y la pena. Era como si hubieran arrebatado ante nuestros ojos a un hijo de su madre para prostituirlo. Y allí estaba aquel hombre, él, riendo groseramente a carcajada limpia.

Capítulo 29



TRAS EL ROBO DEL MANTO DE ORO, LOS ESPARTANOS SE marcharon y nos abandonaron a nuestra suerte. La guerra había terminado, pero en nuestros corazones no podía existir la paz. La ciudad estaba derrotada, los muros derribados, la democracia derrocada, la población desarmada, nuestra diosa desnuda... ¿Podía ocurrir algo peor? ¿Quedaba alguna desgracia esperándonos?

Había poca gente que supiera que me había quedado en Atenas y permanecía oculto en mi propia casa. Uno de ellos era Sócrates. Una noche, ya habían transcurrido varias semanas desde la partida de los espartanos, pues escribo del mes de Targelion, llamó con cautela a la ventana de mi cocina.

—Nicómaco, déjame entrar. Soy yo, Sócrates —susurró la familiar voz de mi amigo. Yo estaba sentado en la oscuridad, comiendo. Desde el robo de armas no había vuelto a encender ninguna luz.

—Ven a la puerta —respondí, y fui tan rápido y silencioso como pude al jardín para abrirle la entrada. Eché a un lado el pestillo y le dejé pasar. De pronto, apareció tras él la sombra de otro hombre. Me embargó el pánico.

—No tengas miedo, es Lisias —susurró Sócrates, para tranquilizarme—. Necesitamos tu ayuda.

Les llevé dentro de casa hasta la sala principal, la más alejada de la calle. Allí estaríamos seguros, nadie nos oiría ni nos vería. Encendí una lamparita de inmediato y lo que vi a la luz de su pequeña llama, me hizo estremecer.

—Por amor de los dioses —exclamé.

Lisias estaba casi irreconocible. Tenía el rostro rígido, como petrificado. Dos heridas profundas y sanguinolentas le cruzaban la cara; otras dos, los hombros. En lugar de sus habituales prendas elegantes, vestía un manto de lana, sencillo y ligeramente raído.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —pregunté, mientras hacía sentarse a Lisias.

No respondió. Tenía la mirada perdida, fija en la nada.

—Espera —le pedí a mi amigo y acudí rápidamente a la cocina, de donde traje vino y algo de comer.

Cuando regresé con una bandeja a la estancia, encontré a Lisias en la misma posición en la que le había dejado. No se había movido. Parecía inerte como una estatua. Sócrates se sentó a su lado en el diván y le observó con consternación.

—Servios —les ofrecí a mis invitados tras colocar la bandeja sobre una mesa.

Intenté parecer jovial y despreocupado. Aunque temblaba ligeramente, le serví y

tendí un vaso a Lisias. Le sonreí y asentí para animarle a beber, pero él no se movió. Ni siquiera me aceptó el vaso. La luz de la pequeña lámpara disparaba imágenes perturbadoras sobre su rostro frígido, pero mi amigo continuaba completamente inmóvil.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a Sócrates.

—No lo sé —respondió, sin apartar la vista de Lisias—. Lo encontré frente a mi casa, hoy a mediodía. Estaba sangrando. Lo llevé a casa, lo lavé y le puse un manto. No ha dicho una sola palabra en todo este tiempo. Después de cuidarlo y curarle parcialmente, quise llevarlo a su casa, pero no me dejó. Se puso histérico. Gritaba, se tiraba del pelo y se golpeaba. Gritaba una y otra vez llamando a su hermano. Se calmó finalmente cuando le prometí que no lo mandaría allí, pero no podía quedarse conmigo. En ese momento pensé en ti. ¿Crees que podrías acogerlo un par de días? Al menos hasta que se ponga mejor, o hasta que encontremos algún otro sitio.

—Claro que puede quedarse —dije de inmediato, pues Lisias se había esforzado por ayudarme en su momento, pero también pregunté sin pensar por qué Sócrates no podía ofrecerle alojamiento. El sabio enrojeció como no le había visto avergonzarse nunca antes igual. Me arrepentí inmediatamente de mi curiosidad.

—Jantipa —replicó, titubeante—, ya sabes cómo es. No quería que se quedara en casa con nosotros. Temía por los niños.

—A mi Aspasia le habría pasado lo mismo —repliqué seguidamente, aunque estaba seguro de que mi esposa no le negaría su hospitalidad a un amigo en necesidad.

Me pregunté cómo era posible que una mujer pudiera dominar así a un hombre. ¿Cómo decía el refrán? El fuego, el mar, la mujer: tres palabras, un mal. Cambié rápidamente de tema.

—Lisias necesita a un médico. Quizá Cilón pudiera verle, ¿puedes enviar un mensajero al Pireo?

—Sí, preguntaré a uno de mis alumnos —respondió Sócrates, a quien el cambio de tema le pareció aún más oportuno que a mí.

Incluso a la penosa luz de aquel farol percibí cómo sus rasgos se tensaban. Tenía miedo de Jantipa, pero no quería dejarlo ver. Durante un instante pensé en qué sería de él si su esposa cuidara de un hogar amoroso. Quizá entonces no le gustaría pasar tanto tiempo en el ágora.

—Mejor no envíes a ninguno de tus estudiantes —dije—. Ya sabes cómo son las más dotadas de las plantas de tu jardín.

Sócrates se quedó aparentemente perplejo durante un instante. Por primera vez desde que le conocí, se sentía realmente inseguro. Vi cómo movía sus labios mudos, para seguidamente contestar con seguridad.

—Tienes razón, será mejor que envíe a uno de mis hijos.

Aunque habíamos estado hablando de él todo el tiempo, Lisias continuaba completamente ajeno. Ni siquiera nos escuchaba. Una vez más traté de ponerle el

vaso en la mano, pero no lo conseguí: no cerraba los dedos en torno al recipiente. Debía devolverle a la vida de alguna manera, así que me levanté y le di yo mismo de beber. Tomó uno o dos traguitos imperceptibles. Bien, era un comienzo. Sócrates miraba con atención, y me alcanzó un trozo de pan. Aparté un cachito y se lo metí a Lisias en la boca. Vacilante, separó los labios y aceptó la comida.

—Veo que mi espíritu bueno tenía razón cuando me aconsejó que te trajera a Lisias —susurró Sócrates, y vi cómo se alegraba con cada movimiento que efectuaba el meteco.

Era tarde. Sócrates debía irse, pero prometió que al día siguiente haría llamar a Cilón y que volvería por la tarde. Quería aprovechar el día averiguando qué le podía haber ocurrido a Lisias. Le acompañé hasta la puerta y me despedí de él. La noche todavía era cálida y olía a verano, pero producía una oscuridad como sólo la crea la luna nueva. El astro era tan sólo una franja fina y pálida como el filo de una espada.

Cerré y atranqué la puerta silenciosamente. Por suerte había engrasado previamente el postigo. Entonces, regresé a donde Lisias se encontraba y me lo encontré dormido sobre el diván. Daba la impresión de que simplemente se había dejado caer a un lado. Estaba dormido, al fin y al cabo, y el sueño cura las heridas del alma incluso más que el tiempo.

Decidí pasar la noche junto a Lisias. Cogí dos mantas de mi escondrijo y coloqué los sillones uno junto a otro para despertarme rápidamente si mi amigo necesitaba ayuda. Una vez dejé preparado mi lecho, arrojé a Lisias. Estaba convencido de que debía haber pasado por una experiencia aterradora. El rostro se le deformaba de inquietud en sueños, y el sudor le perlaba la frente. Le sequé con un paño. La respiración del meteco era rápida y superficial. Entonces se oyó un ruido, al principio, casi imperceptible, que llegó a mis oídos con suavidad y contención. Me recordaba a algo, pero al principio no pude concretar a qué. Debía permanecer en silencio y apenas respirar si quería reconocerlo, así pues, me quedé sentado junto a Lisias sin emitir ningún sonido. Entonces lo descubrí: un ligero silbido que surgía de la nariz de Lisias, igual que con mi hijo cuando estaba un poco acatarrado. Entonces entendí: una luna nueva en verano; el aniversario de la muerte de Periandro.

Me quedé sentado largo rato a la luz de la lámpara de aceite. Nadie me acompañaba en la oscuridad de mis pensamientos. Lisias suspiraba profundamente de vez en cuando, y después seguía durmiendo. En una ocasión llamó a su hermano.

¿Cómo era aquello? Un hombre que denunciaba a su propio padre porque había golpeado a un esclavo. Ciertamente, esa era la historia que Sócrates me había contado cuando nos conocimos. La cuestión era qué comportamiento era más correcto: la lealtad a la familia o a las leyes de la ciudad. ¿Qué era lo que Periandro había decidido? Ya no lo sabía. Debía preguntárselo a Sócrates. ¿Qué habría decidido yo mismo?

Finalmente, cuando el aceite de la lámpara y el vino de la garrafa llegaron a su

fin, intenté dormir un poco, pero apenas lo conseguí. La noche no era tranquila, Lisias soñaba, gemía y llamaba a Polemarco. Sin embargo, yo me sentía extrañamente relajado, casi sereno. El ligero silbido de la nariz de Lisias me había recordado una promesa que me había realizado a mí mismo, y que estaba decidido a cumplir.

Me desperté de golpe de un reposo sin sueños y encontré a Lisias sentado junto a mí. La mañana despuntaba y poco a poco iba clareando, aunque la habitación continuaba en la penumbra. La lámpara seguía extinta sobre el taburete que había junto a mi diván.

—No quería despertarte —dijo Lisias. Me despejé de inmediato.

—¡Estás hablando! ¡Qué alegría! —exclamé instintivamente, aunque tenía la boca seca y la lengua torpe a causa del vino—. ¿Qué te ocurrió ayer? ¿Recuerdas algo?

Lisias me miró con tristeza.

—Lo recuerdo todo —replicó—, todo.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunté.

Lisias miró a un lado y no respondió. Me di cuenta de que se había puesto a temblar.

—Está bien —intenté tranquilizarlo, me levanté y le pasé el brazo por encima de los hombros.

Aquello rompió definitivamente las barreras de su resistencia. Como si las nubes hubieran desatado un torrente, Lisias se echó a llorar y a chillar. Se arrojó contra mi pecho igual que un niño. La mucosidad y las lágrimas me traspasaban la ropa, pero yo sabía que ese arrebató ayudaría más a su curación que el silencio férreo que había atrapado su corazón el día anterior.

Lisias tardó en calmarse. Para cuando dejó de llorar, tenía la cara y los ojos rojos, hinchados y húmedos, y apenas parecían humanos. Quiso decir algo, pero se le quebró la voz. Le traje una tina de agua y lo dejé solo para que pudiera lavarse y recomponerse. Entonces, fui a la cocina y preparé un pequeño desayuno. El día se anunciaba caluroso. También aquel año tendría un verano de calor.

La puerta se abrió. Durante un instante, vi a Licón frente a mí, como cuando irrumpió para llevarme ante Alcibíades, pero el recuerdo y mi vista borrosa me engañaron. Era Lisias. Me buscaba. Tras él, el sol deslumbraba todo y atravesaba la puerta. La penumbra de la mañana temprana había dado paso al blanco reluciente del estío.

—Ven —le pedí—, espero que no te importe desayunar aquí en la cocina.

—No, claro que no —replicó con una voz que todavía temblaba ligeramente, y se sentó junto a la pequeña mesa de la cocina. Se había lavado y peinado, pero su rostro y sus ojos seguían hinchados.

—Cuando he entrado me has mirado como si hubieras visto a un fantasma —dijo

—. ¿Tengo un aspecto tan terrible?

—No, estás terrible —mentí, y coloqué algo de torta de pan sobre la mesa—. Mis ojos me han gastado una broma, y por un instante te tomé por otra persona. Anoche bebí demasiado.

Lisias asintió y echó agua en nuestros vasos. No me atreví a preguntarle por lo que le había ocurrido el día anterior. Cuando quisiera contármelo, lo haría sin necesidad de que yo le presionara.

Comí con apetito. Lisias, por el contrario, apenas tocó el desayuno. Intentó tomar un cacho de pan, pero sólo con darle un pequeño mordisco se le acabaron las ganas. Tenía la mirada vacía. Sostenía en una mano un vaso de agua, y bebía de cuando en cuando pequeños sorbos. No daba muestras de ir a hablar en ningún momento. Temí que algo le hubiera podido ocurrir a su hermano, pero no me atreví a preguntarle. Lisias y Polemarco estaban muy unidos, eso lo supe desde que les conocí. Así seguimos comiendo él y yo, en silencio, en torno a la mesa de la cocina envuelta en tinieblas, mientras desde la calle llegaban los ruidos de la ciudad, una ciudad que comenzaba su jornada de trabajo. Un frutero empujaba su carreta pregonando las alabanzas de sus frutas tempranas. Un grupo de niños alborotaba jugando con un perro, al que daban una orden tras otra sin compasión. Mientras tanto, en la cocina, el silencio seguía siendo asfixiante, y hacía que la vida de la calle pareciera del todo irreal.

No sé muy bien cómo surgió el tema. Simplemente tenía que decir algo para romper aquella calma tensa y empujar a Lisias a que hablara. Me limité a aferrarme a un recuerdo que latía en mi mente.

—Cridas también fue discípulo de Sócrates, ¿verdad? —comencé a hablar, casi casualmente. Lisias me escuchó y después asintió—. ¿Sabes por qué rompieron sus relaciones?

Lisias apartó su vaso y se pasó la mano por la cara. Cuando volvió a mirarme, parecía inmensamente cansado.

—No sé si debería contarte esto —dijo—. Sería mejor que fuera el propio Sócrates quien contestara a esa pregunta, pero ya no habla nunca de aquella época. Por otro lado, estoy en deuda contigo y creo que deberías saberlo...

Me sorprendió aquella introducción tan elaborada, aun cuando casi esperaba que entre las desavenencias de ambos residiera un gran secreto. Así era, de hecho. Lisias dudó un instante y después me narró, me explicó en aquella forma suya tan sencilla y clara, una historia de celos y traición en cuyo centro se encontraba, precisamente, Critias. Así descubrí que, en otro tiempo, también Sócrates amó al más hermoso muchacho de los que se habían visto en toda Ática: Alcibíades, sobrino de Pericles y discípulo de mi sabio amigo. Si ese amor tomó un carácter carnal, si Sócrates, ese púdico sátiro, llegó a besar a aquel joven de belleza apolínea, era algo que nadie sabía con certeza. El propio Alcibíades, quien gustaba de hablar abiertamente de estas cuestiones, como era bien sabido, había contado una vez en un banquete cómo había

intentado seducir a Sócrates: cómo había participado en un combate atlético, medio desnudo, contra él, y se había dejado caer, exhausto, a su lado, pero en vano. El viejo zorro permanecía ante todo fiel a sí mismo y no se dejaba tentar por aquellos cuerpos jóvenes e incomparables. Sin embargo, aunque Sócrates había rechazado el cuerpo de Alcibíades, le amaba realmente. No había ninguna duda sobre ello, pues cada día lo miraba con ojos llenos de amor.

¿Por qué veneras, divino Sócrates, siempre a ese muchacho?

Así comenzó Lisias a recitar la primera línea de una vieja canción que yo mismo había escuchado ya en alguna ocasión. Entonces, me miró durante un instante con ojos llenos de melancolía, pues para él también habían pasado muchos años desde entonces, y continuó con su narración.

Además de Alcibíades, en aquella época Critias también era discípulo de Sócrates, y cuanto más evidente se hacía el afecto que aquellos se procesaban, más le corroían los celos a Critias. Debe añadirse que eran celos por partida doble, pues no estaban dirigidos sólo a uno de ellos, por quien estuviera particularmente obsesionado. Critias estaba celoso de ambos al mismo tiempo, y envidiaba el amor que se tenían: a Sócrates por la belleza que se le ofrecía; a Alcibíades, por el espíritu que atraía.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunté durante una pausa escénica que Lisias, orador aun en ese momento, no podía dejar de introducir.

Me miró nuevamente con tristeza, y su mirada era muy clara al respecto.

—¿No eres capaz de imaginarte lo que él hizo? —preguntó.

Yo negué con la cabeza. Lisias echó la cabeza para atrás y cerró los ojos. Parecía querer extraer sus recuerdos y sus palabras desde la distancia.

—Juró vengarse y esperó su oportunidad para poder separar a maestro y alumno para siempre —continuó—. Esperó diez años, diez largos años, en los que Alcibíades fue ganando fama y éxito, algo que alimentó de nuevo la envidia y el odio en el alma de Critias. Estoy convencido de que lo recordarás: Alcibíades acababa de concluir una campaña victoriosa. Tenía poco más de treinta años, el amor entre Sócrates y él se había transformado en amistad, pero seguían estando muy unidos. Alcibíades fue elegido entonces como estratega por primera vez; una nueva espina en la carne de Critias, como podrás imaginarte, pues había ambicionado aquel puesto desde hacía mucho... Alcibíades era, por aquel entonces, aún más ambicioso e impetuoso de lo que tú le has conocido. Convenció a los atenienses de atacar Sicilia, y quiso dirigir él mismo la flota. En la noche anterior a que él se hiciera a la mar, ocurrió algo inaudito...

—Atacaron las estatuas de Hermes del ágora —dije, seco.

—Así es —sentenció él—; o, lo que es más exacto: las castraron...

—Los Hermocópidas.

—Los Hermocópidas —repitió Lisias, mientras seguía construyendo ante mis ojos el mosaico de lo ocurrido—. Sabía que te acordarías. Alcibíades se embarcó de buena mañana y soltó las velas. No podía saber lo que había ocurrido la noche anterior. Sin embargo, cundió un gran escándalo porque el estratega de Atenas había partido el mismo día que se había mancillado a los dioses de esa manera. Grandes supersticiosos como son, los atenienses temieron que fuera un mal presagio. Un par de días después se extendió el rumor de que había sido el propio Alcibíades quien había destrozado las estatuas. Se dice que él y un par de amigos se habían emborrachado hasta la exageración la noche antes de la expedición, y finalmente habían acudido voceando al ágora para mancillar las imágenes divinas. Los testigos del suceso fueron aumentando en número: nadie lo había visto en realidad, pero todo el mundo tenía un amigo de confianza que había reconocido a Alcibíades. Antes de que se pudiera verificar, alguien levantó una demanda formal contra el joven estratega. Se le acusó de profanación. El proceso se realizó en su ausencia, y se condenó a Alcibíades a muerte casi por unanimidad. Ni Sócrates ni yo pudimos impedirlo. Cuando el condenado se enteró de la pena impuesta, se negó a regresar, aunque Sócrates le juró que volverían a juzgarle. Huyó a Esparta, donde le recibieron con los brazos abiertos. ¿Qué mejor aliado podrían encontrar contra Atenas que el propio sobrino de Pericles? El resto de la historia ya la conoces. Alcibíades permaneció lejos de la ciudad durante diez años. Sócrates y él no se han vuelto a ver: cuando el pupilo regresó finalmente, la distancia con su maestro se había hecho infranqueable.

—¿Quién acusó a Alcibíades? —pregunté—. Eso ya no lo sé.

—Un tal Ademantos —repuso Lisias, en cuyos ojos refulgía un brillo extraño—, pero no es nadie relevante. Lo importante es quién estaba tras él.

—¡Critias! —exclamé, convencido.

Lisias alzó las manos.

—Critias —repitió—, pero eso no es todo. Mira, no sólo aprovechó la oportunidad para vengarse y librarse para siempre de un rival, sino que hizo mucho más: tenía todo planeado desde el principio, y lo puso en práctica.

—¿Qué quieres decir? No lo entiendo.

—Oh, es muy simple —comentó Lisias, paciente—. Fue él quien sugirió a Alcibíades la idea de atacar Sicilia, pues hacía muchos años que se conocían, y también fue él quien mutiló las estatuas la noche anterior a la partida. Él es el único responsable del atentado contra Hermes, sólo él. Por último, se ocupó de que todo el mundo sospechara de Alcibíades.

Lisias colocó el vaso sobre la mesa, se levantó y fue a la ventana. No daba muestras de volver a empezar a hablar, parecía que había concluido su discurso.

—¿Cómo puedes estar seguro de que Critias lo planeó todo? —pregunté tras un buen rato, mientras Lisias se dedicaba a abrir la rendija de la ventana y a observar la calle. Se volvió hacia mí.

—Eso tiene la respuesta más simple del mundo. Sócrates se lo sonsacó durante una conversación y, orgulloso como es Critias, tuvo que admitirlo, pues lo consideraba una prueba de su superior intelecto. También aconsejó a Sócrates que no se inmiscuyera, y éste me lo contó esa misma tarde: «Te advierto, Sócrates, que si intentas algo contra mí, negaré incluso que he hablado contigo... Todo este asunto es demasiado grande y demasiado peligroso para ti».

Lisias debió reparar en que aquella expresión me había llamado la atención.

—Sí, lo sé —dijo—. Esas palabras no te son desconocidas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Sócrates me contó tu encuentro con Licón —respondió, modestamente.

Lisias volvió a sentarse en la pequeña mesa. La tensión en su rostro había remitido. Estaba cansado, viejo y triste. Lo que quiera que hubiera vivido el día anterior, se lo guardó para sí. Una lágrima le recorrió la mejilla. Mientras tanto, las mismas palabras resonaban en mi mente: «Todo este asunto es demasiado grande y demasiado peligroso para ti». ¿Era Critias realmente un ser humano? ¿Quién era capaz de odiar durante diez años? Había, además, otra cosa que no entendía: si Sócrates sabía que Critias era el único responsable del destierro de una persona que le había sido más cercana que ninguna otra, ¿por qué no se había vengado de él?

Capítulo 30



TAL Y COMO YO HABÍA ESPERADO, SÓCRATES Y CILÓN nos visitaron ese mismo día. Llegaron casi al mismo tiempo, aprovechando la protección del atardecer, y llamaron cuidadosamente a la puerta. Mientras Sócrates me saludó serio, pero también amistoso y cercano, según me tenía acostumbrado, Cilón se me presentó apocado y evasivo.

—¿Qué tal están Aspasia y mis hijos? —pregunté, después de intercambiar un beso fraternal.

—Bien, no te preocupes —replicó Cilón agachando los ojos—, no les falta de nada. Les cuido tan bien como puedo. Te echan de menos.

Entonces, preguntó, sin levantar la vista del suelo, por Lisias, mientras el aguijón de los celos se volvía a clavar en mi corazón. No podía dejar a mi familia sola mucho más tiempo, era un hecho.

—No ha dejado su habitación desde el desayuno —respondí, luchando con mis sentimientos—. He ido a verlo tres veces para llevarle agua y algo de comer, pero no los ha tocado, pero al menos vuelve a hablar. Ayer no dijo una palabra en todo el día.

Llevé a Cilón hasta Lisias y les dejé solos. Sócrates esperaba en el jardín. Estaba sentado bajo nuestra higuera, en el lugar favorito de mi padre. Su semblante se mostraba inusualmente serio. Traía noticias espantosas.

—¿Has descubierto algo? —pregunté.

Sócrates asintió.

—Sí, lo he hecho.

En su rostro se pintaba toda la gravedad del mundo.

—¿No te ocurre que a veces te avergüenzas de ser ateniense? —preguntó, de pronto.

—No lo sé —contesté perplejo—, nunca había pensado en ello. ¿Deberíamos avergonzarnos?

Sócrates no contestó de inmediato. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. En sus sienes palpitaba una vena oscura.

—Están expulsando a los metecos —dijo, finalmente—. Empezaron ayer. Primero los expolian y luego los echan de la ciudad.

—No lo entiendo —repliqué, incrédulo—. ¿Quién está expulsando a los metecos?

—Los Treinta. ¡Cridas y sus cómplices! —repuso Sócrates—. ¡Atajo de asesinos! —maldijo.

Le di tiempo para que se tranquilizara, entonces le pedí que me contara todo

desde el principio. Respiró hondo y comenzó a hablar.

Sócrates había recorrido a toda prisa la ciudad entera, y había hablado abiertamente con todo el mundo sobre lo que podía haber pasado. Simón, el zapatero, había sido una vez más una fuente de confianza. La tienda junto al Tholos seguía siendo el mejor punto de encuentro para el intercambio de noticias, incluso aunque ya no hubiera miembros del consejo. Lo demás lo había descubierto por los vecinos de Lisias que le habían explicado, pálidos y aterrorizados, lo que habían presenciado: Además, había otra persona en la que podía confiar...

Después de que los Treinta dejaran marchar a los persas con su botín de guerra, debían haber reflexionado mucho sobre cómo podían volver a llenar las arcas de la ciudad tan rápido como fuera posible. De quién había partido la idea de, simplemente, robar los bienes de los metecos, era algo que Sócrates no había llegado a descubrir, pero entre todos habían tomado la decisión y la habían puesto en práctica a primera hora del día anterior. La familia de Lisias estaba en primer lugar. Céfalos y sus hijos eran los extranjeros más ricos de la ciudad. Para que su codicia no resultara demasiado evidente, los Treinta habían votado no sólo expoliar a los ricos, sino también seleccionar a algunos metecos pobres... Sin embargo, Céfalos seguía siendo el primero de la lista.

La mañana del día anterior al que nos encontrábamos, un tal Eratóstenes, uno de los Treinta, había cercado la casa con una tropa de toxotai. Golpearon salvajemente la puerta y cuando abrieron, se precipitaron dentro de la mansión como un vendaval. Lo que ocurrió allí es algo de lo que los vecinos pueden dar testimonio. Presumiblemente habían registrado cámara tras cámara, arca tras arca, para hacerse con todo el oro y la plata que pudieron encontrar. En cualquier caso, poco tiempo después comenzaron a cargar las posesiones de Céfalo en dos grandes carros de bueyes que alguien había traído para acomodar el botín. De pronto, se oyó un gran escándalo procedente del patio interior: terribles maldiciones, seguidas de un sonido borboteante y el estremecedor grito de una mujer, a la que debían estar matando en ese momento. Nadie dudó de que algo espantoso acababa de ocurrir. Después de que los toxotai hubieran cargado finalmente los carros y hubieran registrado toda la propiedad, uno de los vecinos de Céfalo se atrevió a entrar en su casa. Lo que se le ofreció fue una visión terrorífica. El joven Polemarco yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Le habían abierto el estómago de un golpe de espada, y las vísceras se le salían del cuerpo. Había intentado retenerlas dentro con las manos mientras agonizaba. Sobre Polemarco, y al mismo tiempo a su lado, se encontraba la esclava negra, que lo abrazaba. Estaba completamente desnuda, y a pesar de la muerte su cuerpo seguía siendo espectacularmente hermoso, pero estaba muerta, al fin y al cabo: le habían separado la cabeza del tronco.

—No he podido averiguar más —concluyó Sócrates su relato—. Lisias debió presenciar cómo mataban a su hermano y a esa mujer. Ya sabes que estaba muy unido a Polemarco.

Sócrates se limpió una lágrima de la comisura del ojo y miró la casa en la que habíamos dejado a Cilón al cuidado de Lisias. Guardó silencio, y yo recordé a la hermosa esclava que había observado a Polemarco tras su regreso con el Paralos como si no fuera de este mundo, delante de todos los visitantes. No había duda de que ella le amaba, con toda la pasión irrefrenable de la que es capaz una mujer joven. Entonces la escena cambió a otra diferente: dos toxotai sostienen a la joven esclava fuertemente de los brazos. Ella se retuerce y se resiste como una gata salvaje. Un tercer soldado se coloca ante ella y le arranca la ropa. Riendo, se vuelve hacia ella, y de pronto se le ve el rostro. Durante un instante puedo oler su repugnante aliento.

—Aún tengo más malas noticias —le oí decir a Sócrates, y mi imagen mental desapareció.

Se había aproximado mucho a la realidad, tal y como descubrí después.

Busqué en la oscuridad el rostro de Sócrates. Sabía lo que iba a decir.

—Ya he dicho que los Treinta no sólo eligieron a los meteros ricos, sino también a algunos pobres... —continuó.

—¡Misón! —grité. Un par de palomas se espantaron y escaparon volando del tejado. Volví a bajar la voz: ya era bastante insensato estar allí sentado—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Está muerto?

Sócrates sacudió la cabeza.

—Por lo que sé, no —replicó con gravedad—, pero le han arrestado, y le están interrogando.

—¿Interrogando? ¿Por qué? —pregunté, consternado, pues sabía qué técnicas estarían utilizando para interrogarlo.

—Conocían sus vínculos con los demócratas —respondió Sócrates. Dudó un segundo, casi parecía como si tuviera que coger impulso para continuar con lo que tenía que decir—, y también conocían sus vínculos contigo. Estás en peligro, Nicómaco. Cridas no te ha perdonado.

¡Critias! Sólo el sonido de aquel nombre me hacía ya estremecer como en un terremoto, y más al pensar en Misón, sentado en una celda, cubierto de sangre, igual que Lisipo, aquel pobre diablo al que una vez contemplé en ese estado. Me giré hacia Sócrates. Su silueta se desvanecía en la oscuridad. El viento de la tarde se colaba entre las hojas de la higuera.

—¿Dónde está? —pregunté—. ¿Le han llevado a la cárcel o al cuartel?

—A la cárcel —repuso Sócrates, ausente. Sabía que todavía me quedaba otra pregunta por hacerle.

—Dime una cosa, Sócrates —le pedí, pues, e intenté distinguir su figura en las sombras nocturnas del árbol—. ¿Cómo has sabido lo de Misón? —aunque apenas podía verlo, sentí como miraba consternado hacia un lado. Suspiró.

—Alguien me pidió que te avisara pero que no dijera su nombre. Es alguien que quiere lo mejor para ti, créeme —dijo.

—¿Has hablado con Licón? —pregunté espantado.

—¿Lirón? ¡No, claro que no! No te preocupes por eso —me aseguró, completamente sereno—. No he cruzado una sola palabra con tu antiguo erómenos. Sin embargo te pido que no me presiones más con este tema. He prometido que no revelaría su nombre.

No sé si habría sido capaz de no haber seguido presionando a Sócrates, pero en ese momento se abrió la puerta de la sala grande y apareció la figura juvenil de Cilón. A la luz de la lamparita podía apreciarse cómo se volvía una vez más para asegurarse de que Lisias estaba bien. Entonces, cerró la puerta tras él, y la oscuridad volvió a reinar brevemente en el jardín.

—Aquí estamos —susurró en mi dirección.

Los pasos de Cilón se dirigían hacia nosotros. Súbitamente se oyó un ruido: debía haber chocado con algo duro. Gritó de dolor y maldijo como un bárbaro. Me reí para mis adentros, y el médico se aproximó hacia nosotros. Palpó una silla y se dejó caer sobre ella, agotado.

—Me he dado con una piedra en los dedos —dijo sujetándose el pie herido. Sonreí con satisfacción, pero me alegré de que nadie pudiera verme.

—¿Qué tal está Lisias? —preguntamos Sócrates y yo casi al mismo tiempo.

Cilón suspiró antes de contestar.

—Está dormido. Le he dado un somnífero.

—¿Te ha contado lo que le ha pasado? —preguntó Sócrates.

—No —respondió Cilón, mirando más a Sócrates que a mí—, y quizá todavía sea demasiado pronto para eso, sin embargo, no cabe duda de que tienes razón con tus especulaciones. Le he hablado a Lisias de su hermano y se ha echado a temblar de inmediato.

Sócrates debía haberle contado ya a Cilón lo que había descubierto, quizá en el camino hasta allí.

—¿Qué podemos hacer? —se interesó Sócrates.

—Nada, sólo podemos darle tiempo y calma —repuso Cilón—. Los médicos no pueden curar el alma.

Dichas estas palabras, calló y se concentró en masajearse el pie. ¿El alma? Sócrates parecía estar hablando más y con más frecuencia con Cilón de lo que yo suponía. Aunque apenas podía verle, sentí la mirada de Cilón puesta en mí.

—Creo que lo mejor sería que mañana, poco después de la salida del sol, me llevara a Lisias al Pireo conmigo —dijo, esta vez claramente vuelto hacia mí.

—¿Y por qué al Pireo? —pregunté ofendido.

Cilón no respondió. El pensamiento de cómo había podido ser tan idiota de confiarle a Aspasia y a los niños me golpeó el cerebro. Él era demasiado joven, y Aspasia demasiado hermosa como para poder fiarme. ¿Era por eso que ella había aceptado tan rápido ir donde él con los niños? ¿Precisamente ella, que no era capaz de soportar por mi parte ni una noche de ausencia? ¿O acaso no había sido idea suya lo de ocultarse en casa de Cilón?

Sócrates carraspeó.

—Le he contado a Cilón que estás en peligro —dijo, tan calmado como pudo—. Hemos pensado que Lisias sería un estorbo para ti, y que sería mejor si Cilón se lo llevara. Además, desde el Pireo le resultaría más fácil abandonar la ciudad. No pretendemos poner en duda tu capacidad como anfitrión.

A pesar de la oscuridad, vi cómo Cilón asentía.

—Por supuesto estás invitado a venir de inmediato —añadió, en voz baja y con humildad—, tu familia te espera.

De inmediato me invadió el más profundo de los arrepentimientos, y guardé silencio, abochornado. Quedaba patente que me estaba empezando a afectar la soledad prolongada. Con el tiempo, un perro solitario se olvida de cómo diferenciar amigos de enemigos.

—Te imaginarás cuántos atenienses han huido ya al Pireo —continuó Cilón.

—Por favor, perdóname —dije, y me levanté para aclararme la cabeza.

De pronto, caí en la cuenta de lo que llevaba mucho tiempo queriendo preguntar a Sócrates. Me detuve de golpe y me volví hacia él.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos y hablamos de Periandro por primera vez? —pregunté y continué sin aguardar respuesta—. Me contaste la historia de un hombre que denuncia a su propio padre porque ha golpeado a un esclavo, ¿lo recuerdas?

—Ciertamente —repuso Sócrates.

—Si lo he entendido bien, esa historia lleva a la pregunta de si es correcto situar las leyes de la polis por encima del amor a la familia.

—Eso parece —respondió Sócrates.

—Dime, ¿qué contesto a eso Periandro? Yo no lo sé.

Sócrates dudó un instante. Con toda seguridad debía recuperar en su mente la conversación acerca de Periandro. Aunque no le veía la cara, habría podido jurar que estaría moviendo los labios mientras pensaba.

—La pregunta le preocupó enormemente —dijo tras un tiempo—. Recuerdo cómo me habló cuatro o cinco veces de esa pequeña parábola y cómo meditaba su respuesta una y otra vez. Finalmente se decidió por las leyes de la ciudad, pero esto le rompió el corazón.

Me mordí el labio. Había esperado y deseado esa respuesta, y poco a poco los pequeños y redondeados guijarros que había ido acumulando en mi saco en los últimos años comenzaban a conformar una imagen. Aún no estaba completa, y lo sabía, pero poco a poco comenzaba a tener sentido. Estábamos sentados en nuestro oscuro jardín, y sin embargo sentía ver las cosas tan claras como si el cálido sol del Ática brillara sobre el Licabeto.

—¿Cuándo mostró Periandro ese cambio de carácter del que, al parecer, nadie se percató aparte de ti? ¿Sabes lo que quiero decir?

—Debió... —una vez más, Sócrates se tomó su tiempo para pensar—. ¡Tienes razón! ¡Debió ser aproximadamente en esa misma época! ¿Qué crees que significa?

Por aquel entonces yo era demasiado joven e impaciente como para guardarme la respuesta para mí. Quería salir, y guardar silencio nunca se encontró entre mis virtudes, así que se lo dije:

—Creo que ahí reside la razón por la que mataron a Periandro.

—¿En esa historia? —preguntó Cilón, sorprendido. Sócrates, por el contrario, no dijo nada y se limitó a escuchar con atención.

—La construcción de la flota espartana, la derrota de Atenas, el gobierno de los Treinta Tiranos... Todo ello se preparó con minuciosidad —expliqué—. Asesinaron a Periandro sólo un día antes de la llegada de los banqueros persas y de su encuentro con Critias. En ese encuentro se ofreció como fianza el tesoro de la ciudad. Lo sé a ciencia cierta, el capitán persa me lo reveló. Estoy seguro de que Periandro conocía los planes de Critias. Le conocía bien a él y a todos los conspiradores. Eran amigos suyos.

—¿Y? —dijo Cilón, que aún no entendía nada.

—¿No lo ves? —pregunté, casi colérico—. La conspiración iba en contra de las leyes, pero la provocaron hombres cercanos a Periandro. Critias era el mejor amigo de su padre y el tío de su amante. ¡La parábola de Sócrates le hizo darse cuenta de que debía traicionarlo a él y a los otros!

—¿Porque entonces haría lo correcto? —preguntó Cilón, que poco a poco comenzaba a comprender.

—Porque entonces estaría haciendo lo correcto —sentencié—. Se había decidido: la historia de Sócrates le había mostrado la dirección. Las leyes de la polis están por encima de la familia y de los amigos, por lo tanto, él debía traicionar a su amigos, y quizá también a la persona que le era más cercana...

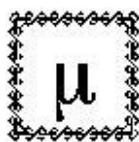
No necesité seguir hablando. Sócrates y Cilón supieron claramente lo que pretendía decir. Durante un momento, se impuso el silencio. Hasta los pájaros nocturnos callaban, como si estuvieran haciendo un descanso antes de su siguiente canción. Sin embargo, yo presentía que la conversación no había llegado a su fin.

—Eres injusto con él —dijo Sócrates, tras un momento.

—¿Con quién? ¿Con Critias? —preguntó Cilón, sorprendido.

—No, no con Critias —repuso Sócrates—. Con Platón.

Capítulo 31



ATENAS ERA MI CIUDAD. CONOCÍA CADA CAMINO, CADA casa, cada templo y cada estatua. Habría podido orientarme con los ojos cerrados. El barrio por el que transitaba era capaz de reconocerlo por el sonido de los talleres y el sonido de las cocinas. Aunque apenas se podía ver más allá de la propia nariz, yo sabía que me encontraba a sólo cinco estadios del Areópago y que, tras él, la Acrópolis lo dominaba todo. Un pequeño resplandor, apenas más brillante que una estrella del cielo, relucía desde el Partenón. Allí ardía un fuego eterno, alimentado cada hora por los sacerdotes. Tan sólo unos pasos más a la derecha, suaves, para no despertar a nadie ni llamar la atención de los malditos toxotai. Finalmente, me encontraba frente al gran portal de la prisión. No había tenido demasiado tiempo para pensar en ello. En cuanto Sócrates se marchó, supe que tenía que liberar a Misón. Por eso estaba allí, armado con una palanqueta y un martillo que había tomado prestados de casa de Raios.

—¿Qué quieres hacer con mis herramientas, Nicómaco? —me había preguntado mi suegro tras entregármelos, todavía medio dormido.

—Nada, es mejor si no lo sabes —respondí, y me puse en camino.

—¡Espera! —me llamó—. ¿No lo has oído? ¡Pronto mejorará todo en Atenas! Me detuve en el umbral.

—¿Qué va a mejorar? —pregunté—. Hoy por la mañana han dado caza a los metecos.

—Nicómaco, eso es sólo un incidente aislado. Lo sé de buena tinta: los Treinta quieren convocar un consejo de tres mil ciudadanos para hacerlos participar en las tareas de gobierno —explicó apresuradamente—. Poco a poco irán cediendo más poder, y la tiranía llegará a su fin. Su único propósito era el de hacer que los espartanos se marcharan. ¡Gobernaremos con sabiduría y gentileza!

—¿«Gobernaremos»? —pregunté, perplejo y espantado por igual.

Raios balanceaba el torso con simulada modestia y avanzó un paso hacia mí.

—Quiere decir que mi nombre está en la lista —dijo, con tono confidencial. Su verruga bailaba frente a mis ojos.

—Un tirano nunca ha entregado su poder voluntariamente —dije, y me marché.

Critias no era amigo de compartir nada. Sentí la mirada de Raios en mi espalda: en ese momento, era un extraño para mí.

Coloqué la palanca bajo la puerta derecha y la levanté ligeramente. Pronto apareció una pequeña rendija entre los dos grandes maderos. Ya sólo tenía que fijarla

con una cuña y entonces podría insertar la punta de mi puñal por la abertura y tratar de levantar el pestillo. Al final todo fue mucho más fácil de lo que había esperado, pues alguien había engrasado el pestillo por mí. A pesar de todo, estaba muy prieto. Con cuidado, tomé el martilló y empujé el puñal hacia arriba con toques ligeros. El pestillo no se movió. ¿Habría colocado Bias en ese tiempo algún candado? ¿Seguiría él allí? Gotas de sudor me recorrieron la frente. Propiné un golpe ligeramente más fuerte al pomo del cuchillo, pero de forma tan poco afortunada, que el puñal saltó de la rendija y voló peligrosamente cerca de mi rostro hasta clavarse en el suelo, a mi espalda. Mientras me inclinaba por el arma, iba maldiciendo en voz muy baja. Estaba colocando el cuchillo por segunda vez cuando oí pasos procedentes del patio interior. Me habían descubierto.

—¿Quién está ahí? —gritó Bias, que intentaba dar a su voz un tono de seguridad, aunque yo podía distinguir el temblor que trataba de ocultar.

Gracias a Zeus, los Treinta no habían reemplazado al pequeño guarda.

—Bias, soy yo —susurré a través de la rendija—. Nicómaco, tu antiguo capitán, ¿no me reconoces?

—¡Capitán! —gritó Bias, y durante un instante no supe si pretendía saludarme o llamar pidiendo ayuda.

Entonces oí cómo el pestillo se movía y la puerta se abría.

—¡Capitán! —repitió Bias.

Miró furtivamente a izquierda y derecha en la calle y tiró de mí dentro del edificio.

—Ven, rápido. Ya contaba contigo —presto cerró la puerta tras nosotros.

Me encontraba atrapado. De haber sido una emboscada, estaría perdido. ¿No querría decir eso que conviene guardarse de los estigmatizados?

—¿Cómo sabías que vendría? —pregunté al pequeño guardián.

—Fuiste el último capitán de los toxotai que hizo honor a su cargo —respondió, mientras me llevaba hasta el edificio principal—. Yo sabía que no dejarías que tu leal escriba se pudriera en la cárcel por el mero hecho de ser un meteco. Démonos prisa. Le di a Misón la celda más limpia e higiénica que tengo, pero la cárcel no es un albergue.

Aunque nadie encendió una luz, y apenas podía ver nada, Bias saltaba con la agilidad de una comadreja por los escalones. Le seguí como buenamente pude. Los tambaleantes pasos de Bias eran los mismos que hacía cuatro años. No había vuelto a pisar ese lugar en todo ese tiempo.

—Por aquí, capitán —susurró, después de abrir la puerta—, pero sea silencioso. No me gustaría que los demás prisioneros oyeran nada.

Atravesamos un pasillo largo y oscuro. Yo seguía el suave caminar de mi guía. Era mi única orientación. Entonces oí cómo se abría una puerta, y el suave resplandor de un farol iluminó el suelo. Entré en la celda detrás de Bias. Durante un instante, creí tener de nuevo a Lisipo frente a mí, tal era el estado en el que habían dejado a Misón.

Tenía el rostro magullado y cubierto de costras sanguinolentas, mientras que largas incisiones rojas le recorrían los macilentos brazos. El meteco levantó la vista. A pesar del maltrato sufrido, sus ojos comenzaron a despedir chispas.

—Capitán —susurró, mientras se levantaba—. Entonces Bias tenía razón. Apostó a que vendrías hoy mismo.

Nos abrazamos precipitadamente, pero de pronto Bias nos indicó que guardáramos silencio.

—Shhhh —chistó como una mujer—. Menudo espectáculo para dos hombres adultos. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

Bias recogió el farol y nos guió de nuevo hacia la puerta. Tan pronto la abrió, no obstante, me agarró fuertemente del brazo.

—Hazlo ahora —dijo, mirándome fijamente.

—¿El qué? —le pregunté. No entendía lo que quería decirme.

—Debes golpearme —replicó el hombrecillo.

—Pero ¿por qué? ¡Nos acabas de ayudar!

—Precisamente por eso —replicó Misón—. ¿Qué crees que harán los Treinta con este buen amigo cuando descubran que nos ha socorrido?

En aquel momento, tuve un mal presentimiento. Se me erizó el cabello de la nuca, como si me hubiera azotado un frío viento del norte. El miedo y la rabia me asaltaron a la vez. Él estaba aquí. Yo lo sabía, podía sentirlo. Antes de llegar a verlo o a oírlo, lo olí, olí la pestilencia que exudaba el asesino de mi padre. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? ¡El único motivo por el cual había arrestado a Misón era el de obligarme a salir de mi escondite!

—Bien, entonces podré, por fin, acabar contigo —dije, en voz muy alta, mientras aferraba el martillo.

Ofrecí a Misón la palanca y a Bias el puñal.

—¿Ves? Me quedaré con la vara de madera para que no hacerte demasiado daño.

Bias y Misón me miraron como si no estuviera en mis cabales, pero entonces sucedió, se oyó el sonido que yo había estado esperando. Unos pies arrastrándose, una respiración contenida, apenas a un par de pasos de la pared que había a mi espalda. Le cogí a Bias el fuego de la mano diciéndole: «No lo vas a necesitar». Entonces, comencé a dar vueltas la lámpara de aceite hasta que, finalmente, la solté para que volara hacia el nicho en el que ellos se ocultaban. Se estrelló directamente contra sus cabezas. Sonó un grito: uno de ellos ardía en llamas y corría hacia nosotros como una antorcha humana. Misón lo golpeó fuertemente con la vara tras un instante de duda. Los demás habían logrado evitar el aceite hirviendo. Eran tres soldados del Estrategion, y en ese momento se precipitaban contra nosotros, espadas en ristre. Sin embargo, ya no jugaban con el factor sorpresa, que se había pasado a nuestro bando, dejando a nuestros enemigos sin saber qué hacer. Tras ellos, surgió de la oscuridad una cuarta figura que sí sabía perfectamente cómo actuar.

Un martillo puede constituirse como un arma aterradora. No es de extrañar, pues,

que entre algunos pueblos bárbaros llegue a estimarse tanto como una espada. Antes de que el primer atacante llegara a coger impulso, le hundí la clavícula de un golpe. Cayó de rodillas y dejó que su espada muriera a su lado. Por el rabillo del ojo comprobé que Misón luchaba con el segundo oponente, pero antes de que yo lograra ir en su ayuda, se cruzó en mi camino el enemigo que yo más temía y odiaba. Dos veces reprimí el golpe de su filo, y dos veces bloqueó mis ataques, pero entonces vi brillar en los ojos de aquel que era el más odioso de todos los rostros un resplandor victorioso. Su espada apuntaba directamente a mi cara. Logré detener con mi martillo la primera acometida, pero no tardó en regalarme, sin compasión, una segunda y una tercera. No me di cuenta hasta que ya fue muy tarde que, en realidad, no pretendía darme a mí, sino al martillo, cuyo mango de madera terminó de astillarse ante la rabia de los ataques. Estaba desarmado. Caracortada reía y se preparaba para asestar un último mandoble. Cerré los ojos. Aspasia y los niños, mi padre, mi madre, a todos los llamé en el instante de mi muerte. Sin embargo, el golpe letal no se produjo. Miré hacia arriba. El asesino dejó caer el brazo que sostenía la espada. Tenía la mirada perdida, y la luz del triunfo se había consumido. Lentamente se volvió sobre sí mismo. Mi puñal estaba clavado entre sus hombros, profundamente, hasta la empuñadura, y tras el hombre marcado se hallaba un tembloroso y menudo Bias, apenas más grande que un chiquillo.

Le había acuchillado para salvarme la vida. Caracortada dio un paso en dirección al pequeño guardia, pero las piernas le fallaron. Cayó al suelo y ya no se levantó más, nunca más. Cuando el último de los atacantes entendió lo que había ocurrido, dejó a Misón y salió huyendo. Quise ir tras él, pero no me sostenía sobre mis propias piernas y caí entre el polvo y la mugre. Me eché a llorar. Me sentía tan impotente como si no pudiera volver a moverme. Bias se acercó y se sentó a mi lado. Todavía le temblaba todo el cuerpo. Tan sólo Misón parecía imperturbable. Alzó la palanqueta por encima de la cabeza en gesto amenazador y lanzó al huido un insulto de su tierra natal que haría enrojecer a los mismos dioses.

Todavía tardé en volver a ser parcialmente dueño de mis actos, y que el pánico a la muerte que había experimentado me abandonara en favor de la alegría desbordante de seguir con vida. La esposa de Bias, la enana, se había despertado a causa de la lucha nocturna, y había aparecido para consolar a su querido marido.

Le explicó a ella lo que había sucedido: después de que Misón hubiera derribado al soldado en llamas con su primer golpe, Bias había surgido desde la oscuridad hacia la luz de las llamas para unirse a la lucha y aportar lo que pudiera en ella. A esa precaución del hombrecillo le debo mi vida, y llorando de agradecimiento y gozo lo abracé y lo besé como a un niño. Sin embargo, Bias permanecía sentado junto a su mujer, lleno de tristeza, y no lograba alegrarse.

—Perdóname —le oí susurrarla al oído.

Ella asintió y se echó a llorar. Entonces lo entendí: el soldado huido había visto cómo Bias nos ayudaba. A él y a su mujer ya no les quedaba más opción que

abandonar la ciudad y la prisión que, para ellos, había sido un hogar. Si se quedaban en Atenas, perderían la vida sin remisión.

—Nos vamos al Pireo —le dije a la pareja de enanos—, un amigo mío vive allí. Seguro que también podrá acogeros. Le conocéis, es Cilón, el médico.

Bias asintió.

—Creo que lo mejor será que empaquetemos nuestras cosas —dijo a su mujer.

Ella se limpió valientemente las lágrimas de la cara y se levantó.

En ese momento, oímos gemidos. El soldado al que había destrozado la clavícula despertaba poco a poco de su desmayo. Sin soltar la palanca, Misón se colocó junto al yacente y le quitó el casco. El rostro que surgió ante mí me resultaba familiar. Misón alzó el arma.

—Déjalo, Misón —le pedí a mi antiguo escriba, y me levanté con gran esfuerzo para observar a aquel hombre de cerca.

En aquel rostro, aún joven, se leía el dolor, el miedo y el pánico, pero no me cabía duda de que yo había visto aquellos rasgos con anterioridad. Por aquel entonces apenas tendría más de veinte años y no llevaba uniforme. Me incliné ante él, cogí su cabeza entre mis manos y le miré a los ojos.

—¿Sabes quién soy? —el soldado asintió. Olía a miedo. En aquel entonces se había reído al verme en el suelo.

—¿Quién os ha enviado?

—El capitán —respondió, concentrado.

—¿Y quién más?

El soldado no contestó, pero en el tiempo que dura un pestañeo, su expresión cambió. Sabía exactamente de quién le estaba hablando, y cuanto más tiempo pasaba yo observando aquel rostro lleno de miedo, más nítido se volvía mi recuerdo: cómo se encontraba, de pie, ante mí, riendo, golpeándome las costillas. Entonces, una cólera añeja me dominó.

—¡Responde o te estrangulo! —le amenacé.

Cada una de mis palabras eran sinceras, y el lo sabía. Tendría que revelar finalmente el misterio. Finalmente ya no habría dudas de que Critias se encontraba tras el atentado.

—Responde —le ordené por última vez.

—Anaxos —susurró, ahogándose.

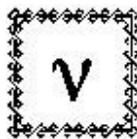
¿Anaxos? Primero pensé que había entendido mal, después, simplemente, no pude creer lo que estaba oyendo. ¿Anaxos? Agité al soldado y le clavé el codo en sus maltratados hombros hasta que se retorció de dolor.

—¿Quién? —bramé—. ¡Dime su nombre!

—¡Anaxos! —exclamó, y la voz se le ahogó por el dolor antes de repetir con suavidad— Anaxos...

Con la respuesta, volvió de nuevo a la inconsciencia, con la que su cuerpo se protegía del dolor, y su alma del miedo.

Capítulo 32



CONSTITUÍAMOS UNA PROCESIÓN PECULIAR, CUANDO NOS pusimos en marcha hacia el Pireo: una pareja de enanos que avanzaba con un carro lleno de ollas, sartenes y otros artefactos caseros; un anciano con tantos libros a la espalda como era capaz de cargar, y el antiguo capitán de los toxotai, con arco y uniforme.

Nos habíamos citado en la Puerta del Pireo poco después del amanecer, para abandonar Atenas tan rápido como fuera posible. Realizar aquella ruta en la oscuridad habría sido demasiado peligroso. Apenas habríamos sido capaces de encontrar el camino, pues esta primera luna nueva del verano era sumamente oscura. Cada uno de nosotros había ocupado el tiempo hasta ese momento en buscar a toda prisa por nuestras viviendas todo lo que podíamos llevar hasta el Pireo y en despedirnos de aquellos seres cercanos en quien pudiéramos confiar, así como de nuestra ciudad.

Para mí fue fácil. Todas mis pertenencias se encontraban ya en casa de Cilón, donde me esperaban también Aspasia y los niños. Tenía pocas cosas para llevar, y apenas había nada que me atara ya a Atenas. Sin embargo, Misón, Bias y su esposa encontraron más dura la despedida. Brevemente llegué a pensar en despedirme de Raios, pero algo en mí me lo impidió.

Durante la marcha a pie hacia la ciudad portuaria, una pregunta me rondó la cabeza: ¿Por qué demonios había enviado Anaxos a dos matones a por mí ya en el mismo día en que se había producido mi encuentro con Alcibíades? ¿Quería intimidarme para que le entregara a algún pobre diablo al que pudiera presentar ante la ciudad como asesino de Periandro tan rápido como lo hizo? ¿O acaso quería hacer que todas mis sospechas recayeran en Critias, el único que en ese momento sabía que Alcibíades me había encargado la búsqueda del asesino? ¿Por eso había recibido a Lisipo como un sacrificio ceremonial muy bienvenido, por eso le había torturado y le había obligado a realizar una falsa confesión?

Cuando dejamos atrás el bosquecillo en el que empezaba el camino llano al Pireo, el sol se encontraba ya por encima de las montañas. El cielo estaba desnudo de nubes, y era de un azul profundo y oscuro. Todo indicaba que el día sería claro, inundado de esa luz nítida y pura como sólo puede haberla en el Ática. Pensé en Sócrates, en una de las múltiples conversaciones que tuvimos tras la muerte de mi padre. Estábamos dando un paseo por la orilla del Iliso.

—¿Qué es la verdad, Sócrates? —le pregunté.

—La verdad es lo que no se oculta. La verdad es clara y sale a la luz de forma

abierta —me dijo por respuesta.

Aquí nada parecía salir a la luz. Critias había matado a Periandro para que no revelara su plan. De eso no tenía ninguna duda pero ¿estaba Anaxos al corriente? ¿Era posible que el señor de los espías fuera un agente doble? No podía creerlo. En ese caso, Anaxos habría sabido lo que ocurría con el barco persa el mismo día en que ancló, y aquello era de lo único de lo que me acordaba con claridad: Anaxos se había sorprendido tanto de la aparición de aquel barco como cualquier otro ateniense, y aún más cuando le especificué la carga que llevaba en su interior, aparte de balas de seda. La conjura de Critias debía haberle pasado desapercibida hasta aquel día. Pero ¿entonces? ¿Podría haberlo descubierto a través del barco persa, y a través de mí?

En mi interior nació una sospecha. Era como si la pequeña semilla de un haba germinara en la tierra pero aún no se viera qué ocultaba en su cáscara.

Ya podían verse las grúas de descarga desde la distancia cuando Misón me abordó con cuidado y me sacó de mis pensamientos.

—Hay algo que quería decirte, capitán —susurró para que Bias y su mujer no lo oyeran.

Le indiqué que le escuchaba. Ya habíamos dejado atrás más de la mitad del camino y, hasta entonces, apenas habíamos hablado entre nosotros. Sentía cómo la pena y la pérdida de sus casas pesaba en el corazón de mis acompañantes.

—Hay noticias de Trasíbulo —dijo Misón, mostrando una expresión indiferente—. Ya sabes que se encuentra en Tebas. Desde la caída de los Muros Largos, ha reunido a trescientos hombres y ha armado cuatro trirremes. Quiere derrocar a Critias.

—¿Tiene algún plan? —pregunté.

—Ninguno definitivo —repuso—. Está pensando en tomar Filé, para establecerse allí. Desde ese punto atacaría Atenas. Tendrá que hacerlo de forma rápida y furtiva para que a Critias no le de tiempo a avisar a los espartanos.

Bias, que avanzaba algunos pasos por delante de nosotros, hizo un alto y se secó el sudor de la frente. La carreta de la que tiraba era demasiado pesada para él.

—Déjame ayudarte, Bias. Lo cogeré por ti —se ofreció Misón, pero Bias lo rechazó y continuó tirando del carro con todo el orgullo del que el hombrecillo era capaz. Su mujer lo miró como si fuera un niño.

—Atacar Atenas desde Filé es muy complicado —dije, una vez nos pusimos de nuevo en marcha.

Sabía que el viejo fuerte se encontraba a medio día de camino de la ciudad. Estaba situado sobre una roca yerma junto al mar, y en torno a sus muros sólo crecen matas de espino. No había ni agua ni alimentos, Trasíbulo apenas podría organizar su avituallamiento desde allí.

—Lo sé —exclamó Misón—, y Trasíbulo también lo sabe, pero hasta ahora no ha encontrado ninguna otra opción.

—Quizá no haya ninguna —repuse.

Llegamos al Pireo pasado el mediodía. Yo estaba asombrado de lo llena y viva que volvía a estar la ciudad. Por todas partes había gente, por todas partes había comercio y artesanía, y sin embargo, algo había cambiado. Aunque Cilón ya me había avisado, lo reconocí a simple vista: ¡había muchísimos atenienses! Allí hablaban un par de comerciantes que yo conocía del ágora. Allí trabajaba un herrero cuyos martillazos, hasta ahora, se habían oído siempre junto a casa de Raios. La mayoría de ellos nos saludaban. Parecían entender por qué habíamos huido, y nos daban la bienvenida como a sus iguales.

El esclavo casero de Cilón abrió la puerta y nos dejó entrar. En el patio interior se encontraban Aspasia y los niños. Mis hijos corrieron a mi encuentro y me besaron. Aspasia, por el contrario, parecía contenerse, tal y como yo había esperado, pero estaba aún más hermosa de lo que yo la recordaba. Cilón salió en seguida del interior de la casa. No se sorprendió ni por un momento de que hubiera traído no sólo a Misón, sino también a Bias y a su esposa conmigo. Hizo traer de inmediato el desayuno para los recién llegados, y pronto había logrado convertir su patio en un pequeño y alegre festival. Nos sentamos en cojines y alfombras en torno a cuatro pequeñas mesas. Un toldo amarillo que Cilón había mandado extender, nos procuró sombra y nos cobijó.

Aspasia estaba de rodillas junto a mí y me alcanzaba los alimentos, como corresponde a una buena esposa. Tras engullir los primeros bocados y vaciar los primeros vasos, los horrores de la noche anterior se desvanecieron como un mal sueño. El valiente y pequeño Bias, mi salvador, reía y había empezado a tararear una canción sobre la libertad y el amor. La enana, que se había mostrado francamente desesperada por la pérdida de su vivienda, le besó y se le unió en la melodía con una voz dura y gutural. El rostro de rapaz de Misón se iluminó. Comenzó a contar detalladamente y vaso en mano, como Bias nos había salvado, a lo que la enana besó a su bravo marido una vez más. Incluso Lisias parecía algo más animado que el día anterior. Sólo Aspasia se mantenía en silencio.

—¿Es que no te alegras de que haya vuelto? —le pregunté en voz baja.

—Claro que sí —respondió ella, pero sus labios estaban secos y su mirada, indiferente.

Era una mujer, nunca la comprendería del todo. Para distraerme, me volví hacia Cilón, que se encontraba justo en la mesa de al lado.

—Tenías razón —dije—, hay demasiados atenienses en el Pireo. ¿Pueden vivir todos aquí sin que nadie les moleste?

—Sí, así es —respondió risueño—. Vivimos protegidos y libres aquí abajo. Desde que los Treinta tomaron el poder, todos los días llegan atenienses. Muchos quieren marcharse en barco, pero al final terminan asentándose aquí...

—¿Cómo puede ser? —preguntó Misón.

Bias concluyó la canción y prestó atención a nuestra conversación.

—Muy fácil. Critias ha nombrado un gobernador para la ciudad —replicó Cilón

—, pero pasa casi todo el día borracho y nos deja en paz, siempre y cuando le proporcionemos todo lo que su cuerpo desea... De su alma no me molestaría ni en hablar. Tiene a diez soldados a su cargo, pero son tan perezosos y corruptos como él. Hemos llegado a un acuerdo con él, y eso nos permite vivir, por el momento, de forma bastante pacífica.

—¿Seguís teniendo vuestras armas? —preguntó Misón. Vi en su rostro lo que pensaba.

Cilón asintió.

—La mayor parte, sí —respondió—. Cármides también convocó aparentemente un asamblea aquí para desarmar a los hombres, pero los soldados nos habían contado sus planes de antemano. Le procuramos dos carretas llenas con viejas espadas y lanzas para que pudieran presentarlas a Cármides. Se dice que se quedó muy impresionado.

—¿Cármides? —repetí—. ¿Quieres decir...?

—El primo de Critias, sí —confirmó Cilón—. Sabía que te habías encontrado con él alguna vez.

—Se podría decir que sí —sentencié, y la imagen de aquel hombre se presentó involuntariamente ante mí: pequeño, gordo, sucio de restos del banquete que había celebrado el día posterior a la muerte de Periandro.

Junto a él, el hermano de Platón, un tipo enorme de cuello grueso que, borracho aún, nos había enseñado sus nalgas desnudas.

—¡Cármides era amigo de Periandro! —dije en voz alta y tomé un trago quizá demasiado largo de aquel vino endulzado con miel que Cilón nos había servido.

De pronto, se hizo el silencio. Nadie decía una palabra. Miré a mi alrededor. Cilón miraba al suelo, Misón carraspeaba. Casi parecía mi padre. Con gusto me hubiera echado a llorar de lo mucho que le extrañé de golpe. De un instante para otro, los ánimos se habían desplomado.

—¿Qué ocurre? ¿Os he estropeado la fiesta? —pregunté, luchando con las lágrimas. Aspasia me indicó que callara, pero no le presté atención—. ¿Os resulta embarazoso que empiece de nuevo con esa misma historia?

—No, Nicómaco, nadie piensa que resulte embarazoso —repuso Misón.

Sin embargo, no me miraba a los ojos, y yo sabía que no estaba siendo sincero, y no era el único. ¿Podría ser que mis amigos, hombres como Lisias, Misón y Cilón, creyeran que estaba obsesionado con el tema? ¿Cómo podían dudar de mí?

—Lo que quiero decir —retomó Cilón la palabra, y fue como si todos se relajaran de pronto— es que por fin nos hemos librado de los horrores de los Treinta. Es como una tormenta en la lejanía: oímos los truenos, pero no tenemos por qué asustarnos de la tempestad. Precisamente por eso hay tantos atenienses aquí.

—Y ahora estamos también nosotros —dije levantando mi vaso.

—Sí —respondió Cilón—, y se os da la bienvenida de todo corazón.

Me quedé despierto durante mucho tiempo aquella noche. Hacía calor. Sudaba, a pesar de estar desnudo, cubierto únicamente por un paño que rodeaba mis caderas. Desde las tabernas del puerto llegaba el sonido de las canciones de marineros. Canciones sobre un mar frío y cruel, y de una mujer amada en la distancia.

Aspasia yacía junto a mí, me daba la espalda y respiraba profunda y regularmente. Sin embargo, yo sabía que no dormía. Llevaba un ligero camisón de lino cuyo dobladillo se le resbalaba por la rodilla y descubría sus redondos muslos. Olía a flores de granada y a aceite. Nada nos separaba, y sin embargo ella permanecía distante. Habíamos estado separados durante semanas, y ahora no volvía a estar conmigo. La echaba de menos, y el deseo y la ansiedad, en un hombre, son sentimientos cercanos. Tímida, muy tímidamente, palpé sus hombros y extendí la caricia por el cuello y la espalda, hasta que mis manos llegaron finalmente a su pelvis, donde las dejé reposar. Sentí como la respiración de Aspasia le contraía el abdomen y luego lo dilataba. Su piel me parecía infinitamente suave, como la de aquel fruto que el capitán persa me había dado a probar. ¿Me dejaría acercarme? ¿Acaso no era su marido? ¿Es que no querría, quizá, tener que decir una palabra? Me incliné lentamente hacia ella y, sin duda, debió sentir mi aliento en su cuello. En ese instante, me cogió la mano y la apartó de ella. Me había rechazado, el gesto no permitía réplicas. Me di la vuelta y cerré los ojos. Como dice el refrán, el mar, el fuego y la mujer son los mayores males.

Al día siguiente vino Sócrates. Descalzo y con la cabeza descubierta apareció en pleno apogeo del sol, de un día particularmente caluroso. Tal era el bochorno que nadie quería dar un paso fuera de la puerta y, sin embargo, él había recorrido todo el camino hasta el Pireo. Le conté que se había producido una lucha durante la liberación de Misón.

—¿Estáis bien, todo el mundo sano y salvo? —preguntó tan pronto como entró en el patio de Cilón. Tenía la frente medio quemada por los rayos del sol—. En la ciudad se cuenta que hubo muertos, así que tuve que venir de inmediato.

Lo tranquilizamos y lo llevamos dentro de la casa, donde en esa época se estaba más fresco. Cilón nos hizo traer algo de agua, pero tuvo que marcharse a ocuparse de un enfermo. Cuando se fue, Aspasia también nos dejó solos.

—Nos tendieron una trampa —le expliqué tras beber un vaso de agua—. Creo que por eso capturaron a Misón, porque tenían la esperanza de que intentaría liberarlo. El hombre de la cicatriz me estaba esperando.

—¿Y ahora? —preguntó Sócrates.

—Está muerto. Bias lo apuñaló. De no ser así, yo no seguiría con vida.

—Loados sean los dioses, querido Nicómaco, loados sean los dioses —repuso Sócrates, mientras una lágrima se abría paso por la mejilla del filósofo.

—Ese amigo tuyo —dije, tras un rato—, ya sabes, ese que te contó que Misón

estaba en la cárcel y lo habían interrogado. ¿Crees que sabía que me tenderían una trampa?

—No, seguro que no lo sabía —replicó Sócrates de inmediato—. Ya te he dicho que no tiene relación con los Treinta. Los detesta.

—Confías mucho en Platón —sentenció.

Sócrates me miró con atención.

—Ya sabes que no te voy a decir quién es —respondió con calma—, pero confío plenamente en él, y tú también puedes hacerlo.

Lo dejé estar. Después de todo lo que he sabido en este tiempo, he de decir que la opinión que Sócrates tenía de su amigo y pupilo no era tan equivocada como yo suponía en aquel momento.

—Sólo dime una cosa más —le pedí, en su lugar—. Recuerda la historia del hombre que denunciaba a su propio padre. Seguro que no se la contaste sólo a Periandro, sino también a tus otros discípulos, ¿verdad?

—Naturalmente —respondió Sócrates.

—¿También a Platón?

—También a Platón —repuso, despreocupado.

—¿Y qué fue lo que él decidió? —insistí.

—¿Quieres decir en la elección entre la ley y la familia? —preguntó.

Asentí. Sócrates reflexionó brevemente. No tardó en dar con la respuesta.

—Se decidió por la familia —dijo.

Tal y como yo había supuesto.

En los siguientes días nos dedicamos a explorar el Pireo. Misón y yo vagábamos por calles y tabernas. Charlábamos con los comerciantes, bromeábamos con los posaderos y sobornábamos a los soldados de la zona para que nos dejaran tranquilos. Era tal y como Cilón lo había descrito. Efectivamente, Critias había nombrado a su primo Cármides arconte, pero éste no movía ni un dedo, apenas salía de casa. Sus soldados se reían de él. Entonces ocurrió algo que yo tenía por imposible: casi me sentía agradecido hacia Cármides, pues a su forma de ser tan corrupta y decadente le debíamos nuestra seguridad.

Las noticias de Atenas, por el contrario, eran cada vez peores. Día tras día llegaba más gente de la ciudad, con todas sus posesiones, buscando refugio en el Pireo. Los Treinta ya no tenían freno. El patrimonio de los metecos ricos ya no era suficiente; ya no pasaba un día sin que el hogar de alguien fuera saqueado. Quien se oponía acababa ejecutado, y los cuerpos se exponían como escarmiento hasta que las cornejas se abalanzaban sobre los cuerpos sin vida. Las víctimas eran, en su mayoría, demócratas, pero se daban casos en los que el afectado, simplemente, poseía algo que despertara la codicia de alguno de los Treinta, ya fuera dinero, un caballo rápido o una hija hermosa.

—¿Qué ha sido de la promesa de nombrar a tres mil ciudadanos y compartir

tareas de gobierno con ellos? —pregunté a mi antiguo vecino Janos, que nos siguió un par de semanas después.

—¡Oh! Hay tres mil elegidos, sí —respondió—. Los Treinta han hecho escribir sus nombres en una lista y han jurado que ninguno de ellos tendría nada de lo que preocuparse.

—¿Y mantienen la promesa?

Janos se rió.

—Según como se tome. Mientras estés en la lista, estarás seguro.

—¿Pero...?

—Si Critias quiere, te elimina de la lista. Terámenes fue el primero. Ahora está muerto.

—¿Cómo está Raios?

—¿Tu suegro?

—Sí.

—Está en la lista —respondió.

Misión y yo estábamos de acuerdo: para atacar Atenas con éxito, era necesario hacerlo desde el Pireo. Sin embargo, el que sus habitantes apoyaran a Trasíbulo era algo que yo ya no tenía tan claro. Estaban satisfechos, y seguirían estándolo siempre que la cuantía de los sobornos a Cármides no fuera excesiva. No obstante, y con toda seguridad, no se pondrían en su camino, y le pertrecharían con todo lo que pudiera necesitar. Por contra, estábamos convencidos de que los refugiados atenienses se le unirían. Era su única oportunidad de recuperar sus casas, sus negocios o, incluso, puede que sus familias.

Casi cada día partían barcos del Pireo en dirección a Tebas. Como no sabíamos en quién podíamos confiar, el propio Misón se embarcó para contarle personalmente a Trasíbulo nuestro plan. Lisias, que tenía socios comerciales y propiedades en Tebas, lo acompañó. Prometió equipar al ejército de Trasíbulo, y mantuvo su palabra.

Tras la partida de Misón y Lisias, la casa de Cilón se volvió más tranquila. Bias y su esposa aún vivían allí, pero permanecían bastante aislados y apenas se los veía. Nuestro anfitrión se ausentaba a menudo para ver a sus pacientes. Podía visitar y abandonar Atenas libremente, pues los Treinta habían sido lo suficientemente listos como dejar tranquilos a los médicos. En sus trayectos, prácticamente adquirió un acompañante habitual: mi hijo mayor. No perdía oportunidad para marchar con Cilón y echarle una mano con su trabajo. Ya tenía diez años, y resultaba evidente que no sólo mostraba interés en la profesión médica, sino además una destreza singular.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Cilón una tarde—, ¿tiene madera de médico?

—Sin duda —respondió mi amigo, sin vacilar ni un segundo.

Podrían haber sido días tranquilos y felices si Aspasia no me hubiera rehuido de esa manera. Durante el día se comportaba como una esposa leal y bien educada: me despertaba, me preparaba el desayuno y la comida, mantenía limpias nuestra

habitación y nuestra ropa y se había erigido como responsable de la cocina y el mantenimiento de la casa de Cilón. Sin embargo, por las noches marcaba las distancias. Durante la primera semana intenté acercarme a ella cada día, pero me volvía a apartar, cada vez con peores modos. Terminé decidiendo no hacerlo más.

—¿Qué es lo que te ocurre? ¿Tan repugnante te resulto que ya no puedes soportar mis abrazos? —le grité una vez, después de que volviera a rechazarme.

—¡Baja la voz! —replicó siseando—. ¡Vas a despertar a media casa!

Los ojos le echaban chispas; incluso en la oscuridad, yo era capaz de percibirlo.

—Es Cilón, ¿verdad? ¡Admite que me has traicionado! —susurré con expresión amenazadora.

—¿Qué? —exclamó Aspasia, sin preocuparse en lo más mínimo por el tono de su voz—. ¿Te atreves a dudar de mí? ¡Después de las semanas y los meses en los que no te has preocupado por darnos señales de vida! ¿Pero qué te has creído?

—¿Que qué me creo? ¿Por qué te apartas permanentemente de mí? —pregunté.

—Bah —gruñó, y se dio la vuelta.

No habló más conmigo aquella noche, y poco después de que el ataque de ira se suavizara, comencé a cavilar. ¿Sería el tiempo que pasé en Atenas la razón por la cual me apartaba de ella? ¿Acaso no sabía que yo debía permanecer en la ciudad porque... así podía proteger a mis hijos? ¿O el motivo de su frialdad sería sólo Cilón?

Cilón y Aspasia, Aspasia y Cilón. La idea de que pudieran haberse acostado juntos me corroía el corazón. No obstante, en los días siguientes no tuve nada mejor que hacer salvo buscar indicios de su deslealtad, si bien no había nada que yo temiera más que encontrarlos. ¿Qué haría si era verdad? ¿Matar a Cilón y repudiar a Aspasia? Eso decía la ley, pero ¿qué sería de mis hijos sin su madre?

Las sospechas no me abandonaban, aunque tampoco encontré ninguna prueba. Observé a ambos detenidamente. A veces intentaba crearles la falsa impresión de que estaban solos, pero tampoco descubrí ningún beso, ni siquiera un fugaz abrazo. Se comportaban, no obstante, de forma familiar, familiar y amistosa. Llevaban meses viviendo bajo el mismo techo. Incluso a veces me parecía que Aspasia se comportaba con Cilón como si fuera éste un hermano más que un hombre normal. Cilón, por su parte, no le mostraba a ella, en mi presencia, otra cosa que no fuera respeto. Sin embargo, había algo que los unía. ¿En qué pensaban cuando sus miradas se cruzaban y la sostenían durante un segundo?

Esperamos tres meses. Las noticias que el médico traía de sus visitas a Atenas eran cada vez peores. Los rumores hablaban de cientos de muertos. Se decía que la ciudad se había dividido en dos: por un lado, los Treinta y, tras ellos, los Tres mil. Atenas les pertenecía. Por otro lado, los restantes habitantes, que valían menos de lo que pudiera valer el ganado, mucho menos...

Capítulo 33



LOS PRIMEROS CHUBASCOS MARCARON EL FINAL DEL verano y el despunte del otoño. Tan pronto humedecieron las primeras gotas la tierra reseca, la naturaleza, los hombres y también los animales, todos parecieron respirar. La lluvia limpió el polvo de las hojas, y Helas reverdeció. Las vides alcanzaron su dulzor definitivo, las flores del campo asomaron la cabeza. Comenzó la época de la recolección, y día a día llegaban al Cántaros barcos llenos de cereal. Los comerciantes llenaban sus almacenes. Entonces, se levantó el viento. Bóreas trajo al Ática oscuras nubes desde el norte, mientras que Céfiro, desde el sur, se dispersaba para regresar al día siguiente.

Durante meses no tuvimos noticia alguna de Trasíbulo, Misón o Lisias, y sin embargo las aguardábamos diariamente. Entonces, en las primeras horas de la tarde de un día gris y descolorido, llamaron a la puerta.

Apenas le reconocí, de lo mucho que había cambiado. El liderazgo y la estrategia militar le habían hecho madurar, y eso se notaba en su rostro. Su mirada denotaba decisión, y sus rasgos se habían vuelto más duros, pero también ligeramente autoritarios. No le afectaba ni la edad ni la suerte. Una cicatriz le recorría la frente, y allí donde terminaba, el pelo le nacía gris.

—¡Trasíbulo, amigo mío! Llevamos mucho tiempo esperándote —le recibí cuando entró en el patio.

—¡Nicómaco! Me alegro de verte —respondió Trasíbulo, si bien adoptó unas maneras más propias de un soldado que de un hermano—. Queríamos esperar hasta el otoño para enfrentarnos a Critias. ¡Ahora estamos preparados!

Tras Trasíbulo apareció Misón. Me alegré de volver a verlo, y él parecía sentirse igual. Le brillaban los ojos. Al igual que el líder militar, iba envuelto en un manto gris de viaje, bajo el cual lucía un uniforme de combate, sin embargo su saludo reveló que mi antiguo escriba y amigo seguía siéndolo. De inmediato pregunté por Lisias y descubrí que no había vuelto a Atenas.

—¿Dónde están tus hombres ahora? —pregunté a Trasíbulo después de mostrar las cortesías habituales.

—Están ocultos en una isla, cerca de la entrada del puerto —repuso—. Primero quería saber cuántos soldados había en el Pireo antes de tomar tierra.

—Sólo hay diez hombres, un grupito decadente —dije—. No supondrán ninguna dificultad.

—Entonces no ha cambiado nada desde mi marcha —señaló Misón.

—No, sólo que son aún más corruptos y perdidos que antes —concluí.

Trasíbulo arrojó el manto a un lado y atravesó a grandes trancos el patio interior.

—Está bien —dijo, y se frotó las manos—. Entonces la toma en tierra no será complicada.

Mientras tanto, Cilón había reparado en la llegada de nuevos huéspedes y se nos unía en el patio. Trasíbulo fue a su encuentro, amistoso, y aceptó su invitación a comer algo y a pasar la noche en casa, si bien se excedió ligeramente dándole por sentado. Miré a Misón y éste frunció el ceño. Sin palabras me dio a entender que sí, nuestro amigo había cambiado.

Tras el refrigerio, volvimos a tratar los preparativos de la invasión. Trasíbulo nos explicó su plan y el papel que tendríamos cada uno de nosotros. Misón debería salir esa noche hacia los trirremes con un pequeño mensaje informativo para los capitanes. La luna era la propicia, y debería poder encontrar el camino sin problemas. Una flecha en llamas sería la señal de que los hombres de Trasíbulo deberían echar los remos al agua y situar los barcos en dirección al Pireo. En cuanto la llama surcara el cielo nocturno, nosotros tendríamos que encender los faroles de guía para que los barcos tomaran el rumbo correcto.

—Los faros son un riesgo —señalé, pensando en voz alta, cuando Trasíbulo concluyó.

—¿Por qué? —preguntó, cortante.

—Porque los soldados de Cármides descubrirán el fuego y, sin duda, irán a comprobar qué está pasando, aunque estén borrachos en ese momento.

—Sabremos hacerles frente —respondió Trasíbulo, y acarició la empuñadura de su espada.

—Causará revuelo —añadió Misón, reflexivo.

—No hay otra opción —sentenció Trasíbulo.

Misón y yo guardamos silencio. Habíamos sido soldados suficiente tiempo como para saber que no podríamos poner en duda el mando de Trasíbulo. Sin embargo, él tenía razón: sólo podía navegarse de noche hacia el Pireo con faroles. Poco antes de la entrada había grupos de rocas peligrosamente cercanas al trayecto navegable. Incluso de día constituían un riesgo para las proas de los barcos.

—Tengo una propuesta que hacer —dijo Cilón, despreocupado, a pesar de que la expresión de Trasíbulo invitaba al silencio—. Si pudierais estar seguros de que los soldados de Cármides estarán profundamente dormidos esta noche, entonces, ¿podríais encender los faros sin peligro?

Trasíbulo asintió, aunque no se mostró particularmente amistoso al hacerlo.

—Creo que tengo algo que os podría ayudar —añadió Cilón, mientras se levantaba y se ponía en marcha—. ¡Venid al patio! —nos llamó, como si ya estuviera en el pasillo.

Misón, Trasíbulo y yo nos miramos un tanto confusos, seguimos comentando el ataque mientras pasábamos finalmente al patio, donde el esclavo de Cilón nos

aguardaba ya con una carreta de madera en la que había dos pequeños barriles.

—Éste es el vino más fuerte que tengo en la bodega —explicó Cilón, jovial, mientras salía del edificio—, y esto de aquí lo hará aún más fuerte —y diciendo esto, sostuvo en el aire una redoma de plata—. Este es el mejor somnífero que existe. Es algo lento, pero tremendamente efectivo.

Fue a los barriles, quitó el corcho y vertió en cada uno una cucharadita del polvo blanco contenido en la redoma.

—¿No sospecharán los guardas cuando les llevemos dos barriles de vino? —preguntó Misón.

—Oh, seguro que lo harán —repuso Cilón, mientras volvía a colocar el corcho con cuidado—. Por eso no les llevaremos el vino. Haremos que nos lo roben.

El plan de Cilón era sencillo, organizado a la medida de la codicia y del alcoholismo de los soldados de Cármides. Misón, que era el más mayor de todos nosotros y, por tanto, el de aspecto más inofensivo, debía colocarse su polvoriento manto de viaje y tirar del carro con los barriles tan cerca como fuera posible del cuartel, hasta que los soldados repararan en él.

Cuando le preguntaran qué andaba buscando, él tendría que decirles que era un mercader de Tebas y que le sobraban dos barriles de vino para vender. Tan pronto descubrieran que era un extranjero desamparado, los soldados no vacilarían y le arrebatarían la carga. El resto del trabajo les correspondía al vino y a los polvos.

—¿No estaremos poniendo en peligro a Misón? —pregunté.

—No, siempre que él no oponga resistencia —repuso Cilón—. Los soldados de Cármides le dejarán en paz en cuanto tengan lo que quieren.

—Lo seguiremos, en cualquier caso —sentenció Trasíbulo, que había encontrado finalmente la oportunidad de recuperar el mando.

Cilón sonrió con satisfacción; esta vez fue lo suficientemente listo como para guardar silencio.

No nos quedaba mucho tiempo, pero aún había algo de luz solar para acompañarnos. Misón se echó encima su manto de viaje, cogió el pequeño carro y se puso en marcha. Le seguimos a cierta distancia. Se había perdido un gran actor en la persona de mi viejo escriba. Cuanto más nos acercábamos al cuartel, más pesados se volvían sus pasos y más corvaba la espalda. Para cuando se presentó ante la puerta del cuartel, parecía diez años mayor; se enjugó el sudor de la frente y, agotado, se sentó sobre la carreta para recuperar el aliento. Cilón y yo nos miramos. Tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no echarnos a reír.

No pasó mucho tiempo antes de que aparecieran dos soldados. Lentamente, calculando, como un gato acechando a un ratón, se aproximaron a Misón y comenzaron a hablar con él. A pesar de su aspecto arrogante, no tenían ni la mitad de confianza en sí mismos de lo que les hubiera gustado. Misón se fingió amedrentado y respondió con la espalda retorcida y la mirada inclinada a un lado. Esto alentó a los dos soldados y les permitió ganar confianza. Sus gestos se volvieron más exagerados;

su voz, más sonora, aunque nosotros seguimos sin entender qué estaban diciendo desde nuestra posición. Uno de ellos comenzó a caminar con palo lento alrededor de las cubas, mientras que el otro permanecía ante Misón con las manos apoyadas en las caderas. Sin embargo, ninguno se atrevía a robarle al anciano. Entonces, aparecieron dos soldados más por la puerta que, a todas luces, habían sentido curiosidad ante el áspero tono de sus compañeros y las lamentaciones de Misón. Con la llegada de los demás, la situación cambió. El primero, que hasta el momento se habían limitado a mostrarse amenazador ante el anciano, dio un paso hacia adelante, agarró a mi antiguo escriba del cuello y lo tiró sobre la carreta. Misón alzó los brazos en gesto defensivo, pero no hizo nada más. En ese momento, el otro dejó de rondar la carreta, echó a su camarada a un lado y apartó a Misón de un empujón quien, por suerte, fue lo suficientemente hábil como para no tropezar. De haber caído al suelo, con toda seguridad habría recibido alguna patada de aquellos dos soldados, cobardes y ruines. Entonces, los recién llegados entraron en escena. Yo iba ya a salir corriendo para ayudar a Misón en la situación en la que se encontraba, cuando logró liberarse y venir apresurado en nuestra dirección. Los soldados dieron un par de pasos en su persecución, sin demasiado entusiasmo, pero rápidamente se dieron la vuelta, pues para ellos era más importante recuperar su botín, en torno al cual se estaba iniciando una pelea. Habían mordido el anzuelo.

Recogimos a Misón y pusimos tierra de por medio tan rápido como pudimos.

—¿Estás bien? ¿Todo en orden? —le pregunté cuando ya habíamos recorrido un par de calles.

—Estoy bien, capitán —respondió, pálido y sin aliento.

Me arrepentí de haberle adjudicado un encargo tan peligroso. Sin embargo, el plan funcionó. Cuando Cilón y yo encendimos los faros, no apareció por ninguna parte ningún soldado que quisiera hacernos preguntas incómodas.

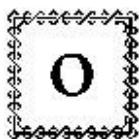
Los trirremes fueron apareciendo uno detrás de otro. Cada uno tenía una tripulación de aproximadamente unos ochenta hombres, y sin embargo, el desembarco se produjo con sigilo. Trasíbulo tenía bien dominados a sus soldados. Nadie dijo una palabra más de lo necesario, y los capitanes apenas tuvieron que dar órdenes. Trasíbulo dejó a veinte hombres en el puerto, custodiando los barcos, y otros veinte desarmaron y capturaron a Cármides y sus guardas. Dormían tan profundamente que casi tuvieron que cargar con ellos. Los restantes centenares se dirigieron silenciosamente a la ciudad, para establecer en ella su campamento. Cuando los ciudadanos del Pireo abrieron los ojos la mañana siguiente, se sorprendieron notablemente de que hubiera doscientos cuarenta hoplitas disciplinados y fuertemente armados, y no supieron bien si habían tomado la ciudad, o si la habían liberado. En cualquier caso, eran comerciantes, y de inmediato realizaron una visita de cortesía a la tienda de Trasíbulo, llevando consigo vino de sus bodegas y cereal de sus almacenes, un regalo de bienvenida que aceptó de buen grado y que, en su gran

mayoría, distribuyó entre sus soldados.

—¿Y ahora qué ocurrirá? —pregunté al líder militar tras despedir a la delegación de mercaderes del Pireo—. ¿Atacamos Atenas? Cuanto más esperemos, más tiempo tendrá Critias para prepararse.

—Esperaremos —respondió—. Critias vendrá, aunque tenga que hacerlo él solo. Estaba en lo cierto.

Capítulo 34



TRASÍBULO HIZO A SUS SOLDADOS RECORRER EL PIREO durante todo el día para reclutar hombres para la batalla inminente. Tal y como habíamos previsto, los comerciantes y ciudadanos del Pireo rechazaban la oferta amistosamente, pero proporcionaban de forma más o menos voluntaria el armamento y las provisiones de las que dispusieran. Los refugiados atenienses, por el contrario, aceptaban en masa. La perspectiva de cargar contra Critias y arrebatarse de nuevo el poder sobre la ciudad de sus pérfidas zarpas, exaltaba incluso al más cobarde de ellos. Por la mañana, el ejército se había doblado, y a lo largo de la tarde, el número de soldados se triplicó. Trasíbulo hacía instruirse a los nuevos y los distribuía por tipos de arma. La mayoría eran expertos luchadores. Tras las décadas de guerra, apenas quedaba en Atenas un hombre que no hubiera participado en alguna batalla. Trasíbulo me confió el mando de la infantería ligera; para sí mismo se reservó a los hoplitas, y dividió las unidades. Después ordenó cantar himnos a Pan y precipitarse en formación de ataque sobre el campo elegido para la batalla.

Esperábamos una pronta respuesta de los Treinta. Sin los puertos del Pireo, Atenas no tenía con qué abastecerse, y Trasíbulo tomó todas las precauciones para que no llegara ningún alimento tierra adentro. Cualquier otra mercancía comercial, por el contrario, podía pasar para favorecer una rápida dispersión por Atenas de las noticias de la ocupación.

La noche siguiente fue clara y fría como en invierno. Una luna blanca como la nieve se alzaba sobre el agua del puerto y se reflejaba en las negras olas. El viento soplaba del norte, y arrastraba hojas húmedas por las calles. Los soldados se acurrucaban en sus mantos, los vigías se aproximaban al fuego.

Misión y yo nos encontrábamos en la colina sobre Muniquia. Desde ella se ofrecía un amplio panorama del campo, los puertos y la ciudad.

—Éste es un buen sitio para colocar a los arqueros —dijo Misión, confiado—. Desde aquí, los arcos pueden abarcar una distancia de dos o tres estadios. Antes de que Critias entienda lo que está pasando, habremos acabado con la mitad de sus hoplitas.

Asentí, encendí una flecha empapada en pez y la coloqué en posición. El proyectil salió zumbando del cable y se abrió paso por el cielo nocturno, como una estrella fugaz, hasta que alcanzó el suelo a buena distancia de nosotros.

—Tres estadios —dije.

—Tres —aseveró Misión.

Decidimos brevemente la disposición de los hombres y volvimos finalmente al campamento. Hacía frío. Llevaba un manto doble que me había enroscado dos veces en torno a los hombros. Aspasia lo había estado tejiendo para mí en las últimas semanas y me lo había traído aquel mediodía al campamento. Era un trabajo delicado y laborioso. Me lo entregó con un beso, y me deseó suerte.

—Has estado muy callado desde que llegamos al Pireo —dijo Misón, cuando nos echamos a dormir—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —repliqué, y me di la vuelta.

Me alegré de que Misón no preguntara nada más.

El día siguiente nos recibió con un frío riguroso. Me levanté medio congelado, y una fina capa de hielo recubría el agua de mi tina de aseo.

—¿Crees que vendrá hoy? —le pregunté a Misón, que se había despertado antes que yo.

—Ya veremos —repuso, lacónico, mientras expulsaba vaho al respirar.

Critias no vino, y Trasíbulo se mostró muy molesto por ello. Envió a los hoplitas al campo y les hizo practicar la formación de ataque. Corrían a grandes zancadas con el escudo y las lanzas en alto. Entre los ataques cantaban para espantar el miedo. Yo reuní a mis arqueros en la colina y repetí todas las órdenes. Un sol gris y débil flotaba sobre nuestras cabezas.

A la noche siguiente, los charcos se congelaron. Nadie, ni siquiera Misón, recordaba un otoño tan frío. ¡Incluso nuestros inviernos solían ser más suaves que aquello que estábamos soportando! Antes de permitir a mis hombres irse a dormir, les ordené que engrasaran los arcos con sebo de cerdo y los dejaran calentarse en torno a la fogata del campamento.

«¡Ya vienen! ¡Ya vienen!». Un grito repentino nos despertó al amanecer. Los soldados se prepararon precipitadamente mientras reñían y se encaraban los unos con los otros. Critias había utilizado la luna llena para poder realizar todo el trayecto desde Atenas hasta el Pireo, con sus tropas, sin encender una sola antorcha. Nuestros vigías no los habían visto hasta que se encontraron a una distancia de diez estadios, y de haberse demorado un poco más, nos habría arrollado y masacrado. No cabía duda de que el elemento sorpresa estaba de su parte, pero aún no se había perdido nada.

Hice a los arqueros colocarse en sus puestos, sobre la colina. A nuestra espalda, los primeros rayos de sol tanteaban el cielo y lo tenían de gris. El viento del norte arrastraba nubes gruesas y pesadas, que flotaban a poca altura sobre nuestras cabezas.

No tardamos mucho en ver los cascos de nuestros enemigos relucir bajo la luz del sol. ¿Enemigos, he dicho? Compatriotas, atenienses, no sé cómo debería llamarlos; pero en cualquier caso, aquel día eran enemigos. El ejército de Critias era el doble de grande que el nuestro. ¿Quién habría pensado que podría llamar a las armas a tanta gente? Debían ser aquellos con los que el tirano había compartido el botín, pues ningún otro compatriota levantaría la lanza contra nosotros. ¿Y qué era de Raios? ¿Se

encontraría mi suegro entre esa gente?

Cuando Critias se dio cuenta de que le estábamos esperando, detuvo la marcha. Tenía caballería a izquierda y derecha, y los hoplitas dispuestos en el centro. Vi muy poca infantería ligera. Un disperso vestigio de los toxotai avanzaba junto a los hoplitas, pero no vi ningún arquero. Durante un instante, las tropas estuvieron dispuestas, muy quietas, unas delante de otras. Los estandartes ondeaban al viento, mientras el sol ahuyentaba las últimas sombras del valle y jugaba sobre los cascos.

La caballería del flanco derecho se lanzó al campo, a escasos dos estadios de distancia. Mejor no lo podíamos haberlo dispuesto, pues Critias envió en primer lugar, precisamente, a los desprotegidos caballos a la batalla. Alcé el brazo. La primera línea de mis arqueros se preparó y disparó. Las flechas oscurecieron el cielo como una bandada de cuervos, y se precipitaron sobre los jinetes. Los caballos de vanguardia cayeron al suelo, obstaculizando el paso de los siguientes. Para cuando lograron abrirse paso, la segunda línea de arqueros había formado ya. Los letales proyectiles encontraron su destino y volvieron a asolar la caballería.

Los jinetes se replegaron. Critias desató a los hoplitas contra Trasíbulo. Yo hice encender las flechas empapadas en brea, que disparamos en oleadas hasta que una auténtica lluvia de fuego cayó sobre los soldados enemigos. Aquella era la señal acordada: las líneas de Trasíbulo se cerraron entre sí e, invocando a Pan, se lanzaron a la carrera contra los atenienses. El ímpetu de este golpe dividió a las tropas de Critias en dos como un madero partido, pero las facciones pudieron reunificarse cuando las unidades de Trasíbulo regularon.

Entonces lo vi. Con la espada en alto, cabalgaba frente a sus tropas. Se protegía y adornaba, pero también se delataba, con un casco de plata con penacho de plumas azules, y una coraza, igualmente plateada, y rematada con una estrella dorada sobre el pecho. Les gritaba a sus hombres para obligarlos a realizar un nuevo ataque, y fue efectivo: como un único animal salvaje sus tropas de infantería se pusieron en movimiento, aparentemente imperturbables e imparables.

—¡Ahora! —dijo Misón, a mi lado—. ¡Debes ordenar una nueva ráfaga!

Lo miré sin comprender.

—No —repuse, y cogí una flecha de la aljaba.

Critias empujaba a sus hombres. Nos separaban dos estadios de distancia: un objetivo imposible. Afiné la puntería, tensé el cable, dirigí la flecha ligeramente por encima de la cabeza de Critias y disparé. El proyectil cayó a la izquierda, junto a él. Ni siquiera lo vio.

—¡Nicómaco! —gritó Misón—. ¡Haz disparar a tus hombres! ¡No puedes alcanzarlo a esa distancia!

Agité la cabeza, me quité el manto y tomé la siguiente flecha. A nuestros pies, Trasíbulo hacía avanzar a sus hoplitas contra los atenienses, pero aquel ataque no tuvo más éxito que el anterior. Vi a uno de sus oficiales agitar una bandera roja. Aquella era una señal para mí: los arqueros debían disparar.

Coloqué el proyectil en el cable y apunté a la derecha de Critias. Un estadio y medio, seguía siendo demasiada distancia. La flecha surcó el aire y falló de nuevo. Cogí la siguiente.

—¡Nicómaco, por amor de los cielos! —gritó Misón y me sacudió—. ¡Estás poniendo en peligro toda la batalla!

Me giré hacia él. Enmudeció de pronto y dio un par de pasos hacia atrás. No sé que vio en mí en aquel momento, quizá algún tipo de demencia, quizá a un demonio encarnado. Nunca llegó a contármelo, ni siquiera pasado el tiempo. Volví a colocar la flecha y apunté. La mortífera punta relucía bajo la intermitente luz del sol que se filtraba entre las nubes. Entonces, en un instante efímero en que el viento amainó, concentré todas mis ansias, mi alma, mi espíritu y toda mi voluntad en esa última flecha. Algo en mi interior dijo «¡ahora!», y disparé.

El proyectil buscó y encontró su objetivo. Trazando un amplio arco, impactó contra Critias y le atravesó la garganta. Fue un golpe tan limpio que el cuerpo del caído ni siquiera se movió. Lentamente fue bajando el brazo y su reluciente espada con él. Inmisericorde y letal era el reguero oscuro que comenzó a brotar entre el casco y la coraza. Los contendientes de ambos bandos se detuvieron y dirigieron la vista al jinete plateado que, lentamente, iba resbalándose del lomo de su resplandeciente y blanco corcel hasta que, finalmente, cayó al suelo. Las armas enmudecieron. Durante un instante, la calma que reinó en el campo de batalla parecía el silencio propio de un templo.

De pronto, un grito rompió el silencio. De entre la caballería, en el campo de batalla, surgió una figura vestida de púrpura que se precipitó hacia el fallecido. Apenas había llegado a su lado, saltó del caballo y se arrodilló para rodear el cadáver con sus brazos.

Todo el mundo sabe lo que ocurrió entonces. Fue de boca en boca y, desde entonces, aparece en los libros. Antes de que uno de los oficiales de Critias o alguno de los restantes tiranos tomara el mando y enviara de nuevo a los atenienses a la lucha, comenzaron a caer los primeros copos de nieve. Al principio pensamos que el caprichoso viento había arrastrado un par de flores, pero estas flores se derretían al contacto con la piel. Los soldados no creían lo que veían, la mayoría ni siquiera había contemplado un copo de nieve jamás en su vida. Los que sí, probablemente lo hicieron en pleno invierno, en las montañas, pero nunca en la costa ni en otoño.

El Olimpo enviaba la nieve, y eso lo sabíamos todos. Nadie dudó quién podría haber mandado aquella señal. Los soldados dejaron las armas en el suelo, miraron al cielo y recibieron boquiabiertos los pequeños cristales. La matanza entre hermanos había llegado a su fin, y con ella, el gobierno de los Treinta.

Mientras tanto, justo después de que Critias hubiera caído y antes de que los primeros copos llegaran al suelo, me había echado el arco al hombro y descendía por la colina. Por supuesto, en aquel momento, yo no podía estar seguro de que la batalla

se hubiera resuelto, pero me daba igual. Tenía que verlo. Tenía que ver el cadáver, quitarle el casco y contemplar el rostro inerte de Critias. Hasta entonces, no encontraría paz.

Me encontraba únicamente a diez pasos del cuerpo cuando reconocí al jinete vestido de púrpura, pues hasta entonces sólo le había visto la espalda. Apretaba al muerto contra su pecho, lloraba y gritaba como una mujer. Cuando oyó mis pasos tras él, se volvió. Me miró, vio el arco, y lo entendió todo.

—¿Por qué, Nicómaco? ¿Por qué? —exclamó Licón y estrechó el cuerpo de Critias contra el suyo—. ¡No le hizo nada a nadie!

Dos hoplitas le agarraron por detrás y le apartaron de su amado. Se revolvía desesperado, lloraba, chillaba, escupía y gritaba, pero nadie se rió de él.

Me arrodillé junto al cuerpo y le quité el casco. No cabía duda. Miré a los ojos sin vida de Critias.

—Dejadlo —dije a los soldados que retenían a Licón.

Tan pronto le soltaron, se arrojó de nuevo al suelo y abrazó a su amado Critias.

—¡No le hizo nada a nadie! ¡No le hizo nada a nadie! —gimoteaba.

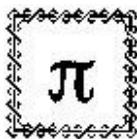
—Ah, ¿no? —repliqué yo, sardónico y rencoroso—. ¿Y qué hay de todos aquellos a los que ha matado? ¿Qué hay de Periandro?

Licón me miró con el rostro empapado en lágrimas, después sacudió la cabeza en una negación.

—¡Ese no fue Critias! —exclamó con voz sorda.

Fue entonces cuando empezó a nevar. Gruesos copos cayeron del cielo y cubrieron el cuerpo sin vida de Critias como un sudario.

Capítulo 35



ERA LA TARDE SIGUIENTE A LA GRAN VICTORIA SOBRE LOS Treinta Tiranos. La nieve se había derretido durante el día y el Pireo estaba engalanado para las celebraciones por el desenlace feliz de la batalla. Aspasia me estaba acercando mi manto púrpura cuando aquel que solía ser mi amante, Licón, entró en la casa y pidió hablar conmigo. Los ojos de mi esposa brillaron con fulgor verde. De nadie tenía mayores celos que de Licón y, por lo general, no aceptaba su cercanía. Sin embargo, aquel día asintió con un leve gesto y me dejó solo con mi antiguo erómenos. Ella sabía que él había perdido a su amante hacía apenas algunas horas, y entendía la gravedad de su pérdida, lo que le volvió más comprensiva hacia el muchacho.

Licón ya no llevaba las mismas ropas que por la mañana: se había envuelto en galas negras, se había lavado la cara y tenía un aspecto mucho más masculino de lo que yo le había visto nunca. Lo llevé hasta el jardín de Cilón, donde podríamos hablar sin que nadie nos molestara, y le pregunté qué quería de mí.

—Trasíbulo ha hecho traer el cuerpo de Critias hasta el Pireo —respondió Licón con serenidad—. Te ruego que hables con él para que lo devuelva. Me gustaría enterrar a Critias.

—Hablaré con él —repliqué de inmediato—, pero con una condición.

Licón lo entendió sin que tuviera que decirle nada más.

—Quieres saber cómo ocurrió todo —dijo.

—Tengo que saberlo —corregí.

—Lo esperaba —añadió Licón y apretó los labios. Entonces, dejó escapar un profundo suspiro y comenzó su narración—. Ya sabes que yo ya conocía a Critias cuando nos lo encontramos en casa del padre de Periandro. Fue un par de días antes, en la palestra. Yo estaba allí con mis compañeros. Él vino hacia nosotros, se sentó entre mis amigos y yo y nos dio un dracma a cada uno. Todos los muchachos competían por él y yo quería exhibirme, ser el más hermoso, quería gustar. Le lancé miradas amorosas a Critias, y toqué la flauta para él. Tuve éxito. Me invitó a su casa. Pasamos la tarde juntos, y al día siguiente nos volvimos a ver, y por la tarde también. Como suele ocurrir en estos casos. Una vez me invitó a un banquete. Me pidió que les acompañara a sus amigos y a él, que tocara la flauta y bailara un poco. Puedes imaginarte lo orgulloso que me sentía. El hombre más rico de Atenas me cortejaba, precisamente a mí...

—Por eso nos vimos tan poco en aquella época...

Licón asintió.

—Y tú estuviste en aquel banquete —sentencié.

Volvió a asentir.

—¿Quiénes eran los invitados? —pregunté.

—No eran muchos. Un círculo reducido, como decía Critias, pero a la mayoría los conoces. Estaba el banquero Pasión, Cármides, Glaucón, el propio Critias, yo... y Periandro.

—Periandro —repetí—, lo suponía. ¿Estaba Platón también allí?

—No, sólo su hermano... —se detuvo Licón, como si le costara recordar.

—Sigue hablando —le pedí.

Bajó los ojos y continuó.

—La velada comenzó a las mil maravillas. Critias había preparado la terraza y el jardín para la fiesta: cojines de seda, farolillos en los árboles... Junto a cada diván habría un esclavo que abanicara a los invitados. Nos servirían cinco muchachas, cada una de un color de pelo y de piel diferente. Una de ellas era pálida como la leche, la siguiente un poco más oscura, hasta la quinta que era negra como el carbón. Estaban vestidas con ropas de seda finísimas, y con cada paso que daban, dejaban caer un poco más la tela...

—Ahórrate los detalles —le interrumpí con brusquedad.

Podía imaginarme el festín sin tanta descripción. La imagen del salón de fiestas de Cármides, el flautista, la bailarina desnuda y los borrachos se mezclaban con el relato de Licón. Podía ver el jardín de Critias, los pavos reales exhibiéndose en la hierba, a Licón, desnudo y vanidoso junto a su nuevo amante, que le estaría cubriendo de caricias...

—Todos estaban muy alegres y risueños, excepto Periandro. Estaba allí sentado, bebiendo sin parar con la cara muy larga. Critias quería animarlo y le pidió a las muchachas que realizaran un pequeño baile, sólo para él. Así que las jóvenes se colocaron en torno a su asiento, balancearon las caderas y comenzaron a bailar. Lo creas o no, ni siquiera las miró.

Entonces Critias perdió la paciencia y le preguntó qué le pasaba. «Ya lo sabes», respondió, muy borracho. «Te lo ruego, Periandro. Hoy no, no delante de los invitados», le imploró Critias, y me señaló. No quería que yo supiera nada de su discusión. «¡Sí, hoy!», gritó Periandro y se levantó, tambaleándose. Yo me había dado cuenta de cómo nos miraba, lleno de repugnancia. Sacó un libro de la manga de sus ropas y lo tiró al suelo frente a Critias. Entonces le gritó: «¡Aquí tienes tu libro!

¿Qué quieres ser? ¿Un noble? ¿Un traidor y un amigo de los persas, eso es lo que eres! ¡No permitiré que vendas Atenas al enemigo!». Entonces, escupió a Critias a la cara, delante de todos sus amigos e invitados. Todos estábamos horrorizados... Entonces, ¿sabes lo que hizo Critias?

—Por supuesto que lo sé. ¡Mató a Periandro!

—No, Nicómaco, no. Ya te he dicho que Critias no mató a Periandro. Se levantó y lo abrazó. Tendrías que haberlo visto: delante de todos los que habían visto cómo le

había insultado, lo abrazó. Has de saber que Critias quería mucho a Periandro... Como se ama a un hijo, quiero decir.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Periandro le dio un empujón a Critias y se marchó corriendo. Critias cayó sobre una mesita pero se levantó de inmediato. «¡Dejadle ir, ya se calmará!», fue lo que dijo tan pronto se volvió a poner en pie. Pero uno ya había cogido el libro del suelo y corría detrás de Periandro. En circunstancias normales nadie habría podido alcanzar al campeón olímpico, pero estaba borracho. Critias dijo: «No pasará nada», hizo que volvieran a llenarle el vaso y que las muchachas comenzaran a bailar. Finalmente me pidió que tocara la flauta. El incidente cayó rápidamente en el olvido... Fue una velada maravillosa. Hasta que él regresó, cubierto de sangre y llorando como un niño.

—¿Quién?

—¿Todavía no lo has entendido? —preguntó Licón y me miró casi con lástima—. Te obcecaste tanto en la idea de que Critias había matado a Periandro que no fuiste capaz de mirar más allá... Aunque estuvieras muy cerca —Licón alzó la mano hasta la altura de su rostro y me mostró los dedos pulgar e índice, casi tocándose entre sí—. ¡Simplemente, imagínatelo! Después de todo eres un tipo muy listo. ¿A quién le resultaría imposible a Critias poner en manos de la familia de Periandro, a pesar de lo mucho que había querido a éste?

—¡Pasión! Lo necesitaba irremediablemente para su conjura —respondí.

—¡No! ¡Pasión es un anciano! No podría matar a nadie.

—Critias no entregaría a un familiar, así pues: ¡Cármides! —aquella respuesta fue también rápida e irreflexiva.

—Cármides es un ser apático... —suspiró Licón.

Todo comenzaba a ordenarse en mi mente. La imagen del encuentro volvía a aparecerse ante mis ojos. Veía las luces en los árboles, las muchachas con sus vestidos transparentes, a Periandro, borracho y desesperado, apartando de golpe a Critias de su lado y huyendo a la carrera. Y, por fin, lo vi a él, el único al que hasta entonces había pasado por alto, igual que todo el mundo. Conocía su figura larguirucha, su cabeza pequeña con el cuello ancho. Me parecía estar a su lado mientras cogía el libro del suelo. Había rodado justo hasta sus pies. Leyó el título, entendió las intenciones de Periandro y aprovechó la oportunidad que se le presentaba. Finalmente, podría ser alguien importante, relevante, y no simplemente el niño malogrado junto al hermano más dotado al que todo se le permitía por pertenecer a una familia rica. Sería alguien relevante, alguien importante...

—Glaucón —dije finalmente, y sentí como si me despertara de un sueño.

Licón asintió, y durante un instante, me miró con una sinceridad que no había visto nunca en él. No había duda, allí se encontraba la verdad, clara y expuesta.

—Sócrates, ¿qué es la verdad? —le había preguntado una vez.

—La verdad es lo que no se oculta. La verdad es clara y sale a la luz de forma abierta —me había respondido.

Apoyé la espalda en el asiento, cerré los ojos y me cubrí la cara con las manos. El hermano de Platón, ni más ni menos. ¿Cómo podía haberle pasado por alto? Si había alguien contra quien Platón no haría nada, ni siquiera por la muerte de su amante, sería a él, a su hermano, por muy malogrado y egoísta que fuera. ¡Y ni siquiera había hablado con él!

No sé por qué, pero en aquel momento me pareció que la conversación con Sócrates a las orillas del Iliso volvía a tener lugar. Fue aquel día claro, el aire era puro y transparente, las montañas estaban tan cercanas que casi se las podía alcanzar con la mano. La muerte de mi padre me pesaba en el corazón. Le buscaba el sentido a lo que había ocurrido y no lo encontraba. Sócrates llevaba un buen rato escuchándome. Entonces, me habló de su primera visita a Delfos. Era un muchacho joven por aquel entonces, un picapedrero al que ni siquiera le había salido la barba. Quería preguntarle a la pitia qué debía hacer de su vida, qué destino estaba reservado para él, pero nunca llegó a hacerlo. Antes de hablar con la sacerdotisa, acudió al templo de Apolo. Su mirada cayó sobre la inscripción de la puerta: «Conócete a ti mismo». Aquella frase le golpeó de lleno. Reconoció en ella su destino, todo su futuro. Era aquello lo que debía hacer, ni más, ni menos.

Licón enmudeció durante un instante. Hacía frío, y su respiración desprendía vaho.

—¿Qué relación tuvo Anaxos en todo esto? —pregunté.

—¿Tú qué crees? —repuso Licón.

—Sinceramente, creo que fui yo quien relacionó a Anaxos con Critias.

—No está mal —dijo Licón, como un maestro que elogia a su alumno—. ¿Y sabes cómo fue?

—No tengo ni la menor idea. ¿Lo sabes tú?

Licón se embutió en su manto.

—Pusiste a Anaxos tras la pista de Critias cuando ya era muy tarde. El barco persa ya había partido, se había acordado y asegurado el crédito para Esparta. La suerte estaba echada... —dijo, mirando de reojo de una manera que no me atreví interpretar—. Critias recibió a Anaxos con cortesía, y tras algunas dudas, le reveló todo su plan.

—¿Y Anaxos no hizo nada en su contra?

—Absolutamente nada —repuso Licón, con voz sorda—. Critias le explicó abiertamente que Anaxos podría llevarlo a juicio, pero que eso no evitaría la derrota de Atenas. Debió quedarse impresionado.

—¿Y?

—Critias le ofreció a Anaxos gobernar de forma conjunta cuando llegara el momento, pero Anaxos lo rechazó. Prefería conservar su puesto, aunque bajo el mando de Critias: señor de los espías. Tan sólo para su hijo solicitó un puesto especial.

—¿Su hijo? —pregunté—. ¿Anaxos tiene un hijo?

—Oh, sí —replicó Licón—, ¿por qué no? Aunque después de todo lo que he oído creo que más bien podría decirse que tenía un hijo.

—¿Qué puesto le pidió a Critias?

—¿No lo sabes?

—¡Capitán de los arqueros! —exclamé.

Licón asintió.

—¿Cómo puse a Anaxos tras la pista de Critias? —inquirí, con la imagen de Caracortada aún ante mis ojos.

—*La constitución de los atenienses* —respondió Licón—. Anaxos sabía que Critias era el autor, sólo que no te lo dijo. Un par de días después de que le entregaras el manuscrito, se presentó en el jardín de Critias, acompañado de su hijo. Le puso delante el fragmento de papiro y le preguntó si sabía dónde lo había encontrado... Sin embargo, a Anaxos la muerte de Periandro le daba igual. Lo único que le preocupaba era la cuestión de cómo había logrado Critias ocultarle a él una conspiración, en la que no sólo había establecido un vínculo con los persas, sino también convencer a Alcibíades de que permitiera que el barco amarrara.

Me levanté, había oído suficiente. Ahora todo estaba claro... revelado. Entré en casa para decirle a Aspasia que acompañaría a Licón a ver a Trasíbulo. Me miró de forma extraña.

—¿Sabes ya lo que necesitabas conocer a toda costa? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Y ese conocimiento valía tanto como para abandonar a tu familia durante meses?

No entendí qué quería decir.

—Vete —dijo segura, y me volvió la espalda.

No fue fácil encontrar el camino desde la ciudad hasta la tienda de Trasíbulo. Todo el Pireo estaba en pie, y medio Atenas se encontraba de visita. Parecía una procesión. La gente avanzaba muy pegada por las calles, y allá donde encontraban espacio, bailaban y cantaban, embriagados de vino y alegría. Licón se había cubierto la cabeza con la capucha y buscaba una vía, agachado, por la calle repleta. Debía temer que lo reconocieran como al amante de Critias, y que una multitud iracunda lo masacrara; sin embargo, continuó adelante. No cabía duda de que Licón había amado a Critias, y que seguía haciéndolo aun después de muerto. Pero ¿ya mí?

Habíamos ya dejado atrás las fronteras de la ciudad y veíamos el campamento con la luz de la luna llena, cuando frené a Licón. Se volvió hacia mí y me miró directamente a los ojos. Era como si leyera en mi interior.

—Todavía hay otra cosa que quiero saber —dije apocado.

—¿Qué? —preguntó con voz neutra.

Dudé un instante.

—¿Si significaste algo para mí? —quiso saber.

Asentí. No sé por qué, pero la lengua se me pegaba al paladar.

—Sabía que me lo preguntarías —respondió, y miró hacia la calle, donde la gente nos arrojaba uvas—. Critias también lo sabía. Me hablaba a menudo de ti, ¿lo sabías? Te entendía, en cierta forma... Pero no puedo contestarte, porque no lo sé.

—¿Por qué Critias te hablaba de mí? —pregunté. La sola idea me repugnaba.

—Decía que entendía que le odiaras porque me había apartado de ti...

Me quedé petrificado. Licón se encogió de hombros.

—Le dije que no tenía nada que ver conmigo, pero no me creyó. Yo sabía que yo no suponía gran cosa para ti —dijo Licón y se volvió de nuevo en dirección al campamento, donde los soldados celebraban la muerte de su amante. Le seguí despacio.

—Significaste algo para mí —le dije en voz baja, pero volvíamos a encontrarnos rodeados de un amplio pelotón de gente.

Licón miraba a su alrededor, buscándome, y haciéndome señas como un nadador en medio de una corriente creciente. Hasta aquel día no supe que había sido mío.

Sin aliento y empapados en sudor llegamos finalmente a la gran tienda militar de Trasíbulo. Una fogata ardía ante la entrada, y un hoplita hacía la guardia. Me pareció oír voces en el interior.

—Un momento, señor —dijo el hoplita, y procedió a anunciarnos.

Esperamos. El estandarte de Trasíbulo ondeaba en el viento. Licón estaba cansado y tenso. De pronto, la entrada a la tienda se abrió y Trasíbulo salió a saludarme impetuosamente.

—Nicómaco, el héroe del día, ¡ven aquí! —dijo, exaltado, mientras me abrazaba y me besaba.

Trasíbulo nos llevó al interior de su gran tienda de comandante. Había cambiado desde la última vez que la vi: ya no se veía la frugalidad propia del soldado. En lugar de ello, nos esperaban cojines bordados, arcas bordeadas de oro y platos plateados llenos de comida.

La armadura de Critias se encontraba a tres pasos de distancia. El símbolo del sol de la coraza relucía bajo la luz de las lámparas.

—¿En qué puedo ayudarte, mi querido Nicómaco? —preguntó Trasíbulo mientras se sentaba en un lujoso sillón. Vio mi mirada vagar por el habitáculo y asintió, lleno de orgullo—. A los ganadores en la batalla les corresponde su premio, ¿verdad? —concluyó.

—Cierto —respondí, mientras mis ojos saltaban hasta una pequeña mesita al lado del sillón de Trasíbulo, donde se encontraban dos vasos. ¡Dos vasos! En la sala se percibía un olor peculiar.

—Bien, ¿qué te ha traído aquí? Dímelo abiertamente. Me consta que nuestra victoria se debe, en última instancia, a ti y a tu ojo certero. ¿Hay algo que desees particularmente?

—El deseo que te expongo no es para mí —me limité a contestar, logrando a duras penas apartar la vista de la mesita—. Hablo en nombre de Licón, que se

encuentra aquí, a mi lado. Lo conoces, sin duda.

Trasíbulo asintió y arqueó una ceja, sin molestarse en dirigirle la mirada al joven.

—Licón nos pide el cadáver de Critias para poder enterrarlo, como es costumbre entre los hombres y ante los dioses —dije.

Trasíbulo se atusó la barba.

—¿Y tú quieres que le dé el cadáver, Nicómaco?

—Así es.

Trasíbulo reflexionó durante un instante. Repentinamente, llamó a grandes voces:

—¡Hiparcos!

El soldado penetró en seguida en la tienda.

—Hiparcos, lleva a este hombre hasta el cuerpo de Critias y encárgate de que se lo pueda llevar sin que nadie lo moleste. Va a enterrarlo —ordenó Trasíbulo.

Hiparcos realizó una reverencia y dio un paso hacia atrás.

—Si me acompañas... —dijo a Licón.

Este miró brevemente a Trasíbulo mientras se inclinaba, pero éste se despidió de él con un mero movimiento de la mano. Licón abandonó la tienda sin mirar atrás.

No lo he vuelto a ver más.

—¿Y tú, Nicómaco, qué deseas tú en el día del triunfo? —preguntó Trasíbulo, arrancándome de mis pensamientos.

—Quisiera hablar contigo de Anaxos —le dije.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Trasíbulo fingiendo normalidad, demasiada normalidad, y tomó uno de los vasos.

Seguí el movimiento un segundo de más, y él se dio cuenta de lo que observaba. Me miró y sonrió, pero sus ojos permanecieron impasibles.

No estábamos solos y yo lo sabía. ¡No estábamos solos! ¡La voz que había oído, el aroma que empapaba la tienda! Conocía ambos: la voz de serpiente y el olor a polvo y a humedad en los libros.

—Dilo —dijo Trasíbulo.

—Está aquí —repuse.

Trasíbulo tomó un sorbo y sonrió.

—¡Sal! —dijo, sereno.

Silencioso como un fantasma, el señor de los espías apareció de detrás de una mampara y se colocó junto a su nuevo señor.

—¿No irás a mezclarte con él? —dije, horrorizado, pero Trasíbulo había respondido ya con una mirada indiferente.

Abandoné la tienda sin despedirme. Aspasia me aguardaba, desde hacía ya demasiado tiempo.

Dejamos Ática a la mañana siguiente. El día era claro. Un amable sol otoñal había vuelto a desterrar el invierno a esa tierra más allá del viento del norte. Cuando miré desde el barco a la ciudad para despedirme por última vez, vi la gran estatua de

Atenea entre los templos de la Acrópolis. Su casco dorado brillaba bajo la luz del sol.

Επίλογος

NOS ESTABLECIMOS EN MACEDONIA. MIS CONTACTOS comerciales me avalaron. Retomé allí el trabajo de mi padre, allí mis hijos se hicieron hombres y allí nacieron mis nietos. Volví al comercio y bajaba cada día al puerto. Además de las mercancías, los barcos solían traer noticias a través del mar, muchas de ellas relacionadas con Atenas. Así fue cómo descubrí que, en los ocho meses de su gobierno, los Treinta habían asesinado a mil quinientos hombres. Quién diría que aquellas mil quinientas personas podrían constituir más víctimas que las de las décadas de guerra con Esparta de los años anteriores.

Trasíbulo fue elegido como siguiente estratego. Reconstruyó los Muros Largos, pero más tarde se le acusó de apropiación de bienes del estado. Se dice que, no obstante, logró librarse.

Sócrates tuvo menos suerte. Se le condenó a muerte por corromper a la juventud. Lisias debió ofrecerse para escribirle su discurso defensivo, pero Sócrates lo rechazó. El por qué lo desconozco. Debió considerar a los jueces como aquello que debían ser, y no como aquello que eran en realidad: seres humanos... Sé que uno de sus acusadores se llamaba Licón, pero no he llegado a descubrir si se trataba de mi antiguo erómenos. Habría sido el último triunfo de Critias.

Alcibíades no corrió mejor suerte que su maestro. Un asesino a sueldo lo apuñaló por la espalda. Es imposible decir si el motivo fue la política o los celos de algún cónyuge engañado.

Jenofonte llegó a viejo y escribió numerosas obras.

Platón ha seguido siendo alguien lejano y misterioso para mí durante todos estos años. Sin embargo, he de admitir que, incluso hoy, que en ocasiones lo dudo, fue él quien nos avisó a través de Sócrates. Tan sólo en una ocasión logré sentirle como alguien más cercano. Fue cuando tuve en mis manos un escrito suyo titulado *La alegoría de la caverna*. Trata de un grupo de hombres atrapados en una eterna oscuridad. Están amordazados y encadenados, y su mirada se dirige únicamente a la pared que tienen en frente, en la que siempre se ve un espectáculo de sombras. Nunca se aprecia un fruto, o una jarra o un árbol, sino únicamente su sombra, y los habitantes de la caverna pasan el tiempo tratando de interpretar y explicar esas sombras. El que mejor lo consigue se considera entre los suyos el más inteligente y apreciado entre los suyos.

Un día, uno de los habitantes de la caverna logra escapar y huye al exterior, no sé sabe por qué. Surge de la cueva y el sol le ciega. Le duelen los ojos y llora. No puede ver de verdad, pero lo sabe: en la luz se encuentra la verdad; en la gruta sólo hay sombras. Medio ciego regresa hasta sus compañeros, para llevarlos al exterior, pero ellos se niegan a seguirlo. Al final, lo matan.

No explicaré la parábola, pues otros pueden hacerlo mejor que yo. Sin embargo, algo sé con certeza: sé quiénes son los habitantes de la gruta, quiénes matan a sus

compañeros sólo porque puedan guiarlos hasta la verdad.

Me reconcilié con Platón a través de su parábola. Por ello, no me enojé cuando mi nieto favorito regresó a Atenas para estudiar junto a él. Platón llamaba a su escuela Academia. La erigió en el mismo bosquecillo en el que le conocí. Mi presentimiento de aquel día, no obstante, probó ser verdadero: nadie ha vuelto a ver sonreír a Platón.

Con gusto os hablaría de mi nieto, pero creo que lo aplazaré para otra ocasión. Tan sólo comentaré, quizá, un detalle: lleva el mismo nombre que mi padre, su bisabuelo. Por si no mencioné antes, se llamaba Aristóteles.

Nota Autor

TUVE LA IDEA QUE ORIGINÓ ESTA NOVELA A PRINCIPIOS del verano de 2004, cuando yo, a mis casi cuarenta años, en esa edad en la que *el destino de un hombre finalmente se cumple*, me encontraba en el hospital Loretokrankenhaus, de Friburgo, con apendicitis. Leía allí recostado un libro en el que hacía tiempo que tenía interés: el primer volumen de *La sociedad abierta y sus enemigos* de Karl Popper, que lleva por título, *El Encanto de Platón*. He de admitir que ese gran y comprometido alegato en favor de la democracia, no obstante, me estaba dejando prácticamente frío, probablemente porque los pragmáticos argumentos de Popper sobre las bondades del parlamento y el estado de derecho, hoy en día, están tan desfasados que resultan sorprendentes. Sin embargo, todo cambió cuando llegué al último capítulo, en el que Popper narra las más cercanas circunstancias vitales de Platón, así como las profundas transformaciones políticas ocurridas en Atenas al final de la guerra del Peloponeso, y no sólo mencionaba el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**, el panfleto oligárquico que juega un papel tan decisivo en mi narración, sino también el gobierno de los Treinta Tiranos, con toda su crueldad y codicia. Lo que más me sorprendió, lo que más me cautivó, y desde entonces, no me ha abandonado, fue la imagen que plasmaron Cridas y sus seguidores en la historia de la humanidad, pues me parecen el gran arquetipo de todas las dictaduras: una imagen de xenofobia, corrupción y brutalidad, oculta tras una máscara de dignidad y orgullo. No fue por casualidad que, precisamente aquellos que en el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ** denunciaban la indignidad de la democracia y la ignorancia del pueblo, no tuvieran nada más que hacer tras llegar al poder que espoliar y perseguir a los metecos ricos, de la misma forma que en el Tercer Reich, y bajo el eufemismo de la «superioridad de la raza aria», se saquearon las posesiones de la población judía y se transfirieron a los altos cargos del partido, o que las mansiones de los dirigentes socialistas estuvieron equipadas con todo tipo de comodidades que la población de la República Democrática Alemana no llegaba a disfrutar: a lo largo de los siglos, los mismos que presumen externamente de una actitud moral, albergan un interior de absoluta corrupción.

Me interesé con más pasión y dedicación a aquella época: las *Helénicas* y *Recuerdos de Sócrates* de Jenofonte, *La constitución de los atenienses* de Aristóteles, sin olvidar los *Diálogos* de Platón, fueron fuentes valiosas de conocimiento. Así descubrí el gran nivel de desarrollo que había alcanzado Atenas en torno al 400 a. C. Servicio Militar, fuerzas del orden, asistencia a los minusválidos, recogida de desperdicios, inspección urbanística, y el germen de un sistema judicial... Instituciones que, desde la ignorancia, consideramos como actuales, no sólo fueron conceptos en la antigüedad, sino auténticas realidades.

El misterioso panfleto del **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ**, cuyo autor permanece en el

anonimato, la financiación de la flota espartana por parte de los persas, la caída de la democracia al final de la guerra, los Treinta Tiranos... Todo ese material se me presentó y me buscó a mí más de lo que yo mismo lo buscaba. No pude evitar escribir su historia. Para ello, quise presentar a Atenas en su apogeo, con sus logros culturales y administrativos, así como la abismal traición perpetrada contra el mismo pueblo que después auparía no sólo a los Treinta Tiranos, sino a todos los dictadores que vendrían después. Ese deseo constituye el escenario en el que se desarrolla la novela: tan verídico como me lo permitieron mis investigaciones y las convenciones del género. Los políticos Critias, Trasíbulo y Alcibíades, y hasta cierto punto, también Cármides, están descritos de acuerdo con las fuentes históricas, con las cualidades humanas o inhumanas que pueden deducirse a partir de esas mismas fuentes. La exposición del sistema de gobierno ateniense, con sus asambleas, consejos, arcontes, policías y jueces, rentas para minusválidos y recogida organizada de basuras, está demostrada y documentada en el pequeño ensayo de Aristóteles, *La constitución de los atenienses*. Por supuesto, en la novela también se menciona a filósofos y escritores, médicos y oradores que residieron en Atenas, si bien, en algunas ocasiones, no precisamente entre los años 408 y 404 a. C. en que se desarrolla la narración. El propio Glaucón, que juega un papel nada glorioso en este libro, se menciona en los escritos de Jenofonte, donde se le caracteriza como a un fanfarrón. En los siguientes apéndices puede encontrarse un índice que incluye datos personales sobre los personajes reales que aparecen en la novela, donde se separa la realidad de la ficción.

A pesar de ello, este libro no deja de ser una novela. La historia del asesinato del campeón olímpico es tan ficticia como los protagonistas de la acción: Nicómaco, Aspasia, Raios, Anaxos, Licón, Cilón, Bias, etc. He entretejido sus vidas con la imagen completa de la historia tan bien como he sido capaz, y según los dictados de mi conciencia. En algunos casos concretos es difícil precisar dónde se encuentra esa «costura». Por ejemplo, se sabe a ciencia cierta que la flota de Esparta se construyó, realmente, con financiación persa, y existen sospechas de que los círculos aristocráticos de Atenas pudieron ayudarlos. Entonces, ¿dónde comienza la ficción cuando hablo de la llegada de banqueros persas a Atenas con la intención de hablar sobre esos fondos económicos?

Sin embargo, me he tomado ciertas libertades a la hora de hablar de personas reales, y la más impertinente de todas ha sido mi tratamiento de la figura de Platón. Confieso que no existe ninguna prueba de que el gran filósofo ceceara. Me he permitido realizar esta broma porque Platón atacaba de tal manera en sus *Diálogos* a los predecesores de mi profesión (soy abogado y, por tanto, y en cierta manera, colega de los retóricos y logógrafos), que incluso mi antiguo director de escuela, de educación humanista, me advirtió sobre las ambiguas artes de los oradores cuando se enteró de mi elección profesional. Su carácter melancólico, no obstante, fue proverbial, y ya Freud habló de su homosexualidad; sin olvidar que el propio Platón

mencionó en su diálogo *Fedón* que la enfermedad le había impedido acompañar a Sócrates en sus últimas horas.

En lo concerniente a Platón, he de hacer una última confesión: durante todas mis investigaciones, me siguió pareciendo alguien completamente ajeno a mí. Es por ello que el papel que juega en esta narración es más pequeño de lo que pensé en un principio, y por ello le di a uno de sus parientes el rol del asesino, pues sólo así podía justificar la pasividad de Platón de forma plausible. Por ello pido perdón a sus admiradores y seguidores, si bien solicito también una aclaración: ¿Por qué incluyó Platón a su tío Critias en el *Diálogo* homónimo como uno de los contertulios de Sócrates, aun cuando éste rechazara abiertamente el gobierno de los Treinta, y a pesar de que Critias quiso inculparlo en un delito al ordenarle arrestar ilegalmente y con sus propias manos a un ateniense, mandato que Sócrates, con gran valor, rehusó cumplir?

También me he tomado libertades a la hora de describir la democracia ática, tal y como se practicó al final de la guerra. La elección para el puesto de capitán de los arqueros era un proceso administrativo, pues la democracia radical lo otorgaba por sorteo y no por elección, por lo que el afortunado aspirante que lo obtenía no ofrecía ninguna garantía de eficiencia. Sin embargo, no quise que el protagonista de mi novela ejerciera de «jefe de policía» por casualidad, por lo que omití ese detalle. En general, he representado el gobierno popular ateniense de forma favorable, lo que no justifica de ninguna de las maneras que en su política exterior comprometieran el valor de la paz y la justicia, algo que en la actualidad ligamos al concepto de democracia. Así pues, es probable que nos encontremos ante una paradoja: la crítica que formulaba el **ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ** respecto a este punto, es del todo correcta. Ser aliada de Atenas significaba, para las ciudades pequeñas, explotación y represión. Sin embargo, este hecho me parece más bien derivado de la hegemonía territorial de Atenas, y no de su democracia pues, ¿se podría haber esperado que, en una Atenas oligárquica, se hubiera actuado de forma diferente?

Existen algunas licencias más que confesaré sin destruir completamente el encanto de la narración:

- Justo antes del regreso de Alcibíades a Atenas en torno al año 409 a. C., se produjo ya en el 411 un primer golpe oligarca que no he mencionado en ningún momento. Esta deslealtad tiene como sencillo objetivo no romper la legibilidad del texto.

- No está documentado que existiera el cargo de capitán de los arqueros, sin embargo debió darse de una forma u otra. Lo que sí está demostrado es el uso de cuerpos de arqueros como tropas policiales. Sin embargo, se ocupaban únicamente de la seguridad y el orden, no de la prosecución penal, que era competencia completamente personal y privada. Sí existían prisiones, en cualquier caso.

- El Areópago era el tribunal de delitos violentos de Atenas pero, si no entendí mal, se reunían al aire libre. No existían propiamente unos juzgados. Sin embargo, lo

que sí nos ha llegado es que se utilizaban relojes de agua para medir la duración de las intervenciones.

- La profesión de abogado, entendiéndose como alguien que habla en nombre de otro, se creó en la época de los romanos. En Atenas no se permitía la representación de los demás. Tratándose de una denuncia privada, en el caso del juicio por el asesinato de Periandro tendría que haber sido su padre quien actuara por sí mismo ante el tribunal. No habría sido posible que su amigo Critias fuera quien se encargara de la acusación.

- El palacio del estratega se encontraba debajo del Areópago, y no encima.

- El friso del Partenón no muestra una exhibición de deportes olímpicos, sino la procesión de las Panateneas.

- No se permitía la entrada de niños ni de adolescentes en el ágora.

- No existe ningún indicio de que Critias tratara de inculpar a Alcibíades en el caso de los Hermocópidas, si bien hay autores que consideran que fue él quien se encontraba tras esta maniobra.

- El papel de la mujer en la Atenas clásica estaba mucho más limitado de lo que el personaje de Aspasia permite deducir. Difícilmente se habría admitido que una mujer se comportara en su propia casa de forma tan independiente y segura de sí misma. Esa figura celosa, a la par que amorosa y sabia, es enteramente mi creación, pues hasta tal punto me llegó al corazón, que fui incapaz de condenarla a tener un papel secundario.

Lo demás es (prácticamente) genuino...

Personajes

AGIS, rey espartano que dirigió, junto con Lisandro, la campaña contra Atenas.

ALCIBÍADES (450-404 a. C.), político y general ateniense. Educado en casa de su tío Pericles, tomó en el 422 la dirección de los demócratas radicales, y promovió el fin de la comunicación con Esparta. En el 415 acudió a la campaña siciliana, en la que ejerció como líder. En su ausencia, se llevó a cabo el proceso de los Hermocópidas, a resultas del cual fue condenado y exiliado, huyó a Esparta y se unió a sus antiguos enemigos. Los esfuerzos oligarcas impidieron su regreso hasta que la flota democrática ateniense lo eligió en el 411, tras el primer golpe de estado oligarca, como su comandante en jefe. Así logró, en el 408, volver a Atenas, donde salió elegido como hegemón autócratas, pero ya en el 407 volvería a perder su puesto. En el 404 huyó de los espartanos y fue asesinado, probablemente por encargo de Lisandro. El atractivo de Alcibíades era legendario. Acerca de su intento de seducción de Sócrates, existe el testimonio de Platón, recogido en el *Simposio*.

ANTÍSTENES (444-366 a. C.), filósofo griego. Junto con Arístipo, constituye el grupo de los socráticos menores. Es el fundador de la escuela de los cínicos, que busca la vía a una vida feliz y virtuosa a través de la renuncia y la austeridad. Se le considera el primero en vestir el «manto doble», pues dormía con él puesto por las noches. El seguidor más conocido de la escuela de los cínicos es Diógenes.

ARÍSTIPO (435-355 a. C.), filósofo griego. Al igual que a Antístenes, se le considera un socrático menor, pero constituye su radical opuesto. De la misma forma que los cínicos buscan la felicidad en el sacrificio y la austeridad, hasta los límites de la mortificación, Arístipo sostenía, con su escuela cirenaica, que la felicidad se encuentra en los placeres, y tan sólo los esclavos deben reprimir sus deseos. Se nos presenta a Arístipo en incontables escritos como un vividor libertino e ingenioso.

ARISTÓTELES (384-322 a. C.), Junto con Sócrates y Platón, se le considera uno de los pensadores griegos más significativos. Nacido en Estagira, Macedonia, hijo de un médico, dejó su patria a los diecisiete años y entró en la Academia de Platón, donde durante veinte años estudió, investigó y enseñó. Sin embargo, no tomó la dirección del centro a la muerte de Platón, sino que abandonó Atenas y se convirtió en maestro de Alejandro Magno. En el 355 a. C., regresó a Atenas, donde fundó una escuela llamada el Liceo. Aristóteles abarcó en sus innumerables tratados casi todas las áreas naturales y sociales, y acuñó una parte fundamental de las disciplinas derivadas de la filosofía.

ASPASIA, segunda esposa de Pericles, ingeniosa y de belleza notable. Nacida en Mileto, no disfrutó de derecho de ciudadanía, por lo que su matrimonio no se encontró del todo reconocido, y a sus hijos no se les consideró ciudadanos de pleno derecho. Para perjudicar la política de Pericles, se le acusó, en el 432 a. C., de impiedad, pero se le declaró inocente. Muy apreciada entre los socráticos, fue la inspiración para la figura de Diotima en el *Simposio* de Platón.

ARISTOCLES, nombre común de Platón.

CÁRMIDES (440-404 a. C.), político griego, tío de Platón y primo de Critias, que durante el gobierno de los Treinta ostentó el mando supremo del Pireo. Platón lo refleja en el «Diálogo» del mismo nombre como un efebo en flor, mientras que Jenofonte, en sus *Recuerdos de Sócrates*, lo presenta como un joven dotado pero reservado.

CÉFALO, padre del orador y logógrafo Lisias; rico comerciante de Siracusa que, por su amistad con Pericles, se asentó en Atenas, donde inició un negocio de manufactura de escudos.

CODRO, supuesto último rey de Atenas y presunto antepasado de la familia de Critias.

CONÓN, almirante ateniense.

Critias (en torno al 460-403 a. C.), político y aristócrata griego, tío de Platón, se consideraba a sí mismo como poeta y filósofo y fue el dirigente de los Treinta Tiranos. Eliminó a su compañero de partido, más moderado, Terámenes, para erigir libremente un gobierno agresivo y arbitrario. Cayó en Muniquia, una de las colinas de Atenas, cuando Trasíbulo derrocó el orden oligarca. El «Diálogo» en el que Platón describe la leyenda de la Atlántida lleva su nombre.

EPITADAS, general espartano que falleció durante la batalla de Pilos.

ERATÓSTENES, político griego y miembro de los Treinta Tiranos. Se le atribuye la persecución y asesinato de Polemarco, por lo cual el hermano de éste, Lisias, le acusó ante los Treinta. Una amnistía acordada tras la caída de los tiranos impidió finalmente su condena.

GLAUCÓN, hermano de Platón, presente en el Diálogo *Politeia*. Jenofonte lo retrata en sus *Recuerdos sobre Sócrates* como un fanfarrón.

HIPODAMO (probablemente, 485-405 a. C.), importante arquitecto urbanístico griego. El esquema de sus planificaciones mostraban, habitualmente, cuatro calles principales y tres secundarias, que conformaban un dibujo ajedrezado.

HIPÓCRATES (460-370 a. C.), médico griego y precursor de la medicina moderna, orientada a la ciencia. Se conservan innumerables escritos médicos atribuidos a su persona (incluido uno sobre lesiones cerebrales), si bien no se ha podido verificar su autenticidad.

JANTIPA, esposa de Sócrates. Ya en el *Simposio* de Jenofonte se presentó a Jantipa como el tipo de mujer pendenciera e inestable que figura aquí; algo del todo injusto de acuerdo con el enfoque feminista que intenta corregir su imagen histórica. Según la mayoría de los autores, Sócrates amó a su esposa, pero prefería la compañía de sus amigos varones. Es de suponer que Jantipa, muy joven en comparación con Sócrates, hubiera disfrutado con un cónyuge más mundano y con gusto por su casa, su trabajo y su familia, en comparación con su filosófico marido.

JENOFONTE (nacido en torno al 435/440 a. C. en Atenas; fallecido hacia el 355 a. C.), historiador y escritor griego. Aunque no sólo se interesó por la filosofía,

pertenece al círculo de discípulos de Sócrates. Tras la derrota de Atenas en la guerra contra Esparta, abandonó su patria, marchó a Persia y se enroló en el ejército del joven Ciro contra su hermano Artajerjes. Tras la derrota de Ciro, Jenofonte lideró, junto con un soldado espartano, a los mercenarios griegos en su peligroso viaje de regreso por Oriente Próximo hasta Tracia. Allí, Jenofonte se unió a Esparta y luchó con el rey Ageliso contra Tebas. Como pago, obtiene una hacienda cerca de Olimpia, donde dedica el otoño de su vida a escribir.

LAÏS, conocida hetaira ateniense.

LICÓN, nombre de uno de los acusadores de Sócrates.

LISANDRO, general espartano y estratega, que decidió, con la aniquilación de la flota ateniense, la conclusión de la guerra del Peloponeso. Tras esto, destruyó los restantes vínculos marítimos de Atenas y forzó el establecimiento de los Treinta Tiranos. Jenofonte describe la financiación de la flota espartana por parte de los persas.

LISIAS (en torno al 445-380 a. C.), hijo de Céfalo, conocido orador y escritor de discursos que, a diferencia de lo descrito en esta novela, inició su carrera como logógrafo probablemente tras el gobierno de los Treinta, con el proceso contra Eratóstenes. De Lisias se conservan 34 discursos, marcados por sus brillantes introducciones y la gran claridad de sus argumentaciones.

PASIÓN, banquero ateniense.

PAUSANIAS (408-394 a. C.), rey espartano, comandante de la infantería espartana en el ataque contra Atenas del año 405 a. C. Al contrario que Lisandro, Pausanias era partidario de una política moderada de negociación con Atenas.

PERICLES (en torno al 495-429 a. C.), político griego y uno de los estadistas más significativos de su época. Aunque de origen aristocrático, Pericles era un demócrata, y adquirió una gran influencia política con su elección como estratega. Pericles atrajo a Atenas incontables artistas, eruditos y poetas. Fidias, Sófocles y Anaxágoras pertenecían a su círculo más cercano. Bajo el gobierno de Pericles vivió Atenas su época dorada.

PLATÓN, «el de los hombros anchos» (427-347 a. C.), sin duda, uno de los pensadores griegos más importantes. Platón provenía de un antiguo linaje aristocrático ateniense. Su árbol familiar por parte de madre se remontaba hasta el legislador Solón, e incluso hasta los reyes de Atenas. El dirigente de los Treinta Tiranos, Critias, era su tío. El dotado Platón, tanto en lo físico como en lo espiritual, estaba destinado a vivir como alto cargo del estado. Sin embargo, los acontecimientos políticos ocurridos en su ciudad materna, incluyendo el gobierno de los Treinta, lo repelieron de tal manera que rechazó toda práctica de la política y se consagró a la filosofía. Marcado por la condena a muerte de Sócrates, decidió plasmar sus enseñanzas en sus Diálogos, a modo de monumento honorífico, para hacerlo conocido en todo el mundo. Tras algunos viajes, y después del intento fallido por parte del tirano de Siracusa de persuadirle de sus ideas políticas, fundó en Atenas, en

el bosque de Academos y, según el modelo de Pitágoras, una escuela de filosofía, la Academia. Entre los mayores éxitos de Platón se encuentran la fundación de la Teoría de las Ideas, en el campo de la filosofía, y el problemático legado de la utopía política de la *Politeia*, un estado ideal y totalitario cuya organización resulta profundamente inhumana.

POLEMARCO, hermano de Lisias, fallecido durante el saqueo a la casa de su padre a manos de Eratóstenes.

SIMÓN, zapatero ateniense y amigo de Sócrates. El taller de Simón se encontraba junto al ágora, justo enfrente del redondo edificio del Tholos. Sócrates solía encontrarse allí con muchos de sus discípulos.

SÓCRATES (470-399 a. C.), filósofo griego. Marcó el punto de inflexión en la historia de la filosofía antigua (se habla de filosofía presocrática y socrática), a pesar de que se conocen pocos datos certeros de su persona. Incluso la idea tan arraigada de que era hijo de una matrona carece de confirmación. Sócrates no dejó ningún testimonio por escrito. La mayoría de sus escritos proceden de sus discípulos, y son tan ideales como contradictorios. Según las tesis en curso, el auténtico Sócrates sería el descrito en los primeros *Diálogos* de Platón, así como en los escritos de Jenofonte. Según estos, Sócrates es un escéptico, únicamente ligado a sus propios conocimientos, que ponía en duda de la forma más radical todas las teorías e ideas de su época para demostrar lo poco que se sabe realmente. Su conciencia le habla a través de una voz interior de origen sobrenatural, el *daimonion*, descrito aquí como el «espíritu bueno», que Sócrates sigue siempre sin vacilar. Se desconocen sus tendencias políticas. Se ha llegado a asegurar que rechazó su nombramiento como funcionario, otorgado por sorteo, según la democracia radical que se practicaba, porque no se consideraba competente para el puesto. Sin embargo, al mismo tiempo, el cumplimiento de las leyes como base para el orden social era para él de una importancia decisiva. Criticó a Critias en múltiples cuestiones, e incluso llegó a reírse de él sin ser consciente del peligro que esto conllevaba. A pesar de ello, los atenienses le consideraron responsable de las acciones de Critias y Alcibíades, y lo condenaron a pena de muerte, pues esa era la causa de su acusación. El que aceptara la condena y no abandonara Atenas a pesar de que tuvo oportunidad de huir, lo convirtió en uno de los mayores mártires de la verdad.

TERÁMENES, político ateniense y portavoz de la aristocracia moderada. Terámenes tomó parte en el levantamiento oligarca ya en el 411 a. C. Se relacionó con Critias y formó parte de los Treinta Tiranos; sin embargo, no tardó en convertirse en opositor de Critias. Por ese motivo, éste le expulsó de la lista de ciudadanos que contaban con inmunidad asegurada, y lo hizo ejecutar.

TRASÍBULO, político ateniense, trierarca y portavoz de los demócratas. Trasíbulo se opuso a los oligarcas ya en el levantamiento del 411 a. C. Durante el gobierno de los Treinta, reunió a las fuerzas democráticas. En el 404 logró liberar Atenas de una sola vez a través de una batalla sita en Filé y el Pireo. Durante esta

lucha, en Muniquia, cayó Critias. Jenofonte habla de la nevada tras el combate. Se consideró que la nieve era una señal de los dioses, y la lucha cesó. Trasíbulo hizo reconstruir los Muros Largos, con los que Atenas volvió a estar fortificada. Sin embargo, él mismo tuvo que hacer frente con posterioridad a una acusación de desfalco.

TUCÍDIDES (en torno al 460-400 a. C.), historiador. Tucídides tomó parte en las guerras del Peloponeso, como estratega. Tras su expulsión por un fracaso militar, siguió el conflicto bélico entre Atenas y Esparta con atención, y compiló la obra incompleta de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, que abarca hasta el año 411 a. C.

Glosario

ΑΘΗΝΑΙΩΝ ΠΟΛΙΤΕΙΑ: *Estado de los atenienses*. Nombre del tratado propagandístico presente en esta novela, de autor desconocido (firmado como Jenofonte), así como uno de los pequeños escritos atribuidos a Aristóteles, que trata sobre la constitución de Atenas.

Ágora: plaza del Mercado.

Agoranom: juez del mercado.

Apología: alegato defensivo.

Arconte: «regente», uno de los altos cargos de Atenas, elegido cada nueve años.

Areópago: poderosa roca a los pies de la Acrópolis, sede del tribunal homónimo consagrado a delitos violentos.

Areopagita: juez del Areópago.

Quitón: prenda de vestir griega, con aspecto similar al de una camisa cinchada de larguras variables.

Cítara: instrumento de cuerda.

Clámide: manto corto que se viste sobre el quitón.

Darico: moneda persa de oro.

Demos (Pl. Demen): barrio urbano/unidad política que elige a los distintos miembros del consejo. La palabra democracia significaba, originariamente, «el poder de las demos».

Efebo: hombre joven / recluta joven.

Efebenato: servicio militar de dos años de duración en las diferentes especialidades.

Eforos: los cinco altos cargos elegidos por los espartanos de pleno derecho. Poseían amplios poderes en cuanto a gestión y jurisdicción.

Erómenos: amante joven de un hombre más mayor.

Estratego: líder electo de los ejércitos. Los estrategos contaban con gran influencia política y con frecuencia constituían el gobierno real de Atenas.

Stoa: columnata. Más tarde recibiría el nombre de estos coloristas espacios columnados (*stoa poikile*) las escuelas de filosofía grecorromanas.

Estadio: medida griega por valor de 196 metros.

Falange: unidad de combate de infantería estrechamente unida y provista de armamento pesado.

Gálata: celta.

Hegemón autócratos: título de gobierno de Alcibíades tras su elección en el 408 a. C. Probablemente se correspondía con las funciones de un estratego, con poderes ampliados por motivos bélicos.

Hilotas: antiguos pobladores de Lacedemonia, sometidos y esclavizados por los espartanos.

Hoplita: soldado de infantería con armamento pesado.

Logógrafo: escritor de discursos; en el sistema judicial ateniense, cada acusado debía defenderse a sí mismo, pues aún no se conocía la sustitución por un abogado. Movidos por la necesidad, los acusados buscaban la ayuda de alguien que, al menos, pudiera escribirles los alegatos defensivos. Entre los logógrafos más destacados se encuentra Lisias.

Meteco: ciudadano que debe pagar una tasa especial / extranjero libre que reside en la ciudad, sin ostentar los derechos de ciudadanía.

Palestra: lugar de entrenamiento rodeado de columnas y, a menudo, provisto de baños.

Pan: Aquí: canto de guerra griego.

Panateneas (Festividad de): festival principal de la ciudad de Atenas, en honor a su diosa protectora. El punto culminante lo constituía una gran procesión que portaba una nueva túnica para una estatua de Atenea. La festividad de las Panateneas se celebraba anualmente en pleno verano, y marcaba el momento del relevo en los puestos administrativos.

Peristilo: patio interior de las villas griegas.

Pnyx: colina al oeste de Atenas en la que se celebraron las asambleas ciudadanas hasta el siglo IV d. C.

Pritano: miembro de un consejo elegido por sorteo con menor categoría que los arcontes.

Simposio: reunión festiva con alegre conversación y bebidas que podía, no obstante, acabar convirtiéndose en una auténtica orgía. Platón y Jenofonte dieron a las conversaciones forma literaria bajo el nombre de simposio.

Targelion: mes ateniense de principios de verano. Se considera el targelion como el mes de nacimiento de los dioses Artemisa y Apolo.

Toxotai (sing. toxotes): arqueros, unidad policial ateniense que mantenían el orden en la ciudad. La prosecución penal no se incluía entre sus competencias, pero sí lo estaba la vigilancia de los grandes procesos jurídicos.

Trirreme: barco de guerra griego, rápido y pertrechado de velas y remos, de unos 40 o 50 metros de longitud y 5 metros de ancho.

Trierarca: capitán de un trirreme.

Tabla cronológica^[2]

- 431 Comienzo de la guerra del Peloponeso. Sócrates tiene unos cuarenta años de edad; Critias, treinta; Alcibíades, diecinueve; Platón, tres.
- 430/429 Se desata la peste en Atenas. Muere Pericles.
- 425 Derrota espartana en Pilos. Los atenienses exhiben los escudos tomados como botín en la estoa.
- 423 Año de tregua.
- 422 Construcción del Asclepieion.
- 421 Paz de Nicias. Inauguración del Templo de Hefesto.
- 420 Alcibíades logra una alianza con Argos, Elis y Mantinea.
- 415 Alcibíades parte de expedición a Sicilia. Después de que la flota hubiera partido, se producirá el proceso de los Hermocópidas y se le destituirá de su cargo. Alcibíades huye a Esparta, a la que ofrece asesoramiento militar.
- 413 Esparta conquista Decelia con el asesoramiento de Alcibíades.
- 412 Alcibíades huye de Esparta y tramita su regreso a Atenas.
- 411 Golpe oligarca en Atenas. La flota se declara a favor de la democracia y toma a Alcibíades como dirigente. Debido a las sospechas de conspiración entre la oligarquía y el enemigo, se logra la reconstitución de la democracia.
- 410 Alcibíades logra una victoria abrumadora contra la flota espartana.
- 409 Alcibíades regresa a Atenas, donde es elegido como hegemon autócrato.
- 407 Derrota ateniense en Notio. Se destituye a Alcibíades, que huye al Quersoneso.
- 406 Victoria ateniense en las Arginusas. Debido a una tormenta, los capitanes no pueden rescatar a los naufragos atenienses, lo que provoca una querrela y una condena ilegal a la que sólo Sócrates, como pritano electo, se opuso.
- 405 Lisandro toma el control de la flota espartana. Persia acepta financiar a Esparta.
- 404 La flota ateniense es derrotada contundentemente en Egospótamos. Atenas capitula tras meses de asedio y derriba sus muros. Investidura de los Treinta Tiranos bajo la dirección de Critias y con la ayuda de Lisandro. Se inicia una dictadura en la que morirán 1500 atenienses y se desterrará a 5000.
- 403 Trasíbulo reúne a las fuerzas democráticas. Conquista el Pireo. Durante la batalla de Muniqia, muere Critias. Tras un breve interludio con once tiranos, se restablece la democracia. Se crea una amnistía general.
- 399 Proceso y ejecución de Sócrates.
- 393 Reconstrucción del muro... con subvención persa.

Notas

[1] *Athenaion Politeia*, o La constitución ateniense. (N. del D.) <<

[2] Las fechas siguen el conteo cronológico vigente en la actualidad. <<